

6
AÑO 4
NÚMERO

ENERO - JUNIO 2013

identidades

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



Arqueología y patrimonio. Retos y perspectivas en El Salvador del siglo XXI

AÑO 4
NÚMERO 6

ISSN 2224-4727

identidades

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ENERO / JUNIO 2013



SECRETARÍA DE CULTURA
DE LA PRESIDENCIA
DIRECCIÓN NACIONAL DE
INVESTIGACIONES EN CULTURA Y ARTE

ISSN 2224-4727

Ana Magdalena Granadino
SECRETARÍA DE CULTURA

Sajid Alfredo Herrera Mena
DIRECTOR NACIONAL DE INVESTIGACIONES
EN CULTURA Y ARTE

Sajid Herrera
Ricardo Roque Baldovinos
Lilian Vega
Antonio García Espada
Gerardo Monterrosa
Isabel Villalta
Luis R. Huezo Mixco
Carlos Pérez
COMITÉ EDITORIAL

Federico Paredes Umaña
Roberto Gallardo Mejía
José Heriberto Erquicia
COORDINACIÓN DE ESTE NÚMERO

Bárbara Arroyo
Oswaldo Chinchilla Mazariegos
Rafael Cobos
Gabriela Escobar Urrutia
Rosemary Joyce
Geoffrey McCafferty
José Cal Montoya
Katherin Sampeck

Imagen de portada:
Collage de vasijas prehispánicas

Imagen de contraportada:

Ilustraciones del dibujante Daniel Salazar sobre varios ejemplos de la tradición Cabeza de Jaguar. Federico A. Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics: the jaguar head core zone in Southeastern Mesoamerica during the Late Preclassic period» (Unpublished dissertation, University of Pennsylvania. Robert J. Sharer, principal advisor, 2012).

Arturo Taracena Arriola
Fabricio Valdivieso
William Fowler
COMITÉ CIENTÍFICO

Jasmine Campos
COORDINADORA EDITORIAL

Miroslava Rosales
CORRECCIÓN DE ESTILO

René Ramos
DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO GRÁFICO

Identidades, revista de la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, de la Secretaría de Cultura de la Presidencia Pasaje Mar de Plata n.º 1 y calle Gabriela Mistral, urbanización Buenos Aires 2, San Salvador. Teléfonos: 2244 2300, ext. 2336 email: mcampos@cultura.gob.sv

El contenido de esta revista puede ser reproducido, total o parcialmente, citando la fuente.

Impreso en los talleres de la DPI
17.ª Avenida Sur n.º 430, San Salvador,
El Salvador, Centroamérica

Sumario

Presentación	5
--------------	---

PARA EL DEBATE

Los conceptos de pasado histórico, Estado y patrimonio como elementos indispensables para la elaboración de una biografía crítica de la arqueología salvadoreña <i>Federico Paredes Umaña y José Heriberto Erquicia Cruz</i>	9
---	---

Un acercamiento crítico al fenómeno del saqueo, el comercio de bienes culturales y el coleccionismo <i>Fabrizio Valdivieso</i>	32
---	----

DOSSIER

Pasado, presente y futuro de la arqueología en El Salvador <i>Juan Albarracín-Jordan y Fabrizio Valdivieso</i>	59
---	----

Ignacio Gómez Menéndez y la <i>Estadística General de la República del Salvador 1858-1861</i> : el interés del Estado salvadoreño por el pasado <i>José Heriberto Erquicia</i>	94
---	----

Nuevas investigaciones en la Cordillera de Apaneca: una revisión de la tesis del despostramiento Posllopango <i>Federico Paredes Umaña</i>	112
---	-----

AVANCES DE INVESTIGACIÓN

Nahua-pipiles: aproximaciones simbólicas del paisaje Posclásico en la Costa del Bálsamo, El Salvador <i>Marlon V. Escamilla</i>	131
--	-----

FUENTES

Correspondencia entre el Museo Nacional de México y el incipiente Museo Nacional de El Salvador en 1884 <i>Elsa Hernández Pons</i>	153
---	-----

Restos vegetales identificados en sitios arqueológicos salvadoreños. Síntesis de investigaciones paleoetnobotánicas <i>Felipe Trabanino</i>	162
--	-----

RESEÑAS

The Archaeology of Cihuatán, El Salvador. An Early Postclassic Maya City. <i>Por Rafael Cobos</i>	175
Las figuras del enemigo. La alteridad y conflictos en Centroamérica <i>Por Eugenia López Velásquez</i>	182
Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos <i>Por Luis Alvarenga</i>	188
El sueño del retorno <i>Por Emilio Delgado Chavarría</i>	198
Índice de imágenes	203
Normas editoriales	204

Presentación

La arqueología en El Salvador es una disciplina en construcción. Sus inicios se remontan a la exploración de ruinas prehispánicas usando la intuición y la curiosidad como herramientas básicas. Las referencias al pasado en la construcción de ideas de Nación aparecen a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, pero la preparación profesional en universidades locales da inicio en las últimas décadas del siglo XX. En suma, se trata de una disciplina con una historia por escribir, que se nutre a partir de variadas contribuciones de profesionales nacionales y extranjeros en un territorio con abundantes vestigios materiales del pasado.

Este número especial de *Identidades* aparece en el marco de los 130 años de la fundación del Museo Nacional de Antropología. Este año también celebramos el V Congreso de Arqueología Centroamericana en El Salvador, evento bianual que se celebra desde el año 2005. Presentamos, pues, una serie de trabajos enfocados en *arqueología y patrimonio*, desde la ingente perspectiva de reflexionar en los *retos y perspectivas en El Salvador del siglo XXI*.

Así, Federico Paredes y Herbert Erquicia arrancan en la sección *Para el debate* una reflexión sobre cómo los conceptos de pasado histórico, Estado y patrimonio son indispensables en la elaboración de una biografía crítica de la arqueología salvadoreña que contribuya a orientar el rol transformador de dicha disciplina en el país. Esta contribución plantea la necesidad de que los arqueólogos construyan un cuerpo documental, para analizar las inercias sociales que determinan la relación simbólica entre el pasado y el presente en el país. Luego, Fabricio Valdivieso reflexiona, a partir de su experiencia profesional, sobre los estrechos límites que existen entre el saqueo, el comercio de bienes culturales y el coleccionismo.

La parte central, o *Dossier*, de este número abre con un recuento histórico de la arqueología en El Salvador, con la que Juan Albarracín Jordan y F. Valdivieso describen logros y pendientes en la administración del patrimonio arqueológico, con miras a replantearlo. En la segunda contribución de esta sección, Erquicia nos lleva a un personaje poco conocido y su contribución a la conformación de un primer mapa cultural del país, a través del artículo «Ignacio Gómez Menéndez y la *Estadística general de la República del Salvador 1858-1861*: el interés del Estado salvadoreño por el pasado». El tercer material nos conduce hacia las recientes investigaciones de Paredes Umaña en la Cordillera de Apaneca, en donde el grupo

Los Tablones en Ataco sirve de base para revisar la tesis del despoblamiento en la zona alta del occidente, luego de la erupción de la caldera de Ilopango.

En los *Avances de investigación* se presenta el trabajo de Marlon Escamilla enfocado en la apropiación simbólica del paisaje, a partir del estudio de asentamientos del Posclásico en la Costa del Bálsamo, identificados como nahua-pipiles.

La sección *Fuentes*, dedicada a ofrecer materiales de apoyo para nuevas investigaciones, trae dos importantes contribuciones: la primera, de carácter documental, ofrece el trabajo de Elsa Hernández Pons, quien rescata correspondencia de finales del siglo XIX entre el Museo Nacional de México y el entonces recién inaugurado Museo Nacional de El Salvador; la segunda, se enmarca en la paleobotánica de la zona maya. En esta contribución, Felipe Trabanino nos ofrece una sumatoria de información de los hallazgos de restos vegetales identificados en sitios arqueológicos salvadoreños.

Finalmente, se dedica una sección a reseñar novedades bibliográficas, que inicia con una aproximación de Rafael Cobos al libro recientemente publicado *The Archaeology of Cihuatán, El Salvador. An Early Postclassic Maya City*, de K.O. Bruhns y P. Amaroli. El segundo material nos lleva al plano de la producción editorial de la DNI, con una aproximación a *Las figuras del enemigo. La alteridad y conflictos en Centroamérica*, de Benjamin Moallic, escrita por María Eugenia López. Luego, la sección se abre hacia contribuciones en el campo de la literatura, donde Luis Alvarenga hace una aproximación al libro de crítica literaria *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* y Emilio Delgado Chavarría analiza *El sueño del retorno*, del novelista salvadoreño Horacio Castellanos Moya.

En suma, se brinda un número abundante en temas arqueológicos, como parte de un esfuerzo por promover la reflexión académica en torno a esta importante disciplina, que envuelve y atañe a la sociedad salvadoreña. Para ello agradecemos el trabajo desarrollado por el equipo coordinador, integrado por los arqueólogos Federico Paredes Umaña, Roberto Gallardo Mejía y José Heriberto Erquicia Cruz, quienes se apoyaron para esta labor editorial en los arbitrajes de Bárbara Arroyo, Oswaldo Chinchilla Mazariegos, Rafael Cobos, Gabriela Escobar Urrutia, Rosemary Joyce, Geoffrey McCafferty, José Cal Montoya, Katherin Sampeck, Arturo Taracena Arriola, Fabricio Valdivieso y William Fowler. A cada uno de ellos, vaya el agradecimiento por hacer de esta recopilación de materiales una realidad.

Para el debate





Los conceptos de pasado histórico, Estado y patrimonio como elementos indispensables para la elaboración de una biografía crítica de la arqueología salvadoreña

FEDERICO PAREDES UMAÑA

Becario del Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM
Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

JOSÉ HERIBERTO ERQUICIA CRUZ

Universidad Tecnológica de El Salvador
Academia Salvadoreña de la Historia

Resumen

Los trabajos que historizan la arqueología de El Salvador se dedican usualmente a compendiar el estado del conocimiento sobre las diferentes ocupaciones humanas en el pasado; sin embargo, poco se ha hecho para esbozar una aproximación a la relación entre las ideas de pasado más comunes en la sociedad salvadoreña y las inercias de la práctica arqueológica en el país. Este trabajo critica los conceptos de pasado histórico y patrimonio en su concepción oficial, y con dicha aproximación busca contribuir a construir una historia de la arqueología salvadoreña que se aleje de las narrativas lineales y la historización acrítica. Tomando como modelo los paradigmas de la arqueología social latinoamericana, este artículo propone al menos cuatro unidades de análisis para la construcción de una biografía crítica de la arqueología de El Salvador: 1) arqueología y proyecto nacional; 2) desarrollo institucional de la arqueología en El Salvador; 3) los arqueólogos como actores en la construcción del discurso sobre el pasado; 4) los proyectos arqueológicos que definen la praxis de la disciplina en el país. A partir de ello, se exploran las primeras décadas del siglo XX para mostrar cómo se han modelado las ideas de Nación en El Salvador, y cómo las nociones del pasado indígena han jugado roles secundarios en dicha construcción. A partir de estos datos, se describe un panorama de la arqueología nacional contrastada con la de los países vecinos.

Palabras clave: arqueología nacional, El Salvador, legislación cultural, ideas de Nación, pasado indígena

Abstract

Previous efforts to historicize Salvadoran archaeology are usually focused on summarizing the state of knowledge on different human occupations in the past, however little has been done to outline

an approach to the relationship between the ideas of past most common in Salvadoran society and the driving forces of archaeological practice in the country. This work confronts the concepts of history and heritage as they were constructed by the State. This effort seeks to contribute a history of Salvadoran archaeology that departs from linear narratives and uncritical historicizing models. Inspired by Latin American Social Archaeology, this article proposes at least four units of analysis for the construction of a critical biography of Salvadoran archaeology: 1) archaeology and the national project; (2) institutional development of archaeology in El Salvador; (3) archaeologists as actors in building discourse on the past; (4) archaeological projects that define the practice of the discipline in the country. Additionally, the first decades of the 20th century are explored in order to show how the ideas of nation in El Salvador were modeled, and how notions of the indigenous past played secondary roles in such construction. Drawing from these data, this article gives an overview of national archaeology, which contrasts with neighboring countries.

Keywords: National archaeology, El Salvador, cultural laws, Ideas of Nation, indigenous past

1. Introducción

Hacia el mes de noviembre de 2012, mientras nos disponíamos a lanzar la convocatoria pública para recibir las contribuciones a este número de la revista *Identidades* dedicado a la arqueología de El Salvador, ocurrían en el país diferentes acciones encaminadas a pensar y reivindicar los derechos culturales de los ciudadanos a través de un nuevo marco legal. La propuesta de ley nacional de cultura¹ es una de ellas; otros ejemplos son las reformas llevadas a cabo en la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural y la convocatoria a los profesionales de la arqueología a discutir en torno al reglamento de prácticas arqueológicas en El Salvador. Pensar la arqueología de El Salvador en este contexto, como objeto de estudio y como proceso incompleto y perfectible en método y en epistemología, es sin duda una urgente necesidad y también un compromiso para los profesionales de esta disciplina. Solo la presentación y debate de las ideas puede proporcionar el marco necesario para intentar la modificación de los limitados marcos de referencia actuales.

La reciente propuesta de ley nacional de cultura incluye un marco filosófico que da prioridad a la investigación de los procesos creativos del ser humano. Tal investigación, la difusión de sus resultados e interpretaciones, puede generar dinámicas de reflexión encaminadas al análisis crítico de determinados aspectos de la historia del Estado-Nación en El Salvador.

Los títulos del I al V contienen la parte conceptual de la propuesta, la cual promueve una nueva forma de acompañar la producción cultural y a sus creadores. El *Fondo Concursable para la Cultura y las Artes* (FONCCA) es una figura especial que permitiría el financiamiento de proyectos de investigación. Dicho fondo está pensado para todos los

¹ Presentada por la fracción legislativa del partido de izquierda FMLN el día 20 de noviembre de 2012. Actualmente en discusión en la Comisión de Cultura de la Asamblea Legislativa y consta de 14 títulos.

campos de la cultura y las artes, incluida la arqueología como una de las ramas de la antropología.

El marco filosófico de la propuesta de ley deberá permear toda ley secundaria; por ejemplo, la Ley Especial de Protección del Patrimonio Cultural, en vigencia desde 1993. La propuesta diseña una nueva estructura para la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural, con énfasis en la participación ciudadana y en la defensa y monitoreo del patrimonio de la Nación; promueve reforzar la administración de los parques arqueológicos nacionales; reorienta la función rectora intrínseca del Museo Nacional de Antropología, y refuerza el sistema integrado de información cultural, el cual será un salto cualitativo en materia de inventario, registro, catalogación, monitoreo y planificación del patrimonio cultural mueble e inmueble, tangible e intangible.

De esta manera, en nuestro carácter de investigadores sociales y de arqueólogos, nos hemos planteado la siguiente pregunta: ¿cuál es la relación entre los conceptos y nociones de Estado, pasado y patrimonio arqueológico? Reconocemos que esta pregunta es generadora de un debate prácticamente inédito en El Salvador y que su sola formulación deriva en preguntas subordinadas. De momento no pretendemos dar respuesta a la pregunta generadora, pero formularemos de manera concreta varias preguntas derivadas, y esbozaremos las formas de responder a ellas en futuros trabajos.

2. Del rol transformador de la arqueología salvadoreña

Inspirados por los aportes teóricos de la arqueología social latinoamericana, consideramos que la praxis arqueológica en El Salvador no puede existir al margen de los diversos fenómenos sociales que conforman la realidad del país. En ese sentido, nuestro objetivo no es solo conocer el pasado sino transformar el presente.

¿Cómo se puede aportar como arqueólogos, desde posiciones políticas responsables, a la transformación de la sociedad del presente? Una respuesta concreta es la disposición al debate, a la formulación de preguntas generadoras que se sitúen fuera de la esfera de la autocomplacencia, de los nacionalismos facilistas y de la tradición culturalista que subyace a la praxis de la arqueología en la región. El rol transformador de la arqueología salvadoreña depende, en primer lugar, del establecimiento de sus principios y sus fines. Creemos que los aportes de la arqueología social latinoamericana constituyen un marco de referencia básico y formador; entre ellos, destacamos el compromiso político expresado mediante la producción científica, la contrastación del dato empírico con la formulación teórica, el análisis de las posiciones y posturas adoptadas por otras arqueologías, con el fin de transformar los discursos acerca de la realidad y la búsqueda de aplicaciones sociales de las contribuciones teóricas

de la arqueología social en el campo de la educación formal e informal.²

3. Hacia una biografía crítica de la arqueología salvadoreña

Asumimos que una biografía crítica de la arqueología salvadoreña es necesaria para comenzar a comprender la relación Estado, pasado y patrimonio.³ Entendemos por biografía crítica de la arqueología salvadoreña la construcción de un cuerpo documental que permita responder preguntas sobre la relación simbólica entre el pasado y el presente de los salvadoreños; una biografía crítica se fundamenta en entender cómo interactúan al menos cuatro unidades de análisis: 1)

arqueología y proyecto nacional; 2) desarrollo institucional de la arqueología en El Salvador; 3) los arqueólogos como actores en la construcción del discurso sobre el pasado; 4) los proyectos arqueológicos que definen la praxis de la disciplina en el país. De estas cuatro unidades de análisis, las dos primeras están ya parcialmente trabajadas en este escrito; la tercera está en la fase de acopio de información; la última, aún no ha sido iniciada.

Creemos que estas unidades de análisis serán fundamentales para responder las siguientes preguntas: ¿la arqueología salvadoreña ha cumplido un rol nacionalista a lo largo de su desarrollo?, ¿cuáles son los supuestos incuestionables sobre el patrimo-

² Rodrigo Navarrete, «¿El fin de la arqueología social latinoamericana? Reflexiones sobre la trascendencia histórica del pensamiento marxista sobre el pasado desde la geopolítica del conocimiento latinoamericano,» en *La Arqueología Social Latinoamericana: de la teoría a la praxis*, comps. Hernry Tantalean y Miguel Aguilar (Colombia: Universidad de los Andes, 2012), 45-66.

³ Los trabajos que se han dedicado a compilar la historia de la arqueología de El Salvador son Rafael Cobos, *Síntesis de la arqueología de El Salvador 1850-1991*, Colección Antropología e Historia, n.º 21 (San Salvador: DPI, 1994); William Fowler, *El Salvador: antiguas civilizaciones* (San Salvador, El Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola Comercial de El Salvador, 1995); Heriberto Erquicia, «El desarrollo de la arqueología histórica en El Salvador: el proyecto de reconocimiento de sitios históricos,» en *Ciudades de la transcultura: ciclo de charlas, Cuadernos del Centro* (Centro Cultural de España en El Salvador, 2009), 51-57; Fabricio Valdivieso, «Remembranzas de un departamento de arqueología con los primeros arqueólogos formados en El Salvador,» *Kóot* 1(2) (UTECH, El Salvador, 2010): 77; Marlon Escamilla y William Fowler, «Práctica y conducta de la arqueología salvadoreña durante los últimos 25 años: el inicio de una arqueología nacional» (Memorias del XXV Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, 2011); Heriberto Erquicia, «El papel de la arqueología salvadoreña en la construcción del Estado-Nación y el imaginario nacionalista 1883-1930,» *Identidades* 1, número 2 (DNI, SECULTURA, San Salvador, El Salvador, 2011); Heriberto Erquicia, «A quince años de la formación de arqueólogos en El Salvador, 1995-2010. Perspectivas y desafíos» (Memorias del XXV Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, 2011); Heriberto Erquicia, «La enseñanza de la arqueología en El Salvador. Un breve bosquejo» (Memoria del II Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Educadores, 2012); y Albarracín y Valdivieso en esta revista. Estos trabajos se han concentrado en establecer una síntesis del estado del conocimiento sobre los antiguos pobladores del territorio; en hacer comentarios sobre teorías y métodos usados en los proyectos arqueológicos desarrollados en El Salvador, en contraste con los desarrollos en el resto de las Américas; en compendiar bibliografía que describe el desarrollo de los trabajos arqueológicos sobre El Salvador; a narrar de manera anecdótica el paso de individuos por instituciones vinculadas a la arqueología de El Salvador, entre otros. Creemos que estos trabajos constituyen esfuerzos que aportan a la sistematización del conocimiento arqueológico en El Salvador, pero también reflejan limitaciones de carácter conceptual para abordar la compleja relación Estado, pasado y patrimonio que aquí nos ocupa.

nio en El Salvador?, ¿cuáles han sido los factores determinantes en la gestión y manejo del patrimonio salvadoreño?, ¿existe en El Salvador del presente una lucha entre distintos sectores por la apropiación simbólica del pasado prehispánico?, ¿cuáles son esos sectores?, ¿qué posiciones sostienen y cómo las expresan?, ¿Qué temas en torno al pasado son objeto de polémica en la sociedad de hoy?

4. Sobre el impacto de la arqueología en el proyecto nacional: un debate interno

Queremos conocer hasta qué punto se puede afirmar que en El Salvador existe una utilización del pasado prehispánico en la construcción del Estado-Nación. Por el momento, nos enfrentamos a un debate interno en torno a esta cuestión, alimentado por limitaciones de carácter documental y de carácter analítico. La diferencia de opiniones de los autores de este artículo, en torno al impacto de la arqueología en el proyecto nacional, refleja la oportunidad de debate que queremos presentar, discutir y refinar de cara a la construcción de una biografía crítica de la arqueología salvadoreña.

4.1 Primer argumento: arqueología y nacionalismo en El Salvador,

Ignacio Gómez Menéndez y la *Estadística General (1858-1861)*

Uno de los autores de este artículo (Erquicia) plantea que en ciertas épocas el Estado salvadoreño echó mano del pasado prehispánico en la búsqueda de consolidar el proyecto nacional o comunidad imaginada. Esta «búsqueda de las raíces» estaría consignada en el primer censo nacional llevado a cabo en la era republicana. El argumento se apoya de manera importante en la documentación recogida por *La Estadística*⁴ de Ignacio Gómez Menéndez, pensador ilustrado, cuyo interés en las ruinas y antigüedad desde los pretéritos pobladores indígenas del territorio habría derivado en la incorporación de reivindicaciones del pasado prehispánico como parte del imaginario nacional.

El documento de Menéndez⁵ recolectó datos por medio de informes municipales y departamentales con los cuales se elaboraría posteriormente la *Estadística General de la República del Salvador (1858-1861)*.⁶ Los reportes compilados incluyen antigüedades, ruinas, tradiciones, costumbres y categorías raciales de los pobladores de la República. En dicho registro se incluyeron hallazgos de materiales arqueológicos prehispánicos y coloniales que resultaban evidentes en la inspección de los campos de cultivo aledaños a pueblos y villas. Además figuran

⁴ Ignacio Gómez Menéndez, *Estadística General de la República del Salvador (1858-1861)*. Primera Edición (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 1992).

⁵ Ministro del Interior y Relaciones Exteriores de El Salvador entre 1853 y 1854 durante la administración de José María San Martín.

⁶ Gómez Menéndez, *Estadística General de la República del Salvador (1858-1861)*.

descripciones de sitios históricos como el de la antigua villa de San Salvador de 1528, así como de sitios prehispánicos; por ejemplo, el localizado en la isla de Igualtepeque. También se reportan excavaciones llevadas a cabo en Nuevo Cuscatlán e Izalco, con reportes de hallazgos de elementos prehispánicos y coloniales.

Si tomamos en cuenta que Menéndez era un liberal que laboraba para el Estado, sería posible argumentar que los datos recolectados por este pasaron a formar parte de los inventarios oficiales bajo la categoría de riqueza del pasado indígena de la Nación, y a su vez contribuyeron a sostener los mitos que le dieron origen a la misma a fines del siglo XIX e inicios del XX.

La categoría «patrimonio cultural», usada hoy en día en El Salvador, tiene su origen en la noción de tesoro histórico-artístico, y es una construcción elaborada desde las élites criollas; por tanto, no sería difícil encontrar la génesis de dichas categorías en la formación de los nuevos Estados nacionales del siglo XIX.⁷ La arqueología salvadoreña debe asumir la tarea de investigar este proceso a través de los discursos reproducidos en instituciones como la escuela y el museo, y de herramientas como el mapa, el censo y la prensa. Así lo ha propuesto Benedict Anderson⁸ en su estudio sobre el surgimiento de los nacionalismos del siglo XIX.

4.2 Segundo argumento: arqueología y nacionalismo en El Salvador: una alianza improbable

En opinión del otro autor de este texto (Paredes), es necesario poner en perspectiva histórica el alcance de algunos esfuerzos como la *Estadística* de Gómez Menéndez en el proyecto nacional. A pesar de su importancia documental, la *Estadística* de Gómez Menéndez es una compilación de «tesoros del pasado indígena de la nación», y este tipo de evidencia no basta para proponer que en efecto el proyecto nacional en El Salvador esté asentado sobre un pilar que se llama pasado indígena.

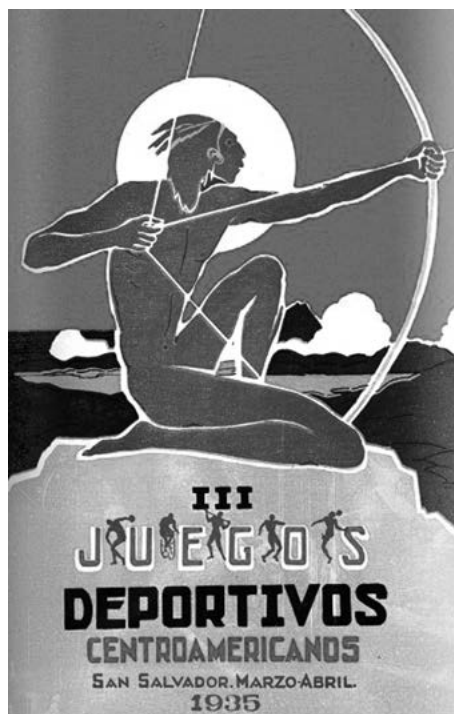
Si el pasado indígena fuese uno de estos pilares, entonces, cabría esperar que el interés y la presencia institucional del Estado salvadoreño en torno a estos temas fuesen más robustos, pero la realidad nos demuestra lo contrario. El lento desarrollo de las ciencias sociales en el país en general, y de las disciplinas de la historia, la antropología y la arqueología, en particular, son las pruebas más contundentes que tenemos para afirmar que el proyecto nacional tiene asiento sobre pilares distintos que el pasado prehispánico. Si bien existen datos que sugieren una preocupación latente por este tema en círculos intelectuales a lo largo del siglo XX, estos resultan de carácter limitado para explicar las ideas de Nación.

⁷ Cfr. Heriberto Erquicia, «El papel de la arqueología salvadoreña en la construcción del Estado-Nación y el imaginario nacionalista 1883-1930,» *Identities* 1, n.º 2 (Dirección de Investigaciones en Cultura y Arte, Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador, El Salvador, 2011).

⁸ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993 [2007]).

Es muy probable que el proyecto nacional, surgido a fines del siglo XIX, echara mano de elementos retóricos, invocando las contribuciones del indígena a la esencia nacional; sin embargo, en la práctica, el proyecto nacional se fundamentó en otros pilares.⁹ En El Salvador, los primeros intentos por crear símbolos nacionales están a cargo de los conservadores, quienes reemplazan la bandera de la extinta Federación Centroamericana en 1865 por una de barras y estrellas que permanece vigente hasta 1905.

A inicios del siglo XX, el Estado salvadoreño se plantea una nueva construcción de lo nacional. Ya para entonces el ideal de la unión centroamericana estaba debilitado y la bandera nacional de los conservadores había sido reemplazada por una azul y blanco portando la leyenda *Dios Unión Libertad*. Para la segunda década del siglo XX, la prensa y los intelectuales liberales concibieron un proyecto nacional que buscaba individualizar a la Nación salvadoreña, y para lograrlo buscaron echar mano de elementos culturales. En este giro de timón emerge el mítico *Atlacatl* como cacique indígena heroico.¹⁰ Sin embargo, hace falta conocer cómo estas iniciativas permearon la vida nacional. López Bernal argumenta que en



el medio urbano, el nacionalismo tuvo una débil acogida entre la creciente población obrera, la cual encontró más ventajosa para sus intereses una identidad de clase que una identidad nacional.

Hacia finales del siglo XX, en el discurso de lo nacional es más visible la idea de un salvadoreño mestizo, más bien de características homogéneas, pero con aspiración a la blancura, en donde la contribución del

⁹ López Bernal propone que «hasta las primeras décadas del siglo XX el imaginario nacional salvadoreño estuvo determinado por una idea de nación cívica, en donde las ideas de ciudadanía, libertad y progreso se mezclaron con el ideal de la reunificación de Centroamérica». Carlos Gregorio López Bernal, «Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador en la década de 1920,» *Historia* n.º 45 (Universidad de Costa Rica, 2002): 40. Esta cita es importante porque muestra una idea de Nación que no se centra en aspectos culturales que individualicen lo salvadoreño, sino en un esfuerzo de unidad centroamericana bajo el esquema del progreso. La individualización de los países centroamericanos emerge a inicios del siglo XX.

¹⁰ López Bernal, «Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador en la década de 1920,» 53.

indígena a la «esencia nacional» es referida con poco entusiasmo. Esta falta de entusiasmo se refleja, entre otras cosas, en el retraso de dos siglos para iniciar la formación de arqueólogos profesionales en el país,¹¹ en el tratamiento institucional de los temas referidos a las ciencias sociales y en la jerarquía estatal que históricamente ha ocupado la administración del patrimonio cultural dentro del Estado.

En torno a la relación arqueología y nacionalismo, es invariablemente de naturaleza política, y sus frutos a nivel global son bien conocidos. Existe una tradición de uso de esta disciplina en la construcción de las Naciones. Su finalidad es la reconstrucción de una era o una civilización pasada y la búsqueda de conexiones de aquella civilización con las sociedades de períodos posteriores, incluidas las del presente. De esto se deriva que el nacionalismo es una forma de arqueología, y el nacionalista es una especie de arqueólogo social y político.¹² A partir de esta visión, el pasado ha sido urdido en la construcción de Estados nacionales, y es en la misma visión que los arqueólogos son los soldados del Estado

nacional. Además, el pasado proporciona modelos de nobleza y virtud para su emulación. Es así que vemos cómo héroes antiguos y edades de oro (reales y ficticias) han entrado en el panteón de la mayoría de las naciones modernas.¹³

Algunos Estados han recurrido a la grandeza del pasado para sus nombres modernos, como en el caso de México o Zimbabwe, cuyos nombres se desprenden de aquellos centros políticos que antiguamente fueron sedes de grandes imperios; sin embargo, estos son más bien ejemplos excepcionales. Por otro lado, la relación entre arqueología y nacionalismo encarna inconvenientes; tal es el caso de los usos del pasado para justificar la invasión de territorios vecinos, como en efecto sucedió en la Alemania nazi con la instrumentalización de los trabajos del arqueólogo Gustaff Kossinna.¹⁴ Las arqueologías nacionalistas adolecen de profundidad antropológica y a menudo hasta de profundidad histórica, sus aportes universales son ciertamente limitados y sus posiciones teóricas son usualmente eclécticas. Conocemos pocos estudios profundos sobre las instituciones que emergieron producto

¹¹ La UES no logró impulsar una carrera de estudios en Arqueología a pesar de haber fundado una facultad de ciencias sociales en la década de los sesenta, de corta vida. Fue durante la primera rectoría del Dr. Fabio Castillo Figueroa (1963–1967) que el antropólogo Alejandro D. Marroquín participa de estos esfuerzos. Es en ese mismo período que la UES adquiere una biblioteca especializada en arqueología, la cual aún existe. En dicho período se implementa un vigoroso impulso a las ciencias naturales, quedando inconcluso el proyecto de las ciencias sociales y humanidades. Por otro lado, las revistas *La Cofradía* y *Arte Popular*, editadas por la Administración del Patrimonio Cultural entre 1976 y 1979, fueron esfuerzos que buscaron la profesionalización de los estudios arqueológicos y etnográficos en El Salvador, pero se extinguieron al estallar la guerra civil.

¹² Anthony Smith, «¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las Naciones», en *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, comp. Alvaro Fernández Bravo (Buenos Aires, Argentina: Editorial Manantial, 2000).

¹³ Smith, «¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las Naciones».

¹⁴ Henning Haßmann, «Archaeology in the Third Reich», en *Archaeology, Ideology and Society. The German Experience* (2a ed. revisada), ed. H. Härke (Frankfurt: Peter Lang, 2002), 67-142.

de las arqueologías nacionalistas en América Latina; sin embargo, aquellos aportes en este campo son sumamente esclarecedores.¹⁵

En contraste con México, es claro que el proyecto nacional salvadoreño poco tiene que ver con una apuesta por reivindicar el pasado indígena. Además, la relación arqueología y nacionalismo está poco sustentada históricamente; basta ver la historia de sus instituciones durante el siglo XX. Si bien en El Salvador la arqueología tuvo un papel en el proceso de definición del discurso nacionalista hacia la segunda década del siglo XX, este papel fue modesto.¹⁶ Un ejemplo claro de esto es que el Museo Nacional de Antropología en sus 130 años de existencia ha jugado un papel secundario en ese esfuerzo.

5. El desarrollo institucional de la arqueología de El Salvador

5.1 Arqueología estatal, una salida en falso

El Departamento de Historia fue fundado en 1928. Su director Antonio Sol realizó explo-

raciones arqueológicas en el país entre 1928 y 1930 y visitó sitios como Tehuacán en San Vicente, Quelepa en San Miguel. Sol es recordado por haber excavado en el sitio posclásico de Cihuatán. A este último sitio Sol se refiere como «...una ciudad prehistórica de arqueología estrictamente cuscatleca, autónoma...».¹⁷ Este discurso del arqueólogo nacional es interesante, puesto que representa los esfuerzos por consolidar una conciencia nacional ligada al pasado. Ese sentimiento es acompañado por Jacinto Paredes, quien en 1930 decía: «Empeño inaudito de nuestro Departamento de Historia ha sido el de reconstruir en forma científica, todos los monumentos arqueológicos que hablándonos del pasado nos sirvan para edificar nuestra historia nacional».¹⁸

Esos discursos responden a la exhortación que hiciera un siglo atrás uno de los ideólogos del proyecto nacional centroamericano,¹⁹ José Cecilio del Valle, quien abogó porque la nueva Nación tuviera una geografía y una historia «patria», exhortando así a la exploración de su origen, progresos y retrocesos, incluidas las glorias del pasado indígena.²⁰

¹⁵ Una de las críticas más fundamentadas en torno a la arqueología practicada desde el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México es el trabajo de Manuel Gándara, *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos* (México: INAH. Colección Divulgación, 1992). Otro aporte sumamente interesante en torno a la cuestión es el trabajo de Luis Vázquez León, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. Segunda Edición (México: CIESAS, 2003).

¹⁶ Carlos Gregorio López Bernal, «Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador en la década de 1920,» 48.

¹⁷ Erquicia, «El papel de la arqueología salvadoreña en la construcción del Estado-Nación y el imaginario nacionalista 1883-1930.»

¹⁸ Jacinto Paredes, *Vida y obra del doctor Pío Romero Bosque. Apuntes para la historia de El Salvador* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1930): 146.

¹⁹ Arturo Taracena Arriola, «La civilización maya y sus herederos. Un debate negacionista en la historiografía moderna guatemalteca,» *Estudios de Cultura Maya XXVII* (Centro de Estudios Mayas, UNAM 2006): 45.

²⁰ Taracena también subraya la tesis de Del Valle, quien postula la gloria del indígena del pasado y su degradación en el presente. «La civilización maya y sus herederos.»

Pero la fundación de los museos nacionales de los países centroamericanos se hizo realidad después de la disolución de la Federación Centroamericana.²¹ Como veremos, el alcance que estos tuvieron en la consolidación del proyecto nacional es variable y es un problema a tratar de manera separada.

Los trabajos del Departamento de Historia se vieron interrumpidos por la crisis internacional de 1929. Durante toda la década de 1930 no se realizaron excavaciones arqueológicas documentadas en El Salvador. El Departamento de Historia con Sol a la cabeza escribió cartas dirigidas a universidades de Estados Unidos mostrando el interés del Estado salvadoreño por invitar investigadores norteamericanos a realizar trabajos en el territorio nacional, sin embargo dichos esfuerzos habrían fracasado por razones aún desconocidas. Podríamos especular sobre varios factores atenuantes; entre ellos, la crisis económica mundial y las tirantes relaciones del Estado salvadoreño con el de los Estados Unidos luego del golpe de Estado de diciembre de 1931.²²

5.2 El Maya Research Program de la Institución Carnegie

Es importante señalar que las investigaciones arqueológicas a nivel regional para la década de 1930 estaban concen-

tradas principalmente en Guatemala y México, bajo los auspicios del *Maya Research Program* de la Institución Carnegie de Washington, cuyos trabajos comprendieron desde 1913 hasta 1958. Este proyecto ha sido descrito como: «El proyecto antropológico más significativo alguna vez llevado a cabo con el propósito de examinar una región antropológica o arqueológica».²³

La institución Carnegie no dedicó atención al territorio de El Salvador hasta la década de 1940, cuando auspició las investigaciones de San Andrés Campana, dirigidas por John Dimick y su colaborador Stanley H. Boggs. No conocemos de primera mano los razonamientos de la Carnegie para limitar su trabajo antropológico y arqueológico en El Salvador. De hecho los trabajos en San Andrés son los únicos reportados en la documentación de dicha institución en el territorio de El Salvador, con excepción de un trabajo de documentación fotográfica de colecciones particulares realizado por Stanley Boggs entre 1942 y 1944. También bajo los auspicios de la Carnegie, Boggs hizo una serie de recorridos exploratorios con el fin de ubicar sitios arqueológicos con potencial para su investigación futura, mismos que reportó en sus cuadernos de campo aún inéditos.

El trabajo de la Carnegie contribuyó de manera fundamental a crear el concepto del

²¹ Ver comunicación epistolar entre David J. Guzmán y el Museo Nacional de Antropología de México en Hernández Pons (este número).

²² Erick Ching, *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador* (El Salvador: UCA editores, 2007), 28.

²³ John M. Weeks y Jane Hill (compiladores), *The Carnegie Maya: the Carnegie Institution of Washington Maya research program, 1913–1957* (The University Press of Colorado, 2006), 1.

área maya y muchos de los trabajos de investigación posteriores se vieron influenciados por aquellos trabajos pioneros. El tratamiento marginal del territorio salvadoreño y buena parte del territorio hondureño en el *Maya Research Program* es un factor si no determinante, al menos interesante para estudiar la historia de la antropología en la región. Los trabajos arqueológicos en El Salvador de la década de 1960 hechos por investigadores norteamericanos surgen como una necesidad de entender las zonas periféricas del área maya de la Carnegie.

5.3 El 32 y los usos del pasado

El proyecto de biografía crítica de la arqueología salvadoreña pasa por documentar los usos del pasado en la construcción de imaginarios nacionales, locales, de facción y hasta de grupo político. El 32 es una suerte de crisol de la política y la historia cultural de El Salvador.²⁴ Los discursos modernos de la derecha y de la izquierda tienen asiento en los eventos ocurridos en torno a la insurrección de enero de 1932. La derecha canta «Patria sí, comunismo no» y la izquierda contesta «Aquino, Martí y Monseñor Romero, verdaderos próceres de la patria».²⁵ En ambos casos se acude al pasado para consolidar una justificación histórica tan efectiva que modifica para siempre la vida social de la Nación y su vida cultural.

A finales de la década de 1920 ocurre un desplome de la economía global que

afecta de manera sensible a las naciones centroamericanas con la caída de los precios internacionales del café. La crisis llegó directamente a las fincas cafetaleras de El Salvador, y especialmente a las del occidente, reflejándose en una disminución sensible de los salarios de los obreros rurales. Esto agravó la situación política y social del país, dado que el modelo agroexportador había sido, hasta entonces, el principal generador de ingresos del Estado. Varios elementos de la política interna agravaron la crisis, entre ellos la dificultad que enfrentó el Estado para poner en marcha reformas económicas que aliviaran la crisis del campo. Las tensiones generadas por la crisis y la negativa de las élites del país a reconocer las limitaciones del modelo cafetalero produjeron el golpe de Estado contra el Gobierno del Dr. Arturo Araujo en 1931. En ese mismo año asume la presidencia el general Maximiliano H. Martínez (quien se mantendría en el poder hasta el año 1944).

Por entonces ya se gestaba una insurrección en el occidente de El Salvador, zona donde las fincas de café dependían del trabajo de obreros rurales asalariados, en su mayoría de tradición indígena. Los sucesos de enero de 1932 vieron la movilización de entre 5,000 y 7,000 insurgentes que atacaron los cuarteles militares en las cabeceras departamentales de Ahuachapán y La Libertad y tomaron el control de

²⁴ Carlos Gregorio López Bernal, «Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932: implicaciones político-culturales,» en *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador: ensayos sobre 1932*, Erick Ching *et al* (El Salvador: UCA Editores, 2007).

²⁵ López Bernal, «Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932.»

varios municipios en el occidente y centro de El Salvador.²⁶ Esta movilización en el campo que fue acuervpada por el Partido Comunista de El Salvador²⁷ desencadenó una brutal respuesta del ejército que es recordada en la tradición popular como *La Matanza*. En tanto que estos eventos configuran la historia política del siglo XX, sus causas y sus efectos no pueden ser obviados en una biografía crítica de la arqueología de El Salvador.

En lo nacional, el debate en torno a los sucesos del 32 oscila entre dos polos. Las versiones de la izquierda política, en expresión de sus intelectuales orgánicos,²⁸ enfatizan la toma de conciencia política de campesinos y obreros desde los años veinte y el acompañamiento del PCS en la organización de la revuelta en occidente. Las de la derecha justifican la represión como una victoria sobre el comunismo.

También existen las aproximaciones académicas desde diversas ópticas que, obviando en mayor o menor grado la crisis del café, la aparición de una conciencia de clase entre los obreros rurales indígenas

de la región, el aparecimiento del PCS y el Socorro Rojo Internacional, han buscado aportar una dimensión étnica a dichos eventos.²⁹ Entre los argumentos de esta nueva ola de interpretación están los señalamientos de que los poblados donde se originaron los alzamientos tenían una larga historia de conflictividad entre comunidades indígenas y ladinas respecto a la posesión de tierras y el control del poder vía alcaldías locales.

5.4 El indio en el discurso nacional

Durante las primeras dos décadas del siglo XX emerge un proyecto de Nación que busca individualizar a la Nación salvadoreña.³⁰ Es así que un grupo de intelectuales busca redefinir lo nacional, y utiliza el componente cultural para tal fin. En ese proyecto aparece el indio como lo más puro del «alma nacional». Sin embargo, entre los intelectuales interesados por la identidad nacional de principios del siglo XX hay pocos interesados en aproximarse al indio a través de la antropología o la arqueología. Dominan en el ambiente intelectual la literatura y la pintura. Es así

²⁶ Jeffrey Gould L. y Aldo Lauria-Santiago, 1932: *Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen, 2008).

²⁷ Michael Löwy, *El Marxismo en América Latina de 1900 a nuestros días* (México: Era, 1980), 114.

²⁸ Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, 2da edición (San José: EDUCA, 1982).

²⁹ Erick Ching y Virginia Tilley, «Indígenas, militares y la rebelión de 1932 en El Salvador,» en *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador: ensayos sobre 1932*, Erick Ching et al (San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2007); Gould L. y Lauria-Santiago, 1932: *Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador*; Rafael Lara-Martínez, *Balsamera bajo la guerra fría. El Salvador 1932, historia intelectual de un etnocidio* (San Salvador, El Salvador, Editorial Universidad Don Bosco, 2009); Héctor Lindo Fuentes, Erick Ching y Rafael Lara-Martínez, *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. Traducción de Knut Walter (San Salvador, El Salvador: Facultad de Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, programa El Salvador, 2010).

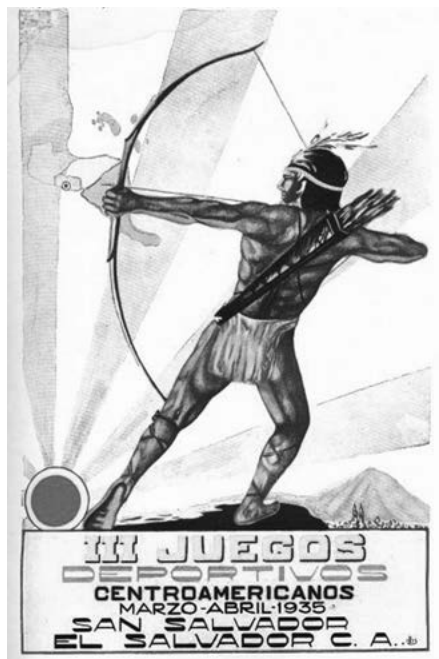
³⁰ Carlos Gregorio López Bernal, «Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador en la década de 1920»: 40-53.

que surge una tradición indigenista que Alejandro Dagoberto Marroquín³¹ llama Indigenismo Post-independentista, en su faceta romántica.

Como veremos, la dificultad de los intelectuales por retomar el tema del indio después del 32 reside justamente en su idealismo al tratar el tema del indio. Al respecto, López Bernal nos dice:

... la masiva participación indígena en el levantamiento (de enero de 1932) evidenciaba que esos indios, que se decía constituían la “parte más pura del alma nacional” no estaban nada a gusto con la misérrima vida que llevaban, y ... no eran tan sumisos y dóciles como algunos escritores los habían presentado en sus obras.³²

Es en esta fase que el Estado salvadoreño se muestra interesado por la causa indigenista latinoamericana. Dicho interés se fundó en las condiciones internacionales que adversaban la continuidad de Martínez en el poder. Es así que el indigenismo salvadoreño se incuba como una política con un componente interno y otro de exportación. Asimismo, la escuela rural y el arte indigenista se enfocan en «... culturizar y educar el alma del pueblo en su verdadera vocación de ser salvadoreños».³³



A mediados de la década de 1930, el Gobierno efectuó una política de promoción de las artes y del turismo; el interés estatal por la plástica indigenista se enfoca en ofrecimientos de desarrollo etnoturístico.³⁴ Así fue que posicionó lo indígena bajo los epítetos «folclórico» y «típico».³⁵

Según Rafael Lara-Martínez, el turismo y el regionalismo fueron los dos pilares centrales de la política del Gobierno de la década de

³¹ Alejandro Dagoberto Marroquín, «El Problema Indígena en El Salvador,» *América Indígena* XXXV n.º 4 (Instituto Indigenista Interamericano, México 1975): 747-772.

³² Carlos Gregorio López Bernal, «Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932»: 192

³³ Rafael Lara-Martínez, «Política de la cultura. Martínez y el indigenismo,» en *Revista Cultura*, n.º 104 (Secretaría de Cultura de la Presidencia de la República de El Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 2010a).

³⁴ Lara-Martínez, «Política de la cultura. Martínez y el indigenismo.»

³⁵ Rafael Lara-Martínez, «Política cultural y secuelas de 1932. Mujer e Indígena en el regionalismo salvadoreño,» *Revista Cultura*, n.º 90 (Concultura, San Salvador, El Salvador, mayo-agosto, 2005).

1930. En esta interpretación lo indígena se remitía al pasado, a lo arqueológico; y el indígena ofrecía su carácter típico y folclórico para que lo contemplara el pintor citadino y posteriormente el turista extranjero.³⁶ Cuando Lara Martínez nos dice que lo indígena remite a lo arqueológico, posiblemente se refiere a un razonamiento de fondo que aparece en las tesis racistas de los criollos centroamericanos: «El mejor indio es un indio muerto».³⁷ De este razonamiento se deriva que los arqueólogos lidian con indios muertos, y por lo tanto los proyectos arqueológicos no son tan problemáticos como los proyectos antropológicos. Sin embargo, en El Salvador de la década de 1930 los proyectos arqueológicos seguían sin concretarse.

5.5 El Instituto Indigenista Salvadoreño y el inicio de los proyectos arqueológicos

El Salvador fue uno de los primeros países del continente Americano en ratificar el Convenio del Instituto Indigenista Interamericano en 1942.³⁸ Posteriormente se creó el Instituto Indigenista Salvadoreño, una filial. Sin embargo de ese instituto no surgieron políticas públicas y la ley que le dio vida fue letra muerta; incluso durante este período las comunidades indígenas desaparecen de las estadísticas oficiales y no se lleva a cabo ninguna política social

dirigida especialmente a esos sectores de la población.³⁹ En cambio, es bajo ese contexto institucional que se desarrollan los proyectos arqueológicos en El Salvador. Aunque no tenemos documentación suficiente para una valoración de conjunto de este caso, podemos notar que es el Gobierno de Hernández Martínez el que autorizó el inicio de dos proyectos de investigación arqueológica a comienzos de la década de 1940; uno en El Tazumal, Chalchuapa, y el otro en San Andrés Campana, Valle de Zapotitán. El primero tuvo financiamiento nacional y el segundo fue patrocinado por el *Maya Research Program* de la Institución Carnegie de Washington. Ambos fueron dirigidos por arqueólogos norteamericanos. Por el momento, solo nos queda formular preguntas que puedan guiar futuras averiguaciones: ¿cuáles fueron las condiciones sociales y políticas que permitieron iniciar trabajos arqueológicos en Tazumal y San Andrés?, ¿responde este esfuerzo al adagio popular que propone que es más fácil trabajar con indios muertos que con indios vivos?, ¿qué había ocurrido 10 años después de La Matanza para que la exploración de los vestigios materiales del pasado indígena en El Salvador no fuera considerada un riesgo?, ¿sería posible postular que los discursos del mestizaje estaban ya suficientemente cimentados por entonces, y en

³⁶ Lara-Martínez, «Política cultural y secuelas de 1932. Mujer e Indígena en el regionalismo salvadoreño.»

³⁷ Wolfgang Mieder, «El mejor indio es un indio muerto. Sobre la internacionalización de un refrán americano,» *Paremia* n.º 10 (Asociación Cultural Independiente, Madrid 2001): 49-55.

³⁸ Lara-Martínez, «Política cultural y secuelas de 1932. Mujer e Indígena en el regionalismo salvadoreño.»

³⁹ Alejandro Dagoberto Marroquín, «El Problema Indígena en El Salvador»: 747-772.

consecuencia una exploración del pasado indígena a través de sus vestigios materiales era un proyecto sin riesgos?⁴⁰

6. El Instituto de Antropología e Historia: un proyecto postergado

El Salvador comparte con Centroamérica y México la institución del museo antropológico nacional. En muchos casos esas instituciones tuvieron como consecuencia la fundación de institutos de antropología e historia. En El Salvador, el Instituto de Antropología e Historia ha sido un proyecto constantemente postergado.

Creemos importante hacer un esbozo de los desarrollos a nivel regional a manera de comparación con el fin de contextualizar el surgimiento de museos e institutos antropológicos e históricos.

México

El acopio de monumentos prehispánicos en México da inicio durante el período colonial a partir de los hallazgos de monumentos en las nivelaciones de la Plaza Mayor (1790); sin embargo, es hasta consumada la independencia que se crea un museo nacional que alberga documentos y artefactos

prehispánicos. Esta institución data de 1825 aunque continuará siendo modificada por sucesivos eventos políticos, incluidas las guerras, el *porfiriato*⁴¹ y la revolución. Ya en pleno siglo XX, junto con la nacionalización del petróleo mexicano, se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia en el año 1939, como parte de la Secretaría de Educación Pública. Este proyecto funda las ideas modernas de la Nación en dos aspectos: se nacionaliza la fuente de riqueza energética para el progreso y se individualiza a México por la vía del orgullo de su herencia prehispánica. A partir de la fundación del INAH, se le confieren personalidad jurídica y patrimonios propios. Dicha entidad fue el motor para la creación en 1940 de la Escuela Nacional de Antropología (ENAH),⁴² institución dedicada a la formación de arqueólogos y antropólogos.

Guatemala

El Museo Nacional de Guatemala es una institución que deriva de otra de origen colonial que data de 1797. En 1946 se funda el Instituto de Antropología e Historia, al cual se le asignaron como atribuciones: «El mejoramiento de la organización y administración de los museos».⁴³ La creación

⁴⁰ Ver al respecto la comunicación epistolar de P. Henning (Hernández Pons en este número), quien en su visita a El Salvador en 1915 escribe al Museo Nacional de Antropología de México descartando la posibilidad de adquirir una colección etnográfica procedente de El Salvador, por el alto grado de mestizaje de la población. Esta es una clara perspectiva esencialista respecto a los materiales etnográficos de El Salvador, pues pretende coleccionar solamente objetos indígenas «puros».

⁴¹ Período de la administración de Porfirio Díaz.

⁴² Julio César Olivé Negrete, «El Instituto Nacional de Antropología e Historia,» en *INAH: Una historia*, eds. Julio César Olivé Negrete y Boly Cottom (México: INAH 2003), 33-35.

⁴³ Max Araujo, *Breviario de legislación cultural* (Asociación en Guatemala de Amigos de la UNESCO, 2009), 21.

del Instituto le confiere a dicha entidad la coordinación de los organismos que para ese momento controlaban los bienes arqueológicos, y también el inicio e impulso de estudios etnográficos y folklóricos y la profundización de la investigación histórica. La formación profesional de arqueólogos en Guatemala está ligada a la creación de la Escuela de Historia en la Universidad de San Carlos, una escisión de la Facultad de Humanidades que tiene efecto a mediados de la década de 1970.

Honduras

El Instituto Nacional de Antropología e Historia es creado vía decreto en 1952, pero su creación no derivó en la formación profesional en arqueología en sus universidades. A la fecha sus arqueólogos se forman en el extranjero.

Nicaragua

El Museo Nacional de Nicaragua es fundado por el Dr. David Joaquín Guzmán en 1891. Nicaragua inicia la formación de arqueólogos a nivel local en el año de 1996, a través del programa de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, con apoyo de la Universidad Autónoma de Barcelona.⁴⁴

Costa Rica

El Museo Nacional de Costa Rica se funda en el año 1887 y no es hasta 1975 que la Universidad de Costa Rica ofrece la carrera de Antropología con énfasis en Arqueología. En 2005 se introduce una Maestría en Antropología con énfasis en Arqueología.⁴⁵

El Museo Nacional del Salvador

El Gobierno presidido por el Dr. Rafael Zaldívar dictó el decreto ejecutivo del 9 de octubre de 1883, por medio del cual se fundó en San Salvador el Museo Nacional del Salvador. Se nombró como su director al intelectual salvadoreño Dr. David Joaquín Guzmán. La creación del Museo Nacional se justificó con frases como la siguiente: «...fomentar los intereses económicos e intelectuales de la República».⁴⁶

Luego de su constitución, El *Diario Oficial del Salvador* publicó varias veces el siguiente anuncio:

MUSEO NACIONAL

Teniendo conocimiento de que muchas personas poseen algunos objetos antiguos de importancia para el estudio y formación de la historia de los aborígenes del Salvador, el infrascrito hace saber que el instituto del

⁴⁴ Luis Gonzalo Jaramillo E., *Arqueología en Latinoamérica* (Universidad de Los Andes, 2008).

⁴⁵ Mauricio Murillo Herrera, «Estado actual y perspectivas de investigación arqueológica en territorio costarricense,» en *Arqueología en Latinoamérica*, Luis Gonzalo Jaramillo E. (Universidad de Los Andes, 2008), 41.

⁴⁶ *Diario Oficial* 239, 1883: tomo 15.

Museo Nacional recibe en sus colecciones dichos objetos abonando por ellos el valor correspondiente. También excita el patriotismo de todos los que procuran el progreso del país para que donen aquellos objetos, que sin representar un valor comercial, lo tienen histórico y de interés para la ciencia y el arte.

San Salvador, Mayo 26 de 1884

D.J. Guzmán, Director⁴⁷

El museo expondría productos minerales, botánicos, zoológicos y manufacturados, con una sección de antigüedades, historia y bellas artes. A cien años de su fundación, el Museo Nacional de Antropología lleva el nombre de su primer director, y desde el año 2006 se le conoce con las siglas MUNA.

Hasta el presente, no han existido condiciones propicias para la fundación de un Instituto Salvadoreño de Antropología e Historia. En algunos países vecinos como México y Guatemala a la creación de los

institutos de antropología le siguieron las carreras profesionales. Hacia 1960 existió una propuesta de creación de un Instituto de Antropología e Historia, pero dicha institución no llegó a materializarse.⁴⁸

7. Sobre los arqueólogos como actores

Es poco lo que podemos decir todavía de la vida de los actores principales del desarrollo de la arqueología en El Salvador. La formación empírica de muchos entusiastas, entre ellos muchos expoliadores del patrimonio arqueológico, marcó la praxis arqueológica en el país por décadas, creando costumbres y códigos sociales en torno a esta práctica que todavía existe en el imaginario de generaciones mayores.

A finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, los investigadores salvadoreños David Joaquín Guzmán, Darío González,⁴⁹ Santiago Ignacio Barberena,⁵⁰ Leopoldo Rodríguez,⁵¹ Atilio Peccorini,⁵² Antonio Sol⁵³ y Jorge Lardé y Arthés,⁵⁴ incursiona-

⁴⁷ *Diario Oficial*. Tomo 16. 26 de mayo de 1884. n.º 126, 514.

⁴⁸ Fabricio Valdivieso, «Remembranzas de un departamento de arqueología con los primeros arqueólogos formados en El Salvador»: 77.

⁴⁹ Darío González, *Geografía de la América Central* (Okland, Cal. U.S.A.: Pacific Press Publishing Company, 1896). Documento escrito a solicitud del general José María Reyna Barrios, presidente de la República de Guatemala. El salvadoreño Dr. Darío González, uno de los grandes intelectuales de Centroamérica de su época, elaboró el primer croquis de un sitio arqueológico prehispánico en El Salvador. Se trata del sitio Tehuacán en San Vicente, además de visitar otros sitios.

⁵⁰ Santiago Ignacio Barberena, *La Historia de El Salvador*, 2 tomo (El Salvador: Imprenta Nacional, 1914).

⁵¹ Leopoldo Rodríguez, *Estudio geográfico, histórico, etnográfico, filológico y arqueológico de la república de El Salvador* (México: Antigua Imprenta de Murgía, 1912).

⁵² Atilio Peccorini, «Algunos datos sobre la arqueología de la República El Salvador,» *Journal de Société des Americanistes de Paris* 10(1) (1912): 173-180.

⁵³ Antonio Sol, «Informe sobre las ruinas de Cihuatán,» *Revista del Departamento de Historia* 1 (San Salvador, 1929): 19-23.

⁵⁴ Jorge Lardé Arthés, «Índice provisional de los lugares del territorio de Salvadoreño en donde se encuentran Ruinas y otras objetos de interés arqueológico,» *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1 (3-6) (San Salvador, 1926): 213-221.

ron en investigaciones sobre el pasado prehispánico, tanto con campañas de campo como documentales. Actualmente se conocen los escritos y las ponencias derivadas de las investigaciones de estos intelectuales de la sociedad salvadoreña, pero poco se conoce sobre sus iniciativas personales como actores en la arqueología nacional.

Hacia mediados del siglo XX, Stanley H. Boggs se convirtió en un referente obligado de la arqueología salvadoreña. A su muerte, el arqueólogo Willys Andrews V.⁵⁵ escribió una semblanza sobre quien es considerado *el padre de la arqueología salvadoreña*. Boggs estuvo afiliado a la institución Carnegie de Washington, que como hemos dicho, financió a principios del siglo XX un programa multimillonario de investigaciones en el área maya,⁵⁶ y por un breve período trabajó en Guatemala (1946-1947) en los proyectos de investigación y restauración de Zaculeu, patrocinados por la *United Fruit Company*. Sus archivos de investigación permanecen en gran parte en el MUNA,⁵⁷ pero un acervo importante se encuentra también en la Middle American Research Institute, Tulane, y un acervo más modesto en el Museo Peabody de Harvard.

8. El arranque tardío de la formación profesional en arqueología en El Salvador

Como ha sido expuesto por Escamilla y Fowler,⁵⁸ Erquicia⁵⁹ y Valdivieso⁶⁰ los últimos 15 años marcan el inicio de una disciplina arqueológica a nivel nacional. La formación profesional de arqueólogos salvadoreños en el país inicia después de la firma de los Acuerdos de Paz (ver tablas 1 y 2). Durante esos 15 años existe un creciente posicionamiento de la disciplina en el ámbito nacional a través de la interacción de universidades y entes estatales, pero también a través de las propias dinámicas profesionales que se han gestado. Existe ya una generación que cuenta con estudios de posgrado en programas de antropología de universidades extranjeras. En 2005 se inaugura el primer congreso centroamericano de arqueología en El Salvador, espacio bianual que reúne académicos de diversos ámbitos e instituciones de la región. Recientemente se han desarrollado esfuerzos arqueológicos orientados hacia los periodos colonial, republicano y

⁵⁵ E. Willys Andrews V., «Stanley Harding Boggs 1914-1991,» *American Antiquity* 61 (I) (1996): 5741.

⁵⁶ Weeks y Hill (compiladores), *The Carnegie Maya: the Carnegie Institution of Washington Maya research program, 1913-1957*.

⁵⁷ MUNA: Museo Nacional de Antropología de El Salvador.

⁵⁸ Marlon Escamilla y William Fowler, «Práctica y conducta de la arqueología salvadoreña durante los últimos 25 años: el inicio de una arqueología nacional» (Memorias del XXV Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, 2011).

⁵⁹ Heriberto Erquicia, «A quince años de la formación de arqueólogos en El Salvador, 1995-2010. Perspectivas y desafíos» (Memorias del XXV Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, 2011, 2012). Además en Erquicia, «La enseñanza de la arqueología en El Salvador. Un breve bosquejo.»

⁶⁰ Fabricio Valdivieso, «Remembranzas de un departamento de arqueología con los primeros arqueólogos formados en El Salvador»: 77.

contemporáneo, incluyendo la arqueología industrial y subacuática.

A partir del año 2009, el Estado salvadoreño abrió más plazas para arqueólogos, absorbiendo recién graduados y estudiantes avanzados. Las nuevas generaciones de investigadores, entre los cuales surgen los arqueólogos salvadoreños formados en El Salvador, deben entenderse a la luz de los fenómenos sociales de fines del siglo XX, es decir, estos se forjaron a fines de la guerra civil y durante todo el período de la posguerra. El estancamiento de las décadas del setenta y el ochenta son propios de fenómenos sociales engendrados por la guerra civil,

y por fenómenos naturales, como el cierre total del Museo Nacional de Antropología después de 1986, debido al terremoto de octubre. En 1992, luego de la firma de los Acuerdos de Paz, la arqueología estatal estaba en condiciones de olvido, y desde entonces ha experimentado un resurgimiento.⁶¹ En ese contexto es que el traspaso de conocimientos y relevos generacionales, comunes en otros países de la región, se vieron limitados en El Salvador. De este modo, las nuevas generaciones han forjado sus rutas académicas y modos de vida, lo que ha permitido abrir brechas donde a menudo no había por donde caminar.

Tabla 1. Tesis de grado de Licenciatura en Arqueología, Universidad Tecnológica de El Salvador, 2000-2013

No.	Año	Título de tesis	Autores/as
1		La Estructura Q-40: Un Templo Quemado En La Antigua Ciudad de Cihuatán	Cabrera, Edgar
2	2013	Análisis de la cerámica copador procedente de cuatro sitios arqueológicos de la fase Payu del occidente y centro de El Salvador: Tazumal, Joya de Cerén, San Andrés y Madreselva	Alfaro Moisa, Claudia
3	2013	Análisis comparativo del patrón de asentamiento para los sitios arqueológicos prehispánicos San Jorge y Las Aradas, Santa Ana, El Salvador, C.A.	Herrera, Rocío
4	2012	Análisis de la obsidiana de los entierros 20, 31 y 32 del sitio arqueológico la Cuchilla, Chalchuapa	Alvarado Hernández, Julio César
5	2012	Arqueología, patrimonio y educación: una propuesta didáctica para la integración del recurso museístico en la educación formal en El Salvador	Consuegra Premper, Karen Trinidad; Albayero García, María Sofía

⁶¹ Los trabajos que hacen historia de las investigaciones arqueológicas en El Salvador a menudo se refieren al período comprendido por los últimos años de la década del sesenta como un momento de auge en la arqueología de El Salvador. En este tiempo se desarrollan dos grandes proyectos inspirados por la arqueología procesual anglosajona (nueva arqueología), financiados por universidades extranjeras. Uno en el oriente del país y otro en el occidente. Estos proyectos son fundadores de propuestas de secuencias de ocupación humana longevas y hasta la fecha son las columnas vertebrales de los trabajos cerámicos en el país.

6	2012	Estructuras de planta circular prehispánicas en El Salvador	Morán Hernández, Carmen Margarita; Ramos Iglesias, Luisa Massiel
7	2012	Estudio de concheros en el Golfo de Fonseca, por medio del análisis de los restos de moluscos en el sitio arqueológico El Chiquirín, La Unión, El Salvador	Camacho Mayorga, Oscar Antonio
8	2011	Estudio del material cerámico asociado con los entierros encontrados en el sitio arqueológico El Chiquirín, cantón Punta Chiquirín, departamento de la Unión, El Salvador	Mira Toledo, Rhina Michelle
9	2011	Procesos de preparación de alimentos en la cocina de Joya de Cerén. Interpretación desde una concepción materialista de la historia	Arévalo Ayala, Miguel Francisco
10	2010	Investigaciones arqueológicas en la zona oriental de El Salvador (1992-2007): aproximación a su naturaleza y causalidad	Torres Aguirre, Eulises Oscar Alfredo
11	2010	La agricultura en el sitio el cambio: un estudio de las improntas agrícolas del preclásico en El Salvador	Soto Galindo, Paulo Francisco
12	2009	El entierro preclásico ECI *8A extensión - a* temporada 2006/07 del sitio arqueológico el cambio valle de Zapotitán, San Juan Opico, La Libertad	Chávez Servano, Hugo Iván
13	2009	Clasificación de las figurillas cerámicas del período preclásico de los sitios Casa Blanca y Laguna Cuzcachapa, Chalchuapa, El Salvador.	González Argumedo, Diego Fernando.
14	2009	Sellos prehispánicos de El Salvador: ensayo de aproximación a sus formas y su clasificación	Menéndez Morales, Lillian Verónica.
15	2008	Estudio de reinterpretación de la piedra de las victorias o monumento 12, de la zona arqueológica de Chalchuapa, El Salvador	Baxter Giammattei, George Charles.
16	2008	Presencia del malacate en la producción textil artesanal salvadoreña	Mena Jandres Palomo, Gloria Armida
17	2008	Análisis del depósito de obsidiana registrado al lado sur de la estructura 5 del sitio arqueológico Casa Blanca, zona arqueológica de Chalchuapa	Perdomo Barraza, Juan Marcelo

18	2006	Análisis tipológico-descriptivo del material cerámico del sitio arqueológico Finca Rosita, Santa Ana, El Salvador	Méndez Arévalo, Miriam Lourdez
19	2006	Fechamiento de los entierros, a través de análisis cerámico y osteológico, registrados en el sector Tacuscalco/Ruiz del sitio arqueológico Tacuscalco-Los Cerritos, Nahulingo, Sonsonate, El Salvador.	Moran Gonzalez, Liuba Joselyn
20	2001	Patrones de enterramiento del Templo Colonial Santiago Apóstol, Chalchuapa	Ramírez Mendoza, Claudia Abigail.
21	2000	La casa de un conquistador español en el siglo XVI : la estructura 6f1 de Ciudad Vieja	Gallardo Mejía, Francisco Roberto.
22	2000	Metates de El Salvador	Valdivieso Suárez, Claudio Fabricio.
23	2000	Fechamiento de la toba San Andrés a través del análisis cerámico pre y por erupción del Boquerón. Sitio el Chahuite, Zapotitán.	Escamilla Rodríguez, Marlon Vladimir
24	2000	Los depósitos subterráneos del periodo Preclásico en El Salvador	Erquicia Cruz, José Heriberto

Fuente: Biblioteca de la UTEC

Tabla 2

Arqueólogos nacionales empleados en la Secretaría de Cultura de la Presidencia de El Salvador (2013)

No.	Nombre	Dirección
1	Roberto Gallardo Mejía	Museo Nacional de Antropología
2	Miriam Méndez	Dirección de Arqueología
3	Julio César Alvarado	Dirección de Arqueología
4	Michelle Mira Toledo	Dirección de Arqueología
5	Oscar Camacho Mayorga	Dirección de Arqueología
6	Hugo Díaz Chávez	Dirección de Arqueología
7	Claudia Alfaro Moisa	Dirección de Registro y Bienes Culturales
8	Hugo Iván Chávez	Dirección de Registro y Bienes Culturales
9	Liuba Joselyn Morán	Dirección de Registro y Bienes Culturales

Fuente: Elaboración propia

9. Conclusiones

En esta discusión hemos abordado varios puntos relacionados a la compleja relación entre las categorías de pasado histórico, Estado y patrimonio cultural. Lo hemos hecho en el marco de los debates académicos promovidos por la reciente propuesta de conformación de una ley nacional de cultura. A nuestro juicio, las ideas de lo nacional hacen parte de esta discusión y necesitan ser explicitadas para orientar el debate futuro.

Nos propusimos construir una biografía crítica de la arqueología salvadoreña con el fin de aportar una óptica diferente con respecto a trabajos previos, cuyo énfasis es la periodización de los proyectos de investigación y sus resultados. Hemos explorado las primeras décadas del siglo XX para mostrar cómo se han modelado las ideas de Nación en El Salvador, y cómo las nociones del pasado indígena han jugado roles secundarios en dicha construcción. A partir de estos datos, describimos un panorama de la arqueología nacional contrastada con la de los países vecinos.

Con el fin de explorar la relación entre pasado histórico, Estado y patrimonio cultural esbozamos cuatro puntos nodales: 1) arqueología y proyecto nacional; 2) desarrollo institucional de la arqueología en El Salvador; 3) los arqueólogos como actores en la construcción del discurso sobre el pasado; 4) los proyectos arqueológicos que definen la praxis de la disciplina en el país. De estas cuatro unidades de análisis, solo las dos primeras fueron abordadas en este escrito.

Los resultados de ese abordaje ponen de relieve el papel secundario de las ideas del pasado indígena en la conformación del imaginario nacional. En la búsqueda de los aportes a esta construcción, logramos ubicar diversos esfuerzos de intelectuales de fines del siglo XIX e inicios del XX. Dichos esfuerzos buscaron dotar a la Nación de un carácter cultural basado en la pureza del alma indígena, proyecto que se conjugó con la necesidad de diferenciar a la Nación de las naciones vecinas. Sin embargo, ese ideario se vio obstaculizado por diferentes razones. Una de ellas puede ser la configuración de identidades de clase que fueron decisivas para escribir la historia cultural del siglo XX. De esta manera, creemos que la adscripción de El Salvador al Instituto Indigenista Interamericano a inicios de la década de 1940 debe ser contextualizado adecuadamente. Luego de una depresión económica y de una represión armada contra obreros asalariados de tradición indígena, el Gobierno nacional le apuesta a una época de fecunda promoción del ideario nacional a partir de la literatura, la pintura, el folclor y, finalmente, la arqueología. A pesar de las tempranas incursiones de investigadores nacionales e internacionales por aproximarse a la investigación arqueológica dentro de los límites de la frontera nacional salvadoreña, podemos decir que la investigación científica inicia entre los años cuarenta y los sesenta del siglo XX, con los aportes de arqueólogos extranjeros. A la fecha, la Universidad de El Salvador no ha logrado impulsar la formación de arqueólogos. El programa de formación

de arqueólogos salvadoreños se gesta en las universidades privadas, y data de mediados de la década de los noventa.

Las ideas de patrimonio cultural, actualmente de curso legal, se desprenden de los criterios establecidos en tratados y declaraciones internacionales. Sin embargo, creemos importante notar que en la práctica, la tradición patrimonialista en El Salvador también se ha nutrido de la noción de «tesoro», categoría creada desde las élites criollas, y que ha dejado un lastre permanente en la praxis arqueológica a nivel nacional.

Contrario al desarrollo de otros países vecinos, la creación del Museo Nacional de Antropología en San Salvador no derivó en la formación de profesionales en historia, arqueología y antropología, tampoco en un aparato burocrático que asumiera un papel relevante en la defensa de sitios, monumentos y demás restos materiales del pasado.

Creemos que estos antecedentes son relevantes para encarar las discusiones sobre legislación cultural en El Salvador. A

inicios del siglo XXI, notamos los siguientes hechos que describen la ambigua relación del Estado con su pasado indígena: 1) las políticas estatales hacia los indígenas son casi inexistentes; 2) el MUNA no cumple y no ha cumplido su papel como formador de una idea de Nación; 3) no existe formación profesional en la universidad estatal; 4) la institucionalidad estatal sobre patrimonio prehispánico es reducida.

Es notoria la instrumentalización de parte del Estado de los símbolos indígenas en referencia al pasado a conveniencia de la coyuntura. El Estado continúa la inercia de un discurso contradictorio; y reconocer esto es importante para pensar en otras formas de abordar los problemas de aquí en adelante. Por lo tanto, una nueva praxis arqueológica debe desterrar las inercias de esa política incoherente y buscar alternativas desde un mejor entendimiento de las categorías de pasado histórico y patrimonio en relación con el Estado nacional.



Un acercamiento crítico al fenómeno del saqueo, el comercio de bienes culturales y el coleccionismo

FABRICIO VALDIVIESO
University of British Columbia, Canadá

Resumen

El saqueo de sitios arqueológicos, el comercio de bienes culturales y el coleccionismo es un fenómeno que estará estrechamente vinculado con intereses, necesidades locales y la idiosincrasia. La presencia académica o científica en las comunidades y las instituciones del Estado juegan un rol importante en la mitigación de este fenómeno. El presente estudio evalúa el fenómeno, y para ello toma como muestra la localidad de San José Guayabal en El Salvador, una zona rica en hallazgos arqueológicos y carente de programas de desarrollo basados en la cultura, tal y como sucede en muchas otras regiones del país. El saqueo de sitios puede ser entendido como una necesidad local, dirigida a suplir prioridades económicas en donde los Gobiernos y leyes ejercen poca influencia. De este modo, el comercio de bienes culturales merece un análisis minucioso hacia la realidad que valida la existencia de dicho comercio y la relación que existe entre la comunidad y los sitios arqueológicos. Este artículo pretende explicar las circunstancias que originan las compilaciones de material arqueológico y sus diferentes manifestaciones, tales son los *coleccionistas activos* y los *coleccionistas históricos*. Ambos tipos de coleccionistas son el resultado de realidades derivadas del valor que la sociedad otorga al artefacto arqueológico y al manejo institucional de la cultura a lo largo de la historia, así como de las circunstancias de desarrollo actuales dentro de las comunidades de las que proceden las piezas. Se discute en este apartado el uso de los términos que han validado la existencia de una pieza en manos privadas partiendo de su procedencia, ya sea esté reconocida como hallazgo fortuito o rescate particular de material, tras lo que otros llamarían saqueo.

Palabras clave: patrimonio, saqueo, coleccionismo, arqueología, destrucción

Abstract

The looting of archaeological sites, trade of cultural property and collecting is a phenomenon that is closely linked to local interests and idiosyncrasies. The influence of academic or scientific communities and state institutions play an important role in mitigating this phenomenon. This study assesses the phenomenon taking as an example the town of San Jose Guayabal in El Salvador, an area rich in archaeological findings yet lacking in developmental programs based on culture, as happening in many other regions of the country. The looting of sites can be understood as a local need interested in meeting economic priorities where governments and laws have little influence and effect. Thus, the trade of

cultural property deserves careful analysis in the facts that validate the existence of such trade and the relationship between communities and the archaeological sites. This article aims to explain the circumstances that trigger compilations of archaeological material and its different manifestations, such as *active collectors* and *historical collectors*. Both types of collectors are the result of the values that society grants to the archaeological artifacts. But this result is also due to how cultural research management (CRM) has been working throughout history, as well as the circumstances of current development within the communities of which this material comes from. This section discusses the uses of terms, which have validated the existence of archaeological collections in private hands, either recognized as serendipity, or a particular rescue, after what others would call looting.

Keywords: heritage, looting, collecting, archeology, destruction.

El manejo del patrimonio, o el propio concepto de lo que denominamos o entendemos como *patrimonio* visto desde las esferas gubernamentales o consejos académicos, allá desde los escritorios en las oficinas capitalinas como parte de un sistema de manejo centralizado, dista mucho de la realidad que se vive en las comunidades campesinas y rurales al interior del país y de los conceptos que muchos campesinos otorgan al material arqueológico. He ahí un punto con mucha tela que cortar.

Un minúsculo y accidental hallazgo arqueológico podría ser motivo suficiente para activar la devastación de sitios arqueológicos y generar el comercio ilícito del patrimonio. En base a la anterior tesis, se discute aquí el lugar que toma la arqueología frente al diario vivir de la población y sus prioridades de desarrollo. En un mundo sin escuelas y carente de servicios básicos, el artefacto arqueológico llega a ser considerado una solución económica inmediata.¹ El concepto que esta pieza representa en ciertos contextos rurales dista mucho del valor científico y educativo percibido en otros espectros de la sociedad y la academia.² El presente estudio pretende dar una explicación al fenómeno del saqueo, al coleccionismo y la explotación del recurso arqueológico en esos lugares en donde los Gobiernos y académicos rara vez han puesto interés formal. La relación que existe entre los recursos patrimoniales

¹ Roger Atwood, *Stealing History: Tomb Raiders, Smugglers, and the looting of the Ancient World*; David Browning, *El Salvador, la tierra y el hombre* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1982); Christian E. Downum, Laurie J. Price, «Applied Archaeology,» *Human Organization* 58, n.º 3 (1999): 226-238; The Economist, «Poverty,» *The Economist (US)* 391, n.º 8628 (2009): 97; Susan L. Henry, *Protecting Archaeological Sites on Private Land* (National Park Service. Honolulu, Hawái: University Press of the Pacific, 1993). William D. Lipe, «Value and Meaning in Cultural Resources. A Comparative Study of World Cultural Resource Management System,» en *Approaches to the Archaeological Heritage*, ed. Henry Cleere, 1-11 (Cambridge University Press, 1984); Jeremy A. Sabloff, *Archaeology Matters: Action Archaeology in the Modern World* (Left Coast Press, Inc. CA, 1996); Michael Shanks, Christopher Tilley, *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice* (London and New York: Routledge, 1992); Karen D. Vitelly, K. Anne Pyburn, «Past Imperfect, Future Tense: Archaeology and Development,» *Nonrenewable Resources* 6, n.º 2 (1997): 71-84.

² Susan L. Henry, *Protecting Archaeological Sites on Private Land* (National Park Service. Honolulu, Hawái: University Press of the Pacific, 1993). William D. Lipe, «Value and Meaning in Cultural Resources. A Comparative Study of World Cultural Resource Management System,» en *Approaches to the Archaeological Heritage*, ed. Henry Cleere, 1-11 (Cambridge University Press, 1984).

y las comunidades rurales es un tema que demanda estudios muy particulares, como parte de los programas de desarrollo, protección del patrimonio y la búsqueda de un adecuado manejo del mismo. Como ejemplo de este fenómeno se toma como muestra la región de San José Guayabal, una población rural rica en arqueología, pero sin programas de desarrollo basados en su legado patrimonial. Redactar el presente ensayo requirió incursionarse en la población que convive con estos recursos arqueológicos.

El recorrido por San José Guayabal es un acercamiento a una realidad poco discutida, que permite una observación crítica de la visión o concepto de sus habitantes hacia el patrimonio de la zona. Esta manera local de entender el patrimonio influirá en la existencia o destino del referido legado. Se trata de una temática que parte de la observación del *modus vivendi* de la población y sus necesidades de subsistencia.

Todo fenómeno tiene un punto de inicio que requiere ser evaluado. El negocio del patrimonio y la destrucción de un sitio tendrán un detonante estrechamente vinculado con la misma necesidad local, la cual contrasta con la manera en que funciona y ha funcionado el sistema estatal para la protección y manejo del patrimonio. De este modo, el presente estudio reconoce un punto de partida para el fenómeno del

coleccionismo, el comercio del patrimonio y factores claves que hacen vulnerable un sitio arqueológico. Estos factores crean en las localidades conceptos propios para el aprovechamiento de estos recursos, fuera de la ley que les protege y lejos de cualquier Gobierno que les controle. Partiendo del reconocimiento de estos puntos de origen se espera, con este aporte, generar un insumo para futuras propuestas o proyectos con miras a la protección y aprovechamiento de los sitios arqueológicos y la formulación de programas de desarrollo para las áreas rurales.

¿Hallazgo fortuito o saqueo?

Son muchas las historias que se dicen sobre hallazgos arqueológicos, y habrá algunas que en ocasiones combinen la fantasía con la realidad, desde el embrujo mítico de la olla con monedas de oro enterrada por fulano cerca de algún árbol de amate en una época sin fecha hasta el real hallazgo de vasijas durante el arado mientras el campesino siembra. Los dos ejemplos anteriores muchas veces desencadenan en la búsqueda de evidencias arqueológicas a mayores escalas, y en ocasiones ejecutadas por personas ajenas a la localidad.³

La mayoría de piezas resguardadas en colecciones privadas e incluso muchas otras resguardadas en nuestros museos nacionales

³ Como ejemplo se recomienda consultar los informes siguientes: Paul E. Amaroli, «Informe 1. La urgencia de comprar el sitio arqueológico Las Marias,» *FUNDAR*, 2000, acceso el 11, nov., 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>. Paul E. Amaroli, «Reconocimiento y evaluación del sitio arqueológico El Cajete,» *FUNDAR*, 1983, acceso el 11, nov., 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>. Paul E. Amaroli, «Informe sobre el sitio arqueológico Igualtepeque y las amenazas que enfrenta,» *FUNDAR*, 2006, acceso el 9 de nov. de 2012, <http://fundar.org.sv/referencias.html>

proviene de hallazgos casuales y saqueos.⁴ Todas estas piezas guardan consigo el relato que dio origen a su existencia dentro de cada una de las colecciones, lo mismo que sin duda habrá incurrido en la destrucción irreversible de algún sitio arqueológico. Muchas de estas piezas representan historias aún no escritas, siendo un testimonio silencioso de una época en un país sin ley para el cuidado de su patrimonio.

Dentro de la colección nacional de arqueología en El Salvador parece irónico el hecho de que las piezas más excéntricas no provengan de excavaciones arqueológicas, mientras que el grueso de la misma proviene de donaciones privadas. Otra parte del material arqueológico incluso proviene de compras realizadas por antiguos Gobiernos a distribuidores de piezas durante casi todo el siglo XX.⁵ Su procedencia es encubierta entre calificativos aún confusos, llámesele «hallazgo fortuito» o llámesele «saqueo». En lo personal, considero que el significado del saqueo inicia donde termina el hallazgo fortuito. La distinción entre estos dos términos, *saqueo* y *hallazgo fortuito*, y las consecuencias provocadas por cada uno de estos incidentes es lo que propicia el destino de cada pieza y el devenir en cada uno de los sitios arqueológicos intervenidos.

Es claro que ambos incidentes acontecen en dos atmósferas distintas, por autores

que difieren en su interés. El saqueo y los hallazgos fortuitos parecen ser dos caras de una misma moneda, ya que los dos implican la alteración de un sitio arqueológico sin fines científicos, aunque con importantes diferencias: el hallazgo fortuito es un incidente coincidente y el saqueo es provocado.

Un claro ejemplo de este dilema es percibido en un artículo publicado en la *Revista Dominical* de *La Prensa Gráfica*, sobre el supuesto «desvalijamiento» del patrimonio arqueológico en la región de San José Guayabal, en el departamento de Cuscatlán, incluyendo al caserío Loma Chata, jurisdicción de Suchitoto.⁶ Dicho reportaje periodístico señala que el patrimonio arqueológico de la zona se encuentra a merced del «mejor postor», lo cual involucra a todos sus habitantes, incluyendo a la alcaldía de San José Guayabal. Esto da espacio para preguntarse si en realidad sus habitantes conocen de arqueología y la localización de sitios arqueológicos bajo el subsuelo. ¿Será en realidad que el conocimiento de sitios en la región suena como cantos de sirena para atraer saqueadores? Sin duda lo que nosotros entendemos como arqueología, para otros más apartados, aquellos que viven lejos de los libros, o ajenos al internet y a la tecnología que proporciona el mundo moderno, la arqueología no será más que una palabra sin forma. La arqueología yace entre ellos y

⁴ Ver Stanley H. Boggs, *Panorama cultural Museo Nacional David J. Guzmán* (Dirección de Publicaciones, 1974); Museo Nacional Dr. David J. Guzmán, *Museo Nacional Dr. David J. Guzmán* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1986); Fabricio Valdivieso, «La institucionalización de la arqueología salvadoreña. Bosquejo histórico en el desarrollo de esta rama en El Salvador,» Departamento de Arqueología, CONCULTURA, 2008.

⁵ Un estudio complementario a este punto se encontrará en Valdivieso, «La institucionalización de la arqueología salvadoreña. Bosquejo histórico en el desarrollo de esta rama en El Salvador.»

⁶ Nátali González, «Yacimiento desvalijado,» *La Prensa Gráfica*, 3 de febrero de 2008.

bajo su suelo sin que ellos lo comprendan, en el sentido formal del término.

Pero, volviendo al artículo publicado en uno de los medios periodísticos más reconocidos de nuestro país, este propició organizar en coordinación con el alcalde de San José Guayabal, Ing. Mauricio Vilanova, un recorrido en el área y así corroborar la existencia de saqueos arqueológicos que atentaran contra la integridad de los sitios, al tiempo en que se confirmase de primera mano la existencia de comercio ilícito de bienes arqueológicos, tal y como se detalla en el informativo.

San José Guayabal, un estudio en campo

A continuación, se pretende narrar de modo práctico un recorrido muy similar a muchos otros realizados en diferentes zonas del país, para compartir la experiencia y permitir una visión hacia una realidad generalizada de la arqueología en el área rural. Con esta experiencia y muchas que podrán narrarse en un futuro, el lector tendrá una herramienta de juicio para entender el contexto en el cual se suscita un hallazgo fortuito y lo que esto conlleva.

El recorrido fue realizado con fecha 5 de febrero de 2008. El trayecto incluyó entrevistas con lugareños, observación del material arqueológico reportado, revisión de sitios arqueológicos con previa ficha de registro y actualización fotográfica de los mismos. Este recorrido permitió también añadir nuevos sitios al registro oficial de sitios arqueológicos, ahora resguardados

en el Departamento de Arqueología de la institución de Gobierno, y así confirmar su estado de conservación. Dejamos pendiente la ubicación precisa de los sitios con coordenadas GPS y levantamientos arquitectónicos, así como designación de áreas de influencia y amortiguamiento de cada yacimiento y el establecimiento de brechas temporales. Lo anterior podrá precisarse mediante futuras excavaciones arqueológicas, mismas que proporcionarían un reconocimiento de estratos e información más puntual.

La primera observación la obtenemos en el sector conocido como *Loma Chata*, a menos de dos kilómetros de San José Guayabal, una zona que aunque pertenece al municipio de Suchitoto, sus pobladores se identifican más con San José Guayabal por su cercanía, según se logró constatar.

Loma Chata es registrada con ficha 22-19 en los cuadrantes del Departamento de Arqueología de la Secretaría de Cultura, sin fecha. En dicha ficha se advierte que el área contiene concentración de material en superficie y sin indicar la existencia de montículos. Como un pequeño antecedente, Loma Chata fue una hacienda con aproximadamente 140 manzanas. La pregunta inicial es ¿dónde se localiza el referido sitio dentro de estas 140 manzanas? Ahora en día, este sector es dividido en varias propiedades y constituye un caserío.

La primera estación en este sector fue realizada en el sector suroeste del referido caserío, en donde los habitantes asumen la existencia de montículos y dan fe de la presencia de material arqueológico en

superficie y hallazgos eventuales de piezas en el área. El propietario es el Sr. Rutilio Landaverde, cuyo terreno alcanza las dos manzanas, divididas por una calle rural. Actualmente, es ocupado para la plantación de maíz. Dicho terreno lo conforma una pequeña meseta, la cual forma parte de la geografía accidentada del volcán de Guazapa, localizado a pocos kilómetros hacia el Norte. Dentro de la propiedad efectivamente se perciben dos pequeñas elevaciones que dan la apariencia de montículos. Por el área se distribuyen diversas concentraciones de rocas de regular tamaño y tobas.

De este modo se inspeccionaron los referidos montículos logrando percibir fragmentos cerámicos en baja densidad, incluyendo bordes, asas y cuerpos de vasijas carentes de decoración y engobe. Este material yace en superficie, removido por el arado e ignorado por quienes trabajan la zona. Lo anterior permite considerar la existencia de un sitio arqueológico doméstico, posiblemente una pequeña aldea, cuyas casas debieron ser elaboradas de materiales perecederos. Sin embargo, la creencia de un sitio mayor aumenta al observar las dos pequeñas elevaciones localizadas en el sector sur de la propiedad.

Al evaluar detenidamente el rasgo, el arqueólogo encontrará con cierta decepción que estas elevaciones corresponden a formaciones naturales, las cuales dan lugar a la especulación para quienes buscan un sitio arqueológico grande. Esta especulación puede darse cuando se asocian las elevaciones con el material en superficie.

No obstante, las elevaciones conforman rocas ígneas, cuyo tamaño alcanza hasta tres metros de diámetro. Lo anterior hace imposible que un arqueólogo lo catalogue como estructura, más bien es un trabajo para un geólogo.

En otros sitios de nuestro país muchas de las pequeñas elevaciones que suelen verse en algunos llanos se asemejan a pequeños montículos, como el caso de algunos supuestos sitios en el valle de Zapotitán, que corresponden a bombas o rocas arrojadas por algún volcán cercano. Estas concentraciones fueron paulatinamente enterradas por la acción vegetativa, tal y como sucede con las estructuras prehispánicas, hasta convertirlas en montículos. Se ha dado el caso que algunos de estos falsos sitios han sido excavados por la codicia de saqueadores, que, sin lugar a dudas, se han llevado la decepción de encontrar no más que piedra y polvo.

Volviendo a Loma Chata, según algunos colonos, eventualmente se han encontrado cabecitas de figurillas al oeste de la propiedad. Los habitantes les llaman «muñequitos de barro». En la Casa de la Cultura de San José Guayabal se logra observar una de aquellas figurillas encontrada en el área, la cual es muy semejante a las figuras recuperadas por arqueólogos en la zona central y oriental del país, datadas para el período clásico. De darse el caso, este tipo de figurillas puede indicar correspondencia a un sitio del referido período en Loma Chata, aunque la mayor parte de sitios arqueológicos de la zona de Guazapa corresponden al período Posclásico temprano, incluyendo

sitios de primer orden para esta región, como Cihuatán y Las Marías.⁷

Es importante destacar la carencia de evidencias que denoten saqueos en el área. Algunos hallazgos debieron darse en virtud de la construcción o remoción de suelos para pozos de agua, postes o siembra de árboles, zanjeo y otros. En el sector oeste se perciben algunas alteraciones de suelo con la finalidad de drenar las aguas, las cuales pueden dar lugar a pensar en un supuesto saqueo, pero no lo son.

Los lugareños afirman que para el invierno, con la lluvia, al ablandarse los suelos, es muy fácil encontrar fragmentos arqueológicos en la tierra húmeda. Esta observación es repetida en lugares como Chalchuapa, en donde muchos, sobre todo niños, gustan de recolectar obsidianas y tiestos pintados luego de la lluvia. Esto incluso permite a los arqueólogos una óptima recolección de material en superficie y observación de los sitios.

Previo a abandonar la zona con rumbo a otro sector de Loma Chata, para usos del presente estudio, se tomó nota de los comentarios de un señor que habita en el área, quien como mito popular agrega que «los antiguos dejan los tesoros bajo los lugares donde hay piedras pachas». Lo anterior

permite considerar a primera impresión la creencia popular hacia los lugares donde existen evidencias arqueológicas. Este comentario parece encerrar experiencias locales en viejos hallazgos y el interés que la población tiene hacia lo antiguo o el pasado material. Los lugareños los consideran «tesoros». Pero, ¿qué les hace creer que lo antiguo se encuentra bajo piedras pachas? ¿Será que algún día debió darse un descubrimiento bajo una piedra pacha? Especulando, pudo quizás suceder un hallazgo alusivo con algún antiguo entierro, ya que en muchos de estos, tras sepultar el difunto se les coloca una laja o piedra para evitar que los cuerpos sean rasgados por coyotes u otros animales. Este patrón arqueológico fúnebre se representa en muchos sitios en nuestro país y en otras culturas en el mundo.⁸ De darse así, «piedra pacha» puede ser una tumba o una antigua señal.

El trayecto continúa unos quinientos metros hacia al noreste, siguiendo la ruta en que viven personas propietarias de material arqueológico. Visitamos así a la Sra. Gloria Orellana, quien tiene en su poder una olla arqueológica presuntamente encontrada hace dos años en un cañal conocido como «La Haciendita», jurisdicción de Suchitoto, a un kilómetro y medio del caserío Loma

⁷ Rafael Cobos, *Síntesis de la arqueología de El Salvador (1850-1991)* (El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos. *Colección de Antropología e Historia*, 1994); William R. Fowler, *El Salvador: antiguas civilizaciones* (San Salvador: Banco Agrícola Comercial de El Salvador, 1995); Fabricio Valdivieso, «Primer mapa digital de sitios arqueológicos,» Departamento de Arqueología, CONCULTURA, San Salvador, 2007; Fabricio Valdivieso, «Propuesta para el desarrollo cultural en la subregión metropolitana de San Salvador,» Epyrsa-Lotti-Leon Sol, San Salvador, 2010.

⁸ Fabricio Valdivieso, «Chanmico: reseña de una investigación arqueológica,» *El Salvador Investiga* (CONCULTURA) 2, n.º 2 (2007): 42-52; Valdivieso, «Sondeos, rescates e investigaciones Arqueológicas 1997-1999.»

Chata. Según la Sra. Orellana, esta olla se encuentra en su poder ya que fue encontrada de manera casual por su esposo, mientras preparaba el suelo para la siembra de caña en la referida zona. La pieza fue encontrada contiguo a otra olla similar, solo que esta última con proporciones ligeramente menores. Se dice que contuvo huesos en su interior, lo cual puede indicar que se trata de una urna fúnebre, o alguna ofrenda al difunto. El investigador ha de encontrarse frente a lo que llamaríamos «un hallazgo fortuito». Esto permite formular una pregunta muy universal: ¿calificaríamos a esta persona como un saqueador y coleccionista? En mi opinión personal, no es posible utilizar este calificativo para quién encuentra un artefacto por «accidente».

Luego, se observa que esta olla arqueológica es ocupada como casa de aves de corral colocada en el patio de la vivienda. También presenta dos perforaciones en sus paredes, las cuales indican que, en su momento, también fue utilizada para la elaboración de agua ardiente o «chaparro».⁹ Definitivamente, sus propietarios desconocen el valor arqueológico del artefacto al utilizar la pieza para funciones de la vida diaria. Este ejemplo se multiplica en otros hogares del país. ¿Se habrá de juzgar a estas personas como destructores del patrimonio? Tampoco parece posible.

La otra pieza también es subutilizada. En una ocasión fue vista por el Sr. alcalde de San José Guayabal, quien al observar el estado de la misma, y pretendiendo

rescatarla de lo que consideró una mala manipulación, optó por ofrecer a la Sra. Orellana un precio por el artefacto. Así, esta pieza fue comprada y resguardada en la Alcaldía de San José Guayabal en donde todos la observan, incluyendo mi persona. El alcalde afirma que fue su primera y única compra de un bien arqueológico. De este modo el observador ha de encontrarse frente al nacimiento del comercio informal de un artefacto. El escenario remite nuevamente a considerar de modo crítico el hecho de considerar coleccionista al señor alcalde. Nuevamente, en lo personal, no podría considerar correcto creer que esta actitud es la de un coleccionista debido a que el hallazgo, aparentemente, se trata de un hecho aislado con un trasfondo, al igual que la compra del artefacto. Este juego de conceptos y términos debe de entenderse dentro de un contexto.

Algo interesante es que en esta visita, mientras el alcalde comentaba los motivos por los cuales había comprado la pieza y señalaba a su vez la otra olla en la casa de la Sra. Orellana, esta última le ofreció venderle la olla más grande, aunque en esta ocasión el edil rechazó rotundamente la oferta. Con este acto fui testigo del nacimiento de un estímulo para la venta, propiciado de manera inconsciente: la compra de una primera pieza genera el interés por vender una segunda, al reconocérsele su valor cultural. El observador ha de encontrarse en el umbral de lo bueno y lo malo. ¿Cuánto tiempo habrá de transcurrir para

⁹ Un artículo relacionado a este caso fue publicado por el autor en un periódico local. Ver Fabricio Valdivieso, «Bebidas alcohólicas y la cultura (Parte 1, 2 y 3),» *Diario El Mundo*, octubre 30, 2005.

generar un mercado negro de estos bienes? Si llegase un traficante de arqueología a la zona, el mercado podría explotar a revoluciones aceleradas, generando la destrucción de los sitios que pudieran existir, tal y como ha sucedido en otras áreas del país. El comercio de piezas en otros lugares inicia como una subasta clandestina e informal, con un precio inicial otorgado por el oferente o el demandante. La pieza inicia su venta por necesidad del propietario y por ignorancia, ante el conocimiento e intereses del comprador.

En cuanto a las características morfológicas de la olla de la Sra. Orellana, esta carece de decoración, con secciones ahumadas en su superficie externa, lo cual indica que tuvo un uso posiblemente doméstico. Presenta asas horizontales y bordes con labio afilado. Sus características confirman su naturaleza arqueológica.

Ahora volvamos a la segunda pieza, en la alcaldía de San José Guayabal. Esta última contiene decoración pintada consistente en líneas rojas que bordean el cuerpo del artefacto, lo cual puede indicar corresponder al periodo Posclásico. De este modo, el lugar donde proceden estas dos piezas debió corresponder a un sitio con actividad predominantemente doméstica. Las pequeñas aldeas son un patrón arqueológico muy frecuente en El Salvador. Posteriormente, se realizaron entrevistas con otros colonos quienes afirman desconocer el comercio de material arqueológico en el área, denotando a su vez ignorancia en cuanto al valor cultural del material.

A menos de un kilómetro hacia el Norte, se visita la casa del Sr. Carlos Guzmán

Miranda, quien tiene en su poder dos curiosas vasijas de barro. Se trata de un cántaro pequeño y otro recipiente similar al tipo «zapato» del periodo Preclásico, encontrados contiguo a su vivienda en la localidad. Es sin duda otra evidencia que permite sugerir la existencia de un sitio arqueológico en el área. Este hallazgo aconteció mientras extraían tierra para la construcción de la casa. Al inspeccionar la excavación, el investigador comprueba que, efectivamente, no se trataba de ninguna perforación con la intención de saquear pues el área, aparentemente, no denota en superficie indicios arqueológicos que generen saqueo. Se trata de una excavación de aproximadamente 36 metros cuadrados (9 de largo por 4 de ancho), en un terreno plano con plantación de maíz en el sector noreste de Loma Chata.

Al preguntarle al propietario si es posible que alguno de los visitantes pudiese llevarse su pieza, este reconoce que se trata de evidencia antigua con un precio, y más aún si estas piezas fueron publicadas en uno de los principales medios, como la *Revista Dominical* de *La Prensa Gráfica*, de la cual se ha hecho mención en párrafos anteriores. En otros términos, la publicidad y la rectificación de su naturaleza arqueológica, o «antigua», han creado un nuevo concepto, o valor otrora inexistente en este material. Este concepto hacia las piezas tenido por el Sr. Guzmán Miranda no es el mismo concepto tenido por la familia Orellana, en la misma localidad, quienes también en el pasado han encontrado piezas arqueológicas sin darles mayor valor.

Aunque el Sr. Guzmán Miranda no se dedica al trabajo de vender material arqueológico, al percatarse del interés por el mismo nace un precio que en su momento no existió. El interés mercantil se ensancha cuando el propietario pregunta sobre la antigüedad del artefacto, bajo la lógica que mientras más antiguo más vale. Sin embargo, en el transcurso de la conversación, el alcalde le hace ver que ese artefacto, por carecer de decoración carece a su vez de valor. He aquí otra vía que otorga valor a una pieza: la decoración y/o el conocimiento de su antigüedad. Este es un clásico ejemplo del inicio de un intercambio de valores y el surgimiento de precios e intereses en torno a estos artefactos. Este intercambio o adopción de valores también es llevado a otras escalas, como lo son los sitios arqueológicos y la propiedad en la que estos yacen. Se tiene nota de casos en otros sitios del país, en que los dueños de tierra han alquilado sus propiedades a saqueadores.¹⁰

Luego de un estímulo económico, como es observado en otras partes del país, los habitantes contiguos a sitios arqueológicos desarrollan la idea de que viven parados sobre dinero en forma de vasijas y piezas, generando la destrucción de estos legados tras el saqueo. Cualquier ley de protección al patrimonio es completamente ignorada en esos lugares donde las condiciones de vida aún no son las adecuadas: a falta de calles asfaltadas, sistema de agua, electricidad, escuelas, áreas de deporte y otros. El manejo del patrimonio es concebido en un nivel muy diferente, y su concepto parece innecesario aun en aquel mundo, cuando la

vida puede depender del comercio eventual.

Volviendo al recorrido, se visitó el sitio conocido como Piedra Labrada a poco más de un kilómetro hacia el suroeste. Se trata de una formación basáltica con petrograbados que fueron incluidos en el proyecto Arte Rupestre, dirigido por el Departamento de Arqueología de la exCONCULTURA. Este sitio es casi un punto de referencia para las personas que circulan por el área. Incluso, el cantón debe su nombre a este rasgo arqueológico. Las rocas no han sido alteradas, como suele suceder en otros sectores donde el vandalismo las ha dañado con manchas, raspaduras y golpes.

La visita se extiende hacia el sitio conocido como La Cueva, localizado casi a un kilómetro al sur de Piedra Labrada. Este sitio consiste en un abrigo rocoso con una de las concentraciones más grandes de signos y figuras talladas en roca que existen en nuestro país. Estos petrograbados se encuentran rodeados de un pequeño bosque de café con sombra que otorga un clima fresco al área.

Aunque La Cueva es un sitio rupestre de primer orden, este recurso arqueológico es aún poco conocido. Sus paredes se encuentran en perfecto estado, aunque con unas pocas alteraciones provocadas en los signos, las cuales tienen forma de cruz. Posiblemente este daño tenga que ver con la mitología o creencias locales.

Por otro lado, frente a este abrigo rocoso hemos de encontrar restos de una excavación posiblemente vieja, de aproximadamente 1.50 cm. de profundidad y 16 metros cuadrados de área. Creemos que se trata

¹⁰ Se sugiere consultar: Valdivieso, «Asanyamba: Un importante sitio en las costas del golfo»: 5-19.

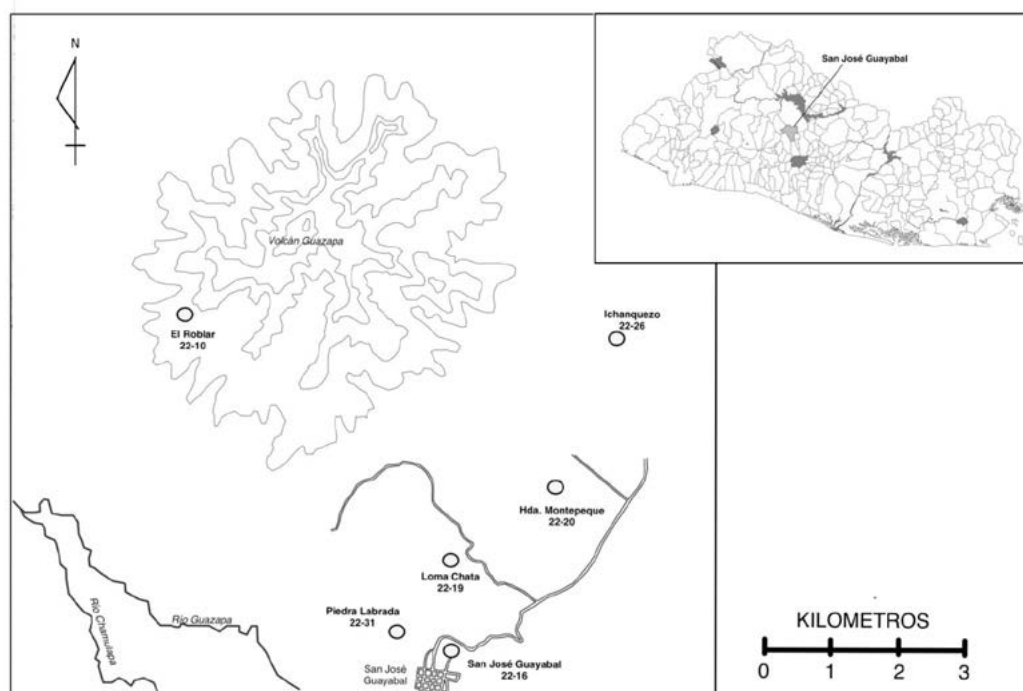
de un intento de saqueo, por encontrarse próximo a la gruta.

Luego, a poco más de 500 metros hacia el sureste hemos de encontrarnos con un obraje de añil colonial. Según se dice, se tienen otros obrajes en la zona, lo cual habrá que reconocerles. Estos obrajes, al momento del recorrido carecían de registro arqueológico en el Departamento de Arqueología. Se trata de un obraje del tipo hidráulico, el cual se encuentra próximo a una quebrada conocida como *Quebrada Honda*. Este obraje en esta ocasión fue registrado como *Obraje Quebrada Honda* y se compone de cuatro pilas de cal y canto en pésimo estado de conservación, orientado al noreste-suroeste, cuyo

desagüe comunica con la referida quebrada. Para la fuerza de la canaleta se aprovecha el accidente geográfico, utilizando la gravedad de la quebrada. Las pilas han sido edificadas aprovechando la declinación topográfica hacia la quebrada.

Las personas que habitan el área desconocen la naturaleza histórica de este sitio, sin embargo su condición en ruinas da lugar al mito y la especulación. De este modo puede abrirse paso para mayores investigaciones en la zona.

San José Guayabal es una región con sitios variados, prehispánicos, coloniales y rupestres. El marco en que se desenvuelve el patrimonio en la zona es un reflejo para el resto de regiones en nuestro país.



FUENTE: Departamento de Arqueología de SECULTURA. Dibujo y detalle por Fabricio Valdivieso, Universidad de British Columbia, Canadá.

Figura 1. San José Guayabal y principales sitios arqueológicos registrados por el Departamento de Arqueología de SECULTURA en la región, incluyendo número de registro.

Evaluación del caso

El desconocimiento de la arqueología por parte de los propios habitantes dentro de las zonas rurales, sumado a la falta de atención por parte de las autoridades gubernamentales que velan por la protección del patrimonio, inciden en una modalidad muy particular en cuanto al manejo del mismo. Es sin duda una modalidad de manejo que difiere mucho de aquello que académicos y Gobierno reconocen como patrimonio cultural, algo que en el campo será entendido con otros apelativos.

La arqueología y los objetos arqueológicos acaecidos de manera fortuita en aquel medio son comprendidos en un nivel muy distinto al del mundo académico, tal y como ya se ha dicho. Muchas veces en el área rural es posible percatarse de la manera como el material arqueológico compilado por campesinos es erróneamente utilizado. Esto es debido evidentemente al desconocimiento del valor arqueológico de estas piezas. Por ejemplo, una piedra de moler posclásica es muchas veces ocupada como pila de patos; una olla arqueológica fragmentada es utilizada en calidad de casa de aves; incluso las piedras *donuts* para detener puertas, o cajetes Copador, como recipientes de ceniza de cigarrillo. O más aún, hemos observado cómo algunos mascarones de jaguar estilizados del período Preclásico son decorados con pintura de aceite y empo-

trados en cemento como el caso de la hacienda La Labor, en Ahuachapán. Y aún así, toda pieza arqueológica tiene un precio monetario si alguien lo ofrece.

Luego de recorrer la zona de San José Guayabal, el investigador logra concluir que no se trataba de saqueos y comercio de bienes culturales, en el sentido estricto de la palabra, tal y como lo reportaba el artículo periodístico. Más bien, el observador se encuentra ante una realidad que se repite por todo el territorio nacional: hallazgos fortuitos y venta informal de bienes culturales extraídos de sitios sin registro formal, en lugares donde nunca se ha visto surcar la sombra de un arqueólogo. Se trata de una zona arqueológica, como muchas otras en el país, en donde los hallazgos arqueológicos suelen darse de manera eventual. He aquí el interés por el caso.

San José Guayabal, como caso de estudio, refleja una arqueología rural con las más comunes eventualidades. San José Guayabal puede equipararse con otras regiones, tales como San Gerardo, Carolina, San Luis de la Reina, San Antonio del Mosco y otras áreas al norte de San Miguel, o la región de Nueva Esparta en La Unión, e incluso San Matías y el norte de San Juan Opico en la Libertad, el volcán de Guazapa y zonas adyacentes, Chalatenango entre otros, en donde el autor en otras oportunidades ha realizado estudios y recorridos.¹¹

¹¹ Fabricio Valdivieso, «Estudio complementario de investigación arqueológica del área a ser afectada por el futuro embalse del proyecto hidroeléctrico “El Chaparral”,» Departamento de Arqueología, CEL-CONCULTURA, San Salvador, 2009; Fabricio Valdivieso, «Estudio de reconocimiento arqueológico, estudio de impacto ambiental (EsIA) del proyecto “Línea de Transmisión a 115KV El Chaparral - 15 de Septiembre”. Annex 4.7» ECO Ingenieros S.A. de C.V. / CEL, San Salvador, 2009; Fabricio Valdivieso, «Metates de El Salvador» (Trabajo de graduación, Universidad Tecnológica de El Salvador, San Salvador, 2002); Fabricio Valdivieso, «San Gerardo y sus montañas con historia y arqueología,» Departamento de Arqueología, CONCULTURA, San Salvador, 2005; Valdivieso, «Sondeos, rescates e investigaciones arqueológicas 1997-1999.»

En el mundo campesino todos están propensos a entrar en el albur de la subasta «clandestina» de estos bienes. Por su misma realidad, en estos lugares, donde la pobreza, ya sea económica o educativa, puede representarse en rostros variados el interés monetario prevalece ante la riqueza cultural que un sitio arqueológico pueda proporcionar. La protección de sitios arqueológicos no cobra sentido alguno. En dichos entornos, un par de monedas de más no vendrán mal para quien vive a pleno de su cosecha y un día como todos se encuentra con un extraño y viejo plato de barro con decoración policroma en perfecto estado de conservación.

Mientras tanto, para los arqueólogos los hallazgos fortuitos pueden arrojar luces relacionadas a la existencia de un determinado sitio arqueológico bajo el subsuelo de la localidad. Estos hallazgos se dan sin que los habitantes conozcan la naturaleza real de los mismos. Incluso, en ocasiones, los mismos arqueólogos, careciendo de investigación previa en el área, se muestran escépticos a la existencia verdadera de un sitio arqueológico en la zona. Si entender un sitio representa un problema académico para un arqueólogo, lo es mucho más para un campesino ante un hallazgo sin el criterio profesional. Los hallazgos fortuitos pueden generar la apertura de nuevas investigaciones y con esto el nuevo registro de un sitio.

No es de extrañar que se den hallazgos casuales de piezas arqueológicas en un lugar donde la vida se gana con la labor agrícola,

y la economía depende al cien por ciento de las virtudes del campo. ¿Qué tan comunes serán estos casos en un país con alto potencial arqueológico y a su vez poco explorado? Hemos de hacernos una idea. Es de esperar que el hallazgo fortuito de una pieza arqueológica en muchos casos atraiga la atención de coleccionistas e iniciar así el comercio de piezas derivadas del saqueo de sitios de la localidad de manera sistemática. Los sitios arqueológicos quedan expuestos al vandalismo. Con el comercio se crea una especie de secreto a voces, con la premisa de sacarle al sitio todo lo que se pueda sin importar el valor cultural de estos legados ni leyes. Nada más allá que una limitada visión comercial, dentro de una mentalidad en la cual lo habitantes considerarán estar viviendo sobre un sinónimo de dinero enterrado.

Queda claro que la compra de bienes arqueológicos, por mínima que fuese, estimula el saqueo, aunque en un principio acontezca de modo informal e irregular o eventual. Se correrá el riesgo de que la primera intención mute hacia otros intereses e inicie la generación de un mercado. El mismo riesgo se da cuando los sitios son divulgados por los arqueólogos para la educación, quienes se arriesgan entregando el «mapa del tesoro» a los saqueadores.¹²

Los saqueadores y su negocio

Entre otros oscuros oficios, también el saqueo del patrimonio arqueológico es uno de los más antiguos. En otras partes del globo, el saqueo,

¹² Roger Atwood, *Stealing History: Tomb Raiders, Smugglers, and the looting of the Ancient World*; Karen D. Vitelly, K. Anne Pyburn, «Past Imperfect, Future Tense: Archaeology and Development,» *Nonrenewable Resources* 6, n.º 2 (1997): 71-84.



Foto 1: Escena de saqueo captada por Marlon Escamilla y Fabricio Valdivieso cercano al sitio arqueológico San Andrés, valle de Zapotitán, El Salvador, durante el año de 1998 (foto propiedad del Departamento de Arqueología, SECULTURA).

llamado también *huaquerismo*, ha llegado a constituir una verdadera subcultura. Con referencia a esto último, algunos investigadores culturales demuestran la existencia de generaciones de familias que han participado del saqueo de sitios, haciendo de este negocio una *modus vivendi*, incluso se sabe de la devoción a santos y deidades a quienes el huaquero pide suerte para encontrar piezas previo al desmantelamiento de un yacimiento.¹³ El grado de saqueo en algunos sitios arqueológicos del mundo le ha permitido el apelativo de *arqueoterrorismo* a la destrucción en masa ocasionada, y bajo procedimientos sofisticados de saqueo. En El Salvador, uno de los sitios más saqueados es Cara Sucia, en donde se han llegado a contabilizar más de cinco mil perforaciones de saqueo,¹⁴ seguido por San Andrés, en Zapotitán.¹⁵ El comercio internacional de

bienes arqueológicos recibe seguimiento de la Policía Internacional (INTERPOL), y a nivel local es asumido por la Policía Nacional Civil (PNC) y Fiscalía, en coordinación con la Secretaría de Cultura y las instancias que competen, como las alcaldías en su caso.

Basado en la experiencia personal del autor al frente del Departamento de Arqueología de la entonces CONCULTURA por más de seis años, y casi once de participar en el rubro como arqueólogo, en repetidas ocasiones en seguimiento a denuncias y en apoyo a la Fiscalía General de la República hubo que asistir a sitios saqueados recurrentemente. No está de más señalar que incluso hubo ocasión en que se encontró a los individuos en plena actividad (ver foto 1). De hecho, el presente escrito se deriva de dicha experiencia en la referida institución.

¹³ Roger Atwood, *Stealing History: Tomb Raiders, Smugglers, and the looting of the Ancient World*.

¹⁴ Fowler, *El Salvador: antiguas civilizaciones*.

¹⁵ FUNDAR. *Lucha contra el saqueo y tráfico ilícito de objetos arqueológicos*. Fundación Nacional de Arqueología de El Salvador, acceso el 9 de noviembre de 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>

Conforme a los restos dejados por los saqueadores, puede observarse que estos sujetos por lo general trabajan de noche y en pequeños grupos, aunque pueden hacerlo de día también, ocultándose entre la vegetación o las plantaciones de caña y café. Las excavaciones las realizan utilizando pico, pala y piocha. Hemos percibido que la forma de las excavaciones en muchas ocasiones es amorfa, con cortes de tierra mal elaborados. Estas últimas son realizadas por saqueadores inexpertos, pues incluso se percibe que buscan piezas en contextos estériles, sobrepasando los suelos arqueológicos, muy profundos.

Sin embargo, se tienen otros saqueadores que sin lugar a dudas conocen algo sobre la técnica de excavación arqueológica. Los hoyos de saqueo son cuadrados, muy bien definidos, con perfiles y cortes rectos y sin excavar más profundo que los suelos arqueológicos, los cuales logran identificar. Esto último puede deberse a que estas personas debieron trabajar en proyectos de excavación arqueológica en algún sitio, dirigidos por arqueólogos de quienes han aprendido, pero ignoran que la precisión en los cortes de una excavación o trinchera arqueológica son dados para control del área de estudio, registrar rasgos y suelos, y no con el objeto netamente de encontrar piezas. He creído que los buenos cortes dados por saqueadores expertos pueden deberse también a un conocimiento acumulativo de alguien que posiblemente trabajó con arqueólogos y les enseñó a los demás a excavar, y esta práctica fue nutriéndose con la experiencia, llegando

incluso a ser heredada por una nueva generación de saqueadores.

Por lo general, los saqueadores dejan su rastro. Al contorno de las excavaciones suelen percibirse restos de piezas fragmentadas, obsidianas y tiestos, varios de los cuales no les sirven para comercializarlos. También, los saqueadores examinan la tierra, previo a la excavación. Este examen lo realizan con pequeñas perforaciones en diferentes puntos del suelo, previas a la apertura del pozo de saqueo. Por lo general, los saqueos los realizan en zonas contiguas a las grandes concentraciones de estructuras; o en su caso, abrirán el hoyo sobre el montículo, o partirán en dos el pequeño promontorio, destruyendo así la estructura que lo compone, bajo el entendido de que un montículo es una estructura enterrada. Cuando las estructuras sobrepasan los siete o diez metros de altura, también abren túneles a sus costados. Esto último no solo ha sido percibido en saqueos realizados en El Salvador, sino que también los he visto en sitios arqueológicos de Guatemala, México y en lugares tan lejanos como Japón. Esta actividad destruye contextos, remueve evidencias, elimina información que detalle la actividad última de los sitios hace cientos de años. Luego, lo extraído toma su destino comercial, mientras el daño ocasionado al montículo es irreversible, sin oportunidad de dar a conocer su otrora contenido arqueológico.

En otros casos, entre el saqueador y el coleccionista puede haber un intermediario: el traficante, el sujeto de los contactos, o el que encarga la pieza y busca comprador. Funge a veces como representante del

colector de piezas. Estas personas ponen su tarifa, la compra por algo mísero y la revende. Aunque en ocasiones las venden aun sin lavar para garantizar su «originalidad»; en otras ocasiones, para conducir las, el traficante sabe cómo embalar la pieza tal y como lo hacen los arqueólogos o museólogos.

Están también los saqueadores y a la vez coleccionistas. Estos son personajes de alto presupuesto que asisten personalmente el hallazgo y actúan como catadores de piezas. En ocasiones conocen del material que encuentran y saben incluso dónde buscar. Hay casos en que compran propiedades con inmuebles arqueológicos para luego explotarlos, y en ocasiones pueden llegar hasta a alquilar el inmueble a otros saqueadores, dando acceso para cometer el ilícito. Un caso similar fue reportado en Asanyamba, un importante sitio en las costas del Golfo de Fonseca.¹⁶

Por su lado, el comprador puede también ser de dos tipos: los coleccionistas de piezas *por hobby* y el *comprador-eventual* u ocasional. El primero estimula el saqueo, tal y como se ha dicho, y procura una demanda constante de material arqueológico; hace de esto una afición. Mientras que el segundo puede tratarse de un comprador atraído por un atributo particular de determinada pieza, puede ser por su belleza o excentricidad, desconociendo, por lo regular, el resto de sus atributos culturales y científicos. El coleccionista busca la pieza, mientras que el comprador-eventual no denota constancia en la compra de bienes.

La venta de bienes arqueológicos, tanto en nuestro país como en muchas partes del mundo, consiste prácticamente en una «subasta clandestina», tal y como lo hemos mencionado. Los vendedores se conducen bajo el criterio de que la pieza es propiedad de quien la encuentra. A este artefacto su extractor le da un precio de inicio, apegado sin duda a los intereses del demandante. Su evaluación puede darse de acuerdo a sus características morfológicas, ignorando por completo el valor contextual en la que la pieza yació por cientos de años, e incluso su particularidad temporal y propiedades o atributos científicos. Prácticamente, pasa a ser una pieza sin tiempo ni contexto, más que un gusto hacia su forma, y su especulada temporalidad, sin mayores datos.

Puede darse el caso de que una pieza única venida de muy lejos en épocas prehispánicas, que permita a la arqueología establecer contactos con otras culturas lejanas, pero que posea características simples, se venda por menos que el excéntrico y embellecido cajete policromo propio de las culturas que habitaron gran parte de este territorio. Sería así un valor contrario al que otorgaría un arqueólogo. El valor informativo de la primera pieza sobrepasa la belleza de la segunda. De igual modo, el material con registro y procedencia dentro de un contexto arqueológico sobrepasa el valor de una pieza fuera del mismo. Pero volviendo al punto relacionado al precio, esta pieza suele pasar a manos de personas con aficiones mayores, dedicadas a colec-

¹⁶ Ver Valdivieso, «Asanyamba: Un importante sitio en las costas del golfo»: 5-19.

tar material para gusto personal. Así el precio aumenta mientras pasa de mano en mano o, en su caso, de primera mano por encargo. Un precio colocado de acuerdo al interés del comerciante y demandante.

En resumen, una pieza carece de precio y empieza a existir de acuerdo al gusto del demandante, tal y como se ha dicho. Los materiales arqueológicos no dan lugar a ser valorados formalmente, ya que estos han sido extraídos sin mayor gasto en insumos, pago de impuestos o rentas, o materia prima, más que a expensas de la suerte. Es para muchos un dinero fácil, y vale lo que se ofrezca por ella, apegado a la necesidad de quien la encuentra.

El coleccionista

Pero hablando claro del coleccionista ¿quiénes son? A criterio de quien redacta, los hay de dos clases: *el activo* y *el histórico*. Muchas veces el coleccionista *activo* sabe que el material que compra propicia la destrucción de sitios. Dentro de su perfil más básico, esta persona compra la pieza y a sabiendas de su procedencia nunca admitirá abiertamente su origen ni la demanda que ha dado a la misma. En otras palabras, no quemará su fuente, mantendrá en el anonimato a los sitios y a los contactos. Su argumento versa en que este material procede de hallazgos fortuitos, incluso acaecidos en otras épocas. No admitirá ante la ley su procedencia de saqueos. Su compra la ocultará en el comer-

cio informal, aunque sabemos que existe una formalidad establecida para la adquisición de estos bienes, ya sea por encargo o como comprador a quien se le ofertan con regularidad los artefactos. El coleccionista la compra y luego la registra tal y como lo hemos visto.¹⁷ Lo ilegal lo vuelve legal. He ahí la trampa. En otras palabras, el poseer piezas arqueológicas no infringe la ley siempre y cuando sean registradas. En cambio, la ley sanciona al destructor de un sitio y, por ende, al saqueador. Lo anterior proporciona un nuevo fallo de ley y procedimientos cuando se pretende abrir una investigación que busque procedencias y responsabilidades. Dicho de otra manera, el demandante de piezas utiliza guantes blancos para destruir un sitio sin infringir la ley, pagando a saqueadores o a personas de las localidades quienes se expondrán a ser detenidos. No obstante, muchas veces estos casos son cerrados por falta de argumentos que permitan deducir responsabilidades. Tal y como se discute en el presente escrito, la utilización de conceptos como saqueo o hallazgo fortuito juegan un importante rol en asuntos judiciales relacionados con la destrucción del patrimonio. Con relación a esto último veremos más detalles párrafos adelante. El coleccionista y el saqueador es el otro rostro que manipula el patrimonio estatal. En este círculo entre coleccionistas, traficantes o vendedores y saqueadores pueden verse involucrados también los mismos arqueólogos, que bajo la ética protegen los

¹⁷ Ver artículo 10 y artículo 16 de la Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador y su Reglamento. Como caso de estudio en Paul E. Amaroli, «Informe 1. La urgencia de comprar el sitio arqueológico Las Marías.»

sitios. Se involucran con la finalidad de registrar el material para darlo a conocer y facilitarlo a otros investigadores científicos y público en general. Por lo anterior, un coleccionista podrá contratar arqueólogos para la divulgación del material.¹⁸ Irónicamente, la información contenida en estas colecciones son muchas veces útiles para los arqueólogos, aunque de modo muy limitado.

Veamos los coleccionistas *históricos*. Sin pretender dar una justificación para este fenómeno, este tipo de coleccionistas son personas que han caído en dicha condición por razones históricas. Nos referimos a aquellos cuyas colecciones han sido adquiridas por herencia, de generación tras generación. No taparemos el sol con un dedo para discutir el caso. En el pasado, mientras acontecían construcciones y la actividad agrícola se desarrollaba como en la actualidad, los constructores, campesinos y cualquier otro ciudadano estaba expuesto a encontrar piezas siempre que estos dispusieran remover suelo por motivos particulares. Los suelos al paso del tiempo han sido objeto de remoción constante, las ciudades crecen, se edifican carreteras, se instalan postes y cañerías, se levantan casas y se habitan hasta los lugares menos pensados, se crean nuevos campos agrícolas y un sinnúmero de razones que dan continuidad al mundo moderno. Esto demanda remover

suelos para construir. Lo anterior, durante años, ha propiciado el hallazgo de material arqueológico, ya que, como vemos, estamos parados sobre nuestro pasado. Este material, a falta de leyes y regulaciones, no era recibido completamente por los museos o entidades encargadas del patrimonio en aquellos tiempos. Estos hallazgos tuvieron siempre un receptor, quien paulatinamente se convirtió en coleccionista. En el pasado, el mismo Museo Nacional de nuestro país valoraba monetariamente las piezas e incluso las compraba, lo cual ha quedado escrito en las antiguas fichas de registro en los viejos archivos. ¿Acaso aquello no debió generar saqueo y recepción particular de piezas para la reventa al mismo museo? Mediante este estímulo y la carencia de regulaciones, no era nada raro que el manejo del patrimonio estuviese tanto en manos particulares como estatales, mientras los sitios carecían de leyes para su protección. Se dice incluso que los mismos presidentes y funcionarios públicos regalaban piezas de su propiedad a Gobiernos amigos.

Hoy día, en un país de alto potencial arqueológico, los coleccionistas existen por cientos, producto de motivos históricos, tal y como lo hemos planteado, y a su vez los hay de modo recurrente o activos a pesar de la existencia de leyes que protegen los sitios. De este modo puede darse el fenómeno del coleccionista histórico y a la vez activo.

¹⁸ Georgina De Cardi, Christina Tsagaraki. *Un inventario de bienes culturales: ¿por qué y para quién?* 2002, acceso el 12 de octubre de 2009, <http://documentos.ilam.org/ILAMDOC/IBC-porqueYparaquien.pdf>; Leonel A. Díaz Zaceña, «El impresionante museo Príncipe Maya,» *Diario de Centro América*, 21 de junio de 2007: 4-5; María Mercedes Monsalve, *Museos de Venezuela*, 2009, acceso el 31 de marzo de 2009; <http://museosdevenezuela.org/documentos/propuesta/propuesta7.shtml>; Fabricio Valdivieso, «Breves sobre un procedimiento modelo para registrar una colección privada,» Departamento de Arqueología, CONCULTURA, San Salvador, 2007.

La palabra *coleccionista*, en el mundo de la arqueología, es un calificativo que «sataniza» incluso al más inocente e ingenuo comprador de un bien arqueológico sin el más mínimo deseo de practicar la afición hacia la compilación masiva de este patrimonio. Llámesele quizás un sujeto con desconocimiento en la materia, no estará a salvo aun de este calificativo sentenciado por el medio. Es decir, que en esta justicia popular, excluyendo al mundo campesino que por obvias razones no juzgará este movimiento de piezas, entra hasta el más cándido comprador, aquel que guiado por la más ínfima curiosidad del artefacto pretende despojarla de su poseedor inicial, y darle quizás justa exposición en un «mejor puesto», que incluso podría colocarla a la vista de un mayor número de personas y en mejor ambiente para su conservación.

La compra y el señalamiento muchas veces son tajantes, a falta de criterios establecidos. El inocente comprador de quizás una sola pieza adquirida en la vida puede involucrarse en el círculo de pequeños coleccionistas sin que él mismo se de cuenta. Es como una especie de cacería de brujas para todo aquel tentado por la excentricidad de lo material. ¿Será este en realidad un comprador que atenta contra el patrimonio? Tan culpable podría ser como lo es también aquel que encuentra la pieza de modo accidental, si consideramos que la ley sanciona por la destrucción de un sitio. ¿Será una culpa justa? En lo personal, no creo. Dentro de lo moral más culpa recaería en aquellos responsables de llevar el mensaje para la protección de estos legados si estos

no han sido apropiadamente difundidos, ya sea mediante la educación u otros medios. Serán así una hilada de responsabilidades y culpas, mas no culparemos la interrupción de la normal vida campesina con lo que un hallazgo trae consigo, puesto que carecemos en realidad de justificación para que el referido hallazgo acontezca, sin poderlo evitar. Hemos entrado así en el dilema concerniente a la protección y manejo del patrimonio arqueológico confrontado con la realidad de las comunidades que habitan cerca de los sitios arqueológicos.

El daño y su costo

Existe una diferencia entre *comercio de bienes arqueológicos* y *compra y venta informal* de los mismos, así como lo que denominamos *saqueo*, ante lo que reconocemos como *hallazgo fortuito*. En estos dos últimos, la diferencia de términos la veremos en que la una ocasiona un daño intencional a un sitio para la explotación ilegal de bienes arqueológicos, con fines particulares, mientras que, el segundo, en términos sencillos, corresponderá a un hallazgo no intencional, ya sea mediante la construcción de un inmueble, actividades de labranza u otros que requieren remoción de suelos como parte de la vida cotidiana, y en donde súbitamente aparece una pieza.

Así, los hallazgos fortuitos pueden también darse por causas naturales, ya sean deslaves o desbordamientos de tierra, en donde el receptor de este material por lo general es de los habitantes de la localidad donde acontece el eventual caso.

El comercio de bienes arqueológicos formal estará vinculado con la práctica ilícita de extracción de este material de un determinado sitio, o saqueo, generando así un mercado. Mientras que la compra informal estará vinculada muchas veces a materiales provenientes de hallazgos arqueológicos fortuitos, actitud que no entra en el mundo estricto de la ilegalidad y el comercio ilícito. Es decir que la compra informal de bienes arqueológicos responderá a intereses espontáneos del comprador y a las necesidades eventuales de quien posee los materiales provenientes de hallazgos fortuitos. La ley en nuestro país¹⁹ recae en aquel que ha ocasionado daño al sitio arqueológico con predisposición, mientras que el hallazgo eventual carece de delito, ya que este no se encuentra sujeto a ley, excepto en aquel artículo legal en que el propietario deberá dar aviso a las autoridades en caso de un hallazgo arqueológico.²⁰

La ley recae en aquellos que atenten contra la integridad de un sitio arqueológico una vez este se encuentre registrado. ¿Qué hay de los sitios no registrados? Nos preguntaremos ¿qué material registrado y legalizado proviene de un saqueo y cuál no?, o ¿hasta qué momento entra un hallazgo fortuito en calidad de saqueo? En mi opinión, tal y como lo mencionaba al inicio del presente escrito, el saqueo inicia donde termina el hallazgo fortuito. El estímulo por el saqueo inicia desde la comercialización formal de

un hallazgo y la destrucción intencional de un sitio arqueológico en busca de objetos, con premeditación de la actividad. La falta de reporte de un hallazgo arqueológico, tal y como lo demanda la ley, se justifica cuando los protagonistas aseguran desconocer la naturaleza de lo acontecido. No hay, ni habrá, ninguna ley que pida que todos sean conocedores de la arqueología.

Detengámonos un momento para evaluar la protección de los sitios arqueológicos. Todo sitio arqueológico en El Salvador se encuentra protegido por la Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural, cuando este ha sido identificado por arqueólogos y registrado por el Gobierno. En este caso los terrenos pueden encontrarse en manos privadas, pero su contenido arqueológico es protegido por el Estado. Siendo así, ¿cómo sabe el propietario que su terreno es en realidad un sitio arqueológico, si este no ha sido registrado? Muchas veces se enteran primero los saqueadores antes que el Estado, o más aún el propietario puede que nunca se entere hasta que altere el subsuelo mediante alguna construcción.

Ahora bien, asumiendo que la ley protege estos sitios y alguien los saquea para comercializar, por ende se estará vendiendo algo ajeno, algo que le pertenece al Estado, aunque no existe ninguna ley que impida la comercialización de piezas, ya que estas pueden en su caso encontrarse registradas o próximas a registro luego del saqueo. La

¹⁹ Asamblea Legislativa de El Salvador. «Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador y su Reglamento,» *Diario Oficial* 98, n.º 319 (1993).

²⁰ Ver artículo 11 y artículo 25 de la Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador y su Reglamento. Y artículos 66 y 67 del reglamento de la misma ley.

circulación de estos bienes es legal, siempre y cuando no salgan del país sin autorización, según capítulo IV de nuestra ley especial de protección al patrimonio cultural. Lo mismo con los terrenos que poseen sitios arqueológicos, los cuales no son confiscados por el Estado, sino que más bien se regula el uso de sus suelos aunque estos, al igual que las piezas, pueden ser vendidos a otras personas.

Oportunidades de hallazgos arqueológicos y vulnerabilidad de los sitios

El calificativo de *sitio arqueológico* puede definirse de varias maneras, en el sentido estricto del término. La definición más práctica y sencilla es comprenderlo como todo aquel lugar que es objeto de estudio de un arqueólogo, el cual contiene evidencias culturales pretéritas.²¹ Estos sitios y sus objetos son la herencia material del pasado de una sociedad.

De acuerdo con el Departamento de Arqueología de la Secretaría de Cultura, El Salvador cuenta con 671 sitios arqueológicos. Esta lista aumenta paulatinamente conforme avanzan las construcciones urbanísticas e industriales y toda acción que requiera remoción de suelo, así como el crecimiento demográfico y otros factores, provocando hallazgos arqueológicos. Aunque los registros aumentan, lo anterior puede también ser factor para borrarlos del

mapa para siempre, si estos no son reportados o tratados por arqueólogos. Los grandes proyectos constructivos están sujetos a estudios arqueológicos previos a la remoción de suelos, con la finalidad de rescatar o salvar el contenido arqueológico que ahí yace. Por lo anterior, las empresas contratan arqueólogos que son supervisados por el referido Departamento de Arqueología, apegados a la Normativa de Regulación de Investigaciones Arqueológicas. Estos arqueólogos realizan recorridos sistemáticos en los terrenos propensos a ser afectados, logrando muchas veces el reconocimiento de una enorme cantidad de sitios percibidos en superficie.

Estos sitios son sujetos a salvamento, alterando así los diseños de los nuevos proyectos constructivos. De este modo se protegen áreas arqueológicas mediante resolución jurídica, dando cumplimiento a la ley especial de protección al patrimonio cultural. Sin embargo, en ocasiones se tienen sitios imposibles de reconocerse desde la superficie, como Joya de Cerén, localizado a más de cinco metros de ceniza volcánica, o en su caso otros sitios secundarios que pudiesen contener entierros prehispánicos con ofrendas, fogones y restos arquitectónicos de alguna antigua aldea edificada de materiales perecederos, o una simple concentración de puntas de proyectil que detallen un encuentro étnico o alguna batalla en épocas remotas, y otros patrones

²¹ Christian E. DeMunn y Laurie J. Price, «Applied Archaeology,» *Human Organization* 58, n.º 3 (1999): 226-238; Jaime Litvak y Sandra L. López Varela, «El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos,» en *El patrimonio nacional de México II*, ed. Enrique Florescano, 172-197 (Biblioteca Mexicana, 1997); Marliac, A. «Archaeology and Development: A Difficult Dialogue,» *International Journal of Historical Archaeology* 1, n.º 4 (1997): 323-337; Jeremy A. Sabloff, *Archaeology Matters: Action Archaeology in the Modern World* (Left Coast Press, Inc. CA, 1996); Michael Shanks y Christopher Tilley, *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice*.

de actividad serán evidencias que suelen escapar a la prospección realizada por el arqueólogo. Para identificar sitios muchas veces es necesario intensificar los estudios con la ejecución de excavaciones exploratorias o sondeos, previendo la destrucción de estos legados.

Los sitios arqueológicos en El Salvador varían en épocas, patrones constructivos y rasgos. La abundancia de ríos y lagos en esta tierra, así como cenizas volcánicas que propician un suelo fértil son sinónimos de sedentarismo, por ende se tendrán aquí asentamientos desde épocas muy pretéritas, favorecidas por la explotación del medio. Todo el país es propenso a localizar en su suelo sitios con potencial arqueológico. Este tema da para más encarando con la situación actual en las comunidades campesinas, donde entran en juego programas educativos y el trabajo social para la protección del patrimonio local.

Conclusión

En conclusión, el presente artículo expone en detalle la existencia de una cadena de eventos que conducen a la depredación de los sitios arqueológicos. La destrucción de un sitio a causa del saqueo muchas veces se origina a partir de lo que puede considerarse un hallazgo fortuito y la posterior venta informal del artefacto encontrado. En su origen esta venta es generada por propuestas sencillas, o «ingenuas», como las

expuestas en el caso de San José Guayabal. Con el arribo de compradores expertos a la localidad, la venta de piezas puede llegar a transformarse en un comercio más formal y mutar hacia una subasta clandestina, en la que los precios crecen en acuerdos entre comerciantes expertos en el tráfico de este material, generándose un mercado. El negocio se extiende de mano en mano, entre compradores de piezas, o intermediarios, hasta alcanzar precios que distan mucho de la compra inicial ofrecida por el saqueador o la persona que encontró la pieza y termina con otro precio en manos del coleccionista, ya sea dentro o fuera del país. De este modo, el estímulo monetario es generado por la demanda de piezas, la cual es impulsada por agentes externos a la localidad.

El saqueo es una actividad que otorga un ingreso mínimo a la población local que destruye y vende su patrimonio y, en muchas ocasiones, no es la misma gente local la que participa del ilícito. El beneficio económico mayor es generalmente obtenido por aquellos comerciantes de piezas quienes mantienen una red de contactos de compradores, lo cual estimula la destrucción de los sitios, ya sea por los mismos pobladores locales u otros interesados. La detección de un sitio arqueológico, ya sea a través de la noticia pública de un hallazgo u otro medio, pone en la mira de agentes externos a la comunidad circundante a los sitios.²² Generalmente la población local desconoce la trascendencia de este negocio,

²² Estos agentes externos también les hemos nombrado comerciantes. Fungen como intermediarios entre las personas que encuentran las piezas y los coleccionistas.

por lo que el agente externo ve esto como una oportunidad propicia para ser explotada. El coleccionista activo, por su lado, genera la demanda de piezas, por lo tanto crea mercado estimulando el saqueo.

En nuestro país, la falta de profesionales en el rubro y soporte necesario para la salvaguarda de sitios arqueológicos, sumado a la riqueza arqueológica con que este territorio cuenta, ha provocado que más del 70% de estos sitios arqueológicos hayan sido objeto de saqueos. Otro gran número no ha sido aún registrado por el Gobierno. Todos estos sitios, a excepción de los que han sido convertidos en parques, se encuentran expuestos al vandalismo arqueológico.²³ A lo anterior, se suma la carencia de programas de concientización y valorización, así como organización de programas comunales para el cuidado y desarrollo de los sitios patrimoniales y sus objetos.

Dentro de la comunidad campesina, como premisa, se deberá estar alerta para cualquier

hallazgo eventual que permita reconstruir la historia arqueológica de la localidad. La organización comunitaria puede incurrir en la creación de comités de vigilancia para el patrimonio que, entre otras prioridades, permita prevenir el saqueo y desmantelamiento del patrimonio local. El hallazgo de un sitio arqueológico puede representar una clara oportunidad de desarrollo en la zona, aprovechando los beneficios que proporciona el turismo, la creación de artesanías, hostales, venta de comida y comercio formal, lo que permite la proyección externa de la localidad, educación cultural, conocimientos proporcionados por la arqueología del sitio y muchos otros factores. Lo anterior hace que el valor que puede darse a una pieza proveniente de un saqueo sea reducido a lo más insignificante cuando la vemos comparado con los beneficios que un sitio arqueológico estudiado y desarrollado proporciona, y las fuentes de trabajo que este abre durante generaciones.²⁴

²³ Como casos de estudio ver: Paul E. Amaroli, «Acciones prioritarias para la protección del patrimonio arqueológico,» *FUNDAR*, 2010, acceso el 9 de 11 de 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>; Paul E. Amaroli, «Informe 1. La urgencia de comprar el sitio arqueológico Las Marías»; Paul E. Amaroli, «Reconocimiento y evaluación del sitio arqueológico El Cajete,» *FUNDAR*, 1983, acceso el 9 de noviembre de 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>; Paul E. Amaroli, «Informe sobre el sitio arqueológico Igualtepeque y las amenazas que enfrenta,» *FUNDAR*, 2006, acceso el 9 de noviembre, 2012, <http://fundar.org.sv/referencias.html>; Stanley H. Boggs, «Proyectos de rescate en la arqueología,» *Boletín Informativo Investigaciones del Patrimonio Cultural* (Impresos Litográficos de Centro América, 1983); *FUNDAR, Lucha contra el saqueo y tráfico ilícito de objetos arqueológicos*; Valdivieso, «Asanyamba: un importante sitio en las costas del golfo»: 5-19; Fabricio Valdivieso, «Estudio complementario de investigación arqueológica del área a ser afectada por el futuro embalse del proyecto hidroeléctrico “El Chaparral”,» Departamento de Arqueología, CEL-CONCULTURA, San Salvador, 2009; Fabricio Valdivieso, «Investigaciones arqueológicas en sitio La Cuchilla, Valle de Zapotitán,» Unidad de Arqueología, CONCULTURA, San Salvador, 2003; Fabricio Valdivieso, «La destrucción de Cihuatán,» *La Prensa Gráfica*, 28 de marzo de 2010.

²⁴ Paul E. Amaroli, «Acciones prioritarias para la protección del patrimonio arqueológico,» *FUNDAR*, 2010, acceso el 9, nov., 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>; Jaime Litvak, Sandra L. López Varela, «El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos,» Á. Marliac, «Archaeology and Development: A Difficult Dialogue,» *International Journal of Historical Archaeology* 1, n.º 4 (1997): 323-337; Ernesto Piedras Feria, «Crecimiento y desarrollo económico basado en la cultura,» *Las industrias culturales y el desarrollo de México* (FLACSO / Siglo XXI, 2006), 45-86; Jeremy A. Sabloff, *Archaeology Matters: Action Archaeology in the Modern World* (Left Coast Press, Inc. CA, 1996); Fabricio Valdivieso, «Propuesta para el desarrollo cultural en la subregión metropolitana de San Salvador»; Karen D. Vitelly, K. Anne Pyburn, «Past Imperfect, Future Tense: Archaeology and Development,» *Nonrenewable Resources* 6, n.º 2 (1997): 71-84.

La ley, la presión social, programas educativos y propuestas de desarrollo en base a los recursos culturales, la inversión en investigación científica, la inclusión social y la participación comunitaria, la retroalimentación de la experiencia gubernamental para el manejo del patrimonio, así como el óptimo funcionamiento de la institucionalidad cultural entre otros, son elementos que entran en juego en la búsqueda de un adecuado consenso para la protección y desarrollo de los recursos arqueológicos en las áreas rurales.

La arqueología y el trabajo social tienen aquí una labor grande que aún se encuentra pendiente por cumplir. Su estrategia estará basada en acercamientos a la comunidad mediante campañas de concientización y valorización del patrimonio, pretendiendo el encuentro con una identidad cultural percibida en los materiales de la localidad, y aceptación de la arqueología bajo el concepto de bienes comunes y patrimonio o herencia cultural de la localidad. El trabajo social es clave para el desarrollo y conversión hacia una mentalidad arqueológica y cultural,

en donde se incluyan talleres, exposiciones o presentaciones científicas de manera periódica, publicaciones en libros educativos, incluso, pequeños museos regionales. Capacitaciones, el trabajo integrado entre alcaldías, policía, escuelas, empresa privada y ONG, entre otros, podrían ayudar en la concientización hacia el cuidado y desarrollo del patrimonio local.²⁵

En resumen, el comercio de bienes arqueológicos no es algo nuevo y hoy día los gobiernos, con la colaboración de entidades no gubernamentales, crean mecanismos para frenar esta actividad y evitar la pérdida irreversible del patrimonio de los pueblos. El combate contra el tráfico ilícito de bienes culturales y el saqueo de sitios es un tema que día a día gana más campo, se discute dentro de simposios y congresos internacionales y representa un asunto prioritario a nivel mundial en la UNESCO,²⁶ considerado también dentro de los Memorándum de Entendimiento entre naciones y otros acuerdos.²⁷

El Salvador se incluye en al menos dieciséis convenios y acuerdos internacionales

²⁵ Paul E. Amaroli, «Acciones prioritarias para la protección del patrimonio arqueológico,» *FUNDAR*, 2010, acceso el 9, nov., 2012, <http://www.fundar.org.sv/layout-esp1.html>; Claire Cerdan, Murilo Flores, María Céla Martins de Souza, «El patrimonio cultural como elemento estratégico para el desarrollo territorial: dos casos de la inmigración italiana en Brasil,» Vol. 35, en *El valor del patrimonio cultural: territorios rurales, experiencias y proyecciones latinoamericanas*, eds. Claudia Ranaboldo y Alexander Shejtman, 315-330 (Lima: IEP, RIMISP, Territorios con Identidad Cultural, 2008); Downum, Christian E., Laurie J. Price. «Applied Archaeology.» *Human Organization* 58, n.º 3 (1999): 226-238; Piedras Feria, «Crecimiento y desarrollo económico basado en a cultura,» 45-86; Jeremy A. Sabloff, *Archaeology Matters: Action Archaeology in the Modern World* (Left Coast Press, Inc. CA, 1996); Valdivieso, «Propuesta para el desarrollo cultural en la subregión metropolitana de San Salvador.»

²⁶ UNESCO, *Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural*, 2002, acceso el 12 de julio de 2009, www.cinu.org.mx/eventos/cultura2002/doctos/conv.htm; UNESCO, *The World Heritage Convention*, 7 de noviembre de 2012, <<http://whc.unesco.org/en/convention>> .

²⁷ Department of the Treasure, «Pre-hispanic Artifact from El Salvador,» ed. Federal Register Notice. *U.S. Customs Service* (Department of the Treasury) 60, n.º 47 (marzo 1995): 13352-13361.

relacionados a la protección del patrimonio cultural desde los años de 1970. Entre los principales se tienen: (1) la Convención Centroamericana para la Protección del Patrimonio Cultural suscrita en 1996; (2) recomendaciones y acuerdos adoptados por el Primer Taller Regional Centroamericano para el Combate del Tráfico Ilícito de Bienes Culturales (Honduras, 2000); (3) *Convenio centroamericano para la restitución y el retorno de objetos arqueológicos, históricos, etnológicos y artísticos*; (4) la Convención para la Defensa del Patrimonio Arqueológico, Histórico y Artístico de las Naciones Americanas (Chile 1976, ratificado por El Salvador en 1980); (5) la *Convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales* por la UNESCO (ratificada por El Salvador en 1980); (6) la Convención para la Protección del Patrimonio Cultural en Caso de Conflicto Armado (ratificado en 2001); (7) *Convenio para la protección, conservación, recuperación y devolución de bienes culturales arqueológicos e históricos, robados, exportados o transferidos ilícitamente*, entre la República de El Salvador y la República del Perú (2000); (8) Carta para la Conservación de Lugares con Valor Cultural, «Carta de

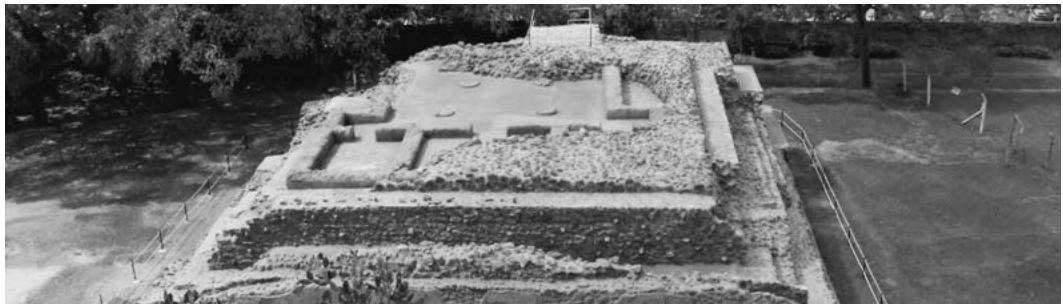
Burra», adoptada por el Comité Nacional del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS, Australia 1981); (9) *Convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, exportación y transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales* (1977); (10) Convenio de Protección y Restitución de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos con México (1991); (11) *Memorándum de entendimiento con los Estados Unidos concerniente a la imposición de restricciones de importación de ciertas categorías de material arqueológico de las culturas prehispánicas* (1995); y (12) el Convenio UNIDROIT²⁸ sobre los Bienes Culturales Robados o Exportados Ilícitamente (Roma 1995), entre otros.

Finalmente, la misma Constitución de la República de El Salvador, en su artículo 63, protege el patrimonio arqueológico al añadir que «la riqueza artística, histórica y arqueológica del país forma parte del tesoro cultural salvadoreño, el cual queda bajo la salvaguarda del Estado y sujeto a leyes especiales para su conservación». De tal modo que desde 1991, a través del Decreto 513, se crea una primera ley, denominada Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador y su Reglamento, la cual sanciona a todo aquel que dañe o ponga en riesgo un sitio arqueológico.

²⁸ Siglas en francés del Instituto Internacional para la Unificación del Derecho Privado.

Dossier





Pasado, presente y futuro de la arqueología en El Salvador

JUAN ALBARRACÍN-JORDAN
Universidad Andina Simón
Bolívar, sede La Paz

FABRICIO VALDIVIESO
University of British Columbia, Canadá

Resumen

El presente artículo condensa, desde un enfoque crítico, la historia de la arqueología en El Salvador. El origen y desarrollo de la arqueología salvadoreña se encuentra vinculada con corrientes de pensamiento que abarcan desde las doctrinas contenidas en las exploraciones realizadas a mediados del siglo XIX en Centroamérica hasta los nuevos paradigmas de la globalización introducidos durante el siglo XX. Este artículo destaca el potencial arqueológico de El Salvador, no solo como mero recurso cultural, sino como uno de los pilares de la construcción de la identidad colectiva y del desarrollo sostenible del país. Se incluye información acerca de los recientes estudios realizados en la zona norte y el oriente de El Salvador, regiones muy poco conocidas en la arqueología mesoamericana. El análisis histórico permite hacer un balance de las debilidades y fortalezas atribuidas a la administración del patrimonio arqueológico, tanto pasadas como presentes, con el objetivo de propiciar mejoras sustanciales en este ámbito. Se destaca, asimismo, la importancia que tienen los estudios de evaluación de impacto arqueológico en la prevención de potenciales daños al patrimonio cultural y en el rescate de información arqueológica, aspectos que han permitido ampliar el conocimiento acerca de la vasta y profunda trayectoria histórica de los antiguos pueblos de El Salvador.

Palabras claves: arqueología, historia de la arqueología, El Salvador, patrimonio arqueológico, zona norte, oriente.

Abstract

This article condenses, from a critical standpoint, the history of archaeology in El Salvador. Its origin and development is concomitant with lines of thought that range from doctrines contained in the first explorations that were carried out during the mid-nineteenth century to the new paradigms of globalization that were introduced during the twentieth century. This article also highlights the archaeological potential of El Salvador, not just as a mere cultural resource, but as an important component of national identity and as a pillar of the country's sustainable development. We include

information concerning the most recent studies in some of the least known archaeological areas of Mesoamerica, namely the northern zone and the eastern region of El Salvador. This historical analysis allows us to make an assessment of past and present strengths and weaknesses related to the administration of archaeological patrimony in the country, with the goal of contributing to its future development. We highlight the significance that archaeological impact studies have had in the prevention of the potential destruction of the archaeological patrimony and in rescuing archaeological data. These studies, although not necessarily based on research programs, have contributed significantly to our understanding of the vast and deep cultural trajectory of the ancient peoples of El Salvador.

Keywords: archeology, history of archeology, El Salvador, archaeological heritage, north and east zone.

Introducción

La vasta y significativa profundidad histórica que presenta el patrimonio cultural de El Salvador aún no ha recibido la merecida atención por parte del Estado, aspecto que ha incidido negativamente en el apoyo otorgado por las autoridades de Gobierno al desarrollo de las investigaciones antropológicas, la calidad de la formación académica, así como la protección, conservación y puesta en valor de tan importante acervo. Tal como ocurre en muchos países latinoamericanos, la respuesta a esta problemática en las esferas estatales encierra una serie de factores ideológicos, políticos, económicos y sociales, la mayoría de ellos asociados con el debate sobre el rol de los pueblos indígenas en la formulación de las políticas públicas y en la noción de «desarrollo». En El Salvador, durante el siglo XIX y comienzos del XX, se produjo una sistemática censura —si no la abolición— de muchos elementos que representaban al ancestro prehispánico, incluida la lengua y las tradiciones. El paradigma de la modernidad que prevaleció en esas épocas imposibilitó la integración social, puesto que las comunidades de ancestro indígena eran consideradas expresiones de ignorancia y retraso social por parte de las élites políticas. A pesar de ello, muchas de las instituciones no-formales del legado prehispánico perduraron inmersas en los patrones culturales de la sociedad salvadoreña en general. Al presente, sin embargo, las múltiples expresiones culturales, propias del devenir histórico de El Salvador, no han sido plenamente exploradas y valoradas. Una especie de omisión de la historia —de sus extraordinarios logros y de su legado civilizatorio— ha postergado el reconocimiento de su trascendencia en la sociedad del presente, favoreciendo una percepción de modernidad ajena a la diversidad de matrices culturales que prevalece en El Salvador y que podría constituirse en una de las fortalezas de su desarrollo.

Es, precisamente, el legado cultural el que despierta el potencial innovador que tienen sus protagonistas para insertarse en el mundo contemporáneo. El patrimonio cultural no es una riqueza inerte y, menos, una cuestión de un pasado irreconciliable y disfuncional con los tiempos actuales. El patrimonio salvadoreño es formidable y está cargado de significados históricos

y sociales que de manera implícita producen y reproducen el sentido de pertenencia a la Nación. Es en este sentido que la consideración del patrimonio cultural en las políticas públicas adquiere importancia y contribuye a la toma de decisiones respecto del desarrollo integral y sostenible.

El presente artículo es un breve análisis del desarrollo de la arqueología en El Salvador, tomando en cuenta sus orígenes, los principales sitios arqueológicos y el avance de la investigación. Asimismo, este documento hace un balance de los resultados obtenidos en las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en la región norte y oriental de El Salvador. Con tal propósito, decidimos incluir el análisis de (i) la importancia de los descubrimientos realizados en el conocimiento de la historia más antigua del actual territorio salvadoreño; (ii) el rol e influencia que tuvieron sus forjadores; y (iii) el significado que actualmente revisten los avances realizados en la arqueología salvadoreña. Como se verá más adelante, la mayor parte de los estudios se concentran en los valles de la zona occidental y paracentral del país. Sin embargo, los estudios arqueológicos realizados en el norte y oriente, en los últimos diez años, demuestran la importancia que tienen estas zonas para completar y complementar el panorama arqueológico del país en épocas prehispánicas, coloniales y republicanas.

Gran parte del contenido del presente artículo deriva del Estudio de Evaluación

de Impacto Arqueológico (EEIAR) de la Carretera Longitudinal de la Zona Norte, dirigido por Albarracín-Jordan, en 2007 y 2008, en colaboración con Valdivieso. No obstante, el contenido de ese estudio ha sido ampliamente enriquecido por investigaciones realizadas en los últimos cuatro años, principalmente en el norte y oriente del país, que se incluyen en el presente análisis.

Los pioneros de la arqueología en El Salvador

Las investigaciones realizadas, desde mediados del siglo XIX, respecto del patrimonio arqueológico de El Salvador, han puesto de manifiesto el extraordinario y complejo legado prehispánico que yace en el país.

Para mediados del siglo XIX, la arqueología centroamericana ya era de conocimiento en el mundo de las ciencias, luego de las publicaciones producidas por John L. Stephens¹ tras su paso por el istmo en 1839. Abogado, escritor de viajes y diplomático norteamericano, Stephens, en 1837, ya contaba en su haber con *Travels in Egypt, Arabia Petrae and the Holy Land*. En 1839, a sus 34 años, fue enviado como encargado de negocios a Centroamérica por el Gobierno de los Estados Unidos, con el objetivo de identificar la fuente del poder político en aquel entonces país confederado centroamericano, para establecer acuerdos con el país del Norte. Stephens exploró en la región y examinó sitios

¹ John L. Stephens nació en Nueva Jersey en 1805 y murió en Nueva York, en 1852, a causa de la malaria contraída en Panamá durante la construcción del ferrocarril. Es considerado uno de los fundadores de la arqueología mesoamericana. Michael D. Coe, *El desciframiento de los glifos mayas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995); J. L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán* (San José, Costa Rica: EDUCA, 1971).

arqueológicos mayas. Sus descripciones, al mejor estilo de la época romántica, proporcionan importantes y precisos datos sobre su periplo en tierras centroamericanas. Junto al prominente dibujante Frederick Catherwood, Stephens, en 1941, publicó *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*. Estos viajeros fueron los primeros en visitar algunos sitios mayas desde tiempos coloniales en Yucatán. Stephens examinó más sitios mayas que ningún otro explorador anterior. En una de sus curiosas anécdotas, Stephens detalla la compra de Copán por la escasa suma de cincuenta dólares. Sus descripciones de los sitios arqueológicos están hechas con un elegante lenguaje, mientras que sus interpretaciones ponían al descubierto una cultura considerada superior a las del centro de México. En aquella época nadie podía alegar desconocer su obra, llegando a colocar a los mayas en el plano arqueológico y cultural del mundo.²

A su paso por Salvador (El Salvador), Stephens proporciona una detallada descripción de la provincia y la inestabilidad política de la convulsa época durante las batallas del general Francisco Morazán, presidente de la República Federal de Centroamérica (1830-1834, 1835-1839), a quién, en 1940, llegó a conocer:

Morazán tenía aproximadamente 45 años de edad, 5 pies y 10 pulgadas, con mostacho negro y barba poco crecida, vestía un

traje militar abotonado hasta el cuello, y una espada (...) Sus características eran las de un hombre bien dotado, física e intelectualmente, y de una gran disciplina propia. De carácter fuerte y controversial.

Sorprendentemente, Stephens no dejó descripción alguna de la arqueología salvadoreña.

A mediados del siglo XIX, Ephraim George Squier, arqueólogo y diplomático norteamericano,³ visitó algunos de los antiguos monumentos de El Salvador, aunque no elaboró descripciones de los mismos. Sin embargo, Squier infirió acerca de los orígenes de la población local. Enviado por Zachary Taylor, entonces presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Squier llegó inicialmente a Nicaragua, en 1849, como encargado de negocios. Durante comienzos de 1850, Squier estuvo en Honduras, Costa Rica y El Salvador. En 1853 pasó a ser secretario de la Honduras Inter-oceanic Railway Co., cargo que le dio la oportunidad de visitar territorio salvadoreño y describir sus riquezas naturales y culturales. Aprovechó la ocasión, asimismo, para realizar descripciones extensas sobre potenciales inversiones en recursos naturales, principalmente azúcar y bálsamo.

Squier pasó el mes de agosto de 1853 en la ciudad de San Salvador, la cual le causó muy grata impresión. Casi un año más tarde, el

² Michael D. Coe, *El desciframiento de los glifos mayas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

³ E. G. Squier y Edwin H. Davis fueron los pioneros de la arqueología norteamericana. Su libro *Ancient Monuments of the Mississippi Valley* fue el primer libro publicado por el Smithsonian Institution en 1848. E. G. Squier, «The Great Ship Canal Question: England and Costa Rica Versus the United States and Nicaragua,» *The American Whig Review* 6 (1850): 441-455 (escrito por Squier, pero sin su firma); *Nicaragua; Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Inter-oceanic Canal* (New York: Appleton and Co., Publishers, 1852); *Notes on Central America; Particularly the States of Honduras and San Salvador; their geography, topography, climate, population, resources, production, etc., etc., and the proposed inter-oceanic railway* (New York: Harper and Brothers, Publishers, 1855).

16 de abril de 1854, se produjo uno de los terremotos más portentosos del siglo XIX en San Salvador; aunque Squier no presenció el fenómeno sí lo representó, a partir de la descripción publicada en el *Boletín Extraordinario del Gobierno del Salvador*.⁴ En San Salvador, Squier aprovechó la amistad que cultivó con dos comerciantes que mantenían nexos con indígenas de pueblos ubicados en la «costa del bálsamo»; de esta manera, pudo entrevistar a algunos indígenas que llegaban hasta la capital para obtener información acerca de sus formas de vida.⁵ Sobre la base de esta información y las crónicas que revisó profusamente concluyó que estos pueblos, conocidos como «pipiles», constituían una colonia desprendida de ancestros mexicanos:

Se ha supuesto que los indios pipiles que ocupan la costa de San Salvador tuvieron un origen mexicano, y que arribaron a Centroamérica al mismo tiempo que la colonia en Nicaragua. No tenemos un vocabulario de su lengua, pero los nombres de la mayoría de los lugares en la región que ellos ocuparon, u ocupan, son claramente mexica-

nos. Istepec [sic], Usulután [sic], Sensuntepec [sic], Cuscutlán [sic], Suchiltepec [sic], Cojutepec [sic], Cuyutitán [sic], Jilpango [sic], etc., son inconfundiblemente mexicanos. Se ha sospechado, sin embargo, que los amigos indios de México, quienes acompañaron a Alvarado en su conquista del país, fueron establecidos aquí, y que los nombres a los que me he referido fueron dados por ellos. Este es un punto que todavía está abierto a la investigación; mientras tanto, me inclino a creer que una colonia mexicana también existía en San Salvador.⁶

Squier⁷ anotó que la frontera de estos pueblos con otros grupos étnicos constituía el río Lempa. Squier es, indiscutiblemente, el principal forjador de una de las corrientes de pensamiento más importantes de la arqueología salvadoreña, fundamentalmente debido a que sus apreciaciones sobre la presencia pipil en la región dieron inicio a un debate que ha durado más de un siglo y medio en Centroamérica.

Otros exploradores y geógrafos del siglo XIX, entre estos Simeon Habel, Karl Scherzer, Karl Sapper y Montessus de

⁴ Ephraim G. Squier, *Notes on Central America; particularly the states of Honduras and San Salvador*, 321-323.

⁵ Juan Albarracín-Jordan, *Política y etnología norteamericanas del siglo XIX. Ephraim George Squier en Centroamérica, Perú y Bolivia* (La Paz: Fundación Bartolomé de Las Casas/Plural Editores, 2011).

⁶ «It has been supposed that the Pipil Indians, occupying the coast of San Salvador, were also of Mexican origin, and arrived in Central America at the same time with the colony in Nicaragua. We have no vocabulary of their language, but the names of most of the places in the region which they occupied, or occupy, are clearly Mexican. Istepec, Usulután, Sesultepec, Cuscutlán, Suchiltepec, Cojutepec, Cuyutitan, Jilpango, etc., are unmistakably Mexican. It has, however, been suspected that the friendly Indians from Mexico, who accompanied Alvarado in his conquest of the country, were established here, and that the names to which I have referred were given by them. This is a point which is yet open to investigation; meantime, I incline to the belief that a Mexican colony also existed in San Salvador», Ephraim G. Squier, *Travels in Central America, particularly in Nicaragua. With a description of its aboriginal monuments, scenery and people, their languages, institutions, religion, etc.* Illustrated by numerous maps and coloured illustrations. Vols. I and II (New York: D. Appleton & Co., Publishers, 1853).

⁷ Ephraim G. Squier, *Notes on Central America; Particularly the States of Honduras and San Salvador* (New York: Harper and Brothers, Publishers, 1855), 340.

Ballore (estos dos últimos geólogos-vulcanólogos) realizaron descripciones de sitios arqueológicos, con lo cual proporcionaron bases para subsiguientes estudios. Habel realizó varios descubrimientos en Ahuachapán y Sonsonate, al suroeste del país, durante la década de 1860. Montessus de Ballore⁸ en 1883 fue el fundador del primer observatorio meteorológico y sismológico en la región centroamericana, inaugurado por el Gobierno salvadoreño durante la administración de Rafael Zaldívar. En la misma gestión presidencial se fundó el primer Museo Nacional en San Salvador. Montessus de Ballore llegó a Salvador (El Salvador) en 1881, año en el que logró compilar una primera e importante relación histórica de sismos registrados desde la época de la intrusión española. Su obra, denominada *Terremotos y erupciones volcánicas en Centro América*, publicada en 1884, enlista más de 2,300 sismos ocurridos entre 1526 y 1885. Su texto le permitió ser galardonado por la Academia de Ciencias, siendo este referente un hito en estudios sismológicos y

vulcanológicos mundiales. Montessus de Ballore es considerado uno de los padres de la sismología contemporánea.⁹

Muy pocas exploraciones fueron llevadas a cabo en el oriente de El Salvador durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Tehuacán,¹⁰ ubicado en San Vicente, fue uno de los sitios visitados por E. G. Squire, reportado en 1853. Se tiene registro de que Darío González visitó el sitio en 1891 e identificó varios montículos en el centro del lugar. Sus descripciones fueron publicadas en 1906 y 1926. Tehuacán también fue mencionado por Montessus de Ballore en 1892. Otras apreciaciones sobre Tehuacán fueron publicadas por Antonio Sol en 1939. Este importante sitio ha sido pobremente investigado, pese a tener la declaratoria de *Monumento Nacional* desde 1977.

Hacia inicios del siglo XX, la investigación arqueológica adquirió una dimensión más sistemática y especializada, de tal manera que los sitios arqueológicos fueron descritos, prospectados y excavados, generándose, así, información más contundente. Ello no implica, sin embargo, que el trabajo arqueológico sistemático en El Salvador haya

⁸ Fernand Jean Batiste Marie Montessus de Ballore nació en Domperre-Sauvignes, Francia, en 1851, y falleció en Santiago de Chile en 1923.

⁹ Carlos Cañas-Dinarte, «Montessus de Ballore. Un sismólogo francés en El Salvador del siglo XIX,» *Folleto biográfico, Crónicas de nuestra tierra. Historia natural de El Salvador* (San Salvador: CONCULTURA, 2001, Telecom, 2003, y Walter Hernández); Carlos Cañas Dinarte *et al* (San Salvador: Aseguradora Suiza Salvadoreña S. A.-ASESUISA, 2009).

¹⁰ Los pobladores llaman a la zona *El León de Piedra*, nombre atribuido por la existencia de una escultura grande, la cual adopta la forma de un felino, posiblemente un jaguar. El sitio se ubica en la antigua hacienda Opico, a 10 km de la ciudad de San Vicente. Fue ocupado durante el Clásico tardío (600-900 d.C.). Se le calcula una extensión de 1.5 km², en cuya área nuclear pueden percibirse terraplenes, rampas, plataformas, murallas bajas y montículos; el más grande de estos últimos puede alcanzar los 20 metros de altura con 40 y 60 metros de largo y ancho. Las edificaciones fueron elaboradas de canto y tierra. La cerámica de Tehuacán sugiere corresponder con las fases *Shila* y *Lepa* de Quelepa en el departamento de San Miguel. Para algunos arqueólogos estos dos sitios son muy similares.

operado en un vacío temático más amplio en la región. El interés por la arqueología americana, en general, empezaba a tomar cuerpo en los trabajos realizados por Max Uhle y Adolph F. Bandelier, en Sudamérica; y Eric Thompson, Otis Mason y Herbert Spinden, en México y Centroamérica. En ese entonces, la noción de un área histórico-cultural extensa empezaba a madurar. Bajo la influencia de Max Uhle, Herbert Spinden desarrolló la idea del «horizonte cultural», concepto que permitió examinar fenómenos de expansión en vastas regiones. Bajo este marco, Spinden fue uno de los arqueólogos pioneros en suelo salvadoreño.

Spinden, hacia 1915, desarrolló un panorama lingüístico de El Salvador a partir de los trabajos de Walter Lehmann, distinguiendo, en ese entonces, los grupos de habla nahua y los pobladores que, según el investigador, eran anteriores: los lenca. Spinden elogió los trabajos de Santiago Barbarena, Alberto Luna, Rafael Reyes, Juan José Láinez y David J. Guzmán respecto del rescate de los significados que tendrían los nombres de lugares prehispánicos. Como era norma en la época, Spinden elaboró una secuencia-cronológica basada en los estilos artísticos cerámicos que fueron encontrados en México. Sobre esa base, Spinden examinó estatuillas y otras piezas cerámicas, muchas de las cuales provenían de colecciones privadas, y distinguió un primer período, que denominó «Arcaico», un subsiguien-

te período de corta duración que llamó «Transicional», un tercero llamado «Maya», un período «Post-Maya» (en el que aparecería una fuerte influencia nahua, la cual habría introducido el juego de pelota) y un último período que Spinden denominó «Azteca». Spinden sostenía que el elemento azteca en El Salvador era una manifestación derivada del intercambio de bienes, no así producto de la invasión militar. Spinden reconoció la dinámica histórica de los diversos grupos que se asentaron en El Salvador, señalando que el escenario tenía amplia implicancia para con las rutas de intercambio entre territorios del norte (México, Guatemala y Honduras) y el sur (Nicaragua y Costa Rica).

En la década de 1920, el investigador salvadoreño Jorge Lardé y Arthés fue el primero en elaborar una lista de sitios arqueológicos de El Salvador, incluyendo la región de Chalchuapa, y de prospectar varios lugares alrededor de San Salvador, mientras que Antonio Sol fue el primero en excavar en Cihuatán. Posteriormente, los trabajos realizados por Samuel K. Lothrop, los esposos Dimick y los esposos Ries, en San Andrés, ampliaron el panorama de los monumentos precolombinos y de la distribución de lenguas prehispánicas en el país. Lothrop,¹¹ por ejemplo, a partir de los trabajos de Squier, planteó que el río Lempa —en su curso bajo— fue la frontera sureña del mundo maya.

Hacia inicios de la década de 1940, el arqueólogo norteamericano Stanley H. Boggs¹² se convirtió en una de las

¹¹ Samuel K. Lothrop, «The Southeastern Frontier of the Maya,» *American Anthropologist*, New Series 41, n.º 1 (1939): 42-54.

¹² Stanley H. Boggs nació el 8 de agosto de 1914, en Warsaw, Indiana.

figuras más importantes de la arqueología salvadoreña. Boggs estudió en Northwestern University y en Harvard (aunque no se graduó de esta) y, posteriormente, cursó una Maestría en Antropología en University of Arizona. Llegó a El Salvador en octubre de 1940, recomendado por Alfred V. Kidder, para ser director de campo de John M. Dimick en el sitio San Andrés. En 1946 y 1947, Boggs viajó a Guatemala, junto a su esposa Inés Sagraera Rosales, para realizar excavaciones en Zaculeu junto a Gus Stömsvik y Aubrey Trik. Entre 1948 y 1954, fue jefe del Departamento de Arqueología del Ministerio de Cultura de El Salvador. Entre 1963 y 1968 fue catedrático de la Universidad de El Salvador y director del Departamento de Arqueología del Museo Nacional, dentro de la entonces Dirección Nacional de Patrimonio Cultural, hasta 1988. A partir de ese año encabezó la Dirección de

Registro, dentro del Museo Nacional en San Salvador, hasta su muerte en 1991. Residió en El Salvador durante cincuenta años y fue el pionero de la arqueología en el país.

Su extensa obra abarcó diversos sitios y épocas de la era precolombina, incluyendo excavaciones y trabajos de restauración en San Andrés y Tazumal. Boggs también realizó investigaciones en el Cerro de Zapote, Las Victorias, Cihuatán, Tacuxcalco, Almulunga, Cara Sucia, Igualtepeque y Santa Leticia, entre otros sitios.¹³ Boggs trabajó intensamente para que varios de los sitios arqueológicos fueran declarados monumentos nacionales y para que el Estado adquiriese terrenos que permitieran la preservación de importantes sectores en sitios como San Andrés, Quelepa y Cara Sucia.¹⁴ Con Boggs se escribe un antes y un después en la arqueología salvadoreña en el siglo XX.

También, hacia comienzos de la década de 1940, John M. Longyear III¹⁵ fue el

¹³ Stanley H. Boggs, «Notas sobre las excavaciones en la hacienda San Andrés, Departamento de La Libertad,» *Tsunpame* año III, n.º 1 (1943): 104-126; «Observaciones respecto a la importancia de Tazumal en la prehistoria salvadoreña,» *Tsunpame* año III, n.º 1 (1943): 127-133; «Excavations in Central and Western El Salvador,» *Archaeological Investigations in El Salvador*, ed. John M. Longyear III; *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, vol. IX, n.º 2, appendix C (Cambridge: Harvard University, 1944a), 51-72; «A Preconquest Tomb on the Cerro del Zapote, El Salvador,» *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, vol. II, n.º 32, (Washington D.C.: Carnegie Institution of Washington, 1944b), 8-15; «Informe sobre la tercera temporada de excavaciones en las ruinas de Tazumal,» *Tsunpame* V, n.º 4 (1945): 33-45; «Excavations of Tazumal, El Salvador,» *Yearbook of the American Philosophical Society* (1962), 488-491; «Excavations at Tazumal, El Salvador,» *Yearbook of the American Philosophical Society* (1963), 505-507; *Pottery Jars from the Loma del Tacuazin, El Salvador* (Middle American Research Institute, Publication Number 28. New Orleans: Tulane University, 1966); «Excavations at Almulunga, El Salvador,» *Katunob* 6, n.º 2 (1967): 57; «Figurillas con ruedas de Cihuatán y el oriente de El Salvador,» *Colección Antropología*, n.º 3 (Ministerio de Educación, El Salvador, 1972); «Current Archaeological Research in El Salvador,» *Mexicon* I, n.º 4 (1979): 43-44; «Continuing Archaeological Work in El Salvador,» *Mexicon* III, n.º 4 (1981): 61; «Archaeological Excavations in El Salvador, 1983,» *Mexicon* VI, n.º 1 (1984): 4-5.

¹⁴ Fabricio Valdivieso, «Remembranzas de un departamento de arqueología con los primeros arqueólogos formados en El Salvador,» *Kóot* 1, n.º 2 (2010): 77-99.

¹⁵ John M. Longyear III, *Archaeological Investigations in El Salvador* (Peabody Museum of Archaeology and Ethnology. Harvard University, 1944).

primer arqueólogo en realizar estudios en la zona oriental de El Salvador. Llevó a cabo trabajos de prospección y excavación en Los Llanitos, en el departamento de San Miguel. Los Llanitos reviste mucha importancia en la arqueología mesoamericana, ya que representa, junto a Quelepa, uno de los sitios con juego de pelota más al sur de la macroregión.

Mesoamérica: hacia un concepto regional para el análisis de la continuidad y el cambio

En 1943, Paul Kirchhoff¹⁶ propuso denominar a la macroárea cultural mexicana y norcentroamericana «Mesoamérica», término que desde ese año vino a caracterizar a una formación histórica distintiva, en tiempo y en espacio. Kirchhoff basó su definición en «límites geográficos, composición étnica y características culturales al momento de la Conquista». Sin embargo, durante las siguientes décadas, el concepto fue replanteado por varios investigadores, cada cual con una distinta manera de enfocar el carácter de su significado.¹⁷ Si bien el término ha llevado

a varios académicos a debatir acerca de su utilidad en términos de la dinámica cultural y de sus fronteras,¹⁸ el concepto, como unidad analítica, forma parte intrínseca de las investigaciones arqueológicas actuales.

Matos Moctezuma¹⁹ definió Mesoamérica como «la conjunción de determinado tipo de sociedades con sus propias características dentro de un tiempo determinado y un espacio que tuvo variaciones a lo largo de ese tiempo». En todo caso, como término rector de un fenómeno histórico complejo «Mesoamérica» se convirtió en una unidad analítica fundamental para ordenar y explicar continuidades y cambios de los orígenes y desarrollo de la región. En Centroamérica se demarcó una línea variable —según el período— para distinguir entre el sector de influencia mesoamericana y el sector de influencia sudamericana. Sin embargo, fue dentro de este marco conceptual que se continuaron llevando a cabo los trabajos de investigación en El Salvador.

No cabe duda de que la clasificación taxonómica/cronológica que Gordon R. Willey y Phillip Phillips desarrollaron en 1958 tuvo gran aceptación en las investigaciones realizadas en El Salvador.²⁰ Entre 1945 y 1965,

¹⁶ Paul Kirchhoff, «Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales,» *Acta Americana* 1 (1943): 92-107; «Mesoamérica,» Suplemento de la revista *Tlatoani* (México, 1960).

¹⁷ Richard E. Blanton, Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel, *Ancient Mesoamerica. A comparison of change in three regions* (New York: Cambridge University Press, 1981).

¹⁸ Anne Chapman, «Mesoamérica: ¿estructura o historia?,» en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica* (México: INAH/SMA, 1990), 21-29; Winifred Creamer, «Mesoamerica as a Concept: An Archaeological View from Central America,» *Latin American Research Review* 22, n.º 1 (1987): 35-62; Moctezuma Ramiro Matos, «Mesoamérica,» en *Historia antigua de México. Vol I. El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (México: INAH/UNAM, 2000), 95-119; Enrique Nalda, «¿Qué es lo que define Mesoamérica?,» en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica* (México: INAH/SMA, 1990), 11-20.

¹⁹ Moctezuma Ramiro Matos, «Mesoamérica,» 95-119.

²⁰ Gordon R. Willey y Philip Phillips, *Method and Theory in American Archaeology* (The University of Chicago Press, 1958).

al trabajo realizado por Stanley H. Boggs, se sumaron los estudios llevados a cabo por Wolfgang Haberland,²¹ Muriel N. Porter,²² William R. Coe²³ y Carlos Navarrete.²⁴

Este primer ciclo de la arqueología salvadoreña está marcado por exploraciones dispersas, muchas de ellas asociadas con estudios de distinta índole. Los primeros viajeros eran, fundamentalmente, diplomáticos y/o científicos que tenían como objetivo principal el establecimiento de acuerdos con los Gobiernos de la región centroamericana. Squier, por ejemplo, jugó el papel de encargado de negocios en Centroamérica en 1849, con el único propósito de convencer al Gobierno nicaragüense para que una empresa norteamericana, y no británica, se hiciera cargo de la construcción del propuesto canal interoceánico. Cuando Squier retornó a Centroamérica, en 1853, en calidad de secretario encargado de la *Honduras Inter-oceanic Railway Company*, aprovechó la ocasión para recolectar datos etnológicos. Aunque no documentó sitios arqueológicos en El Salvador de la manera en la que lo hizo en su visita a Nicaragua, Squier sentó las bases para las interpretaciones sobre el origen pipil en El Salvador.

Hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, los vulcanólogos, histo-

riadores y médicos se encargaron de realizar las primeras descripciones de sitios arqueológicos. La arqueología no tenía una estructura clara —al margen de su rol utilitario en la reconstrucción de la monumentalidad de centros ceremoniales— y tampoco era considerada como una disciplina que podría aportar al debate acerca de la identidad y la construcción nacional. Fue la monumentalidad de las estructuras prehispánicas (por ejemplo, Tazumal o Cihuatán) la que generó la mayor atracción. Por otra parte, siguiendo el paradigma establecido en otras áreas de la macroregión denominada «Mesoamérica», los investigadores se concentraron en clasificar tipos cerámicos y secuencias cronológicas. La propuesta de Willey y Phillips, en particular, influyó en los enfoques de los trabajos arqueológicos realizados en El Salvador, a partir de 1950. Stanley H. Boggs fue, sin duda, el protagonista de la arqueología salvadoreña y claro representante del enfoque histórico-cultural durante varias décadas. Sin su aporte, poco se habría desarrollado, en términos de la institucionalización de la arqueología, tanto en esferas de Gobierno como en círculos académicos.

²¹ Wolfgang Haberland, «A Pre-Classic Complex of Western El Salvador, C.A.», *Proceedings of the Thirty-Second International Congress of Americanists* [Copenhagen 1956] (Copenhagen: Munksgaard, 1958), 485-490; «Ceramic Sequences in El Salvador», *American Antiquity* 26, n.º 1 (1960): 21-29; «Marigua Red-on-Buff and the Pipil Question», *Ethnos* 1-2 (1964): 73-86.

²² «Material Preclásico de San Salvador», *Comunicaciones* 4, n.º 3-4 (San Salvador: Instituto Tropical de Investigaciones Científicas, 1955): 105-112.

²³ «Excavations in El Salvador», *The University Museum Bulletin* 19, n.º 2 (Philadelphia: University Museum, 1955): 14-21.

²⁴ «El sitio arqueológico de San Nicolás, Municipio de Ahuachapán, El Salvador», *Estudios de Cultura Maya* 7 (1972): 57-66.

Debido a la mayor accesibilidad que presenta la mitad oeste del país, una división geográfica y cultural demarcada por el curso del río Lempa, las investigaciones arqueológicas se concentraron en zonas occidentales y sitios, como Tazumal, Cihuatán y San Andrés. La parte oriental recibió poca atención. Probablemente, los únicos dos sitios que mayor importancia cobraron fueron Quelepa, investigado por Andrews; y Corinto, estudiado por Haberland.

La nueva arqueología y la arqueología de rescate

Hacia finales de 1960 y comienzos de 1970, en consonancia con los cambios introducidos en la disciplina (p.ej., nueva arqueología, teoría de sistemas), las investigaciones abandonan la mera reconstrucción cronológica como un fin en sí mismo. Comienzan a plantearse preguntas sobre la adaptación humana a cambios recurrentes en el medioambiente y a la transformación de los paisajes. En sincronía con la tendencia generalizada que se produjo en otras ramas de las ciencias naturales y sociales, la arqueología empezó a concentrarse en

la relación entre la sociedad y los ecosistemas, a través del tiempo. La noción de «sistemas» de interacción le otorga un enfoque adicional a la mera descripción de objetos arqueológicos.²⁵ Las investigaciones ya no se orientan a «descubrir» cosas de la antigüedad sino a plantear problemáticas vinculadas con los sistemas sociales y sus contextos regionales. El criterio cronológico se vuelve más riguroso, aunque no suficiente para explicar las sociedades antiguas.

Siguiendo estos cambios de paradigma científico, la investigación arqueológica en El Salvador también experimentó cambios importantes. Rafael Cobos²⁶ distingue esta fase de la historia de la arqueología en El Salvador y la separa de los cien años anteriores. Aunque Cobos no establece una explicación del porqué los estudios arqueológicos adquieren cierto carácter, distinto del período anterior, sí señala que los nuevos trabajos tienden a profundizar el análisis funcional. Son dos proyectos que menciona como trascendentales para distinguir la «nueva arqueología» en El Salvador: el estudio de Robert J. Sharer²⁷ (llevado a cabo principalmente en Chalchuapa) y el de Wyllys E. Andrews²⁸ (en Quelepa). Con

²⁵ L. R. Binford, «Archaeology as Anthropology,» *American Antiquity* 28, n.º 2 (1962): 217–225; «Archaeological systematics and the study of culture process,» en *Contemporary Archaeology*, ed. M. Leone (Southern Illinois University, Carbondale, 1965), 125–132; *New Perspectives in Archaeology* (Chicago: Aldine Press, 1968).

²⁶ *Síntesis de la Arqueología de El Salvador*, Colección Antropología e Historia n.º 21 (Consejo Nacional para la Cultura y el Arte / Dirección Nacional del Patrimonio Cultural, San Salvador, 1994).

²⁷ «Investigaciones preclásicas en Chalchuapa, El Salvador,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»* XI, n.º 37-41 (San Salvador, 1967): 27-34; «The Prehistory of the Southern Maya Periphery,» *Current Anthropology* 15, n.º 2 (1974): 165-187.

²⁸ «Excavations at Quelepa, El Salvador» (Disertación de Doctorado, Departamento de Antropología, Tulane University, New Orleans).

los estudios de Sharer y Andrews se obtuvieron dos amplias propuestas clasificatorias del material arqueológico localizado en dos regiones del territorio salvadoreño. La cerámica identificada por los investigadores a finales de la década de 1960 responde a la aplicación del sistema tipo-variedad, el cual describe las características físicas mediante la morfología de la pieza, pasta, decoración y acabados. Los especímenes cerámicos identificados mediante este sistema permiten distinguir y correlacionar cronológicamente la cerámica, reconstruyendo complejos, distinguiendo formas utilizadas durante

determinada época y en determinada región. Este sistema evita renombrar piezas y permite compararlas con otros especímenes en otras regiones, con el objetivo de vincularlas a un mismo grupo o de distinguirlas.²⁹

A estos le siguieron los estudios realizados por William R. Fowler, Jr.³⁰ en El Tanque y Santa María; Howard H. Earnest Jr.³¹ en el Valle Central del río Lempa; Karen Olsen Bruhns³² en Cihuatán; Jorge Mejía³³ en San Andrés; Arthur A. Demarest³⁴ en Santa Leticia; Payson D. Sheets³⁵ en el Valle de Zapotitán (Joya de Cerén); Kevin D. Black³⁶

²⁹ Luis Manuel Gamboa y Nadia Verónica Vélez, «Estratigrafía, cerámica y cronología. Pozas de Ventura, Campeche,» en *XVII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, eds. J.P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 2003), 379-391; Robert J. Sharer, *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador: Pottery and Conclusions*. Vol. 3 (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1978), 1-204.

³⁰ William R. Fowler, Jr. «Programa de rescate arqueológico Cerrón Grande: Sub-Proyecto Hacienda Las Flores,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 49 (San Salvador, 1976): 13-49; «Informe preliminar sobre las excavaciones del montículo 3, El Tanque, Hacienda El Morrito, Departamento de Chalatenango,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 49 (San Salvador, 1976): 83-92; William R. Fowler, Jr. y E. Margarita Solís Angulo, «El mapa de Santa María: un sitio Posclásico de la región Cerrón Grande,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 50 (San Salvador, 1977): 13-17; William R. Fowler, Jr. y Howard D. Earnest, Jr., «Settlement Patterns and Prehistory of the Paraíso Basin of El Salvador,» *Journal of Field Archaeology* 12, n.º 1 (1985): 19-32.

³¹ Howard D. Earnest, Jr., «Investigaciones efectuadas por el Proyecto No. 1: Programa de rescate arqueológico Cerrón Grande, en la Hacienda Santa Bárbara, Departamento de Chalatenango. Segundo Informe Preliminar,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 49 (San Salvador, 1976): 57-67; «Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas en la Ciénega, la Hacienda Santa Bárbara y sitios aledaños, Departamento de Chalatenango,» *Mesoamérica* 12, n.º 21 (1991): 122-126.

³² Karen Olsen Bruhns, «Investigaciones arqueológicas en Cihuatán,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 3 (San Salvador, 1976): 75-82; *Cihuatán: An Early Postclassic Town of El Salvador*. Monographs in Anthropology, n.º 5 (Columbia, Missouri: University of Missouri, 1980).

³³ Jorge N. Mejía, «Las ruinas de San Andrés,» *Flama*, n.º 48 (San Salvador, 1984): 33-47.

³⁴ Arthur A. Demarest, «Santa Leticia and the development of complex society in southeastern Mesoamerica» (Disertación de Doctorado, Harvard University, 1981); «Political Evolution in the Maya Borderlands: The Salvadoran Frontier,» en *The Southeast Classic Maya Zone*, eds. Elizabeth H. Boone y Gordon R. Willey. Papers from the Dumbarton Oaks Symposium on the Southeast Classic Maya Zone (Washington D.C.: Dumbarton Oaks, 1988), 335-394.

³⁵ Payson D. Sheets, «The Prehistory of El Salvador: An Interpretive Summary,» en *The Archaeology of Lower Central America*, eds. F.W. Lange y D.Z. Stone (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984), 85-112; *The Cerén Site. A Prehistoric Village Buried by Volcanic Ash in Central America* (Orlando: Harcourt Brace Javanovich Publishers, 1992); «Tropical Time Capsule: An Ancient Village Preserved in Volcanic Ash Yields Evidence of Mesoamerican Peasant Life,» *Archaeology* (July, 1994): 30-34.

³⁶ Kevin D. Black, *Settlement Patterns in the Zapotitán Valley, El Salvador* (Tesis de Maestría, Department of Anthropology, University of Colorado, Boulder, 1979).

y Christian J. Zier³⁷ ambos en el Valle de Zapotitán; Susan M. Chandler³⁸ en El Cambio (Valle de Zapotitán); y Paul Amaroli³⁹ en Cara Sucia.

Otro elemento introducido en la década de 1970 es la arqueología de rescate, aplicada a proyectos de desarrollo o proyectos de inversión privada. De esta manera, las prospecciones regionales llevadas a cabo en extensas áreas de embalse para represas empezaron a generar nueva y valiosa información respecto del patrimonio arqueológico en el país. Asimismo, los rescates arqueológicos en obras civiles expandieron el rol institucional de la arqueología, entre estos los estudios realizados por Casasola,⁴⁰

Crane,⁴¹ Fowler,⁴² Fowler y Earnest,⁴³ Boggs⁴⁴ y Bello-Suazo.⁴⁵ A partir de estos trabajos, la arqueología de rescate en El Salvador se ha incrementado sustancialmente, haciendo mucho más visible el alcance y significado que tiene la arqueología en términos de la restauración y conservación del patrimonio arqueológico. En algunos casos, la arqueología de emergencia también ha adquirido mayor notoriedad, dado que ha permitido respuestas efectivas a situaciones en las que se involucra la integridad estructural de importantes centros ceremoniales.⁴⁶ Tazumal, en particular, ha sido objeto principal de este tipo de trabajos en la década de 2000.⁴⁷

³⁷ Christian J. Zier, «A Functional Analysis of Late Classic Period Maya Residence and Agricultural Field in the Zapotitán Valley, El Salvador» (Disertación de Doctorado, University Microfilms International, Ann Arbor, 1981).

³⁸ Susan M. Chandler, «Excavations at the El Cambio Site,» en *Archaeology and Volcanism in Central America. The Zapotitán Valley of El Salvador*, ed. Payson D. Sheets (Austin: University of Texas Press, 1983), 98-118.

³⁹ Paul E. Amaroli, «Cara Sucia: nueva luz sobre el pasado de la costa occidental de El Salvador,» *Universitas* 1 (San Salvador, 1984): 15-19.

⁴⁰ Luis Casasola García, «Jayaque, un sitio Preclásico de El Salvador» (Tesis de Maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977).

⁴¹ Richard S. Crane, «Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas de rescate efectuadas en 1974 en la Hacienda Colima, Depto. de Cuscatlán (Proyecto n.º 2, Programa de «Cerrón Grande»),» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»* 42-48 (San Salvador, 1975): 13-27.

⁴² William R. Fowler, Jr. «Programa de rescate arqueológico Cerrón Grande: Sub-Proyecto Hacienda Las Flores,» *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, n.º 49 (San Salvador, 1976): 13-49.

⁴³ William R. Fowler, Jr. y Howard D. Earnest Jr «Settlement Patterns and Prehistory of the Paraíso Basin of El Salvador,» *Journal of Field Archaeology* 12, n.º 1 (1985): 19-32.

⁴⁴ Stanley H. Boggs, «Current Archaeological Research in El Salvador,» *Mexicon* I, n.º 4 (1979): 43-44; «Continuing Archaeological Work in El Salvador,» *Mexicon* III, n.º 4 (1981): 61.

⁴⁵ Gregorio Bello-Suazo, *Rescate arqueológico en Santa Teresa: una experiencia de arqueología alternativa. San Martín, San Salvador, El Salvador*, C.A. (San Salvador: Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima (FUNDASAL), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 1990); «Rescate arqueológico en Antiguo Cuscatlán: informe preliminar,» *Mesoamérica* 12, n.º 21 (1991): 115-121.

⁴⁶ Roger Atwood, «Deconstructing a Maya Pyramid,» *Archaeology* 59, n.º 5 (2006): 31-35.

⁴⁷ En 2004, una tormenta propició el derrumbe de la fachada sur de la B1-2. Luego de cinco décadas, el derrumbe activó tres años y medio de restauración arqueológica en el inmueble. El proyecto, dirigido por Valdivieso, consistió en la remoción total del cemento, de manera analítica mediante un proceso *deconstructivo*.

En resumen, la arqueología salvadoreña durante veinte años, desde mediados de los sesenta hasta el inicio de la guerra civil, en 1980, fue más bien receptora de las transformaciones teóricas y metodológicas que tuvieron lugar en los Estados Unidos y en Inglaterra. La lista de proyectos arqueológicos llevados a cabo durante este período da cuenta de la importancia que tuvo El Salvador en la complementación de la visión macroregional mesoamericana desde la óptica de la escuela norteamericana. La crítica a la arqueología «tradicional» y la escuela histórico-cultural, inicialmente abanderada por Lewis Binford, devino en el estudio de la cultura (presente y pasada) como un sistema de adaptación al entorno. El aspecto funcional cobró, en tal sentido, mayor significado en el análisis de la relación entre los subsistemas y el cambio cultural asociado a la adaptación. Si bien algunos de los trabajos en El Salvador continuaron con la práctica «tradicional», muchos de los estudios llevados a cabo entre 1970 y 1980 se alinearon con el planteamiento de la nueva arqueología, en términos del enfoque regional de los trabajos y de su relación con la interpretación funcionalista.

A raíz de la demanda intelectual que provenía de los Estados Unidos, se produjo mayor presión para que en El Salvador se normara y supervisara la implementación de estos estudios. La respuesta fue lenta, principalmente debido a que la arqueología salvadoreña

convergía, fundamentalmente, en su personificación a través de la imagen e intelecto de Stanley Boggs. Si bien existía un marco normativo previo para la protección de sitios con arquitectura monumental (monumentos nacionales), la estructura organizacional era absolutamente precaria para atender las necesidades de un creciente interés académico, principalmente norteamericano, en el país, así como de un creciente número de estudios de impacto arqueológico requerido por los proyectos de desarrollo.

El estado actual del conocimiento arqueológico

A raíz de la guerra civil en El Salvador, entre 1980 y 1992, se produjo un paréntesis en la práctica arqueológica. Boggs falleció en 1991, un año antes de los Acuerdos de Paz, dejando un vacío en la administración pública de la arqueología salvadoreña. Gran parte de los investigadores extranjeros tomaron tiempo en retornar al campo, otros no retornaron. Sin embargo, el impulso académico y la influencia ejercida por otros países, entre estos México y Japón, fueron factores clave en el surgimiento de la carrera de arqueología en la Universidad Tecnológica (UTEC). Algunos de los estudiantes de arqueología, eventualmente, fueron los forjadores de una nueva época de institucionalización de la disciplina en el país.

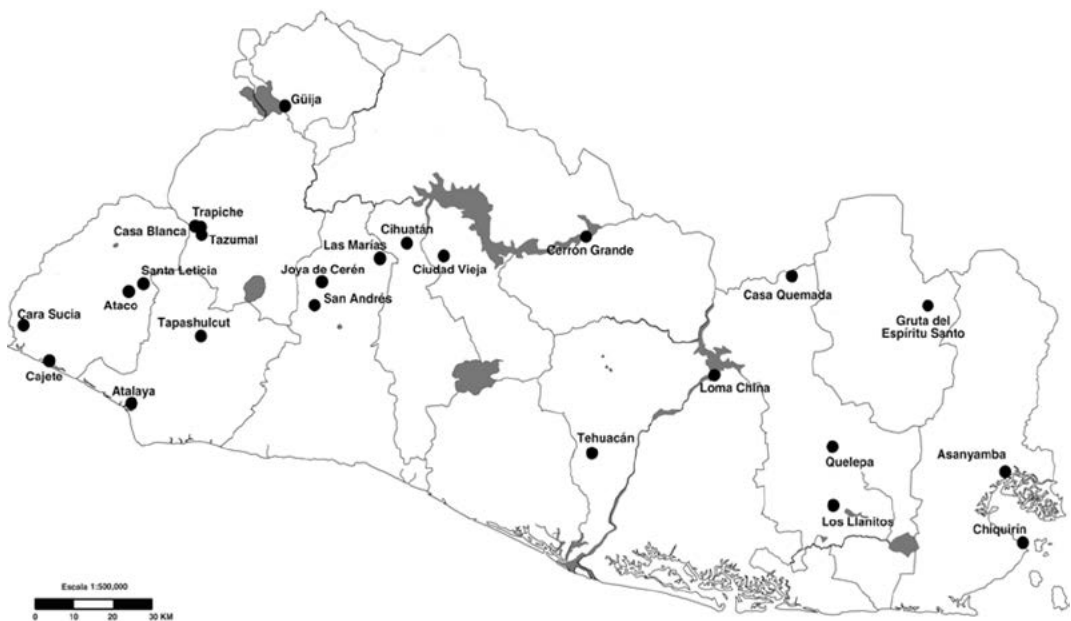
Los resultados de la *deconstrucción* permitieron identificar otras estructuras arqueológicas de origen prehispánico, las cuales permanecían ocultas por la cobertura de concreto. El cemento había sido colocado sobre las evidencias originales con un aislante de piedra entre la superficie de concreto y los rasgos prehispánicos. Los resultados de este trabajo permitieron establecer la equívoca restauración de la antigua estructura.

En las siguientes secciones, sintetizamos el estado actual del conocimiento arqueológico en El Salvador, incluyendo los aportes realizados en los últimos cinco años, la mayoría de ellos representados por estudios de evaluación de impacto arqueológico que se aplicaron a proyectos de desarrollo y de inversión privada. Cabe enfatizar que la evaluación de impacto arqueológico, aunque con normativa actual propia en El Salvador, forma parte de estudios de evaluación de impacto ambiental (EIA) más extensos, los cuales son requeridos por ley y son comunes en todos los países latinoamericanos. Las evaluaciones de impacto ambiental se generalizaron en Latinoamérica durante la década de los noventa, principalmente por las políticas operativas y las guías establecidas por el Banco Mundial y el Banco

Interamericano de Desarrollo. No cabe duda de que la EIA abrió nuevas oportunidades para el desarrollo de la arqueología en el país.

Los primeros pobladores de El Salvador (11,000-5,000 a.C)

Sobre la base de los hallazgos realizados en Panamá, Costa Rica y Guatemala, la colonización temprana de Centroamérica se habría producido hace unos 12,000 años. Desde esa época, el territorio centroamericano habría conformado una «frontera» dinámica entre el norte y el sur. Tanto las puntas clovis —asociadas con grupos de cazadores en regiones al norte del continente—, como puntas «cola de pescado» —asociadas con grupos de cazadores en Sudamérica—, dan cuenta de la



Principales sitios arqueológicos de El Salvador

presencia de dos «tradiciones» tecnológicas en Centroamérica.⁴⁸ No obstante, los restos arqueológicos que han sido asociados con una temprana ocupación del actual territorio salvadoreño, entre los 11,000 a.C. y, aproximadamente, el 5,000 a.C., están compuestos principalmente por pinturas y grabados rupestres. Estos datos, evidentemente, son controversiales, ya que, en ausencia de asociaciones arqueológicas más contundentes (p.ej., artefactos líticos), su relación con períodos precerámicos no es definitiva. Al presente, los artefactos encontrados en dos sitios podrían considerarse como prueba de la existencia de asentamientos humanos precerámicos en El Salvador. El primero es Chalchuapa, donde se encontraron restos de navajas de obsidiana, reportadas por Sharer en 1978; y colecciones privadas que Payson D. Sheets⁴⁹ revisó, y de ellas reportó haber visto puntas de proyectil tipo Folsom.

El sitio denominado Gruta del Espíritu Santo⁵⁰ —también conocido como «Capilla de los Cacaoperas»— un abrigo rocoso ubicado en la villa de Corinto (departamento de Morazán), en la zona nororiente del país, fue reportado por vez primera por Santiago I. Barberena en

1892, y fue estudiado, como se mencionó más arriba, por Wolfgang Haberland en la década del cincuenta. Actualmente, el sitio constituye un «parque arqueológico rupestre». El área donde se encuentran las pinturas y petroglifos fue adquirida por el Estado, gestión de la que fue protagonista Stanley H. Boggs. Haberland realizó excavaciones en áreas adyacentes al abrigo rocoso. El hallazgo de restos líticos presentes en los estratos más profundos de los pozos de excavación llevó a Haberland a suponer que en la región existió una ocupación humana bastante antigua, mayor a los 5,000 años antes de nuestra era. Sin embargo, las excavaciones realizadas por Coladán y Amaroli,⁵¹ en áreas adyacentes a los pozos excavados por Haberland, dieron como resultado un cuadro más complejo de ocupación humana. Las últimas investigaciones realizadas en el sitio fueron dirigidas por el Departamento de Arqueología de la Secretaría de Cultura (SECULTURA), financiadas por la Embajada de los Estados Unidos, en 2011.

El reconocimiento arqueológico que llevaron a cabo Coladán y Amaroli a finales de 1990, focalizados en zonas aledañas a la Gruta de Espíritu Santo, puso en evi-

⁴⁸ Ernesto Vargas Pacheco, «La frontera meridional de Mesoamérica,» en *Historia antigua de México*. Vol I. *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (México: INAH/UNAM, 2000), 191-220.

⁴⁹ Payson D. Sheets, «The Prehistory of El Salvador: An Interpretive Summary,» en *The Archaeology of Lower Central America*, eds. F.W. Lange y D.Z. Stone (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984), 85-112.

⁵⁰ Esta formación rocosa mide aproximadamente 35 metros de ancho y 15 metros de altura y profundidad promedio. La singularidad de este sitio es tenida en torno a las representaciones gráficas rupestres. Se trata de pinturas con motivos antropomorfos y zoomorfos, entre los que se incluyen figuras humanas en pareja, manos, aves y otros animales y formas, en donde se distinguen colores rojo, negro, amarillo, blanco y verde.

⁵¹ Elisenda Coladán y Paul Amaroli, «Las representaciones rupestres de El Salvador,» en *Arte rupestre de México oriental y Centro América, Indiana 16*, ed. Martin Künne y Mathias Strecker (Berlin, Alemania: Ibero-Amerikanisches Institut Gebr. Mann Verlag, 2003), 143-161.

dencia la presencia de un conjunto de sitios rupestres. Entre los sitios identificados se encuentran los siguientes: La Cueva del Toro, Cueva de Las Figuras y Cueva de Los Fierros. Coladán y Amaroli también identificaron algunas piedras con grabados en las inmediaciones de la entrada a la Gruta de Espíritu Santo.

Si bien algunos de los sitios con arte rupestre en El Salvador apuntan hacia una ocupación humana anterior a la aparición de tecnologías cerámicas y a la agricultura intensiva, el vacío de información respecto del período Arcaico temprano (11,000 a.C. – 5,000 a.C.) está más bien vinculado al reducido número de estudios arqueológicos desarrollados en la zona norte. Sin embargo, recientemente, los arqueólogos franceses S. Perrot-Minnot y Phillipe Costa sugieren que la mayoría de las representaciones rupestres en El Salvador no corresponden a épocas arcaicas, sino a épocas más tardías.

Al presente, solo las tres puntas de lanza encontradas en uno de los márgenes del río San Esteban (departamento de San Miguel) constituyen la muestra más clara acerca de ocupación humana temprana;⁵² aunque en regiones alejadas, en Honduras y Guatemala, dan cuenta de la inobjetable presencia de

grupos humanos, durante el período Arcaico temprano,⁵³ aspecto que refuerza la conclusión de que aún queda mucho por investigarse en El Salvador con relación a sus primeros pobladores.

Período Arcaico tardío (5,000 -1,500 a.C.)

La experimentación con el cultivo de plantas en el continente americano tiene antecedentes de hace unos 10,000 años y precede la formación de la vida sedentaria.⁵⁴ Gradualmente, este vínculo establecido entre los grupos humanos — aún nómadas— y la variabilidad genética de las plantas cultivadas y los animales amaestrados llevó a cambios trascendentales en la economía de las poblaciones, la demografía y la organización política y social. Una suerte de simbiosis emergió como consecuencia del proceso, lo cual implicó que los cambios morfológicos seleccionados en algunas especies de plantas y animales condujeran a una dependencia mutua entre seres humanos, plantas y animales domesticados. Por un lado, los seres humanos pasaron a depender en su alimentación de estas nuevas especies domesticadas. Por otro lado, las plantas y animales domésticos pasaron a depender de los seres humanos para su reproducción. Tanto domesticadores como

⁵² Gregorio Bello-Suazo, «La arqueología de El Salvador,» *Arqueología Mexicana* XIV, n.º 79 (2006).

⁵³ Hector Neff, Deborah M. Pearsall, John G. Jones, Bárbara Arroyo, Shawn K. Collins y Dorothy E. Freidel, «Early Maya Adaptive Patterns: Mid-Late Holocene Paleoenviromental Evidence form Pacific Guatemala,» *Latin American Antiquity* 17, n.º 3 (2006): 287-315.

⁵⁴ Kent V. Flannery, *Guilá Naquitz. Archaic Foraging and Early Agricultura in Oaxaca, México* (New York: Academic Press, 1986).

domesticados pasaron a formar parte de un proceso coevolutivo.⁵⁵

Aún no se han identificado artefactos o sitios asociados con arquitectura de esta época en El Salvador. La evidencia más bien proviene de restos botánicos asociados con el maíz. En la región oeste de El Salvador, los estudios palinológicos realizados en Laguna Verde (Sierra de Apaneca) dan cuenta del probable uso agrícola de la tierra, principalmente para el cultivo de maíz, alrededor del 3,500 a.C. En Chalchuapa, los testigos de polen demuestran, de forma contundente, que el cultivo del maíz hacia el 1800 a.C., era componente importante de la dieta.⁵⁶

Período Preclásico (1,500a.C. – 250 d.C.)

El patrón coevolutivo, eventualmente, devino en la agricultura intensiva y en la domesticación plena de animales, una forma productiva que caracterizó a las primeras aldeas del período Preclásico (1,500 a.C. – 200 d.C.). A ello se debe añadir la cerámica, la cual era utilizada para preparar, cocer y servir alimentos. Las figurillas cerámicas también se convirtieron en importantes artefactos de las esferas social, ritual y política. En el área

mesoamericana empezaban a configurarse grandes centros de poder ideológico, entre los que se destacan los centros olmecas: La Venta y San Lorenzo. Aunque, en general, se sostiene que lo «olmeca» habría tenido un desarrollo mayor en el Golfo de México, sus orígenes aún no están bien establecidos. Al parecer, el estilo escultórico olmeca formó parte de una ideología común a varias poblaciones en Mesoamérica.⁵⁷ Lo peculiar del proceso de difusión olmeca, sin embargo, es la diversidad lingüística que lo habría caracterizado. Pese a constituir un complejo mosaico lingüístico, estas poblaciones, al parecer, no solo compartían una base ideológica común sino que también tenían una base económica similar —basada en la agricultura—, así como una organización social y política que estableció jerarquías internas.

Los sitios más importantes de El Salvador, representativos del Preclásico, incluyen a El Trapiche, las Victorias, Bolinas y Casa Blanca (en Chalchuapa); San Andrés, La Cuchilla, El Cambio, Sitio Sucio, Sitio del Niño, Agua Caliente y Los Lagartos (en el Valle de Zapotitán) y Quelepa⁵⁸ (en la zona oriental de El Salvador). Acorde a los estilos cerámicos identificados en Chalchuapa,

⁵⁵ David Rindos, *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective* (New York: Academic Press, 1984).

⁵⁶ Robert A. Dull, «An 8000-Year Record of Vegetation, Climate, and Human Disturbance from the Sierra de Apaneca, El Salvador,» *Quaternary Research* 61 (2004): 159-167.

⁵⁷ Rebecca González Lauck, «La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca,» en *Historia antigua de México*. Vol I. *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (México: INAH/UNAM, 2000), 363-406.

⁵⁸ Existen varios sitios menores que también incluyen componentes de este período: Gualacho, Tovar, Apastepeque, laguna Cuzcachapa, San Isidro, Verapaz, Cerro Zapote, Hacienda Las Flores, El Tamarindo, La Ciénega, Río Grande, El Carmen y Las Tunas.

dentro de la fase Cerámico Tok,⁵⁹ se advierte que existían relaciones con otros asentamientos del Preclásico, ubicados en las tierras altas y la costa del Pacífico de Guatemala, por ejemplo Salinas La Blanca.⁶⁰ En Chalchuapa, alrededor del siglo VIII antes de nuestra era, el estilo escultórico olmeca aparece manifiesto en las piedras grabadas de Las Victorias. El estilo refleja un segundo momento de influencia olmeca en Mesoamérica que, al parecer, provenía de La Venta.⁶¹ En la cerámica (fase Colos) también se observa influencia olmeca.

Sin duda, el establecimiento de centros maya en El Salvador, a partir del 400 a.C, dio origen a una sucesión de asentamientos importantes en los que se ha venido a denominar «la frontera sur» de Mesoamérica. Entre los sitios del Preclásico que se destacan por sus edificaciones se encuentran El Trapiche,⁶² Santa Leticia⁶³ y Ataco⁶⁴ en el

departamento de Ahuachapán; Atalaya⁶⁵ en Sonsonate, y Quelepa en el departamento de San Miguel.⁶⁶ En Quelepa, la alfarería típica de este período está compuesta por Usulután y la cerámica de importación, rojo fino y café-negro; estas apuntan hacia vínculos con el centro y occidente de El Salvador, particularmente con los complejos cerámicos Chul y Caynac, en Chalchuapa; con las Tierras Altas de Guatemala (fases Providencia, Miraflores y Arenal de Kaminaljuyú); con el occidente de Honduras (período «Arcaico» de Copán) y con el centro de Honduras.

En lo que se refiere a la escultura del período se reporta la existencia de al menos cincuenta monumentos esculpidos de la tradición Cabeza de Jaguar procedentes de los departamentos de Ahuachapán, Sonsonate y Santa Ana, los cuales dan más luz sobre el componente maya temprano en

⁵⁹ Fase Tok. En Chalchuapa la cerámica de la fase Tok es fechada entre el 1200 y 900 a.C., y es considerada hace algunos años como la cerámica más remota de El Salvador, previo a los estudios en El Carmen, a mediados de la década de 1980. La cerámica Tok de Chalchuapa expone tecomates y ollas con filetes agregados y modelados. Robert J. Sharer, *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador: Pottery and conclusions*.

⁶⁰ Robert J. Sharer y James C. Gifford, «Preclassic Ceramics from Chalchuapa, El Salvador, and Their Relationships with the Maya Lowlands,» *American Antiquity* 35, n.º 4 (1970): 441-462.

⁶¹ Rebecca González Lauck, «La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca,» 363-406.

⁶² Robert J. Sharer, «The Surface Surveys,» *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador*. Vol. 1. (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1978), 15-39; William Fowler, Jr., *El Salvador, antiguas civilizaciones* (San Salvador, El Salvador: Banco Agrícola de El Salvador, 1995).

⁶³ Arthur A. Demarest, «Santa Leticia and the development of complex society in southeastern Mesoamerica»; Arthur A. Demarest y Robert J. Sharer, «The Origins and Evolution of Usulután Ceramics,» *American Antiquity* 47, n.º 4 (1982): 810-822.

⁶⁴ Federico Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics: The Jaguar Head Core Zone in Southeastern Mesoamerica During the Late Preclassic» (A dissertation work presented to the Faculty of the University of Pennsylvania. Degree of Doctor of Philosophy, 2012).

⁶⁵ Fabricio Valdivieso, «Atalaya. Un sitio preclásico en las costas de Acajutla,» *Revista La Universidad* (El Salvador, 2011).

⁶⁶ Bello-Suazo, «La arqueología de El Salvador.»

el occidente de El Salvador.⁶⁷ Las Cabezas de Jaguar se usaron durante el Preclásico tardío junto con barrigones, estelas lisas y estelas talladas. El reciente hallazgo del monumento 1 de Ataco (ca. 200 a.C.- 200 d.C.) es, sin duda, un aporte novedoso al conocimiento que tenemos sobre representaciones de autoridades sagradas en el occidente de El Salvador. Su asociación a tres monumentos de la tradición Cabeza de Jaguar refuerza los hallazgos realizados por Sharer, en el sitio El Trapiche, en Chalchuapa. El monumento 1 (fragmento de estela con textos jeroglíficos) fue localizado a solo unos metros de un ejemplar de la tradición Cabeza de Jaguar, a su vez bajo la capa de ceniza de Ilopango.

El Altar del Jaguar⁶⁸—en el que aparecen los rostros estilizados de dos felinos y la cabeza de un tercer jaguar que se ubica en medio de los rostros— es único en Quelepa; su estilo está relacionado con Kaminaljuyú.⁶⁹ Hacia el primer siglo de nuestra era, en Quelepa se erigen amplias plataformas, a

manera de terrazas, con espacios ceremoniales que le otorgan un carácter particular al sitio. Aunque la cerámica de la fase final del Preclásico en Quelepa presenta vínculos con estilos del oeste salvadoreño, varios atributos la aproximan, incuestionablemente, a Copán y a Los Naranjos, en Honduras.

En el área que actualmente ocupa la Presa Cerrón Grande,⁷⁰ se identificaron cinco sitios que pertenecen al período Preclásico: El Perical, El Cocal, El Campanario, Los Flores y río Grande. En El Perical se encontró la cerámica más antigua, la cual data del 1,000 a.C. Sin embargo, el sitio más extenso y con estructuras redondas similares a las que se encuentran en Kaminaljuyú—en Guatemala— es Los Flores.

Período Clásico (250 -900 d.C.)

Lo «clásico» se caracteriza, fundamentalmente, por el apogeo y expansión cultural manifiestos en los órdenes arquitectónicos y artísticos. Esto no implica

⁶⁷ Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics: The Jaguar Head Core Zone in Southeastern Mesoamerica During the Late Preclassic.»

⁶⁸ En conversación personal con Paredes Umaña (2012), este monumento no es necesariamente una estela, pero sí un gran depósito de líquidos, similar en función tal vez a los reportados para el sitio Preclásico de Xochitécat, en el centro de México, y similar a Quelepa, por tener rampas de acceso a las estructuras en lugar de escalinatas. El motivo central de este monumento representa iconografía asociada al Preclásico tardío, con un interesante antecedente estilístico de la representación del Disco Jaguar de Cara Sucia (Clásico tardío).

⁶⁹ Andrews E., Wyllis V., *The Archaeology of Quelepa, El Salvador*. Publication 42 (New Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University, 1976).

⁷⁰ Entre 1976 y 1977, la Presa Cerrón Grande fue concluida y los sitios arqueológicos que se encontraban en el área de embalse fueron cubiertos de agua. Los trabajos de rescate arqueológico, que fueron llevados a cabo antes de que se inundara la presa, fueron dirigidos por Richard S. Crane, Howard H. Earnest y William R. Fowler, Jr. bajo la supervisión de Stanley H. Boggs. El trabajo fue realizado en varias sesiones de campo y de gabinete. La prospección del área fue realizada en 1974. A este primer trabajo se sumaron las excavaciones y análisis llevados a cabo hasta la inundación de la presa. Fowler y Earnest dieron a conocer los resultados del plan de rescate arqueológico, habiéndose identificado un total de 24 sitios en el área, tanto en el sector del embalse como en sectores adyacentes.

que el orbe «clásico» haya absorbido toda variabilidad local. Por el contrario, lo «clásico» hace alusión a formas dinámicas de hegemonía, con pulsaciones centro-periferia que aparecen de manera más incisiva, en determinados momentos, y que se debilitan en otros. El desarrollo de esferas de interacción más extensas que en siglos anteriores promovió la complejidad política, en sistemas jerárquicos interregionales, los cuales llegaron a conformar el tipo de hegemonías descritas anteriormente. Teotihuacán fue precisamente una de estas formaciones hegemónicas mesoamericanas.

Este período implica profundos cambios en la sociedad prehispánica de la región que hoy ocupa El Salvador. Estos cambios fueron consecuencia, en gran parte, de uno de los eventos volcánicos de mayor trascendencia en la región: la erupción del volcán Ilopango, la cual es claramente identificada por gruesas capas de ceniza blanca, también llamadas TBJ.⁷¹ Recientes fechamientos ubican este evento hacia el 536 d.C.⁷² De acuerdo con Dull (*et al.*), esta erupción volcánica fue la más formidable en Centroamérica en los últimos 84,000 años. Los efectos

que la explosión habría tenido sobre las poblaciones cercanas fueron progresivos. Aquellas comunidades que se ubicaban en las cercanías del volcán no habrían sobrevivido a la erupción y a los agentes físico-químicos que esta emanó. Poblaciones más lejanas habrían sufrido las consecuencias del fenómeno de manera gradual, pero progresiva. Dull *et al.* señalan que la población de Chalchuapa, por ejemplo, ubicada a 77 km al oeste del volcán, habría sobrevivido la erupción aunque el asentamiento fue totalmente abandonado. Asimismo, la acumulación de ceniza y tefra en el río Paz no habría permitido a los pobladores cultivar en la zona.

Según Dull *et al.*, los datos obtenidos de Tazumal corroboran estos resultados, ya que el sitio muestra señales de abandono hacia mediados del siglo VI. Tazumal no habría sido reocupado sino hasta finales del siglo VI. Otra fuente de información que corrobora esta revisión cronológica es el repentino crecimiento demográfico que experimentó Copán, en Honduras. Dull *et al.*, sostienen que este incremento poblacional se debió, en parte, a la migración de gente del oeste salvadoreño.

⁷¹ La Tierra Blanca Joven (TBJ) es un suelo de origen volcánico, arenoso uniforme, fino y suave, color blanquecino. San Salvador se encuentra asentada sobre esta gruesa capa volcánica. Próximo a la caldera de Ilopango, hoy ocupada por un extenso lago, pueden llegarse a encontrar estratos de esta tierra con espesores mayores de los 60 metros, mientras que en regiones distantes, próximas a las fronteras de Guatemala, esta capa puede apenas ostentar un grosor de 10 cm. Esta ceniza puede percibirse en muchos de los más importantes asentamientos arqueológicos de la zona occidental de El Salvador. En base a la presencia de esta tierra suave, los arqueólogos pueden emitir algunas interpretaciones relacionadas al estudio de un determinado sitio, y la datación del mismo.

⁷² Robert Dull, John Southon, Steffen Kutterolf, Armin Freundt, David Wahl y Payson Sheets. Did the Ilopango TBJ Eruption Cause the AD 536 Event? Afiche presentado en la reunión de la International Geophysical Union, diciembre 2010. PDF en posesión de los autores.

Entre los siglos III y IV, su influencia llegó hasta territorio salvadoreño. Tazumal⁷³ y Casa Blanca son claros ejemplos de esta ascendencia en el oeste de El Salvador. Allí, los pobladores del Clásico construyeron plataformas piramidales y fachadas que presentan una aparente influencia teotihuacana. La pirámide principal, en Tazumal, tiene 24 m de altura y presenta 13 etapas de construcción. La cerámica es monocroma, con algunos estilos bicromos. El estilo Usulután es aún producido, aunque aparecen estilos vinculados a Teotihuacán. Durante la fase tardía (600-800 d.C.), se construyó la pirámide 1, utilizándose las plataformas de las fases anteriores. Se introdujo lo que algunos arqueólogos interpretan como juego de pelota, elemento que habría de conformar

parte intrínseca de la ideología de la época y que demuestra que Tazumal tenía vínculos con Copán y otros sitios ubicados en las tierras bajas mayas.

Luego del lapso de tiempo que requirió para que las regiones aledañas al volcán Ilopango, afectadas por la enorme erupción ocurrida a mediados del siglo VI, pudieran rehabilitarse, algunos grupos maya recuperaron el Valle de Zapotitán.⁷⁴ Allí, en San Andrés,⁷⁵ a comienzos del siglo VII, se construyó un complejo ceremonial, palaciego y comercial que tiene una extensión aproximada de 3 km². El sitio incluye la Plaza Norte y la Plaza Sur. En la Plaza Norte yace la estructura (pirámide) más importantes del sitio: La Campana de San Andrés. Payson Sheets sostiene que San

⁷³ En Tazumal, la estructura B1-1, la más representativa del sitio, es en realidad un grupo de estructuras superpuestas una sobre otra. Este grupo expone varias fases constructivas, que datan desde el período Clásico temprano hasta el Posclásico. Algunos artefactos encontrados en esta área incluyen elementos teotihuacanos del centro de México (Clásico temprano). Los vínculos entre Tazumal y el centro de México también son representados en la arquitectura y otros elementos del Posclásico.

⁷⁴ Este valle se localiza en la denominada *fosa central* del país, la cual trata de una depresión de entre diez y treinta kilómetros de ancho, extendiéndose en eje noreste-suroeste, entre el departamento de Sonsonate y La Libertad. Entre los volcanes que han influido en la formación de suelos en el valle en épocas de actividad humana, se tienen primeramente Ilopango (536 d.C.), Laguna Caldera (590 d.C.), San Salvador o Boquerón (600 +/- 1,300 d.C.) y El Playón (3 de noviembre de 1658). Para principios del siglo XX, gran parte de esta región aún era selvática, cambiando paulatinamente con la agricultura y la industria que hoy impera en la zona. El residuo último de la laguna en el valle fue drenado durante el año de 1966. Aunque en el valle se encuentran sitios de varios períodos, los sitios del Clásico son los más representativos, incluyendo San Andrés y Joya de Cerén.

⁷⁵ San Andrés fue el centro regional primario. Tuvo su mayor auge en el período Clásico, con una extensión que alcanzaba los 3 km², y un área nuclear de estructura ceremoniales que cubría aproximadamente 20 hectáreas. El sitio ha sido atribuido a la cultura maya. El sistema constructivo guarda mucha similitud con las estructuras del Clásico en Tazumal. Los contactos de este sitio se extendían hacia Copán, el área de Petén y la región del centro de México, incluyendo Teotihuacán. La excesiva restauración con cemento ha contaminado la muestra arquitectónica, lo cual puede dar lugar a falsas interpretaciones. Muchas estructuras prehispánicas en El Salvador, de este período denotan patrones arquitectónicos a base de tierra, sumamente degradados, a veces muy difícil de entender en labores de restauración. En años recientes, Paul Amaroli (arqueólogo de FUNDAR) dirigió la apertura de un túnel bajo la acrópolis del sitio, en el cual pueden apreciarse las bases arquitectónicas que dieron lugar a la construcción de la plaza principal, entre otros detalles.

Andrés recibió la influencia de Copán,⁷⁶ aunque la evidencia arqueológica apunta a que podría haber existido cierta influencia teotihuacana.⁷⁷ El sitio fue abandonado hacia el año 900 d.C.

Quizás, uno de los sitios de mayor significado para la arqueología —en sentido de la preservación de contextos arqueológicos— es Joya de Cerén.⁷⁸ El sitio está ubicado cerca de San Juan de Opico, en el Departamento de La Libertad, a unos 35 km al oeste de San Salvador, y tiene una extensión aproximada de 2ha. El área de Cerén presenta evidencia de actividad cultural previo a la erupción del volcán Ilopango hacia el año 530 d.C. El evento ocasionó el abandono de la aldea. El lugar fue reocupado, posteriormente, aunque alrededor del 600 d.C., la erupción

del volcán Loma Caldera, ubicado a un kilómetro de Cerén, hizo que la aldea quedase sepultada. El sitio fue descubierto en 1976 y, a partir de 1978, Payson Sheets dirigió las excavaciones en el lugar, descubriendo los restos intactos de estructuras, cerámica y otros artefactos empleados en actividades domésticas.⁷⁹ Los análisis paleobotánicos y edafológicos han permitido reconstruir, casi en su integridad, la forma de vida de las personas que habitaron la aldea.

En Quelepa, durante este período, se construyeron nuevas estructuras que incluyen una plaza rectangular, un juego de pelota y varias plataformas. La cerámica contiene atributos que la vinculan con las tierras bajas mayas y el Golfo de México, incluyendo instrumentos musicales, como

⁷⁶ Payson D. Sheets, «The Prehistory of El Salvador: An Interpretive Summary,» en *The Archaeology of Lower Central America*, eds. F.W. Lange y D.Z. Stone (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984), 85-112; *The Cerén Site. A Prehistoric Village Buried by Volcanic Ash in Central America* (Orlando: Harcourt Brace Javanovich Publishers, 1992); «Tropical Time Capsule: An Ancient Village Preserved in Volcanic Ash Yields Evidence of Mesoamerican Peasant Life,» *Archaeology* (July, 1994): 30-34.

⁷⁷ El excesivo uso de cemento en la restauración de las estructuras del período Clásico, realizada en la segunda mitad del siglo XX, contaminó las muestras arquitectónicas, lo cual puede dar lugar a falsas interpretaciones. Esas restauraciones se basaron en corrientes ideológicas vinculadas con la monumentalidad de la arquitectura prehispánica, tal como ocurrió con Teotihuacán y Tula. Muchas estructuras prehispánicas en El Salvador presentan patrones arquitectónicos degradados, compuestos de tierra, difíciles de interpretar, lo cual deja muchas dudas acerca de su real composición arquitectónica. Jorge R. Acosta, «Interpretaciones de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca,» *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (México, 1956-1957): 94-100; Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica* (México: INAH, 1964); Augusto Molina-Montes, «Archaeological Buildings: Restoration or Misrepresentation. Falsification and Misreconstruction of Pre-Columbian Art,» en *Trustees for Harvard University* (Washington D.C., 1982), 125-141.

⁷⁸ Joya de Cerén fue una aldea en las riberas del Río Sucio, en el valle de Zapotitán. Joya de Cerén debió ser una de tantas comunidades prehispánicas relativamente alejada de los grandes centros ceremoniales.

Las excavaciones en el sitio demostraron al menos la existencia de 18 estructuras arqueológicas incluyendo todos los implementos domésticos de quienes allí habitaron. Esta aldea, descubierta en 1976, sepultada por la ceniza de Loma Caldera, es una de las más fieles muestras arqueológicas del ambiente social y cultural de las antiguas poblaciones. Entre sus estructuras se tienen bodegas, dormitorios, una estructura comunal, una sauna, estructuras destinadas a usos chamánicos y cocinas. Este sitio fue nombrado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, en 1993. Por su riqueza cultural y científica representa uno de los más emblemáticos legados arqueológicos de América.

⁷⁹ Payson D. Sheets, «Tropical Time Capsule: An Ancient Village Preserved in Volcanic Ash Yields Evidence of Mesoamerican Peasant Life,» *Archaeology* (July, 1994): 30-34.

⁸⁰ Aunque se tienen evidencias de ocupación preclásica, este sitio alcanza su mayor auge en el período Clásico

flautas y ocarinas, así como figurillas con ruedas. El vínculo con el Golfo de México también está representado por objetos tallados en piedra.

Otros sitios representativos del período Clásico son Cara Sucia,⁸⁰ Amulunga, La Huesera, Los Llanitos, Vividores, Asanyamba, Santa Teresa, Hacienda Colima, Salinas de Ayachapa, Hacienda La Presita, Punian, Mucuyu y La Boquita.

El trabajo de rescate arqueológico realizado en el valle El Paraíso, por Fowler y Earnest,⁸¹ identificó 12 sitios asociados con el período Clásico: La Ciénega, El Rosario, La Criba, Las Guaras, El Remolino, El Perical, Malacatero, El Tamarindo, El Tanque, La Boquita, El Dorado y El Tablón. Estos sitios, a decir de sus componentes cerámicos, muestran vínculos con cerámica de Copán —en Honduras— y de Chalchuapa. De estos, El Tanque presenta evidencia de una alta densidad, a manera de viviendas alrededor de una plazuela, mientras que otros sitios presentan arquitectura típica del juego de pelota.

Período Posclásico (900-1540 d.C.)

Hacia finales del siglo IX, se dan cambios importantes en la composición étnica de los pueblos que se asentaron en territorio salvadoreño. Aunque son diversos los argumentos expuestos para explicar el abandono de la mayoría de los sitios del período Clásico, una de las conclusiones a las que llegan muchos investigadores está relacionada con el arribo de nuevos grupos étnicos al área, quienes luego conformarían los grupos pipiles del Postclásico tardío. De este modo, algunos investigadores sostienen que los pipiles tienen su origen en pueblos de habla nahua en el norte y centro de México y que el proceso migratorio hacia el sur comenzó posiblemente a mediados del período Clásico. Otros investigadores sostienen que la migración tuvo lugar durante el Epiclásico (800 d.C.)⁸² y Posclásico temprano.⁸³ Sharer⁸⁴ argumenta que grupos predecesores a los pipiles ya se habían establecido en las tierras altas del sur de Mesoamérica durante el período Clásico y que su intrusión en territorio salvadore-

tardío terminal (700-900 d.C.). Se ubica en la zona costera del departamento de Ahuachapán, el cual parece representar una extensión de la cultura Cotzumalguapa, en la costa sureste del Pacífico de Guatemala. Es probable que la desintegración de Cara Sucia tiene relación con la fuerte presencia de migraciones venidas del altiplano de México, durante el Clásico tardío y el Posclásico temprano.

⁸⁰ William R. Fowler, Jr. y Howard D. Earnest, Jr., «Settlement Patterns and Prehistory of the Paraíso Basin of El Salvador,» *Journal of Field Archaeology* 12, n.º 1 (1985): 19-32.

⁸² Conocido también como el Clásico tardío terminal (800 d.C. – 1000 d.C.).

⁸³ Fase Tollan en Tula (900 d.C. – 1150 d.C.), época en que la metrópolis tolteca alcanzó su máxima extensión. Alba Guadalupe Mastache, Robert Cobean y Dan Healen, *Ancient Tollan, Tula and the Toltec Heartland* (E.E. U.U.: University Press of Colorado, 2002).

⁸⁴ Robert J. Sharer, «The Prehistory of the Southern Maya Periphery,» *Current Anthropology* 15, n.º 2 (1974): 165-187.

ño tuvo una arremetida más enérgica en el Postclásico. Otros investigadores, no obstante, señalan que los pipiles estuvieron vinculados con los toltecas.⁸⁵ Lo cierto es que los patrones de interacción que mantenían los anteriores centros fueron alterados por la llegada de estos nuevos grupos.⁸⁶

En el valle de Chalchuapa, los pipiles habrían compartido espacios con los Chorti y los Xinca, aspecto que estaría plasmado en el registro arqueológico.⁸⁷ Gradualmente,

los pipiles habrían ganado mayores espacios de poder y habrían tomado el control de Tazumal hasta el 1200 d.C. Según referencias coloniales, grupos mayas pokomanes aún habitaban en la zona durante la intrusión española.⁸⁸ En Chalchuapa, los bienes importados demuestran que esta región mantuvo contacto con pueblos en Honduras (Copán) y con el centro de México (Pachuca). Al margen de Chalchuapa, otros sitios mayores del Postclásico son Tehuacán, Las Marías⁸⁹

⁸⁵ Ma. Josefa Iglesias Ponce de León y Andrés Ciudad Ruiz, «Las tierras altas de la zona maya en el Posclásico,» en *Historia Antigua de México*. Vol III. *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (México: INAH/UNAM, 2000), 93-126; Fabricio Valdivieso, «Tazumal y los contactos toltecas en El Salvador. Nuevas apreciaciones desde la Estructura B1-2,» *Divulgata* 3 (México: INAH/UNAM, 2009): 19-43; William R. Fowler, Jr., «El complejo Guazapa en El Salvador: la diáspora tolteca y las migraciones pipiles,» *La Universidad* 14-15 (septiembre-abril, El Salvador, 2011): 17-66.

⁸⁶ En Tazumal, los estilos arquitectónicos en la estructura B1-2. muestran paredes saturadas de piedras espidadas, cinco fases constructivas, sistema a base de mortero y mampostería, incluyendo canales de drenaje, las huellas de cimientos y tres habitaciones en la parte superior del edificio, lo cual permite sugerir la existencia de un templo. Así también se encontraron restos de cerámica plomiza, carbón, navajillas de obsidiana y un entierro con restos de un adulto y un infante localizado en las inmediaciones de la escalinata. Los estilos arquitectónicos encontrados en la B1-2 son muy parecidos a las construcciones en Tula, capital tolteca en el centro de México durante el Posclásico temprano, o Epiclásico (900 d.C.- 1200 d.C.). Las fechas de Carbono 14 aplicadas a las osamentas en la estructura B1-2 datan del año 770 d.C – 1000 d.C. Fabricio Valdivieso, «Tazumal y la estructura B1-2. Registro de una deconstrucción arqueológica y nuevos aportes para su interpretación,» Informe elaborado para CONCULTURA (El Salvador, 2007).

⁸⁷ Robert J. Sharer, «The Prehistory of the Southern Maya Periphery,» *Current Anthropology* 15, n.º 2 (1974): 165-187.

⁸⁸ Paul Amaroli, «Linderos Geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador,» *Mesoamérica* 21, (CIRMA. Guatemala, 1991): 51.

⁸⁹ La evidencia más contundente de las migraciones nahuas en El Salvador provienen de Cihuatán, Las Marías y algunos asentamientos localizados en la cuenca del Paraíso. Las Marías se localiza a 12 km al oriente de Cihuatán, en el municipio de Quezaltepeque, departamento de La Libertad. Este sitio es conocido también como *Pueblo Viejo*, y fue registrado por Manuel López en 1978. El probable que el sitio haya sido visitado por Haberland entre 1954 y 1959. Según Haberland, el nombre *Marihua*, el cual utiliza para designar el estilo cerámico rojo sobre beige propio del Posclásico, fue tomado de un pequeño caserío cerca de Quetzaltepeque. Es posible que dicho caserío debió tratarse de *Las Marías*, y el término *Marihua* podría tratarse de la degeneración de la palabra *María* (ver Wolfgang Haberland, *Un complejo preclásico del occidente salvadoreño / A Pre-Classic Complex Of Western El Salvador*, C. A., Colección Antropología e História, n.º 13. *Administración del Patrimonio Cultural* (El Salvador, 1977), 12). De ser así, Haberland debió ser el primer arqueólogo en explorar la zona (Amaroli, conversación personal, 2009). Las Marías pertenece al período Posclásico temprano (900-1200 d.C.), y se extiende sobre un área de 3.5 km². Representa uno de los sitios arqueológicos más extensos de El Salvador. Expone plazas, terrazas cuadradas, montículos dispersos, y un juego de pelota en forma de I, todos elaborados con basaltos y mortero muy similar al sistema constructivo de Cihuatán, aunque de forma arquitectónica distinta. Pese a que Cihuatán y Las Marías corresponden con el mismo período, los arqueólogos han percibido

y Cihuatán.⁹⁰

En la Cuenca de Cerrón Grande, Fowler y Earnest identificaron ocho sitios con componentes cerámicos pertenecientes al período Postclásico. De estos, tres son sitios que fueron identificados hace varios decenios: Cihuatán, San Jerónimo y San Francisco. Los otros cinco son El Zapote, Chacalingo I, Chacalingo II, Santa María y El Chaparral. Al igual que en otras regiones de El Salvador, el arribo de grupos pipiles transformó las relaciones de poder en la cuenca. La cultura material que fue introducida en la región es prueba patente de esta transformación.

Con una extensión de aproximadamente 3 km², Cihuatán tuvo su auge entre el 900 y 1200 d.C. Estuvo com-

puesto por varias etnias, entre las que se incluye a los pipiles. Al igual que en Chalchuapa, la cerámica de Cihuatán demuestra la existencia de vínculos extensos con poblaciones mexicanas. La mayoría de las investigaciones en Cihuatán han sido llevadas a cabo en el Centro Ceremonial Poniente, aunque en los últimos diez años las investigaciones se han concentrado en reconocimientos y excavaciones en el sector oriente del sitio, así como en reconocimientos en la región de Guazapa. Estos proyectos en la zona han sido dirigidos por Paul Amaroli y la Fundación Nacional de Arqueología (FUNDAR), otorgando importantes avances para la interpretación del área.⁹¹

importantes diferencias entre las dos urbes, muchas de estas notorias en el patrón de asentamiento. Se cree que estos asentamientos fueron ocupados por hablantes nahuatl para el Posclásico temprano. El complejo cerámico Guazapa, conocido también como Complejo Cerámico Cihuatán, del Posclásico temprano, fue originalmente definido por Wolfgang Haberland y posteriormente por William Fowler. Según Fowler, el complejo cerámico Guazapa reproduce precisamente la mayoría de las formas, modos decorativos y características tecnológicas del complejo Tollan, en Tula, México. Los marcadores de este complejo pueden distinguirse en otros sitios, como Tazumal, Igualtepec, El Cajete, Carranza, Tacuzcalco y Cerro Ullata, entre otros. En años recientes, el sitio ha sido estudiado preliminarmente por la Fundación Nacional de Arqueología, proyecto dirigido por Paul Amaroli. William R. Fowler, Jr. *The Pipil-Nicarao of Central America* (Ph.D. dissertation, Department of Archaeology, University of Calgary. National Library of Canada, Ottawa, 1981), 117-287.

⁹⁰ Cihuatán fue edificado durante el período Posclásico temprano, entre el 900 y 1200 d.C. Se localiza en el municipio de Aguilares, en la región norte del departamento de San Salvador. Las primeras referencias de Cihuatán aparecen en las descripciones realizadas por el viajero alemán-americano Simeon Habel, en 1878, época en que este sitio yacía oculto entre la densa vegetación. Luego, en 1920, el sitio fue visitado por Jorge Lardé y Samuel Lothrop. Fue excavado por vez primera por Antonio Sol, en 1929, y se restauraron parcialmente las estructuras P-5 y P-7. Los trabajos de Sol fueron publicados en 1929, y expuestos también en periódicos y revistas de la época. A lo largo del siglo XX, Cihuatán fue explorado por varios arqueólogos, entre ellos Stanley H. Boggs (1954 y 1965), Gloria Hernández (1975-1976), Karen O. Bruhns (1975, 1977, 1978 y 1980), William Fowler, Jr. (1977 a 1979), Earl H. Lubensky (1979) y Jane H. Kelley (1979). Luego del conflicto armado, no fue hasta 1999, en que el sitio y sus alrededores fueron nuevamente investigados por Paul Amaroli. Cihuatán fue declarado Monumento Nacional en 1977. Es uno de los parques arqueológicos más extensos de El Salvador. Cubre una zona de al menos 300 hectáreas. Esta antigua ciudad se distribuye en dos sectores: el primero se considera como zona «ceremonial», y el segundo como la zona «residencial». El área ceremonial cubre aproximadamente 22 hectáreas., donde pueden observarse extensas plataformas rectangulares, plazas, dos juegos de pelota en forma de «I» y montículos; uno de estos últimos, la denominada *estructura P-7*, alcanza 13 metros de altura. El área ceremonial es rodeada por una muralla, posiblemente defensiva.

⁹¹ Paul Amaroli, «Informe de actividades en Cihuatán» (El Salvador: FUNDAR, 2012).

Debido a que Chichén Itza —centro ubicado en la Península de Yucatán— fue parte de la red tolteca,⁹² Cihuatán, al parecer, también mantuvo vínculos con poblaciones de la península. El sitio fue abandonado alrededor de 1200 d.C. La lista de sitios que datan del período Postclásico incluye a los siguientes: Isla El Cajete, Laguna Seca, Carranza, Pampe, Loma China, Cerro La Olla, La Sabana, Cerro Legal, El Mico, San Jerónimo, Lago de Güija, Moquero, Playona Grande, Nuevo Tazumal, Vergeles del Edén, San Rafael, Playitas, Sitio de Jesús II, San Francisco, El Güisnay, El Copinol y Tacuzcalco.

Avances en la arqueología del oriente de El Salvador

Cabe mencionar que la zona oriental del país, hasta no más de una década atrás, había sido poco estudiada. El Salvador cuenta con un registro de más de 671 sitios arqueológicos. De esta cifra, la mayor parte se concentra en la zona de Zapotitán, en el departamento de La Libertad, y Chalchuapa, en el departamento de Santa Ana. No obstante, las investigaciones en la zona oriental, siguiendo el trabajo pionero de Longyear y Boggs, se han intensificado,

debido en gran parte al auge constructivo en la región, sobre todo en el Golfo de Fonseca y zonas adyacentes.⁹³ En cuanto se refiere a estudios, reconocimientos y observaciones previos en la zona oriental incluyendo el Golfo de Fonseca y la zona norte de San Miguel, estos han permitido ahondar en el formidable patrimonio arqueológico de la región.

Para esta región se cuenta con un importante antecedente en los trabajos de rescate realizados antes de la construcción de la Central Hidroeléctrica 15 de Septiembre, conocida también como presa San Lorenzo, en 1981. Las intervenciones en el área a ser inundada por la Central Hidroeléctrica requirieron, además de reconocimientos arqueológicos, la ejecución de labores de rescate, los cuales fueron dirigidos por Stanley H. Boggs, en aquel entonces jefe del Departamento de Arqueología de la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Como resultado se lograron identificar importantes evidencias posclásicas provenientes de sitios como Loma China, los cuales se acompañaban de entierros asociados a vasijas Naranja Fino Siho, Plomizos Tohil, Nicoya y obsidiana verde. Aquellos resultados permitieron formular teorías relacionadas a la presencia o contactos con grupos venidos del altiplano de México, a más de 2,000 kilómetros de distancia. Aquellos estudios también identifican sitios rupestres los cuales quedaron sumergidos.

⁹² Kristan-Graham, Cynthia y Jeff Karl Kowalski, «Chichén Itzá, Tula, and Tollan: Changing Perspectives on a Recurrent Problem in Mesoamerican Archaeology and Art History,» en *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, eds. Jeff Karl Kowalski y Cynthia Kristan-Graham (Harvard University Press, 2007), 13-83.

⁹³ Fabricio Valdivieso (compilador), *El Golfo de Fonseca, colección de estudios culturales* (El Salvador: Departamento de Arqueología, CONCULTURA, 2006).

Frederic Lange, en 2002, realizó un reconocimiento preliminar en la región a ser inundada por el embalse hidroeléctrico El Chaparral. Dicho proyecto incluyó las primeras excavaciones arqueológicas en el área, logrando corroborar la existencia de un sitio en la ribera norte del río Torola, denominado *Carolina*, nombre el cual se deriva por encontrarse próximo a la población del mismo nombre. Luego el área fue nuevamente estudiada por Valdivieso en 2009, reportando el hallazgo de un mayor número de sitios prehispánicos y coloniales.

En 2003, arqueólogos de la entonces Unidad de Arqueología de CONCULTURA identificaron un sitio prehispánico en las inmediaciones de Sessori, consistente en dos montículos. El primero de los montículos es bajo, con aproximadamente 50 a 100 cm de altura, con un diámetro de 20 metros, el cual hasta la fecha carece de excavaciones arqueológicas y mayores estudios. En aquel reconocimiento se registró en superficie, contiguo al montículo, un yacimiento de piedras de moler y material cerámico, posiblemente del período Clásico. En cuanto se refiere al segundo montículo, este mide aproximadamente diez metros de altura, con unos 40 metros de largo, orientado Este-Oeste. Esta elevación, por contener material arqueológico en superficie y abundante piedra, se presume corresponde a una estructura prehispánica

asociada al primer montículo antes descrito. La Casa de la Cultura de Sessori resguarda material cerámico y lítico, cuya tipología parece mantener relación con Quelepa. Una de las piezas almacenadas en la Casa de la Cultura corresponde a una mano de moler con características mejicanas.

Del mismo modo, en la región de Sessori se han registrado tres sitios arqueológicos más, los cuales carecen de investigación científica formal.⁹⁴ Según los materiales encontrados, los sitios prehispánicos de la zona tienen su origen en el período Clásico tardío (600 d.C. – 900 d.C.). Entre los artefactos recuperados mediante recolección superficial se cuenta con una piedra de moler-efigie, zoomorfa, la cual incluye soportes. Se tienen otros metates, algunos de bordes abiertos y otros sin bordes, malacates, así como una figurilla similar al tipo 3 descrita por Andrews, en Quelepa y el valle central de San Miguel.

Al margen de Quelepa, otros sitios importantes se ubican próximos a la costa del Golfo de Fonseca, entre los que se encuentran Amapala, o Pueblo Viejo (época colonial) y Punta Chiquirín y Asanyamba, o Chapernalito (período Clásico). Este último, registrado por Stanley H. Boggs a finales de la década del setenta, proporciona una importante fuente de información, tanto así que parte de las más importantes piezas expuestas en las vitrinas del Museo Nacional de Antropología provienen de este sitio.⁹⁵ El estudio de artefac-

⁹⁴ Fabricio Valdivieso, «Inspección arqueológica en Sessori,» Informe Inmediato de Actividades. Manuscrito (El Salvador: Unidad de Arqueología, CONCULTURA, 2003).

⁹⁵ *Asanyamba* es un sitio arqueológico costero del período Clásico, nombrado por vez primera en 1977 por Stanley H. Boggs. Este sitio se localiza en el municipio de San Alejo, departamento de La Unión, a 15.3 km al este de la ciudad de San Alejo y 23 km de la boca del Golfo de Fonseca, siendo en la actualidad una importante zona de extracción de sal. Su verdadero nombre es Chapernalito, cuya nominación arqueológica fue dada por Boggs con el objeto de proteger el área, escondiéndolo de los saqueadores. Su nombre es tomado del lenca y significa «caliente».

tos provenientes de Asanyamba, realizado por Marilyn Beaudry, confirma contactos con regiones lejanas en el interior de Honduras, Nicaragua y El Salvador incluyendo la zona occidental de este último.

Las primeras labores de rescate en Asanyamba fueron realizadas por Ahmed Abdally Posada, asistente del entonces Departamento de Arqueología, en noviembre de 1977. Para aquel tiempo se infería que el sitio era un puerto prehispánico en las costas del Golfo de Fonseca, lugar donde partía la importación de moluscos petrificados (supuestamente provenientes de Costa Rica), adornos, cerámica y otros. La mayor parte del sitio está compuesto por concheros con gran cantidad de restos humanos y artefactos arqueológicos, en una extensión no mayor a 4 ha. Se trata de una cantidad considerable de montículos bajos y de altura regular no mayor de los 3 m, y otros apenas observables en superficie. Estos montículos sobrepasan la veintena, lo cual indica que es uno de los más extensos sitios arqueológicos del Golfo de Fonseca. Desde la superficie es posible distinguir algunas estructuras edificadas a base de rocas basálticas y abundantes conchas. Gran parte de estos montículos se perciben dispersos y otros parecen ordenarse concéntricamente, a manera de permitir espacios a pequeñas plazas.

Los concheros, o conjunto de concheros, son llamados también *conchitajes*. Nuevas investigaciones han revelado que otros *con-*

chitajes, como los de Asanyamba y Las Tunas (departamento de La Unión) y Huiscoyolate (Sonsonate), se distribuyen también en diversas partes del Golfo de Fonseca. En los últimos años se ha demostrado, mediante exhaustivos recorridos arqueológicos realizados en las islas Zacatillo, Meanguera, en Conchaguita, en el estero La Manzanilla, y en Plan de la Montaña (noroeste de la ciudad de La Unión) la existencia de un mayor número de asentamientos prehispánicos. En el caso de las estructuras en la zona del golfo, tal es el caso de Chiquirín, puede sugerirse que existía un sistema constructivo mixto, en el que se utiliza la piedra y concha para las edificaciones. Asanyamba, posiblemente, fue un centro rector de la zona, el cual mantuvo contactos con varias regiones, incluyendo la periferia este de la región maya.⁹⁶

En 2002, se llevaron a cabo rescates arqueológicos en Punta Chiquirín, supervisados por Marlon Escamilla y Shione Shibata.⁹⁷ Luego el mismo sitio fue intervenido por Noboyuki Ito de la Universidad de Nagoya, Japón. Por un lado, se tiene una alta concentración de sitios identificados en las islas del golfo, específicamente en Zacatillo, resultado de recientes reconocimientos pedestres, realizados por Esteban Gómez.⁹⁸ Por otro lado, a estos trabajos también se suman los proyectos de reco-

⁹⁶ Fabricio Valdivieso, «Asanyamba, un importante sitio en las costas del golfo,» *Revista El Salvador Investiga*, Año 2, edición 4 (CONCULTURA, El Salvador, 2007): 5-19.

⁹⁷ Marlon Escamilla y Shione Shibata, «Rescate arqueológico en el Chiquirín, Golfo de Fonseca, La Unión, El Salvador,» Manuscrito (Departamento de Arqueología, SECULTURA, 2002).

⁹⁸ Esteban Gómez, «Reconocimientos arqueológicos del Golfo de Fonseca,» Informe presentado a CONCULTURA (Universidad de California, Berkeley, 2003).

nocimiento realizados por Fabio Esteban Amador (parte del proyecto SIEPAC), los cuales han demostrado la existencia de evidencias arqueológicas significativas en el trayecto de la línea de transmisión proyectada en el trazo de la zona oriental del país.

Amador a su vez, junto con Rosa María Ramírez y Frances Paola Garnica, entre 2006 y 2008, llevaron a cabo uno de los más importantes proyectos de reconocimiento en la zona oriental de El Salvador, financiado por FAMSI y la Universidad de El Salvador. Como resultado, se obtuvo un nuevo atlas arqueológico de la región, habiéndose registrado varios sitios y confirmado el estado actual de otros sitios previamente registrados en los departamentos de San Miguel, La Unión, Cabañas, Usulután, y Morazán.⁹⁹

La vasta presencia de sitios arqueológicos en la región oriental del El Salvador también yace manifiesta en los reconocimientos y excavaciones arqueológicas dirigidas por Valdivieso¹⁰⁰ en San Gerardo y en la región norte de San Miguel, así como los recorridos realizados por Marlon Escamilla en las zonas adyacentes a Nueva Esparta al norte de La Unión, en 2007. En este último se han registrado sitios con arte rupestre, mientras que

en el primero se trata de más de una decena de sitios prehispánicos y coloniales, incluidos los obrajes de añil y haciendas.

En los reconocimientos realizados por Valdivieso¹⁰¹ en 44.5 kilómetros de área proyectada para la instalación de la línea de transmisión, entre la subestación El Chaparral y 15 de Septiembre, se identificaron sitios del período Clásico, desde la cordillera Cacahuatique hasta la ribera oeste del río Lempa, contiguo a San Ildefonso, en el departamento de San Vicente. San Gerardo y Sesori comparten una misma región, la cual incluye San Luís de La Reina, Carolina y San Antonio del Mosco. Con estos hallazgos se puede considerar la existencia de corredores culturales y zonas de intercambio, en los cuales se incluía el valle de San Miguel y las regiones hacia el Oeste, en la cuenca alta del río Lempa y el valle El Paraíso.

Al parecer, el Clásico tardío, en el valle El Paraíso, representa un período de repoblamiento, luego de la erupción del volcán Ilopango en el 536 d.C. Esta época fue sujeta a un notorio crecimiento demográfico, desarrollo político y económico. Muchos de los artefactos encontrados en sitios inundados por Cerrón Grande son semejantes a

⁹⁹ Fabio E. Amador, *Atlas arqueológico de la región oriente de El Salvador* (Universidad de El Salvador, 2010); Fabio E. Amador, Rosa María Ramírez y Paola Garnica, *La identidad cultural de la región Oriente de El Salvador en base a la evidencia arqueológica*. Papeles de Arqueología Salvadoreña (Fundación Clic, San Salvador, 2007); Geoffrey McCafferty, Fabio Esteban Amador, Silvia Salgado González y Carrie Dennett, «Archaeology on Mesoamerica's Southern Frontier», en *Oxford Handbook of Mesoamerican Archaeology*, eds. Deborah L. Nichols y Christopher A. Pool (Oxford University Press, 2012), 83-105.

¹⁰⁰ Fabricio Valdivieso, «Inspección arqueológica en Sesori,» Informe Inmediato de Actividades. Manuscrito (Departamento de Arqueología, SECULTURA, 2003); «San Gerardo y sus montañas con historia y arqueología» (San Salvador: Departamento de Arqueología, SECULTURA, 2005).

¹⁰¹ Fabricio Valdivieso, «Estudio de reconocimiento arqueológico, estudio de impacto ambiental (EsIA) del proyecto «Línea de Transmisión a 115KV El Chaparral - 15 de Septiembre». Annex 4.7,» ECO Ingenieros S.A. de C.V./CEL (San Salvador, 2009).

los de Tazumal y San Andrés, y con algunas cerámicas y líticas encontradas en sitios de la ribera oeste del río Lempa y sitios del río Torola. Lo anterior probablemente indica una unidad étnica entre las poblaciones de la zona central y occidental de El Salvador. En concordancia con otros investigadores, este intercambio, según la evaluación de artefactos encontrados tanto en Cerrón Grande como en San Andrés y Tazumal, pudo darse con élites mayas de Copán, contribuyendo con ello al reforzamiento de la posición política de aquel lejano sitio en suroeste de Honduras. De conformidad con las evidencias arqueológicas, cabe la posibilidad de un efectivo arribo de nuevos grupos culturales en la zona oriental y occidental del país en el período Clásico tardío, posiblemente relacionada con los problemas en el área maya al final del período.¹⁰² Sitios como Casa Quemada,¹⁰³ El Chaparral, y otros localizados dentro del área proyectada para el futuro embalse de

la presa El Chaparral, su origen y desarrollo no se dio de manera aislada, más bien pudo formar parte de los acontecimientos de la época y los intercambios culturales, cuya interpretación es permisible en la evaluación de su ubicación geográfica y artefactos provenientes de recolección superficial y primeras excavaciones.

A estos estudios se suman las intervenciones arqueológicas realizadas en Uluazapa, San Miguel, por Vicente Genovés, en 2006.¹⁰⁴ Genovés realizó reconocimientos en la zona del embalse de la futura presa El Cimarrón en la región norte de Santa Ana y Chalatenango,¹⁰⁵ y registró sitios prehispánicos, coloniales y republicanos. Entre 2004 y 2006, la misión francesa dirigida por Sebastián Perrot-Minnot, Eric Gelliot y Phillipe Costa realizó reconocimientos en Cabañas y San Vicente, aportando valiosa información relacionada con el arte rupestre. Perrot-Minnot y su equipo realizaron estudios en el sitio El Junquillo en Cabañas,

¹⁰² William Fowler, Jr. *El Salvador: antiguas civilizaciones* (San Salvador, El Salvador: Banco Agrícola de El Salvador, 1995).

¹⁰³ Este sitio, identificado y excavado por Valdivieso, en 2009, dentro del proyecto de reconocimiento y rescate en el área de inundación por la futura presa El Chaparral, expone al menos trece estructuras estratégicamente ubicadas en el denominado Sector D (ribera sur), próximo a un lugar conocido como Casa Quemada, al cual debe su nombre. La zona representa un importante vado, y un pequeño llano contiguo al Río Torola. Los materiales recuperados permiten confirmar que se trata de un asentamiento del período Clásico (600 d.C. – 900 d.C.), con tipologías muy similares a las percibidas en la zona norcentral y oriental de El Salvador. Este sitio representa uno de los escasos ejemplares arqueológicos excavados ubicado en la periferia sureste maya. Su reconocimiento cultural remiten a considerarle preliminarmente como uno de los grupos previos a los Lencas posclásicos de la zona oriental de El Salvador, con afiliaciones aún desconocidas, posiblemente con contactos en el área maya y la región del valle central de San Miguel, incluyendo Quelepa. Fabricio Valdivieso, «Estudio complementario de investigación arqueológica del área a ser afectada por el futuro embalse del proyecto hidroeléctrico “El Chaparral”» (San Salvador: Departamento de Arqueología, CEL-CONCULTURA, 2009).

¹⁰⁴ José Vicente Genoves, «Proyecto Municipal Nuevo Amanecer, Uluazapa, San Miguel, El Salvador,» Informe presentado a CONCULTURA (El Salvador, 2006).

¹⁰⁵ José Vicente Genovés, «Proyecto El Cimarrón, Santa Ana-Chalatenango, El Salvador. Prospección arqueológica de superficie,» Informe final de actividades presentado a CONCULTURA (El Salvador, 2006).

los cuales incluyen el patrón de asentamiento. La misión francesa fue la primera en ejecutar un estudio de carácter antropológico, con el objetivo de identificar el rol de la arqueología en las comunidades.¹⁰⁶ Misuho Ikeda, de la Cooperación Japonesa, realizó un estudio similar en el área de Nueva Esperanza, en 2010, en la región del Bajo Lempa, en el departamento de San Vicente. Estos últimos estudios se articulan con excavaciones de rescate en un entierro preclásico con ofrendas, el cual fue dirigido por Akira Ichicawa y Shione Shibata, en coordinación con el Departamento de Arqueología de CONCULTURA, entre 2006 y 2009.

Asentamientos preclásicos en el departamento de San Vicente ya habían sido registrados con anterioridad. Erquicia, junto con arqueólogos de la entonces Unidad de Arqueología de CONCULTURA, dirigió en 2001 excavaciones de rescate de un entierro colectivo con al menos 22 ofrendas, en Verapaz, departamento de San Vicente.¹⁰⁷

En 2007, Albarracín-Jordan llevó a cabo un análisis de situación del patrimonio cultural de El Salvador, en general, y de la arqueología, en particular, incluyendo aspectos institucionales y de desempeño organizacional. Esta evaluación formó parte de la Evaluación Ambiental

Estratégica (EAE) del Programa de Desarrollo Sostenible de la Zona Norte, financiada por la Corporación del Reto del Milenio. Posteriormente, en 2008, Albarracín-Jordan, en colaboración con Valdivieso, dirigió uno de los más amplios diagnósticos realizados en la región norte y nororiente, en el marco del programa de desarrollo financiado por FOMILENIO y el Gobierno de los Estados Unidos (a través de la Corporación del Reto del Milenio) para la construcción de la Carretera Longitudinal del Norte. El trabajo de campo incluyó el recorrido pedestre de aproximadamente 150 kilómetros, entre los departamentos de Santa Ana, Chalatenango, Cabañas y San Miguel, lográndose registrar 53 sitios arqueológicos, entre estos varios sitios del período Posclásico, en el área de derecho de vía de la carretera.¹⁰⁸

En resumen, aunque las investigaciones arqueológicas en El Salvador fueron afectadas por el conflicto armado, entre 1980 y 1992, durante inicios del nuevo milenio los estudios empezaron a tomar mayor dinámica y mayor cuidado en cuanto al registro de sitios se refiere. A ello se suma la formación de arqueólogos salvadoreños en la Universidad Tecnológica (UTEC) y la preparación de otros jóvenes arqueólogos en el exterior. La nueva generación de

¹⁰⁶ Nicolas Delsol, «Arqueología y antropología del patrimonio: el caso de San Isidro, Cabañas, El Salvador,» *El Salvador Investiga*, año 2 (3) (El Salvador, 2006): 42-46.

¹⁰⁷ José Heriberto Erquicia, «Verapaz, un entierro prehispánico del preclásico medio, en San Vicente, El Salvador,» *El Salvador Investiga*, 1 (1) (El Salvador, 2005): 25-33; «El Hierro de la tierra del Reino de Guatemala: los ingenios de hierro en El Salvador. Un acercamiento desde la arqueología histórica,» *La Universidad*, n.º 14-15 (El Salvador, 2011).

¹⁰⁸ Juan Albarracín-Jordan, *Estudio de evaluación de impacto arqueológico (EEIAR). Carretera Longitudinal del Norte Tramos 1 y 2* (FOMILENIO-CONCULTURA San Salvador, 2008).

arqueólogos salvadoreños también devino en una mayor interacción con arqueólogos de países vecinos y de otras regiones. La intensidad teórica que caracterizó a esta nueva fase coincidió, en la praxis, con la mayor atención otorgada, por ley, al cuidado del patrimonio arqueológico y a la realización de estudios de impacto arqueológico, tal como señala la lista de los estudios mencionados anteriormente. Estas evaluaciones permitieron ampliar el registro de sitios, particularmente, en zonas marginadas en épocas anteriores. La zona norte y la región oriental, en general, fueron objeto de prospecciones arqueológicas y de labores de rescate que generaron información valiosa acerca de la profundidad histórica de estas áreas y de sus vínculos con poblaciones de otras regiones.

Este caudal de información ha generado nuevas necesidades en la estructura administrativa y científica del patrimonio arqueológico. Desafortunadamente, la respuesta del Estado, al igual que la época anterior al conflicto armado, ha sido lánguida y estrecha. El presupuesto asignado para cubrir eficazmente las tareas administrativas, de investigación, restauración, conservación y puesta en valor del patrimonio arqueológico es ínfimo, afectando el desempeño del actual departamento de arqueología. La débil política cultural salvadoreña, no obstante, no solo afecta a la dimensión arqueológica, sino que influye en la forma en la que se articula el legado indígena en la sociedad en su conjunto.

Conclusiones

El patrimonio arqueológico de El Salvador contiene elementos que destacan la diversidad cultural como fuente del potencial de desarrollo del país. Del estado actual del conocimiento, la profundidad y complejidad históricas que encierra la dualidad entre occidente y oriente son extraordinarias. En particular, la aún poco conocida región oriental esconde importantes antecedentes sobre los vínculos que existieron entre pueblos mesoamericanos y comunidades asociadas con esferas culturales sudamericanas y caribeñas en épocas prehispánicas. Lo poco que se ha identificado, durante la última década, apunta hacia una importante y compleja red de asentamientos con múltiples vínculos regionales. Esto hace suponer que la denominada «periferia» mesoamericana no tuvo un rol tangencial al desarrollo de los centros ceremoniales, sino que contuvo una expresión propia, creíblemente mucho más articuladora de lo que se pensaba con anterioridad.

Las primeras descripciones de la arquitectura que contienen los principales centros ceremoniales sentaron las bases para que el interés por el pasado prehispánico no perdiera lugar en las políticas de Estado. Ello, no obstante, no significó que el pasado indígena tuviese el mismo sitio en la participación efectiva de las comunidades con el patrimonio arqueológico. Por el contrario, la disociación que se hizo entre la arquitectura monumental (entendida como el legado material de culturas «superiores») y

las comunidades indígenas de la época (concebidas como la manifestación retrógrada de la «modernidad») fue determinante para que el sistema político instaurado desde la Colonia se asentara con mayor fuerza en el primer siglo de la república. Podría decirse que fue la «forma» del legado indígena, no el «contenido», la que se utilizó para formular e implementar las políticas culturales.

Entrado el siglo XX, sectores de la intelectualidad salvadoreña se interesaron en estudiar —con los métodos de la época— parte del «contenido» histórico de los antiguos monumentos, sin que ello implique influencia alguna en el sistema de poder establecido en el país. Contrariamente a lo que acontecía en otros países latinoamericanos —como México o Perú— con el movimiento indigenista y su rol en la valoración del pasado prehispánico, en El Salvador se produjo una de las más feroces masacres en contra de las comunidades indígenas acusadas de estar alineadas con movimientos comunistas. Ejemplo de ello fue la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez, durante la cual se exterminaron miles de indígenas de descendencia pipil.¹⁰⁹ Desde la perspectiva indígena, la lucha por sus derechos estaba casi perdida, restando únicamente la conversión forzosa a los códigos de la «modernidad», cambiando su lengua y sus tradiciones.

La arqueología «tradicional» tuvo a su mayor representante en la figura de Stanley H. Boggs. El aporte de Boggs fue decisivo para que los distintos Gobiernos con los que tuvo que interactuar dieran lugar a la creación de secciones administrativas públicas, encargadas de velar por el patrimonio arqueológico. Fue Boggs quien abrió varios frentes, tanto públicos como privados, para que la arqueología se introdujera en la consciencia social más amplia. Su incansable labor de promoción del patrimonio arqueológico jugó un papel significativo en la protección de varios sitios y en la divulgación de su significado histórico y social. Sin embargo, uno de los resultados de la personalización de la arqueología salvadoreña en la figura de Boggs fue el débil desarrollo del sistema institucional. Dicho de otro modo, no se formó un grupo de investigadores salvadoreños que generaran discusiones internas o debates sobre el patrimonio arqueológico. Todo descubrimiento o estudio realizado en El Salvador era remitido o puesto en conocimiento de Boggs. Con el fallecimiento de Boggs, en 1991, se produjo un vacío de liderazgo en el tema del patrimonio arqueológico, probablemente no tan evidente, a consecuencia del conflicto armado. Fueron varios años, después de los Acuerdo de Paz, los que se necesitaron para que la nueva generación

¹⁰⁹ Carlos Cañas-Dinarte, *La ausencia del otro: las personas indígenas en la legislación salvadoreña*. Colección Antropología n.º 5 (El Salvador: UTEC, 2005); Mac Chapin, «La población indígena de El Salvador,» *Mesoamérica* 21 (CIRMA, Antigua Guatemala, 1991): 1-40; Comité Técnico Multisectorial para los Pueblos Indígenas de El Salvador, *Perfil de los Pueblos Indígenas de El Salvador* (El Salvador: Pueblos Indígenas/BM/RUTA/CONCULTURA, 2003); Carlos Benjamín Lara Martínez, *La población indígena de Santo Domingo de Guzmán: cambio y continuidad social*. Colección Antropología e Historia (El Salvador: DPI, 2006); Ramón Rivas, *Conceptualización e interpretación de la definición indígena en El Salvador*, Colección Antropología n.º 5 (UTEC, 2005).

de arqueólogos encaminara la arqueología salvadoreña por un nuevo curso.

Los avances en teoría y método en El Salvador, desde comienzos del milenio, han sido resultado de nuevas interacciones con la comunidad académica de otros países. Aunque los avances en el marco normativo han sido eficaces, en general el insuficiente presupuesto que le asigna el Gobierno para atender las múltiples labores ha sido el

principal obstáculo para mejorar el desempeño organizacional del Departamento de Arqueología. Es de suponer que la nueva generación de arqueólogos salvadoreños tendrá un rol más amplio en la influencia que se requiere para que la clase política pueda ensanchar una visión de la identidad salvadoreña basada en la defensa y promoción del legado prehispánico y de su continuidad, tanto en forma como en contenido.



Ignacio Gómez Menéndez y la *Estadística General de la República del Salvador 1858-1861*: el interés del Estado salvadoreño por el pasado

JOSÉ HERIBERTO ERQUICIA

Universidad Tecnológica de El Salvador
Academia Salvadoreña de la Historia

Resumen

Desde las últimas décadas del siglo XVIII, en los territorios americanos de España, crecía un interés por descubrir y conocer más sobre las antiguas sociedades que habitaron el continente americano. Luego de las independencias, algunos hallazgos arqueológicos impulsarían sentimientos de identificación nacional en las antiguas colonias hispanas. Es conocido el interés *patriótico* de algunos intelectuales y políticos centroamericanos. Ignacio Gómez Menéndez no estaba alejado de estas ideas. Sabía que los pueblos para consolidarse en torno a un Estado, luego Nación, deberían de contar con elementos que cohesionaran y que vincularan a todos sus ciudadanos entre sí. Se trataba de que estos conciudadanos se reconocieran íntimamente compartiendo una historia común, como salvadoreños. Así, desde la *Estadística General de la República del Salvador*, promulgada en 1854, se esperaba darle un sentido de cohesión a la naciente Patria, al contabilizar una serie de datos estadísticos, entre los que se incluiría la categoría de «antigüedades».

Palabras claves: arqueología, Estado, diversidad étnica, patrimonio cultural, El Salvador

Abstract

From the last decades of the eighteenth century in the American territories of Spain, grew an interest to discover and learn more about the ancient societies that inhabited the Americas. After the independence, some archaeological finds boost feelings of national identity in the former Spanish colonies. It is known patriotic interest of some American intellectuals and politicians. Ignacio Gomez Menendez was not away from these ideas. I knew the people to consolidate around a state, and then Nation should have the elements that cohesion ran and that linked to all its citizens together. It was recognized that these citizens are intimately sharing a common history, as Salvadorans. Thus, from the *General Statistics of the Republic of Salvador*, enacted in 1854, was expected to give a sense of cohesion to the nascent country, to record a series of statistical data, among which include the category of «antiques».

Keywords: Archaeology, State, ethnic, cultural, El Salvador

Introducción

Las naciones modernas se conciben y se imaginan como comunidades, en donde prima un sentimiento de fraternidad y lealtad profundo entre sus miembros; aunque en su interior puedan existir desigualdades y exclusiones entre sus conciudadanos. Esta comunidad imaginada¹ se construye y edifica desde las raíces culturales, la historia común, el periódico, el censo, el mapa, el museo, la memoria y el olvido, entre otros elementos característicos de las sociedades modernas.

Justamente, luego de la independencia de Centroamérica de la corona española, los nuevos Estados de la Federación Centroamericana vivían tiempos difíciles en aras de mantenerse unidos, a pesar de las diferencias y semejanzas que promulgaban sus políticos y caudillos. Hacia finales de 1829, el Estado del Salvador promulgaba la importancia y necesidad de elaborar una estadística general de la población salvadoreña y de sus riquezas naturales, a fin de elaborar la planificación e inventario del quehacer político-administrativo del mismo

Estado.² De tal cuenta en 1832, se emitía un reglamento de jefes políticos, municipales y alcaldes, que dictaba en su artículo 73 el llamado a que las municipalidades formasen el censo y estadística de sus pueblos, y que contendrían las categorías de nacidos, casados y fallecidos.³

Ya antes, en la época española, los regentes sabían de la importancia de tener un conteo de sus habitantes, de los bienes de estos y de las tierras que administraban bajo el dominio colonial. Son conocidas la *Relación Marroquín*⁴ de Francisco Marroquín en 1532, la cual describe los bienes y los moradores de la provincia de San Salvador; la *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*⁵ de Francisco Vázquez de comienzos del siglo XVIII, en donde incluye las descripciones de los pobladores de San Salvador y sus patrimonios. La *Relación Geográfica de la Provincia de San Salvador*⁶ de 1740, elaborada por el alcalde mayor de la Provincia de San Salvador, Manuel de Gálvez Corral, es una obra fundamental para el conocimiento de población y los asentamientos coloniales salvadoreños. Las descripciones, relatos, inventarios y conteos

¹ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007).

² Jorge Lardé y Larín, *Prólogo a la obra de Ignacio Gómez, Estadística General de la República del Salvador (1858-1862)*. Primera Edición (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 1992: 9-30).

³ Lardé Larín, «Prólogo a la obra de Ignacio Gómez», 9-30.

⁴ Francis Gall, «El licenciado Francisco Marroquín y una descripción de El Salvador, año de 1532,» *Revista trimestral de Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, año XLI, tomo XLI (Guatemala, 1968).

⁵ Francisco Vázquez, «Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala de la Orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en el Reino de la Nueva España,» Segunda Edición con prólogo, notas e índices por el R. P. Lic. Fray Lázaro Lamadrid, O.F.M. Tomo IV (Guatemala, C.A: Tipografía Nacional, 1944).

⁶ Manuel Gálvez, «Relación Geográfica de la Provincia de San Salvador, por don Manuel de Gálvez, Alcalde Mayor de ella,» *Boletín del Archivo General del Gobierno*, Secretaría de Gobernación y Justicia, año II, número 1 (Guatemala C.A., 1936).

de las poblaciones del Reino de Guatemala, llevadas a cabo por Pedro Cortés y Larráz⁷ en su obra de finales del siglo XVIII, sería de gran importancia para el conocimiento de la población. Finalmente, ya más cercana a una estadística general, la obra del corregidor e intendente de la Provincia de San Salvador, Manuel Gutiérrez y Ulloa,⁸ denominada *Estado General de la Provincia de San Salvador: Reyno de Guatemala (año de 1807)*, es una suerte de trabajo que incluye la población por clases (género, etnia), familias y estados; topografía de su terreno; características y costumbres de sus pobladores; producción agroindustrial, entre otros índices.

Ignacio Gómez y el proyecto de la *Estadística General de la República del Salvador*

José Ignacio Francisco Gómez Menéndez, catalogado como una de las «luminarias intelectuales o más altas mentalidades» centroamericanas del siglo XIX,⁹ nace en julio de 1813 en Metapán,¹⁰ actualmente departamento de Santa Ana, al occidente de San Salvador. Sobrino por parte mater-

na del presbítero, doctor y licenciado Isidro Menéndez, al cual se le ha denominado como el padre de la jurisprudencia salvadoreña.

Gómez en su adolescencia es enviado a estudiar a Nueva York (EE. UU.), luego se traslada a Francia a concluir sus estudios de bachillerato, en donde adquiere extensivos conocimientos en ciencias y artes, al mismo tiempo que domina varios idiomas. Hacia 1836 se graduaría de doctor en Jurisprudencia y Notariado por la Universidad de San Carlos de Guatemala, de la cual llegaría a ser decano de la Facultad de Derecho.¹¹

Entre 1832 y 1859, ocupó diversos cargos importantes en los Gobiernos tanto de Guatemala como de El Salvador. En Guatemala, fue subsecretario del Ministerio de Gobernación, auditor de guerra, jefe de sección del Ministerio General en 1837, además de diputado en 1838, juez de primera instancia, integrante de las comisiones redactoras de la Constitución y Códigos Administrativos, fiscal general de Hacienda, magistrado fiscal de la Corte de Justicia en 1853 y presidente de la Sociedad de Inmigración, entre otros importantes cargos.¹²

⁷ Pedro Cortés y Larráz, *Descripción Geográfico-moral de la Diócesis de Guatemala* (Parroquias correspondientes al actual territorio salvadoreño) (El Salvador: Biblioteca de Historia Salvadoreña, Vol. 2, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2000).

⁸ Antonio Gutiérrez y Ulloa, *Estado de la Provincia de San Salvador: Reyno de Guatemala (año de 1,807)* (San Salvador, El Salvador: Ministerio de Educación, Dirección General de Publicaciones, 1962).

⁹ Lardé y Larín, *Prólogo a la obra de Ignacio Gómez*, 9-30; Carlos Cañas Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*. 1ª edición (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2002).

¹⁰ Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, 211-215.

¹¹ Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, 211-215.

¹² Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, 211-215.

Entre las diversas facetas de Gómez Menéndez como catedrático universitario, periodista, políglota erudito y liberal se encuentran la fundación, junto a otras personas, de periódicos y semanarios como *El Amigo del Pueblo*, en 1842; *El Cometa*, en 1854, y *La Civilización*, en 1876. Además de ser redactor de la *Gaceta Oficial* del Gobierno de El Salvador entre 1857 y 1859, dirigió en Guatemala las ediciones de la Recopilación de Leyes Patrias entre 1855 y 1856.¹³

Fue, mientras fungía como ministro del Interior y Relaciones Exteriores de El Salvador, entre 1853 y 1854,¹⁴ que promulga la recolección de datos por medio de informes municipales departamentales con los cuales se elaborarían posteriormente la *Estadística General de la República del Salvador (1858-1861)*.

Ocurría el 16 de abril de 1854 una catástrofe natural en San Salvador, un terremoto destruía la capital de la República del Salvador y algunos pueblos aledaños. Con ello, la sede del Gobierno se trasladaría provisional a Cojutepeque, para luego fundar en los llanos de Santa Tecla la ciudad de Nuevo San Salvador.¹⁵

En este contexto, el Gobierno de la República del Salvador, liderado por José María San Martín, expresaba su opinión

ante el pueblo a través del periódico oficial denominado *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central*, en donde exponía en agosto de 1854, la importancia de poseer una «estadística» para el Estado salvadoreño.

Dicho Gobierno, en su afán de mantener una relación paternalista hacia los ciudadanos del Estado, expresaba que una de sus funciones principales era la de «corregir los vicios, mejorar las costumbres, dar seguridad la más completa a los ciudadanos en el goce de sus garantías y derechos, alentar la industria, avivar las fuentes de la riqueza pública, prestar garantías de todo género al comercio, facilitar el tráfico, promover la instrucción y mantener el orden a todo trance...».¹⁶ Para ello, era urgente poseer un registro de datos exactos de «...la producción agrícola, industrial y fabril, tomando en cuenta el carácter de los pueblos, sus necesidades, sus hábitos, sus dispendios...».¹⁷ Además, se requería conocer el número exacto de pobladores del Estado, «sus condiciones sociales, su ocupación, [y] el estado de sus costumbres...».¹⁸

Según la nota de la *Gaceta*, anteriormente citada, el verdadero objetivo del Estado salvadoreño en formular la *Estadística* era el de poder obtener los datos exactos, y completos, «... de la situación topográfica,

¹³ Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, 211-215.

¹⁴ Dinarte, *Diccionario de autoras y autores de El Salvador*, 211-215.

¹⁵ Larde y Larín, *Prólogo a la obra de Ignacio Gómez, Estadística General de la República de El Salvador (1858-1862)*, 9-30.

¹⁶ *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central* (1854), tomo 4, n.º 66, Cojutepeque, agosto 4 de 1854, 1.

¹⁷ *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central*, 2.

¹⁸ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 2.

política moral y mercantil del país». ¹⁹ Así se pedía la colaboración de todos los pobladores solicitándoles «...un esfuerzo común, seguros de que así haremos la felicidad de nuestra patria». ²⁰

Así, con toda la potestad del funcionario público, que le otorgaba ser el ministro de Relaciones del Supremo Gobierno del Estado del Salvador, Ignacio Gómez enunciaba en la parte oficial de la *Gaceta* del 07 de septiembre de 1854, desde la capital en Cojutepeque, la circular a los gobernadores político-departamentales el mandato de:

Para que el Gobierno esté al cabo de todas las peculiaridades circunstancias de cada departamento y cada localidad, conociendo el estado que aguardan todos los ramos de la riqueza pública, con el fin de atenderlos como lo requiere su importancia, es necesaria la estadística jeneral del país. No hai otro medio para conocer el estado de éste y graduar el verdadero progreso o atraso en que corren los diversos ramos de gobierno, descubrir la influencia de sus respectivas causas y promover los grados de fomento de que es susceptible cada distrito y cada pueblo. ²¹

En palabras del propio Gómez, lo que se necesitaba reunir eran los datos estadísticos de la topografía y meteorología; la producción de los reinos animal, vegetal y mineral; los registros de la población, modos de

subsistir, sus hábitos y las costumbres de cada lugar; el estado en que se encuentra la producción agrícola, industrial y comercial; además de las vías de comunicación, caminos, puentes y calzadas, entre otros aspectos. A decir de Lardé y Larín, ²² con el enunciado de Gómez iniciaba uno de los procesos científicos más audaces y atrevidos que se llevarían a cabo en El Salvador durante el siglo XIX, por darle cohesión a la naciente patria.

Las entregas de padrones de cada municipalidad eran enviadas a los gobernadores político-militares, elaborando los cuadros generales que luego se enviarían al Ministerio de Relaciones Exteriores y del Interior; las publicaciones de la obra en la *Gaceta Oficial*, se llevaría a cabo en diversas entregas: en 1858 se publicaría la estadística del departamento de la Paz; luego, le seguirían Santa Ana y Cuscatlán en 1859; Suchitoto y Sonsonate en 1860; y Santa Tecla y San Salvador en 1861. ²³ Lastimosamente, en su momento no se contó con la información que deberían de haber enviado los agentes locales de regiones tan importantes como San Vicente y todo el oriente del territorio salvadoreño, por lo que no se completó la estadística a nivel nacional.

Los formatos de los cuadros estadísticos que se enviaban a las municipalidades para llenarlos con los datos fueron proporcionados por las autoridades del Gobierno central. De ellos se desprendía el estado de sus individuos, en

¹⁹ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 2.

²⁰ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 2.

²¹ *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central* (1854), tomo 4, n.º 71, Cojutepeque, septiembre 7 de 1854, 1.

²² Larde y Larín, *Prólogo a la obra de Ignacio Gómez*, 9-30.

²³ Larde y Larín, *Prólogo a la obra de Ignacio Gómez*, 9-30.

hombres y mujeres; solteros, casados y viudos; niños menores de 10 años; hombres entre 15 y 50 años solteros, casados y viudos. Asimismo, se registraban las profesiones de los individuos de la población, labores divididas por género de los sujetos.

Junto a las tablas estadísticas se anexaba el instrumento que serviría para detallar información que no podía contenerse en los cuadros anteriores. De esta manera, Ignacio Gómez había elaborado un instructivo o formulario que recogía la mayor cantidad de información que se requería para entender cada una de las poblaciones del Estado salvadoreño de mediados del siglo XIX.

De la Ilustración Borbónica a las nuevas naciones americanas: la perspectiva de Ignacio Gómez en la *Estadística*

Carlos III de Borbón, rey de España entre 1759 y 1788, fue el gran impulsor de cambios del Estado, la política y la economía que se aplicaron en las colonias americanas, y sin duda el monarca más destacado de la España ilustrada. Como parte de la corriente del despotismo ilustrado inició «un giro en la forma de valorar los restos y testimonio

de la cultura de los pueblos indígenas de América».²⁴

Desde esta perspectiva, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, se fomentaron varias expediciones en los territorios de la Nueva España y en el Reino de Guatemala. Así, en 1773, Ramón Ordóñez y Aguiar organiza una expedición al sitio de Palenque, en el actual estado mexicano de Chiapas; los vestigios de Xochicalco en México son explorados en 1777, por José Antonio Alzate;²⁵ y los hallazgos en 1790 de los monumentos de la Coatlicue y la llamada Piedra del Sol, descritos en la monografía de Antonio de León y Gama en 1792.²⁶ Asimismo, se publicaban artículos sobre las antiguas culturas indígenas, desde los intelectuales centroamericanos como miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País de Guatemala.²⁷

Iniciando el siglo XIX, entre 1805 y 1807, durante el reinado de Carlos IV, las expediciones dirigidas por Guillermo Dupaix llevarían al conocimiento de los sitios arqueológicos de Cholula, Xochicalco, Monte Albán, Mitla, Zaachila y Palenque, entre otros.²⁸

Luego de la independencia de Centroamérica es conocido el interés «patriótico»²⁹ de algu-

²⁴ J. Litvak. y S. López Varela, «El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos,» en *El Patrimonio Nacional de México II*, coord. Enrique Florescano (México: Fondo de Cultura Económica, 1997: 177).

²⁵ J. Alcina Franch, «Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología en México,» *Revista de Estudios Novohispanos* vol. 10, n.º 010 (UNAM, México, 1991): 325-346.

²⁶ Litvak y López Varela, «El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos,» 177.

²⁷ Alcina Franch, «Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología»: 325-346.

²⁸ Alcina Franch, «Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología»: 325-346.

²⁹ Según Quijada, en el imaginario independentista de América «la patria» era mucho mejor que «la nación», pues la primera significaba la libertad, una que se proyectaba con la inclusión de todos los ciudadanos de la sociedad. En Teresa García Giráldez, «El Debate sobre la Nación y sus formas en el pensamiento político Centroamericano del siglo XIX,» en *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, eds. Marta Elena Casaús Arzú y Teresa García Giráldez (Guatemala: F & G, 2009).

nos intelectuales y políticos centroamericanos, tales como José Cecilio del Valle, quién es considerado el padre de la Estadística en Guatemala;³⁰ en 1823, promulgó una ley sobre la manera de formar una *Estadística de las Provincias Unidas de Centroamérica*; luego en 1830, proponía la elaboración de un mapa de la Guatemala indígena, el cual no se realizó. Y es que el debate entre los intelectuales centroamericanos de inicios del siglo XIX estaba impregnado por tres acontecimientos políticos: la independencia del Gobierno español, la independencia del Gobierno mexicano y la creación de la Federación Centroamericana.³¹

Siempre en el vecino Guatemala, los proyectos estimulados desde la administración de Mariano Gálvez en 1834 llevaron a una serie de exploraciones en Utatlán, Iximché, Mixco y Copán. Asimismo, sobresalen los trabajos de Juan Galindo en Copán, Palenque y Topoxté, entre otros. Por su parte, gracias a los trabajos del corregidor Modesto Méndez en 1848, salían a la luz los restos del sitio arqueológico de Tikal en la zona del Petén.³²

También destacarían otros trabajos como los de Humbolt, y luego Lloyds Stephens, acercándose a la primera mitad del siglo XIX. De acuerdo a la división elaborada por Willey y Sabloff³³ para la historia de la arqueología americana es el período clasificatorio descriptivo de 1840 a 1914, con el aporte de los trabajos de *El origen de las especies*, de Charles Darwin en 1859, y *La antigüedad del hombre*, de Charles Lyell en 1863,³⁴ que marcaría el inicio de la ciencia y el pensamiento positivista frente al fundamento teocrático.³⁵

Los hallazgos arqueológicos de las antiguas poblaciones del continente americano impulsaron sentimientos de identificación nacional en las antiguas colonias hispanas. De tal cuenta, la arqueología se convertiría muchas veces en una herramienta poderosa en la búsqueda de la identidad nacional de los pueblos de América Latina, con sus respectivas divergencias entre unos y otros.

Con estos antecedentes, Ignacio Gómez no estaba alejado de las ideas en *boga* de su época. Sin duda, sabía perfectamente que los pueblos para consolidarse en torno a un Estado, luego

³⁰ José Cecilio del Valle, a través de sus escritos patrióticos en el semanario *El Amigo de la Patria* (1820-1822), publicó los escritos titulados «La estadística, plataforma del enaltecimiento social,» señalando la importancia de las estadísticas y su campo de aplicación. En Ministerio de Economía, *Censo de Población de 1964* (República de Guatemala, C.A.: Departamento de Censos, Dirección General de Estadísticas, Ministerios de Economía, 1966).

³¹ Teresa García Giráldez, «El debate sobre la Nación y sus formas en el pensamiento político Centroamericano del siglo XIX.»

³² Osvaldo Chichilla, «Historia de la investigación arqueológica en Guatemala,» en *Historia de Guatemala*, director general Jorge Luján Muñoz. Tomo I. Época Precolombina, 99-118. Directora Marion Popenoe de Hatch (Guatemala: Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y El Desarrollo, 1999).

³³ Gordon Willey y J. Sabloff. *A History of American Archaeology*. Segunda Edición (San Francisco, E.E. U.U.: W. H. Freeman and Company, 1980).

³⁴ Litvak y López Varela, «El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos,» 177.

³⁵ William Fowler. *El Salvador: Antiguas Civilizaciones* (San Salvador, El Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola Comercial de El Salvador, 1995).

Nación, deberían de contar con elementos que los cohesionaran y que vincularan a todos sus ciudadanos entre sí. Luego, se trataba que estos conciudadanos se reconocieran intrínsecamente compartiendo una historia común, como salvadoreños. Aunque a juzgar por los datos de la *Estadística*, a diferencia de los gobernantes de finales del siglo XIX e inicios del XX, en el caso de este conteo, sí parece importante mostrar la diversidad de los pobladores, sus costumbres y demás *inclinaciones*, como sugiere el instrumento o instructivo contable.

La contribución e interés del *ilustrado* Ignacio Gómez al conocimiento de las antigüedades, las costumbres, las lenguas y otros aspectos de los pobladores de El Salvador de mediados del siglo XIX, no es un producto visible solamente en la *Estadística*. Pues como redactor de la *Gaceta Oficial* del Gobierno³⁶ publicó varios ensayos en los que se puede observar su interés por los tópicos de la historia, la arqueología y la etnología, entre otras.

Muchos aspectos del pensamiento *ilustrado* de Gómez se pueden rescatar de uno de sus artículos publicados en la *Gaceta* de julio de 1856, el cual titula «Centro América antes de la conquista». En dicho texto, la posición de Gómez es antimonárquica, anticlerical y ante todo contraria al antiguo régimen colonial. Es así que expresa: «Los conquistadores [...] no tenían otra ambición que la del oro: los Misioneros se

propusieron extirpar la religión, los ritos y las creencias de los indios; y los Gobiernos coloniales conceptuaron de su deber reemplazar sus leyes, sus lenguas y sus costumbres con las costumbres, la lengua y las leyes de Castilla».³⁷

De igual manera, el autor afirmaba que la ocupación de tres siglos de dominio colonial había llevado a la «degeneración y el aniquilamiento de la raza indígena»;³⁸ con lo cual, aseguraba, que se necesita, «emprender con éxito las penosas y difíciles investigaciones [arqueológicas, etnológicas y otras] que se hacen precisas para sacar el retrato moral de aquella raza».³⁹ Gómez se refiere así a las investigaciones de las antiguas civilizaciones que habitaron el territorio americano y de las cuales «los extranjeros han emprendido esta importante tarea, en que tan interesada se halla la causa de la civilización».⁴⁰

De hecho, Gómez conocía los trabajos de Lord Kingsborough y otros escritores, los cuales se habían desarrollado en México y otros lugares del continente americano. Decía de ellos: «Han descubierto tesoros, hasta hoy ocultos [...] dedicándose [a] descubrir de dónde venían aquellos hombres [antes de la llegada de los españoles], cuáles eran sus tradiciones [...], la estructura de su idioma, sus ritos, sus ceremonias, sus sacrificios y sus creencias [...] el estado de sus caminos, sus calzadas»,⁴¹ en fin todo lo

³⁶ Dinarte, «Diccionario de autoras y autores de El Salvador,» 211-215.

³⁷ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

³⁸ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

³⁹ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

⁴⁰ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

⁴¹ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

referente a las sociedades prehispánicas que habitaron el territorio americano.

Además elogiaba los trabajos de John Stephens Lloyd, George E. Squier,⁴² Padilla y el abate Brasseur de Bourbourg, de quienes señalaba: «Han dedicado sus luces y sus tiempo, sus fondos y sus vigiliass a la [...] importantísima tarea de disipar [lo] que envuelven la cosmografía [...] las costumbres [...] y todo lo que constituye el retrato moral [...] de pueblos [de la] antigüedad tan poderosos y florecientes».⁴³

Algo que admiraba Gómez de las investigaciones realizadas era que no solamente daban el resultado de la historia de los pueblos; sino que también proporcionaban las imágenes de «los templos, los ídolos, los utensilios, las armas y los trajes de aquellos pueblos primitivos».⁴⁴ De la misma manera le parece que es una pena y hasta vergonzosa que los hispanoamericanos tengan poco interés en el estudio e investigaciones de dichos aspectos. Con ello, expresa que se podrán descubrir «los curiosos monumentos y las elocuentes ruinas que yacen sepultadas todavía en el suelo Centro-América, tan fecundo en interesantes antigüedades».⁴⁵ Gómez cerraría su artículo expresando que la verdadera historia del nuevo mundo todavía no se ha escrito, pues harían falta las

investigaciones que ahondarían en el conocimiento de los habitantes que ocuparon estas tierras antes de la llegada de los europeos, pues este vasto continente «no era tal cual han querido presentar los intereses de otros gobernantes».⁴⁶

Estas aseveraciones expresadas por Ignacio Gómez en uno de sus tantos escritos ponen en evidencia su interés por elaborar una estadística que pudiera explorar, documentar y registrar los vestigios de poblaciones antiguas, ya sean estos restos materiales muebles o inmuebles; así como la diversidad de costumbres de los pobladores de las diferentes localidades de El Salvador.

Antigüedades, «ruinas» de ciudades aborígenes, tradiciones y diversidad étnica en la consulta de la *Estadística General de la República del Salvador de 1858-1861*

Como se mencionó anteriormente, el instrumento elaborado por Gómez para la elaboración de la *Estadística*, y el que circularía a todas las gobernaciones y alcaldías municipales de El Salvador, contenía, entre varios ítems, uno que recogía la información sobre las antigüedades, las ruinas, las tradiciones, las costumbres y dentro de esas

⁴² Aunque George E. Squier publicó su obra *The States of Central America*, en 1858; de alguna manera Ignacio Gómez conocía su trabajo, esto porque el artículo de Gómez, el cual se está analizando es de 1856. Algunos artículos de Squier fueron reproducidos en el periódico oficial la *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central*, en la sección de «Variedades», probablemente desde 1854.

⁴³ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

⁴⁴ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

⁴⁵ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

⁴⁶ *Gaceta del Gobierno del Salvador*, 1-2.

peticiones algunas de las autoridades locales incluirían la representación étnica de sus pobladores.

Santa Lucía Zacatecoluca, cabecera del departamento de La Paz, se describía como un lugar en el cual la mayor parte de su población se ocupa de la agricultura, y se describe la vestimenta de los indígenas. Se explica que muchos de ellos han perdido la vestimenta de enagua y huipil para las mujeres, y de calzoncillo, algodón de hilo y sombrero de palma para los hombres, pues hoy visten —los hombres— de pantalón, camisa y sombrero de junco. También se habla de las costumbres y vestimentas del otro grupo étnico, el de los mulatos; y al final se termina afirmando: «La mayor parte de la población, aún los indígenas, están bastante civilizados».⁴⁷ Desde Santa Lucía Zacatecoluca se escribía sobre un lugar en donde se encuentran «un grupo de cerritos pequeños que hay al oriente de la población de la hacienda la Chacra [...] no dejan de encontrarse también en las llanuras fragmentos de ladrillos, y otras cosas que indican la existencia de un pueblo antiguo».⁴⁸ Ya para ese momento, se describen también un número de haciendas que se encuentran reducidas a escombros, las cuales poseían edificios de algún valor, tales como las de San Juan Buena Vista, San Marcos, San Faustino, Obrajuelo y la de Velázquez. Cabe agregar que esta región de

El Salvador fue una de las áreas que contemplaba las grandes haciendas de producción de añil.

San Juan Nonualco presentaba una población indígena que se dedicaba, las mujeres, a trabajar la loza y, los hombres, a labranza de la tierra; respecto a las antigüedades, se afirma que en el lugar conocido como Llano de la Palma, el cual comparten con Santiago Nonualco, se encuentran innumerables vestigios en todas direcciones. Por su parte, en Santiago Nonualco se dice que la población estaba dividida en dos sectores, mulatos y naturales, de los que se describen sus costumbres y maneras de vestir. Los pueblos de San Pedro Masahuat y San Antonio Masahuat reportaban que la mayoría de su población la conformaban los naturales y el resto eran muy pocos ladinos.⁴⁹

En Texistepeque, del departamento de Santa Ana, se dice que los indígenas visten de calzón y camisa, y muchos de ellos estudian en la escuela del lugar establecida en 1839. En el caso de Chalchuapa, se dice en los datos: «Esta población es de las más antiguas: fue poblada por indígenas y eran ricos de moneda efectiva llamada chalchuguite».⁵⁰ En cuanto a los indígenas, se expresa que quedan muy pocos y estos se dedican, entre otras cosas, a funciones religiosas de la iglesia.

Del poblado de Ataco refiere que todos sus habitantes son indígenas y de costum-

⁴⁷ Ignacio Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*. Primera Edición (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1992), 39.

⁴⁸ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 40.

⁴⁹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 45-62.

⁵⁰ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 82.

bres antiguas. En Tacuba se describe que existe un «hermoso templo arruinado, de calicanto»;⁵¹ se refiere a los vestigios de la iglesia colonial de Tacuba, la cual había sucumbido en 1773, víctima del terremoto de Santa Marta, que derribó la ciudad capital del Reyno de Guatemala.

Sin duda, una de las descripciones más atractivas que se hacen sobre las antigüedades es la de Metapán, y específicamente la del Lago de Güija, pues se detallan los actuales sitios arqueológicos de los Azacualpa e Igualtepeque. Relatan que dichas ciudades aborígenes de Zacaulapa y Guijar se encuentran en las márgenes de la laguna de Guija. «Se ve varios edificios antiguos y aún en su fondo [...] algunos capiteles de columnas [además de] piedras de moler maíz y vasijas de barro».⁵²

El pueblo de Jujutla, según el conocimiento de las autoridades locales, se llamaba Azacualpa (pueblo viejo o pueblo antiguo en nahuatl-pipil), en donde se pueden observar «los vestigios de una población indígena».⁵³ Por su parte, Guaymango cuenta con población indígena. Respecto a las antigüedades se dice que «en muchos puntos se tocan vestigios de pueblos antiguos»,⁵⁴ como el lugar de Morro Grande, sitio arqueológico conocido en la actualidad en donde se pueden observar los montículos y los restos

de materiales culturales esparcidos por la superficie. De San Pedro Puxtla se dice que «sus diez y nueve vigésimas partes son indígenas y el resto ladinos».⁵⁵

Suchitoto, como cabecera departamental de Cuscatlán desde 1835, se mostraba como una ciudad importante; en ella habitaban familias antiguas de ladinos. En cuanto a los indígenas se decía que estos habían mermado su población gracias al azote del cólera morbo y en ese presente ya quedaban muy pocos habitando la ciudad. Se describe que Suchitoto estuvo situado en un paraje llamado Los Almendros, en donde para esa época todavía se encontraban vestigios de edificios, lugar que se conocía luego como Pueblo Viejo. En la hacienda San Antonio, «se encuentran varios muebles de barro que se conocen no ser de estos tiempos, como tasas, caritas, otras figuras [...] y braseros, que saltan de la tierra cuando el labrador rompe con el arado».⁵⁶

A decir de Guazapa, «en la mayor parte de los cantones de Guazapa, hay vestigios de grandes edificios como de un trabajo sólido y se cree que antes de la existencia del pueblo, acaso hubo una ciudad grande y populosa».⁵⁷ Hoy en día se sabe que la zona que abarca el entorno de Guazapa es sumamente rica en vestigios de sitios arqueológicos prehispánicos. En Guayabal, hoy San José Guayabal,

⁵¹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 96.

⁵² Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 100.

⁵³ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 125.

⁵⁴ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 127.

⁵⁵ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 128.

⁵⁶ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 156.

⁵⁷ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 170.

se decía que «aunque hay algunos indígenas, sobrepuja en mucho la gente ladina»,⁵⁸ con ello se estaba advirtiendo la presencia en menor número de los indígenas. Por su parte, de Tenancingo se describía que antiguamente la población se componía de indígenas en su totalidad, pero para esa fecha (1859) solamente conformaban una cuarta parte del total de la población, los demás en su mayoría eran ladinos. San Pedro Perulapán se asumía antigua, a decir de sus registros que remitían que a mediados del siglo XVI ya se había edificado dicha población.

Según los datos, Ilobasco originalmente fue habitado solamente por indígenas, los cuales no pasaban de 200 familias. A la luz de los datos y la tradición oral, el poblado de Jutiapa habría existido antes de la época de la Conquista española, con el nombre de Tepeagua y anteriormente llamado Azacualpa. En dicho lugar, «se encuentran algunas figuras humanas de barro, lo que la gentes llaman ídolos, tinajitas y otros muebles del mismo material, pero trabajados con finura, cuyos objetos descubre el arado».⁵⁹

La mejor descripción de un asentamiento antiguo es la que se brinda del actual sitio arqueológico histórico de Ciudad Vieja, la antigua villa de San Salvador de 1528 a 1545. De esta manera se detalla que:

Existen en la hacienda Bermuda, situada al Sur de esta Ciudad [de Suchitoto], a tres

leguas de distancia, los vestigios de una ciudad que no alcanza la tradición de los tiempos de su ser; pero a la simple vista, se ven las calles delineadas, y una que conserva todavía su empedrado; las bases de las columnas de un templo con figuras de bajo relieve en sus cuatro rostros, y otras todavía más elevadas que indican haber servido a la arquitectura de la portada: se hace notar el cuadro de la plaza [...] con alguna distancia se ven los cimientos de otras casas como de campo o chacras. Se encuentra una canoa también de piedra de una sola pieza y como de cuatro varas de largo, rota en uno de sus extremos. Este espectáculo se encuentra al Sudeste de la memorada hacienda [La Bermuda], como a dos millas de distancia [...] la opinión [pública] casi general [creen] que esta fue la ciudad de San Salvador.⁶⁰

En el apartado del departamento de Sonsonate, se mencionan los restos del antiguo muelle de Acajutla, los que conforman «la antigua Aduana, los vestigios de las fortificación»,⁶¹ mostrando que para ese momento, 1859, se encontraban los edificios derruidos. Del pueblo de Sonzacate se dice que en su conjunto se conforma por una población indígena, la cual llama la atención del escribano porque sus vestimentas son ya de gente ladina. La población de Salcoatitán estaba compuesta en su mayoría por indígenas, que para ese entonces vestían las mujeres con «enaguas

⁵⁸ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 173.

⁵⁹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 207.

⁶⁰ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 209.

⁶¹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 224.

de crea, toallas blancas y de color con los pechos desnudos; y los hombres calzoncillo y camisa de género del anterior [cotón] y sombrero blanco de palma». ⁶² De la misma manera que en Salcoatitán, en Juayúa los indígenas visten de la manera española; sin embargo, se puntualiza: «Aunque este es uno de los pueblos indígenas más civilizado, hablan todavía el idioma [nahua-pipil] de sus padres y participan de muchas preocupaciones de su raza». ⁶³ A juzgar por la descripciones del vestuario de los pobladores de Santo Domingo, parece que un considerable número de habitantes son indígenas, los cuales según la información «la mayor parte no entienden el castellano, solo acostumbran su propio idioma». ⁶⁴

Las descripciones de los pueblos de Dolores Izalco ⁶⁵ y Asunción Izalco, ⁶⁶ en la actualidad conformados en uno solo denominado Izalco, son una verdadera etnografía, más que todo del primero. Describiendo los terrenos, los valles y los sitios de ganado, las siembras, las frutas, los ríos, la población y su riqueza, las relaciones comerciales, las costumbres, las autoridades, los fondos municipales, la enseñanza primaria y los edificios públicos. De Dolores Izalco se dice: «La clase proletaria entre los ladinos visten camisa y pantalón: entre los indígenas los hombres visten camisa y calzoncillo, y las mujeres refajo, sin camisa y toalla». ⁶⁷ De las costumbres se

resalta el baile que realizan los indígenas utilizando instrumentos musicales como el *teponahuaste*, acompañado de pitos y tambores. Como antigüedades, se mencionan los vestigios de tres iglesias, las de Santa Teresa, Santa Cruz y San Sebastián.

Asunción Izalco, según el redactor, es un lugar que se compone de dos clases de pobladores: los indígenas o naturales y los ladinos, que en su mayoría se ocupan de la agricultura, en especial los primeros. Al igual que los del barrio de Dolores, los indígenas tienen como costumbre el baile del *Teponahuaste* o *Tum*, y el de la historia, entre otros.

Respecto a las antigüedades, se afirmaba que se conoce poco, debido a la falta de archivos que puedan proporcionar dicha información. Sin embargo, se hacía referencia de los descubrimientos de una excavación llevada a cabo en 1855, en las cercanías de la plaza, hecho que era descrito así:

Como a distancia de seis o siete varas de la superficie de la tierra, unos cimientos de calicanto formando paredes y arcos que demostraban ser parte de algún edificio subterráneo. El Supremo Gobierno, entendido de esto, ordenó continuar la excavación, pero no se concluyó [...] en lo poco que se trabajó se descubrieron algunos objetos dignos de curiosidad,

⁶² Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 234.

⁶³ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 236-237.

⁶⁴ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 241.

⁶⁵ Dolores Izalco, sector ladino de Izalco, ubicado al norte en el barrio de Dolores.

⁶⁶ Asunción Izalco, sector indígena de Izalco, ubicado al sur en el barrio de Asunción.

⁶⁷ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 249.

como huesos que parecían ser de algún ser humano, piedras labradas con figura de ídolos y otros objetos de uso doméstico quebrados, como cántaros y ollas.⁶⁸

Así lo relataba el periódico *La Gaceta del Gobierno del Salvador*, el 4 de enero de 1855, con el título de «Excavación en Izalco». Se decía que la comisión nombrada por el gobernador de Sonsonate, la cual estaba compuesta por los señores general Ponciano Castillo, licenciado Marcelino Valdez y don Calixto Velado, llevaba a cabo las excavaciones comenzadas en el pueblo de la Asunción Izalco, con el objetivo de descubrir «un magnífico y suntuoso edificio aterrado bajo aquel suelo».⁶⁹ Llamaba la atención de los investigadores los hallazgos, tales como la arquitectura de las obras y los restos óseos que se descubrían en el fondo del suelo de Izalco.

De *Cuisnaguat*, o Cuisnhuat se dice que su población es de habla o dialecto, el cual llaman náhuat. De Cacaluta se describe que su población tiene las mismas costumbres de los aborígenes primitivos: «Son supersticiosos pues creen todavía en apariciones de duendes, muertes, brujos, hechicería, maleficio de los elementos y fantasmas como otra infinidad de sandeces».⁷⁰ Respecto a las antigüedades, se escribe: «Se ignora el nacimiento de esta población [...] más que solo vestigios que dan a entender haber sido

una población grande, edificada por los antiguos aborígenes, pues, se encuentran en toda esta localidad como fuera de ella simulacros en donde se encuentran lozas».⁷¹ Por otra parte, respecto a las antigüedades de Caluco, se describe que se conservan algunos vestigios de edificaciones antiguas (coloniales) y se creía que Caluco, antes de la Conquista, era una localidad importante a decir de sus edificios. De Nahulingo existe una referencia de su población indígena en la descripción de su vestimenta.

En Santa Tecla, la ciudad creada por decreto en agosto de 1854, se realiza una interesante descripción de sus antigüedades en septiembre de 1859: «En las excavaciones que se hacen para construir u otros usos se encuentran ollas, cántaros y otros utensilios de barro cocido que indican hubo antiguamente pobladores. Estos utensilios por el material, construcción y pinturas se parecen algo a los que se fabrican en Guajaca⁷² [Oaxaca, México]».

La población de San Martín se describe como indígenas que visten de algodón, calzoncillo, camisa, pantalón y caites los hombres; y las mujeres utilizan huipil, enaguas y paños, aunque hay algunas con sus pechos descubiertos. En el poblado de Tonacatepeque, en la sección de antigüedades, se describen así: «Se sabe que unas ruinas que aparecen en el valle de la Unión

⁶⁸ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 256.

⁶⁹ *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central* (1855). Tomo 4, n.º 88, Cojutepeque, 4 de enero de 1855, 2.

⁷⁰ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 264.

⁷¹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 264-265.

⁷² Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 278.

llamadas Pueblo Viejo son escombros que quedaron por la traslación del pueblo a este lugar, hará como 300 años...». ⁷³ Nejapa recordaba como antigüedad la zona en la que estuvo asentada antes del traslado motivado por la erupción del Volcán de San Salvador de 1658. Dicho asentamiento se ubicaba en el lugar conocido como el potrero de San Lorenzo, jurisdicción de Quezaltepeque.

Mejicanos, Aculhuaca (hoy Ciudad Delgado) y Santiago Texacuangos, describen a sus habitantes con las características de las vestimentas de las comunidades indígenas. En Antiguo Cuscatlán, el relator del informe de 1860 describe: «Se encuentra en las excavaciones que se hacen, ollas, jarros, y figuras como muñecos contruidos de barro cocido y otros utensilios que indican haber sido idólatras los habitantes antepasados». ⁷⁴

La descripción de las antigüedades que narra el relator de la alcaldía municipal de Nuevo Cuscatlán en noviembre de 1860 es por demás una de las más interesantes descripciones de hallazgos arqueológicos, de las que se lograron informar en la *Estadística*.

Inicia así:

En conclusión, la arqueología encuentra en esta parte del territorio de la antigua provincia de Cuscatlán, un campo extenso para sus investigaciones. Hay en la juris-

dicción ciertos promontorios de tierra y piedra [montículos] de una figura cónica regular, arquitectónicamente contruidos, que en su seno encierran cadáveres de cuerpo humano [...] y otros varios objetos de la más remota antigüedad. Uno de estos promontorios, levantado a la altura de trece varas en el centro de la planicie que ocupa esta población fue descubierto y explorado por un vecino el año de 1856: su magnitud y costo de su construcción lo hacen el edificio más suntuoso que hay de esta clase en esta parte de la comarca; y esta circunstancia unida a la de haberse encontrado en él catorce cadáveres en sepulturas muy bien dispuestas, y con insignias pectorales de piedra de jaspe labradas en bajo relieve, hacen creer que el promontorio no sea otra cosa que un panteón o el lugar en que fue enterrada la familia real aborigena. ⁷⁵

Por su parte, el pueblo de Santa Cruz Panchimalco se describe como población indígena de la República de El Salvador, de la cual no se detallan antigüedades. El vecino poblado de Huizúcar cuenta como antigüedades los restos del antiguo asentamiento de San Gerónimo Tilapa, en donde se observan «varios vestigios, pues hay cimientos de mucha consistencia y bastante visibles...». ⁷⁶

En el distrito de Quezaltepeque, en la población de Opico, se relata que «en sus

⁷³ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 300.

⁷⁴ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 320.

⁷⁵ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 323.

⁷⁶ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 333.

primitivos años fue poblado por los indígenas que hoy forman la de Jayaque. Se encuentran antigüedades por la cercanías del volcán de San Salvador de un pueblo llamado Nejapa [...] los labradores cuando surcan la tierra encuentran figuras de barro». ⁷⁷ En las cercanías de la laguna de Chanmico se sugiere que existió un pueblo a decir de que «se tiene noticia de cuando se agita arroja pedazos de jarros y ollas de loza fina, que suelen quedar a la orilla de un trecho de la playa que tiene hacia el norte». ⁷⁸ Efectivamente, en las inmediaciones de la laguna de Chanmico, se han documentado varios sitios arqueológicos prehispánicos, al norte el de Chanmico, al noroeste los viveros del ICR y, más inmediato, al oeste el sitio Sofía.

Siempre en la jurisdicción de Quezaltepeque se menciona como una obra majestuosa y antigua al puente de calicanto de Atapasco, nombre que recibe por la hacienda en donde se encuentra. Este puente se utiliza para cruzar un tramo del río sucio entre Tacachico y Quezaltepeque. En la actualidad todavía funciona como tal.

En las poblaciones de Tepecoyo, Sacacoyo, Chiltiupan, Jicalapa, Teotepeque, Comasagua, Jayaque, el idioma que hablan sus habitantes es el náhuat-pipil; sin embargo, conocen bien el castellano, y es el que utilizan para el comercio con los demás pueblos ladinos.

En Tepecoyo, en la loma Patatchate, «se encuentran vestigios de una población de primer orden que existió en tiempo muy remoto, pues por las fracciones de cimientos

de calicanto que se ven, se deduce que correspondieron a buenos edificios [...] También se encuentran vestigios de una población antigua cerca del cerro Nanaguacin con dirección a Guaimoco». ⁷⁹ En la jurisdicción de Jayaque, las autoridades municipales contenían como «antigüedades» varios libros escritos en náhuat de mediados del siglo XVII, que hacen referencia a las cuentas de las cofradías del lugar.

Consideraciones finales

A Ignacio Gómez le interesaba conocer y aprender de las antiguas culturas que habitaron el continente americano y en especial el territorio salvadoreño, a través de los restos materiales que dejaron dichas culturas. Con ello potenciaba los hallazgos, los materiales y los lugares en donde se localizaban restos arqueológicos. Definitivamente, un gran aporte para el conocimiento «primario» de la cuantía de «antigüedades» que se poseían en el territorio salvadoreño a mediados del siglo XIX y otros datos de interés para la arqueología, gracias a que en 1854 Ignacio Gómez solicitara a los jefes departamentales y municipales que agregaran lo que ellos tenían por conocimiento en sus respectivos distritos, basándose en el instrumento de la *Estadística General de la República de El Salvador*.

En este contexto, también vale la pena mencionar el interés del Estado salvadoreño por mostrar sus bienes arqueológicos. Se reflejaba en la participación en la Exposición Universal de París, que estaba

⁷⁷ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 342.

⁷⁸ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 340.

⁷⁹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 351.

por celebrarse en dicha capital francesa en 1855. Es en este momento que aparecía en los periódicos oficiales de noviembre y diciembre de 1854, la solicitud del Supremo Gobierno a los ciudadanos de toda la república, quienes pudieran enviar información sobre los artículos que el país producía.⁸⁰ Entre los productos, los clasificados en la categoría de «artefactos, ciencias y bellas artes», se solicitaba el envío de «las antigüedades del país, [y también] figuras de barro, de madera o de cera, dando una idea o vestidos y usos de los indios».⁸¹

Aunque para muchos investigadores la *Estadística* de Gómez ha sido de mucha ayuda por su valiosa información, resulta que desde la arqueología solamente algunos estudios lo han citado en busca de referencias a sitios arqueológicos mencionados en sus páginas.

Como sea, desde la arqueología, diversas investigaciones académicas de síntesis, estudios y compilaciones bibliográficas, entre otras, llevadas a cabo en la última década del siglo XX, han invisibilizado el aporte de la *Estadística* de Ignacio Gómez, simplemente ignorándola. Dichos documentos han iniciado la arqueología de El Salvador con la llegada y posterior publicación de las obras de Ephraim George Squier en 1853 y 1858, sin tomar en cuenta el aporte de Ignacio Gómez a través de su *Estadística*.

El ejercicio de recopilar y recolectar información de las «antigüedades» de El

Salvador que Ignacio Gómez ideó en la *Estadística* logró que, por primera vez desde el Estado salvadoreño, se llevara a cabo un proceso de documentación de un registro de sitios arqueológicos para El Salvador.

En ese primer registro plasmado en la *Estadística*, se habrían documentado alrededor de 40 sitios arqueológicos, entre ellos muchos de la época prehispánica, pero también los vestigios de muchos sitios de los siglos coloniales. Con todo ello, se tiene el reporte y la descripción de dos excavaciones arqueológicas, una en 1855, que rescató vestigios prehispánicos y coloniales, y la otra de 1860, en donde se excavó montículos y se reportó el hallazgo de entierros prehispánicos con sus respectivas ofrendas. Quizás uno de los datos interesantes es que algunos de los emisarios enviarían sus reportes de «antigüedades», utilizando ya el término de *arqueología*, haciendo referencia a la ciencia que estudia los restos materiales dejados por el ser humano.

Ignacio Gómez, en su búsqueda «patriótica» de un país con fuertes raíces en el pasado de los antiguos pueblos de América, se ve involucrado indirectamente en el nacimiento e invención del personaje, que luego de los años sería el «mito de origen» del Estado moderno salvadoreño.

Gómez, en su artículo de 1856, «Centro América antes de la Conquista», incitaba a los investigadores hispanoamericanos a estudiar el pasado, tal y como lo hacían los foráneos

⁸⁰ *Gaceta del Gobierno del Salvador en la América Central* (1854a). Tomo 4, n.º 84, Cojutepeque, 07 de diciembre de 1854, 2.

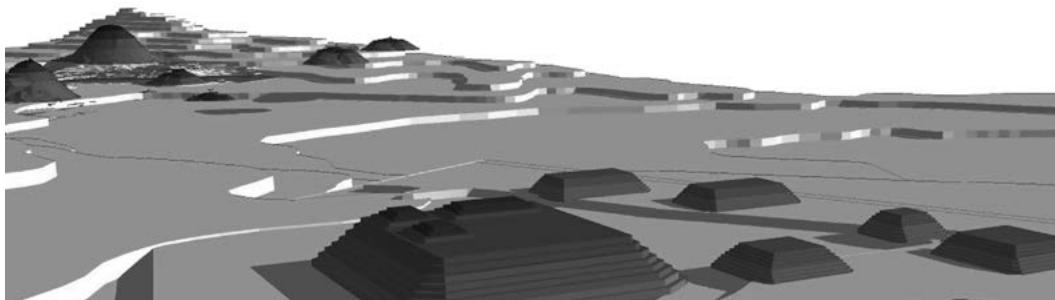
⁸¹ Gómez, *Estadística General de la República del Salvador*, 2.

Ephraim Squier y Brasseur de Bourbourg, entre otros. Esto conllevó a la respuesta de Bourbourg hacia Gómez, mencionándole el papel que jugó el rey de Cuscatlán que denominó «Atonal», y que luego pasaría a ser «Atlatl», el cual luchó en la batalla de conquista de Cuscatlán en contra de Pedro Alvarado. A partir de ese diálogo entre Gómez y Bourbourg, sin quererlo, estaban dándole el nacimiento al mito de Atlatl, el que, luego de algunas décadas, los intelectuales lo retomarían como el héroe de Cuscatlán, el ancestro valiente, rebelde y guerrero de los salvadoreños.⁸²

De seguro, el registro de sitios con valor arqueológico e histórico que se plasmó en la

Estadística sirvió como base para los trabajos de otros investigadores de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Finalmente, el aporte de la *Estadística de la República del Salvador de 1856-1860* de Ignacio Gómez no solo concierne a la arqueología, pues también existen muchos elementos de suma importancia que aportan al estudio, que desde la antropología, la historia y la lingüística brindan significativos rasgos de la diversidad del territorio y la población de El Salvador de mediados del siglo XIX, y que hoy en día siguen ofreciendo conocimiento a la comprensión de la sociedad salvadoreña.

⁸² Heriberto Erquicia. «El papel de la arqueología salvadoreña en la construcción del Estado-Nación y el imaginario nacionalista 1883-1930,» *Identidades*. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades 1, n.º 2 (Dirección de Investigaciones en Cultura y Arte, Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador, El Salvador, 2011).



Nuevas investigaciones en la Cordillera de Apaneca: una revisión de la tesis del despoblamiento PosIlopango¹

FEDERICO PAREDES UMAÑA

Becario del Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM
Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Resumen

La bibliografía disponible sobre asentamientos humanos permanentes entre los siglos V al X de nuestra era en la Sierra de Apaneca es escasa. Sin embargo, hasta ahora diversos investigadores han coincidido en la relativa ausencia de evidencia paleoambiental y arquitectónica que marque la reocupación de dicha cordillera volcánica inmediatamente después de la caída de la ceniza del volcán Ilopango (TBJ), la cual se fecha entre mediados del siglo IV y mediados del siglo VI de nuestra era.

Este trabajo constituye la primera evidencia sólida para afirmar la presencia de asentamientos de carácter permanente en las tierras altas del occidente de El Salvador después del evento volcánico de Ilopango. La localización y el registro de la acrópolis del grupo arquitectónico Los Tablones en Ataco, Ahuachapán, cuyo desarrollo más importante se fecha hacia el Clásico tardío (600-900 d.C.), contradice interpretaciones previas sobre la historia de los asentamientos humanos en la región y permite plantear un panorama diferente. La evidencia del depósito del montículo 2 del grupo Ataco Cementerio permite además documentar la veneración hacia el fin del Clásico tardío y comienzos el Posclásico temprano de una tradición monumental del Preclásico.

Sobre la base de las investigaciones del Proyecto Arqueológico Ataco (2009-2011), dirigido por Federico Paredes Umaña, como trabajo de campo para su tesis doctoral en Antropología por la Universidad de Pensilvania, es posible sostener que la ocupación humana en la cordillera ha sido más constante de lo que previamente se creía, con evidencias de ocupaciones durante los periodos Preclásico, Clásico y Posclásico. Este avance de investigación se desprende de trabajos recientes que incluyen reconocimientos, mapeo, excavación y análisis de materiales. Son investigaciones que, a nuestro juicio, resultan relevantes para la discusión de la historia de los asentamientos humanos en una zona poco conocida del sureste mesoamericano, ubicada en el actual territorio del occidente salvadoreño.

Palabras claves: arqueología, occidente de El Salvador, asentamientos humanos, complejidad social, transición Preclásico clásico, Ataco.

Abstract

Available archaeological literature on permanent human settlements in the Apaneca-Illamatepec range between the V and X centuries can be described as limited, however up until now, different

¹ Este artículo ha sido posible gracias al apoyo del Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

scholars have coincided in the relative scarcity of paleoenvironmental and architectural evidence supporting the reoccupation of the region immediately after the volcanic eruption of Ilopango (TBJ), an event dating somewhere between the mid IV to the mid VI centuries CE.

This paper constitutes the first hard evidence of permanent settlements in the highlands of western El Salvador after the Ilopango eruption. The location and mapping of the Los Tablones Mound Group at Ataco, Ahuachapan, with its greater development dating to the Late Classic Period (600-900 CE) contradicts previous interpretations on the history of human life in the region and allows for a different interpretation. Moreover, the evidence of the mound 2 deposit at the Ataco Cementerio mound group allows for further documentation of the veneration of apreclassic monumental tradition occurring towards the end of the Late Classic and the beginnings of the Early Postclassic period.

Based on recent research by the Ataco Archaeological Project (2009-2011), directed by Federico Paredes Umaña during his anthropology dissertation research (University of Pennsylvania, 2012), it is now possible to claim that human settlements in the highland range are long-lived, more so than previously supposed with solid evidence for occupations during the Preclassic, Classic and Postclassic Periods. This paper presents evidence resulting from survey, mapping, excavations and material analysis as they are relevant for a revised history of human settlements in a poorly known zone of Southeastern Mesoamerica, located in the current territories of western El Salvador.

Keywords: Archaeology, Western El Salvador, Human Settlements, Social Complexity, Preclassic-Classic transition, Ataco.

Introducción

La información sobre asentamientos humanos permanentes entre los siglos V al X de nuestra era en la sierra de Apaneca es escasa, sin embargo hasta ahora diversos investigadores² han coincidido en enfatizar la relativa ausencia de evidencia arquitectónica y paleoambiental que indique una reocupación de dicha cordillera inmediatamente después de la caída de la ceniza del volcán Ilopango (TBJ), cuyo fechamiento es aún problemático.³

Este trabajo constituye la primera evidencia sólida para afirmar la presencia de pobladores de carácter permanente en las tierras altas del occidente de El Salvador después del evento volcánico de Ilopango. La acrópolis del grupo Los Tablones en Ataco, departamento de Ahuachapán, constituye la prueba material de un asentamiento permanente en la Sierra

² Arthur Demarest, *The Archaeology of Santa Leticia and the Rise of Maya Civilization*, publicación 52 (New Orleans: M.A.R.I., Tulane University, 1986); Robert Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya: Paleocological records of the Tierra Blanca Joven eruption,» en *Natural Hazards in El Salvador*, Special Paper 375, eds. William I. Rose *et al* (Colorado: The Geological Society of America, 2004), 237.

³ Al respecto consultar Howard Earnest, «A reappraisal of the Ilopango volcanic eruption in central El Salvador» (Disertación doctoral, Universidad de Harvard, 1999); Shigeru Kitamura, «Two AMS Radiocarbon dates for the TBJ tephra from Ilopango Caldera, El Salvador, Central America,» *Bulletin of Faculty of Social Work* 10 (2010): 24; Shione Shibata, Shigeru Kitamura y Akira Ichikawa, «Reconsideración del fechamiento de TBJ desde el punto de vista estratigráfico» (XXIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2010), 833, figura 1; Robert A. Dull, John Southon, Steffen Kutterolf, Armin Freundt, David Wahl and Payson Sheets, «Did the Ilopango TBJ Eruption cause the AD 536 event?» American Geophysical Union, Fall meeting, 2010, abstract #v13C-2370.

de Apaneca fechado hacia el Clásico tardío (ca.600-900 d.C.). La localización y el registro de dicha acrópolis permite plantear un panorama que difiere de la tesis del abandono posIlopango en la región. Este trabajo también expone de manera breve los resultados de un hallazgo que permite profundizar en las dinámicas regionales relativas a la consolidación de los primeros estados arcaicos del sureste mesoamericano, se trata de la exploración del depósito del montículo 2 del grupo Ataco Cementerio. Dicha exploración arroja evidencia de la veneración de monumentos del Preclásico (entre ellos un fragmento de estela tallada con la figura de un gobernante de pie, y tres tallas en bulto de la tradición cabezas de jaguar) hacia fines del Clásico tardío e inicios del Postclásico, con lo que se confirma la actividad antrópica en la región después de la erupción de Ilopango y antes de la llegada de los colonizadores europeos.

La acrópolis del grupo Los Tablones, Ataco, Ahuachapán. Ubicación del sitio

El grupo arquitectónico Los Tablones se localiza a unos doscientos metros al sur de la ciudad de Concepción de Ataco, departamento de Ahuachapán, y a 1.2 k.m. hacia el sur del conjunto Preclásico tardío denominado grupo Cementerio⁴ (figura 1).

Todas las estructuras del grupo Los Tablones se sitúan en una meseta que se

eleva de manera abrupta hacia el sur de la ciudad, lo que le confiere al conjunto una privilegiada vista sobre las montañas situadas al este y sobre la hondonada que aloja la ciudad actual de Ataco, directamente al Norte. La meseta en la que se ubica la acrópolis se extiende hacia el sur por varios kilómetros. Dicha planicie se encuentra a una altura aproximada de 1300-1335 msnm.

Descripción

A la fecha se han identificado siete estructuras prehispánicas dispuestas sobre una serie de terrazas bajas en un área de unos 80,000 m². La zona habitacional del grupo Los Tablones se ha identificado directamente hacia el sur, y consiste en pequeños montículos residenciales con abundantes materiales superficiales. Los Tablones presenta estructuras de tierra apisonada revestidas de piedra. El núcleo del sitio consiste en una acrópolis (montículo 2), cuya forma es la de una estructura piramidal truncada de unos 6-8 m. de altura, que aloja en su cima una amplia terraza donde se disponen al menos tres superestructuras de poca altura y de planta rectangular. En los alrededores de esta acrópolis, en dirección norte y este, se encuentran dispersos por lo menos seis montículos adicionales, cuyas alturas oscilan entre 1-5 m. Seis de ellos presentan planta cuadrada, y uno, directamente al

⁴ Federico Paredes Umaña y Marlon Escamilla, «El Estilo Izapa y el Occidente de El Salvador: Evidencia en la Sierra de Ahuachapán» (XXI Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2008), 971; Federico Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics: The Jaguar Head Core Zone in Southeastern Mesoamerica during the Formative Period» (Disertación doctoral, Universidad de Pensilvania, 2012).

sureste posee planta rectangular, denominado montículo 1. Durante los recorridos de 2009, fue posible registrar sobre la superficie moderna los restos de una gran losa de piedra sin talla, originalmente de forma rectangular que habría medido unos 2 x 1.5 m. antes de ser fragmentada por vecinos del lugar. Este posible monumento se ubica directamente al norte del montículo 3, el cual yace a su vez directamente al este de la acrópolis. Los materiales recolectados en superficie incluyen cerámica policroma de los tipos Copador y Arambala, así como una notoria presencia de cerámica sin engobe de tradición local con predominio de pastas naranjas. A partir de los materiales de superficie, se puede afirmar que este grupo arquitectónico tuvo una fase de ocupación relevante durante el período Clásico tardío (600-900 d.C.). Además su sistema constructivo, formado de un núcleo de tierra apisonada con fachadas revestidas de piedras de canto rodado, difiere de aquel registrado para el grupo arquitectónico Ataco Cementerio, fechado para el Preclásico tardío, donde el uso de piedra en fachadas es escaso.

Una serie de unidades de sondeo excavadas, por el arqueólogo Roberto Gallardo en la fachada norte del montículo 1 del grupo Los Tablones, nos ha permitido identificar en el relleno de la estructura tipos cerámicos bícromos crema sobre rojo (Guazapa engobe raspado), negro sobre crema, motivos finos incisos (tipos sin determinar) y policromos (Copador, Arambala), diagnósticos del período Clásico tardío.

También ha sido posible identificar cerámica sin engobe de tradición Preclásica, así como otros tipos conocidos, entre los cuales podemos identificar cuencos negros modelados (Pinos), Jicalapa Usulután, del Preclásico tardío. El grupo cerámico Lolotique Rojo, tan frecuente en los rellenos de estructuras del Preclásico tardío en el grupo Ataco Cementerio, también fue localizado en estratos inferiores del montículo 1 de Los Tablones. En dichos estratos también es posible encontrar fragmentos de cuencos globulares inciso-punzonados del tipo Lamatepeque, cuyos orígenes se remontan hacia el Preclásico temprano de acuerdo con la secuencia cerámica establecida por Sharer en Chalchuapa.⁵ De lo anterior se desprende que la última versión del edificio denominado montículo 1 de Los Tablones correspondería al Clásico tardío. Dado que no han sido localizadas subestructuras más tempranas, se puede decir que en su relleno fueron utilizados materiales más antiguos que son contemporáneos con la ocupación del grupo Ataco Cementerio. Por otro lado, un reconocimiento superficial de las superestructuras de la acrópolis resultó en el hallazgo de fragmentos de dos vasos policromos diferentes entre sí, que actualmente se encuentran bajo análisis de pastas por el método PIXE en los laboratorios del Instituto de física de la UNAM. Se trata de fragmentos de un vaso cilíndrico de pasta fina, cuya superficie exterior lleva fondo naranja y diseños en colores rojo, blanco y café

⁵ Robert Sharer, *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1978).

oscuro. La escena representada contiene porciones de la figura de un personaje humano de pie, y otro de fondo púrpura con motivos estilizados y pintura blanca que difieren de los tipos policromos asociados al Complejo Cerámico Payu del Clásico tardío, definido para la región de Chalchuapa y el Valle de Zapotitán.

La tesis del abandono de las tierras altas del occidente de El Salvador después del evento volcánico de Ilopango (TBJ): el enfoque paleoambiental

En un estudio paleoambiental derivado de una serie de muestras de columnas de sedimentos en las lagunas Cuzcachapa, El Trapiche, del Llano y Verde (figura 2), Robert Dull⁶ analiza el apareamiento de la horticultura en el occidente de El Salvador. A partir de los depósitos de la Laguna Verde, ubicada a una altura promedio de 1600 msnm en la Sierra de Apaneca, Dull fecha los inicios de dichas prácticas hacia el 2500 a.C. (4440 cal. Yr. BP).⁷ Este trabajo afirma que la actividad de la agricultura en la región es notoria antes de la erupción de Ilopango, es decir, durante los períodos Preclásico y Clásico temprano.⁸ Las lagunas Cuzcachapa, El Trapiche y del Llano se ubican a una altura entre los 650-700 msnm. Dull considera que los datos de sus colum-

nas de sedimentos indican que después de la erupción de Ilopango, hay un período de inundaciones acompañadas de episodios de erosión de los suelos, lo cual se refuerza por un crecimiento de especies asociadas a una sucesión secundaria del bosque y una sensible disminución del polen de maíz. Esta interpretación está basada en los datos recuperados de sus columnas de sedimentos; en particular las dos mejor controladas. La tesis que propone el abandono de grupos humanos en el occidente de El Salvador después del evento volcánico, se apoya fundamentalmente en los registros de polen de las lagunas Cuzcachapa en Chalchuapa y Verde en Apaneca.

La siguiente cita pone de relieve la tesis del abandono de las tierras altas después del evento de Ilopango:

The evidence from Laguna Verde in the Sierra de Apaneca also suggests a wholesale abandonment of agricultural settlements in that area, with no obvious precolonial reoccupation following the [TBJ] event.⁹

Dull enfatiza las consecuencias de la erupción del volcán Ilopango sobre las condiciones de vida en el occidente de El Salvador, refiriendo otros trabajos arqueológicos en la zona,¹⁰ y propone que el impacto en la producción de alimentos fue tan severo que

⁶ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya.»

⁷ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 241.

⁸ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 237.

⁹ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 243.

¹⁰ Cfr. Robert Sharer, «The Prehistory of Chalchuapa,»; Payson Sheets «Archeology and Volcanism in Central America: The Zapotitan Valley of El Salvador,» ed. Payson D. Sheets (Austin: University of Texas Press, 1983).

habría conducido a una migración masiva. No obstante, reconoce que los efectos nocivos de la erupción habrían sido de carácter no permanente. Un ejemplo de esto es la continuidad en el registro arqueológico de Chalchuapa después de la caída de la ceniza volcánica. Dicho de otro modo, si bien la ocupación humana en esta zona se habría visto disminuida, los datos arqueológicos no favorecen un escenario de abandono total. A propósito, Dull nos dice:

By the end of the sixth century the lowlands of western El Salvador had been completely resettled, setting the stage for a Late Classic and Early Postclassic resurgence of population growth and economic florescence.¹¹

En la cita anterior, Dull refuerza que el repoblamiento en el occidente salvadoreño habría ocurrido exclusivamente en tierras bajas y no en las elevaciones de la sierra de Apaneca. Pero sus registros contienen datos variables. El de la Laguna del Llano en Ahuachapán¹² no favorece un claro despoblamiento posterior a la erupción de Ilopango y difiere de las muestras de la Laguna Cuzcachapa y la Laguna Verde. Es más, a pesar del lenguaje cauteloso que Dull usa para matizar estos datos, en su cierre capitular, explica que de acuerdo a su evidencia: «...The Ahuachapan region was

reoccupied much sooner than the rest of the Rio Paz basin and the Sierra de Apaneca».¹³

Como se puede ver, Dull propone que la zona alrededor del actual poblado de Ahuachapán podría haber sorteado los efectos de la erupción de mejor manera que la zona de Chalchuapa o los asentamientos de la sierra. Este argumento ha dado pie a la tesis del abandono de las zonas altas del occidente de El Salvador después de la erupción de Ilopango.

Las tierras altas del occidente de El Salvador después del evento volcánico de Ilopango (TBJ): el enfoque arqueológico

La tesis de la no reocupación de la Sierra de Apaneca, luego de la erupción de Ilopango desde el punto de vista arqueológico, habría ganado fuerza a partir de los escasos registros de arquitectura monumental en la zona. En su investigación del asentamiento Preclásico de Santa Leticia, Demarest¹⁴ reporta la presencia de una breve ocupación con características de «asentamiento informal» durante el Clásico tardío, que incluye cerámica policromada Gualpopa y Copador del complejo cerámico Payu, (ca.650-900 d.C.). La evidencia de Santa Leticia llevó a Demarest a suponer que algún tipo de reocupación de la sierra habría ocurrido luego del evento volcánico, sin embargo su escasa

¹¹ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 243.

¹² Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 240.

¹³ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 240.

¹⁴ Demarest, *The Archaeology of Santa Leticia*.

evidencia solo permitía considerar escenarios hipotéticos. En un artículo posterior, el autor especula que después de la explosión de la caldera de Ilopango, las poblaciones del Valle de Zapotitán habrían recurrido a desplazamientos de corta distancia en busca de tierras, encontrando refugio en la zona de Chalchuapa o la sierra de Apaneca.¹⁵

Por su parte, el historiador Tomás F. Jiménez,¹⁶ en una serie de reportes sobre hallazgos arqueológicos en la zona de Ataco, Ahuachapán, nota la presencia de hachas de piedra tallada de la tradición asociada con yugos y palmas en el sur de Mesoamérica y Veracruz, y que han sido fechadas para el período Clásico tardío.¹⁷ Por su parte, Shook y Marquíz,¹⁸ en su estudio de hachas localizadas en los territorios de Guatemala y El Salvador, reportan dos hachas talladas provenientes de El Tronconal y Los Tablones, ambos en el municipio de Ataco. Si bien estos hallazgos hablan por sí mismos sobre la presencia humana en la cordillera hacia el período Clásico, cabe destacar que el carácter portátil de las hachas de piedra les confiere un reducido valor probatorio para hablar de asentamientos permanentes en la montaña.

Si bien los datos de Santa Leticia y los reportes de hachas de piedra en Ataco no nos

permiten establecer el carácter permanente de los asentamientos humanos en las zonas altas del occidente de El Salvador durante el Clásico tardío, es preciso notar que tanto la evidencia de arquitectura monumental como la de las zonas residenciales aledañas al centro cívico del grupo Los Tablones, Ataco, resulta vital para tal fin, pues nos aporta evidencia hasta ahora desconocida de un asentamiento de carácter permanente en las tierras altas tras la erupción de Ilopango.

Asentamientos humanos en las tierras altas del occidente en los siglos previos a la conquista española: la evidencia histórica y lingüística

Este apartado resulta necesario para poner de relieve la ocupación humana en las tierras altas del occidente de El Salvador en los siglos inmediatamente previos a la llegada de los conquistadores europeos. La idea sobre el total abandono de la región y su no reocupación hasta la llegada de los colonizadores, esbozada por Dull, y referida arriba, descansa sobre un uso ligero de la evidencia histórica. En la presente sección proponemos una visión diferente sobre los asentamientos humanos de la zona, haciendo uso de documentación

¹⁵ Demarest, *The Archaeology of Santa Leticia*, 342.

¹⁶ Jiménez, manuscrito fotocopiado en Casa de la Cultura, Ataco.

¹⁷ Mitsuru Kurosaki Maekawa, «Estudio sobre los yugos. Análisis comparativo de los yugos y sus contextos en Mesoamérica, en especial, los yugos de la Costa del Golfo de México» (Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología México, 2006); Barbara G. Nottelbohm y Edwin Shook, *Ancient Ceremonial Hachas of Southeastern Mesoamerica* (Guatemala: Libros San Cristóbal, Aldea Santiago Zamora Sacatepéquez, 1996).

¹⁸ Edwin Shook y Elayne Marquis, *Secrets in Stone: Yokes, Hachas and Palmas from Southern Mesoamerica* (Philadelphia: American Philosophical Society, 1996), 108, 142. en Mesoamérica, en especial, los yugos de la Costa del Golfo de México» (Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología México, 2006); Barbara G. Nottelbohm y Edwin Shook, *Ancient Ceremonial Hachas of Southeastern Mesoamerica* (Guatemala: Libros San Cristóbal, Aldea Santiago Zamora Sacatepéquez, 1996).

relativamente accesible para cualquier investigador interesado en el siglo XVI.

La *Relación 1532*¹⁹ es probablemente la fuente más temprana conocida hasta el momento en donde se enumeran 90 asentamientos indígenas del territorio occidental y central del moderno territorio de El Salvador, los cuales habían sido conquistados y, para entonces, ya eran tributarios de sus conquistadores, vecinos de la villa de San Salvador. De las localidades indígenas mencionadas en la *Relación 1532*, 57 son atribuibles a pueblos náhua hablantes y 33 más a pueblos chontales. Es posible que Dull haya conocido la transcripción de la *Relación 1532*, publicada en Guatemala en 1968, o bien el trabajo de Amaroli en torno a la geografía económica presidida por la Villa de San Salvador, basada en el mismo documento, y que se haya percatado que de hecho, en dicha relación existen escasos reportes de asentamientos indígenas tributarios en la Sierra de Apaneca. Sin embargo, la falta de mención de asentamientos indígenas en la zona no debe usarse como prueba de su inexistencia. De hecho, los pueblos de esta región, con excepción de Nahuizalco y Guaymoco, tributaron desde muy temprano

a los vecinos de Santiago de Guatemala.²⁰

Un segundo grupo de documentos, fechados entre 1548-1551,²¹ hace mención de los pueblos de indios de dicha zona, los cuales incluyen a Juayúa, Nahuizalco, Apaneca, Ataco y Tacuba entre otros. El documento *Tasaciones 1550* describe 168 asentamientos, 78 más que la *Relación 1532* y muestra que la Sierra de Apaneca estaba poblada para entonces exclusivamente por pueblos de indios.²² Además, Pedro Escalante Arce²³ sugiere que no hay duda sobre el origen prehispánico de los poblados de Tacuba, Ahuachapán y Ataco. Esto se debe a que mucho antes que la orden de la Merced estableciera conventos en San Salvador y La Trinidad de Sonsonate, estos poblados fueron doctrina de los mercedarios de Guatemala. Escalante Arce refiere que las doctrinas de religiosos, de la orden que fueran, se destinaban exclusivamente para pueblos indígenas. Estos datos nos iluminan la naturaleza de la conquista de la región en sus diferentes etapas, las cuales se resumen a continuación:

1) La pacificación total de los poblados indígenas del occidente no se concreta sino hasta el año de 1533. Esto abona a la ausencia de mención de poblados indígenas

¹⁹ Francis Gall, «El Licenciado Francisco Marroquín y una descripción de El Salvador, año de 1532,» *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, n.º 41 (1968); Paul Amaroli, «Linderos y geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador,» *Mesoamerica* 2 (1991): 41.

²⁰ Pedro Escalante Arce, *Códice Sonsonate* (El Salvador: Dirección General de Publicaciones e Impresos, Concultura, 1992), 21.

²¹ De aquí en adelante *Tasaciones 1550* [Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Audiencia de Guatemala, legajo 12], citado en Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador* (3ª edición. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2002) y en David Browning, *El Salvador, la tierra y el hombre* (Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador 1975), 51-63; 451-456.

²² Browning, *El Salvador, la tierra y el hombre*, 120.

²³ Comunicación personal, julio de 2013.

tributarios en el documento de 1532. Este documento se remite a registrar el tributo remitido a los vecinos de la villa de San Salvador (fundada originalmente en 1525 y por segunda ocasión en 1528). Además, la mayoría de los pueblos de indios de la región de los Izalcos tributaba a los residentes de Santiago de Guatemala.

2) El documento *Tasaciones 1550* reporta la presencia de asentamientos en la zona como indígenas, y no indica la presencia de asentamientos españoles. Si bien, para entonces, las iglesias de estos pueblos ya habrían sido fundadas, no había población española por entonces. Los colonos españoles habían iniciado una lenta estrategia de migración hacia los asentamientos indígenas de la zona, en contravención de las disposiciones de la corona.²⁴

3) Según se desprende de los documentos referidos por David Browning,²⁵ los asentamientos españoles en la cordillera de Apaneca son un fenómeno más bien tardío y su origen no tomó la forma de poblados de españoles, sino más bien la de haciendas dedicadas al cultivo del Xiquilite. Las haciendas españolas no aparecen en el área sino hasta después del año 1770. En cambio, el movimiento de españoles hacia los asentamientos indígenas inició mucho antes y estaba motivado por la necesidad de controlar mejor las decisiones que se tomaban sobre el uso de las tierras comunales indíge-

nas, y de esta manera garantizar la extracción de los tributos, por entonces basados en la producción nativa del bálsamo.

Los datos presentados arriba sugieren que es erróneo suponer, como lo hace Dull,²⁶ que los asentamientos humanos en la Sierra de Apaneca se extinguieron con el evento volcánico de Ilopango, y que solo se retomaron en tiempos de la Colonia. Una revisión de la evidencia histórica en la zona permite sugerir otros escenarios.

Por otro lado, aún hoy, la toponimia en la Sierra de Apaneca es casi exclusivamente de origen náhuat, lo cual refleja un proceso de colonización y designación del paisaje a través de la tradición cultural de pueblos náhua-hablantes asentados en la región probablemente desde el período Postclásico. Es un error común el atribuir la nahuatización de la toponimia centroamericana a los conquistadores tlaxcaltecas y otros pueblos guerreros del centro de México, quienes sirvieron como auxiliares de la conquista europea de estas regiones. La toponimia náhuat de El Salvador refleja bastante bien una variante local del náhuat,²⁷ la cual antecede al arribo de los europeos y sus auxiliares procedentes del centro de México.²⁸ De esta manera, los elementos lingüísticos que perviven y se reflejan en la toponimia local (*Atzumpa, Apaneca, [Que] Salcoatitan, Texuzin, Xucutitan, Teapan*, etc)

²⁴ Katheryn Sampeck, «Late Postclassic to Colonial Landscapes and Political Economy of the Izalco Region, El Salvador» (Disertación Doctoral, Tulane University, 2007).

²⁵ Browning, *El Salvador, la tierra y el hombre*.

²⁶ Dull, «Lessons from the mud, lessons from the Maya,» 243.

²⁷ Lyle Campbell, *The Pipil Language of El Salvador* (Berlin: Mouton Publishers, 1985).

²⁸ Karen Dakin, «Algunos documentos nahuas del sur de Mesoamérica,» en *Visiones del encuentro de dos Mundos en América: lengua, cultura, traducción y transculturación*, eds. Karen Dakin et al (México: UNAM, 2009).

proporcionan referencias útiles para apoyar la ocupación indígena de la zona hacia el Posclásico tardío.

Antigüedad de los asentamientos nahuas en la región

A pesar de que en la región aún no han sido documentados vestigios arquitectónicos del período Postclásico, es muy probable que el crecimiento urbano de ciudades como Apaneca, Tacuba y Ataco, sean factores que incidan directamente en la dificultad de su localización. Por ejemplo, las iglesias católicas de Ataco y Apaneca respectivamente se localizan sobre elevaciones artificiales construidas por el ser humano y cuyos rellenos contienen materiales culturales de tradición indígena. Así lo reportan tanto los curas párrocos, como algunos pobladores locales que han trabajado en la remodelación de las iglesias a raíz de los recientes terremotos de 2001, y que han podido observar que dichas elevaciones serían de origen prehispánico.

Sin embargo, la presencia de grupos nahua-hablantes en la Sierra de Apaneca antes de la llegada de los colonizadores europeos en modo alguno resuelve los puntos críticos de esta discusión. Las migraciones nahuas a Centroamérica son reconocidas como un fenómeno más bien tardío en la historia del

sureste de Mesoamérica²⁹ y en particular en el occidente de El Salvador. Dichas migraciones han sido asociadas a cultura material (arquitectura, cerámica, representación de deidades) del período Posclásico temprano (900-1200d.C.) y Posclásico tardío (1200-1524 d.C.).

Si bien es cierto que los materiales arqueológicos asociados con dicho evento están poco documentados en la Sierra Apaneca, es previsible que futuras exploraciones revelarán vestigios de asentamientos de la ocupación del Posclásico, ahora oscurecidos por la falta de investigación, por el avance de los proyectos urbanísticos, pero sobre todo porque la cubierta forestal está dominada por el cultivo del café, factor que incide en la dificultad de llevar a cabo prospecciones remotas o incluso recorridos de superficie en grandes extensiones de la quebrada topografía de la región.

Problemas de interpretación en torno al fechamiento de la TBJ y la tesis de la continuidad en las tradiciones cerámicas entre el Preclásico tardío y el Clásico temprano

La erupción de Ilopango (TBJ) ha sido fechada, de acuerdo a diferentes métodos, entre mediados del siglo IV y mediados del siglo VI de nuestra era.³⁰ Pero la fluctua-

²⁹ William Fowler, *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America* (The University of Oklahoma Press, 1989); William Fowler, «The Pipil of Pacific Guatemala and El Salvador,» *New Frontiers in the Archaeology of the Pacific Coast of Southern Mesoamerica* (Arizona State University, 1989), 229.

³⁰ Payson Sheets, *Archaeology and Volcanism in Central America*; Robert Dull *et al.*, «Volcanism, ecology and culture: A reassessment of the Volcán Ilopango TBJ eruption in the southern Maya realm,» *Latin American Antiquity* n.º 12 (2001): 25; Shigeru Kitamura, *Revaluation of impacts of the 4th century gigantic eruption of Ilopango Caldera on ancient Mesoamerican societies* (Reporte al Ministerio de Educación, Cultura, Deporte, Ciencia y Tecnología de Japón, 2006-2008, *Grant-in-Aid for Scientific Research* n.º 18510159, 2009); Dull *et al.*, «Did the Ilopango TBJ Eruption Cause the AD 536 Event?»

ción en la fecha del evento volcánico incide directamente sobre nuestra interpretación arqueológica del desarrollo y colapso de las sociedades complejas que habitaron el occidente de El Salvador, entre los períodos Preclásico y Clásico, y también ha ensombrecido nuestra comprensión de los eventos del llamado período Protoclásico (siglo III).

Veamos, si aceptamos los datos cronométricos que señalan que la erupción de Ilopango (TBJ) habría ocurrido hacia mediados del siglo IV, esto implica que el colapso de las sociedades Preclásicas del occidente de El Salvador debe entenderse como un fenómeno independiente y anterior a la deposición de la TBJ, y esto exige una explicación del fenómeno del abandono de algunos centros ceremoniales hacia el siglo III como El Trapiche en Chalchuapa³¹ y Cementerio en Ataco.³² De la misma manera, también entraña la necesidad de explicar las etapas de reocupación posterior y los patrones de continuidad observados en la cronología de Chalchuapa (Tazumal) tanto en cerámica como en arquitectura.

Elementos de continuidad en la cerámica

Tal y como lo nota Demarest,³³ los patrones de continuidad entre el Preclásico tardío y el Clásico temprano se observan en la prolongación de los tipos cerámicos Pajonal, Finquita, Topozoco, Izalco Usulután y Atecosol, los cuales están presentes en el

Complejo Cerámico Caynac Tardío (0-200 d.C.) y también en el Complejo Cerámico Vec (200-400 d.C.). Incluso, el tipo Izalco Usulután perdura tanto, que se encuentra en el Complejo Cerámico Vec con una frecuencia casi tan alta como la que tenía durante la época de su esplendor durante el Caynac Tardío. Además, los tipos Izalco Usulután solo bajan en frecuencia hasta que inicia la fase Xocco (400-600 d.C.). Otro argumento que sostiene la continuidad entre el Preclásico y el Clásico desde la perspectiva de la cerámica, reside en que todos los grupos introducidos en Vec (200-400 d.C) se desarrollan a partir de tradiciones previas, lo cual indica que las profundas tradiciones cerámicas del occidente de El Salvador perduraron a pesar del abandono de algunos grupos arquitectónicos hacia el 250 d.C.

Por otro lado, si aceptamos los fechamientos cronométricos que indican que la erupción de Ilopango ocurrió más bien hacia mediados del s. VI, esto quiere decir que en el valle de Zapotitán el repoblamiento habría ocurrido en un período menor a 100 años. Además:

The Zapotitan Basin Late Classic ceramic assemblage is not only derivable from the general Salvadoran pre-Ilopango tradition, but it appears to be a local, somewhat reduced, variant of the Classic period Xocco and Payu complexes as defined at Chalchuapa.³⁴

³¹ Robert Sharer, *The prehistory of Chalchuapa, El Salvador*.

³² Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics.»

³³ Arthur Demarest, «Political Evolution in the Maya Borderlands: The Salvadoran Frontier» (The Southeast Classic Maya Zone: A Symposium at Dumbarton Oaks, 1998), 346.

³⁴ Demarest, «Political Evolution in the Maya Borderlands: The Salvadoran Frontier,» 362

Como se señala en la cita anterior, la tradición de cerámica polícroma del Clásico tardío no es enteramente nueva, si se considera la lenta, pero congruente secuencia de innovaciones en el estilo de la cerámica del occidente de El Salvador. Al respecto es interesante notar las innovaciones en forma y tecnología reportadas en la cerámica asociada a un entierro fechado para el período Clásico temprano, depositado inmediatamente arriba de una estructura con arquitectura talud-cornisa en el grupo arquitectónico Tazumal.³⁵ La cerámica reportada incluye dos cuencos trípodas de pared gruesa con un par de asas verticales sublabiales. Su decoración incluye pintura roja zonal sobre fondo crema. La pintura roja consiste en líneas verticales y diagonales aplicadas con pincel en el interior y bandas circunferenciales en el exterior. Estos patrones decorativos marcan una fase poco conocida de la innovación de los patrones decorativos de la cerámica del occidente de El Salvador, y de alguna manera prefiguran la evolución hacia tipos polícromos más complejos que aparecen con el advenimiento del Clásico maya en todo el sureste mesoamericano.

Nueva evidencia de la ocupación humana en las tierras altas del occidente de El Salvador

La acrópolis de Los Tablones nos brinda la posibilidad de explorar nuevas interro-

gantes relacionadas con la permanencia de grupos humanos en la Sierra de Apaneca. Las investigaciones en el grupo Los Tablones, Ataco, que incluyen recolección superficial, reconocimientos, mapeo y registros orales sobre hallazgos fortuitos en sus alrededores, todavía son muy limitadas para entender la complejidad de dicho asentamiento, sin embargo nos permiten hacer ciertas consideraciones sobre las ocupaciones humanas de al menos dos grupos arquitectónicos prehispánicos localizados en Ataco. El grupo Cementerio fue construido durante el período Preclásico tardío, y su importancia regional se deriva del hallazgo de monumentos tallados que surgen en el marco del desarrollo de los primeros Estados arcaicos del sureste de Mesoamérica. El abandono del grupo Ataco Cementerio habría ocurrido antes de la caída de la ceniza volcánica de Ilopango. El grupo Los Tablones exhibe un cambio de patrón constructivo y de asentamiento, con un patrón de estilo acrópolis. Las excavaciones registran estratos que contienen manchas de ceniza blanca dentro del relleno del montículo 1,³⁶ lo que indica que esos esfuerzos constructivos se llevaron a cabo después de la erupción de Ilopango (TBJ). Esta secuencia constructiva, junto a los estudios cerámicos preliminares, nos hablan de una secuencia de ocupación prolongada, cuyos episodios de interrupción habrá que estudiar con más atención.

³⁵ Noboyuki Ito, *Informe final de las investigaciones arqueológicas en Tazumal, 2004-2008*. Informe inédito en archivos (El Salvador: Secretaría de Cultura, 2009), 16-18.

³⁶ Roberto Gallardo, comunicación personal.

El depósito del montículo 2 del grupo Ataco Cementerio: veneración tardía de una tradición monumental del Preclásico

Tal como ha sido reportado en trabajos previos,³⁷ el depósito del montículo 2 del sitio arqueológico Ataco Cementerio constituye un hallazgo de indiscutible importancia para la arqueología del suroeste mesoamericano. El depósito fue localizado de manera fortuita por trabajadores municipales de la Alcaldía de Concepción de Ataco en algún momento anterior al año 2006, fecha en que tal hallazgo fue de conocimiento del equipo de arqueólogos profesionales. Dicho depósito contenía 12 monumentos de piedra, entre ellos el fragmento inferior de una estela tallada en la tradición de los gobernantes del período Preclásico tardío, tres monumentos tallados en bulto de la tradición Cabeza de Jaguar, un fragmento de columna basáltica, un altar con depresiones cóncavas y rostro antropomorfo, un altar cuadrangular, un zoomorfo tallado sobre una espiga vertical y otros fragmentos de monumentos misceláneos asociados. Dicho hallazgo se localizó en la esquina suroeste del montículo 2 del Grupo Ataco Cementerio. Las excavaciones controladas efectuadas por el Proyecto Arqueológico Ataco dirigido por el autor, entre los años 2009-2011, revelaron que dicho depósito estuvo asociado

al Rasgo 8 (R8), un elemento constructivo elaborado con piedras lajas de aproximadamente 40 c.m. de altura dispuestas de forma vertical formando una recámara de 2 m. de extensión y 40 c.m. de ancho. Dicho rasgo estaba parcialmente cubierto por residuos de ceniza blanca. A pesar de que el R8 no contenía restos óseos, ni ofrendas en su interior, sus dimensiones y técnica constructiva evocan un depósito mortuario. Sumado a esto, las excavaciones controladas localizaron al norte del R8 los restos desarticulados de un cánido, incluyendo cráneo y restos fragmentados de sus extremidades. El hecho de que dicho rasgo estuviera vacío nos alertó de una posible visita en tiempos antiguos del depósito del montículo 2. Tales observaciones fueron confirmadas mediante un análisis de suelos del depósito mediante Fluorescencia de Rayos X (XRF);³⁸ dicho análisis determinó que la ceniza blanca sobre R8 era un depósito secundario de ceniza del volcán de Ilopango (TBJ). Adicionalmente, una fecha de radiocarbono del mismo contexto arroja 1030 ± 36 CE. De manera complementaria, se realizaron dos fechamientos de cerámica del depósito del montículo 2, provenientes del Rasgo 9 (R9), un depósito de cerámica fragmentaria consistente de incensarios efigie e incensarios espigados que yacían inmediatamente bajo una capa irregular de ceniza blanca (TBJ), localizados en

³⁷ Paredes Umaña y Escamilla, «El Estilo Izapa,» 1196; Paredes Umaña, «Local Symbols and Regional Dynamics,» 152.

³⁸ Hector Neff, Barbara Voorhies y Federico Paredes Umaña, «Handheld XRF elemental analysis of archaeological sediments: some examples from Mesoamerica,» *Studies in Archaeological Sciences. Handheld XRF for Art and Archaeology* (Leuven University Press, 2012): 379.

la esquina suroeste de la unidad 30. Las fechas de estos materiales, por la técnica de termoluminiscencia, arrojan las fechas de 974 y 982 d.C.

Implicaciones de la evidencia de Ataco para una nueva historia de los asentamientos humanos en la sierra de Apaneca

A partir de la evidencia discutida arriba, se puede concluir que el depósito de monumentos del período Preclásico habría sido visitado por última vez hacia el final del período Clásico tardío e inicios del período Postclásico temprano. La cerámica ceremonial consistente en incensarios efígie de forma bicónica y cuencos espigados bajo una capa de TBJ depositada probablemente por acción antrópica son evidencia adicional de la acción del ser humano en la cordillera de Apaneca hacia el fin del período Clásico. Esta evidencia además indica que dicha veneración fue casi sin duda una acción concertada y efectuada de manera colectiva. Por ahora no nos proponemos abundar en las derivaciones simbólicas que esta evidencia nos presenta, sin embargo, la visita y veneración de un depósito de monumentos antiguos no es desconocida en la arqueología mesoamericana, y la misma resulta de relevancia para testimoniar la conexión, ya sea real o simbólica, que los visitantes del depósito se propusieron afirmar con sus acciones. La naturaleza del rito de visita a un depósito

de monumentos y probablemente de entierros se puede analizar desde la perspectiva de la creación de lugares de memoria,³⁹ lo que resulta vital para escribir una nueva historia de los asentamientos humanos en la cordillera de Apaneca antes de la llegada de los colonizadores europeos.

Conclusiones

En contraposición al enfoque paleoambiental, la evidencia arqueológica indica que existieron asentamientos permanentes después de la erupción de Ilopango en las tierras altas del occidente de El Salvador.

El Preclásico tardío (*ca* 250 AC-250 DC) en la Sierra de Apaneca

La evidencia en el grupo Ataco Cementerio nos permite incluir este asentamiento entre los desarrollos del sureste de Mesoamérica que incluyen el surgimiento de los primeros estados arcaicos, los cuales se caracterizan por el uso de calendarios, el desarrollo de escritura jeroglífica, la tradición de retratar al gobernante local en estelas, el uso de estelas lisas y altares en plazas públicas y la edificación de centros cívico-ceremoniales. La evidencia en Ataco complementa nuestro conocimiento sobre los asentamientos tempranos en la cordillera y pone de manifiesto las jerarquías de los centros políticos de la misma. En contraste con el asentamiento registrado en el sitio contemporáneo de Santa Leticia que se localiza a solo 12 km al este de Ataco, el grupo Ataco Cementerio

³⁹ Pierre Nora, *Les lieux de mémoire* (Francia: Gallimard, 1984–1992).

posee las características de un sitio de importancia regional. Este período está bien representado en los registros paleobotánicos de Dull como un período de agricultura intensiva.

La caída de la TBJ (*ca.* 530 DC) y el Clásico tardío (*ca.* 600-900 DC)

La fecha de la erupción de Ilopango es aún problemática, sin embargo cada vez hay más esfuerzos y más investigadores empeñados en aportar datos que nos permitan fecharla de manera definitiva. En años recientes ha ganado fuerza la idea de que la erupción habría ocurrido durante el siglo VI, es decir, a mediados del período Clásico. Esto habría desestabilizado la región alta del occidente de El Salvador, así como otras del occidente y la región central, sin embargo hemos presentado evidencia que permite suponer que los efectos nocivos de la erupción no impidieron el establecimiento de un nuevo asentamiento permanente en Los Tablones durante el Clásico tardío. La evidencia paleobotánica presentada por Robert Dull muestra que después de la erupción de Ilopango, la agricultura intensiva alrededor de la Laguna Verde (localizada a unos 30 km de la Acrópolis de Los Tablones) habría descendido, sin embargo en su artículo de 2004, Dull localiza la erupción de Ilopango en el siglo V y no en el VI, como sus trabajos más recientes sugieren. En todo caso, los datos paleobotánicos que sugieren el abandono de cultivos intensivos en toda la cordillera deben ser reinterpretados. A partir de los nuevos datos arqueológicos podemos sugerir que

después de la erupción de Ilopango, los cultivos se movieron de los alrededores de la Laguna Verde unos 30 km hacia el oeste y deberían haber estado localizados en la zona de Ataco.

El Posclásico (*ca.* 900 DC- 1524). La arqueología del período Postclásico es poco conocida en la sierra de Apaneca, sin embargo los documentos históricos y la toponimia local son elementos documentales relevantes para afirmar la presencia de asentamientos humanos en la zona en tiempos inmediatamente previos al contacto con los colonizadores europeos. Esta evidencia en conjunto es la base para una revisión de la tesis del despoblamiento del las zonas altas del occidente de El Salvador después de la erupción de Ilopango.

La evidencia paleoambiental de Dull es sin duda correcta, no así sus interpretaciones. Es muy posible que la evidencia de los depósitos de la Laguna Verde en las cercanías del poblado de Apaneca resulte en indicadores negativos para el cultivo de maíz, y que por otro lado resulte en indicadores positivos de crecimiento de especies silvestres no cultivables y la erosión de los suelos en tiempos posteriores al evento volcánico de Ilopango, sin embargo esta evidencia habla de cultivos en o cerca de dicha laguna y nada nos dice de los cientos de kilómetros cuadrados que abarca la región alta. La evidencia paleoambiental resulta, pues, insuficiente para explicar el despoblamiento de toda la cadena montañosa del occidente de El Salvador. Esta tesis es refutada por la evidencia arqueológica de Ataco.

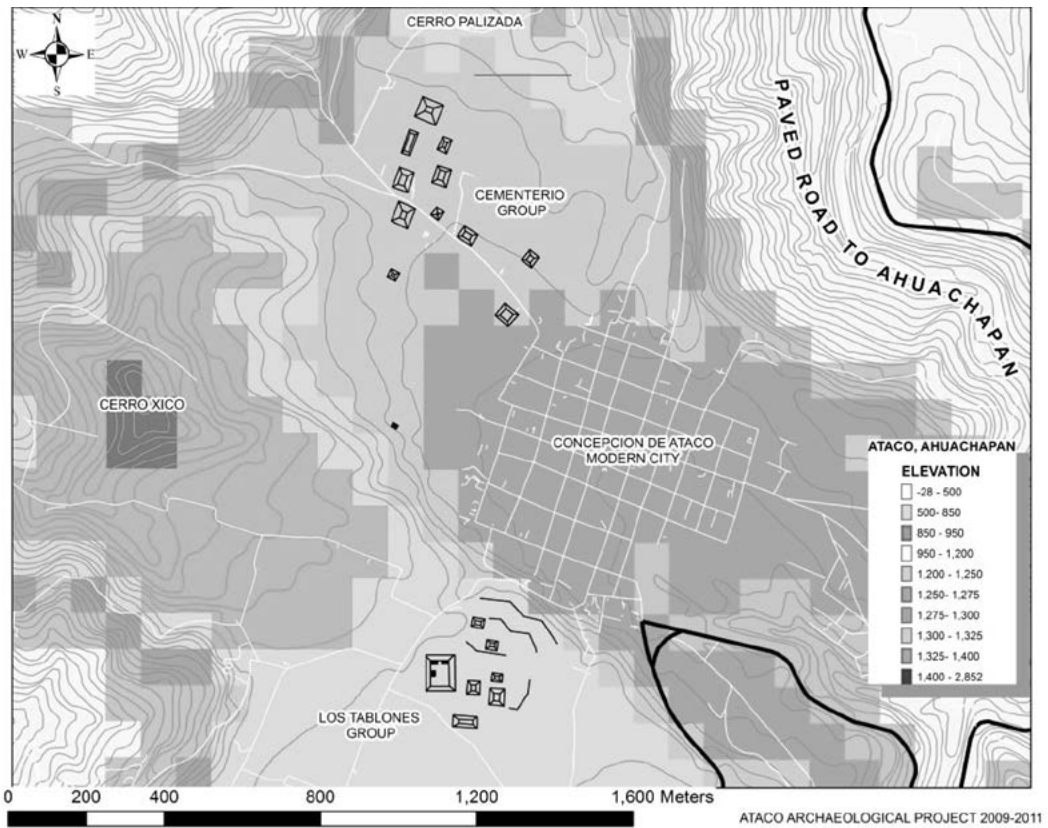


Figura 1. Plano general grupos Ataco Cementerio (Preclásico tardío); grupo Los Tablones (Clásico tardío) y ciudad moderna Concepción de Ataco.



Figura 2. Plano general con lagunas y sitios discutidos en el texto.

Avances de investigación





Nahua-pipiles: aproximaciones simbólicas del paisaje Posclásico en la Costa del Bálsamo, El Salvador

MARLON V. ESCAMILLA

Universidad Tecnológica de El Salvador
Vanderbilt University

Resumen

Las migraciones nahua-pipiles, suscitadas durante el período Postclásico (850-1524 d.C.), constituyen un fenómeno social complejo en las dinámicas culturales de los diferentes asentamientos de la costa Pacífica centroamericana. Para el período de la Conquista (1524), los grupos nahua-pipiles se encontraban localizados en el sureste de la costa Pacífica centroamericana, sureste de las tierras altas de Guatemala y, específicamente, en la parte central y oeste de El Salvador.

El presente artículo analiza, desde la arqueología del paisaje, los recientes descubrimientos de sitios arqueológicos posclásicos registrados en la costa del Bálsamo, interpretándola como el lugar idóneo para el desarrollo de apropiaciones del paisaje en términos defensivos y simbólicos, como parte de un proceso de emulación para conservar prácticas culturales identitarias.

Palabras claves: nahua-pipil, Posclásico, arqueología del paisaje, Costa del Bálsamo, paisajes rituales

Abstract

Nahua-Pipil migrations constitute a complex social phenomenon in the cultural dynamics of the different settlements into the Pacific coast of Central America during Postclassic period (850-1524 AD). During Conquest period (1524), nahua-pipil groups were located in the southeast of the Central Pacific coast, south of the highlands of Guatemala and specifically in the central and western areas of El Salvador.

In this article, recent discoveries of Postclassic archaeological sites registered in Balsam Coast are analyzed from a landscape archeology perspective, portraying this area as an ideal place for the development of defensive and symbolic landscape appropriations as part of a process of emulation in order to preserve cultural identity practices.

Keywords: Nahua-Pipil, Postclassic, archeology of landscape, Balsamo Coast, ritual landscapes.

Introducción

Las migraciones nahua-pipiles suscitadas durante el período Posclásico (850-1534) continúan planteando diferentes interrogantes relacionadas, por un lado, con las razones que motivaron a estos grupos a migrar y, por otro lado, aspectos culturales relacionados con la forma y el proceso de este movimiento. William Fowler¹ plantea que dichas migraciones constituyen una serie de oleadas migratorias complejas, las cuales involucraron el movimiento de grupos culturales desde el altiplano mexicano hasta la costa pacífica centroamericana. Otros investigadores plantean que el proceso cultural de la presencia nahua-pipil no fue producto de movimientos migratorios o complejas oleadas.² Asimismo, se argumenta la posible existencia de enclaves estratégicos en el paisaje cultural, los cuales permitieron el desarrollo de dinámicas culturales locales. En el caso específico de El Salvador, los grupos nahua-pipiles se asentaron mayoritariamente en la parte central y occidental del país. Recientes investigaciones³ desarrolladas en el área de la cordillera del Bálsamo han permitido documentar una concentración considerable de asentamientos posclásicos en dicha área. Aunque existen evidencias tanto lingüísticas como históricas y arqueológicas que indican una fuerte migración pipil durante el Posclásico temprano (850-1200 d.C.), es difícil establecer una fecha exacta de la llegada de los grupos nahua-pipiles a Centroamérica. Sin embargo, según los registros históricos, para el período de la Conquista (1524), los grupos nahua-pipiles se encontraban localizados en el sureste de la costa Pacífica centroamericana, sureste de las tierras altas de Guatemala y, específicamente, en la parte central y oeste de El Salvador.

Diferentes investigadores a lo largo del tiempo han debatido la afiliación cultural de estos grupos migrantes, la localización de sus asentamientos y las características geomorfológicas del paisaje elegido por ellos.⁴ Sin embargo, las evidencias recolectadas hasta la fecha indi-

¹ William Fowler, *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central America* (Norman: University of Oklahoma Press, 1989).

² Cynthia Kristan-Graham y J. Kowalsky, «Chichén Itzá, Tula and Tollan. Changing perspectives on a recurring problem in mesoamerican archaeology in art history,» en *Twin Tollans. Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, eds. Jeff Kowalsky y C. Kristan-Graham (Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2011).

³ Marlon Escamilla, «La Costa del Bálsamo durante el Postclásico temprano (900-1200 d.C.): una aproximación al paisaje cultural nahua-pipil,» *La Universidad* 14-15 (2011): 67-89; Miriam Méndez, «Vida entre montañas,» *El Salvador Investiga* 9 (2007): 35-39.

⁴ Paul Amaroli, *En la búsqueda de Cuscatlán: un proyecto etnohistórico y arqueológico*. Documento inédito (San Salvador: Patronato Pro Patrimonio Cultural, 1986); Paul Amaroli, «Linderos y geografía económica de Cuscatlán, provincial pipil del territorio de El Salvador,» *Mesoamerica* 21 (1992); Carlos Batres, «Tracing the “enigmatic” late postclassic nahua-pipil (A.D. 1200-1500) archaeological study of Guatemalan south Pacific Coast» (MA diss., Southern Illinois University Carbondale, 2009); Frederick Bove, «The Archaeology of Late Postclassic Settlements on the Guatemala Pacific Coast,» en *Incidents of archaeology in Central America and Yucatan: essays in honor of Edwin M. Shook*, eds. Michael Love et al. (Lanham: University Press of America, 2002); Karen Bruhns, *Cihuatán: An Early Postclassic Town of El Salvador. The 1977-1978 excavations*. University of Missouri Monographs in Anthropology n.º 5 (Columbia: Department of Anthropology, University of

can que, durante el Posclásico temprano (850-1200 d.C.), los asentamientos pipiles estaban distribuidos por todo el centro y oeste de El Salvador, lo cual probablemente podría indicar que la presencia de grupos nahua-pipiles en territorio salvadoreño se remonte hacia finales del Epiclásico (600-850 d.C.). Dentro de las principales características de estos asentamientos destacan dos: su ubicación en la parte alta de los cerros y la arquitectura amurallada, las cuales reflejan consideraciones defensivas.⁵ Sin embargo, las razones por las cuales los grupos nahua-pipiles adoptaron esta particular geomorfología defensiva aún son ambiguas.

Particularmente importante para el presente estudio es lograr determinar cuáles fueron los motivos socioculturales que originaron la adopción, apropiación y transformación del particular paisaje de la cordillera del Bálsamo. Aunque en el pasado se han desarrollado registros esporádicos de sitios arqueológicos en dicha cordillera, la implantación de un reconocimiento arqueológico sistemático en la zona es fundamental

para entender la situación sociopolítica que emergió a raíz de la presencia de grupos nahua-pipiles. Es por ello que desde el 2010 hasta la fecha, el Proyecto Arqueológico Cordillera del Bálsamo (PACB) ha implementado un reconocimiento arqueológico sistemático en la cordillera con la finalidad de identificar, registrar y documentar sitios arqueológicos posclásicos asociados a grupos nahua-pipiles, con el objetivo de obtener y analizar datos que permitan desarrollar una perspectiva de los diferentes procesos culturales de apropiación y transformación del paisaje cultural ocurridos durante el período Posclásico.

La Costa del Bálsamo y su paisaje cultural

El paisaje cultural protagonizó un papel determinante en los asentamientos establecidos en la cordillera del Bálsamo durante el período Posclásico. Dicha cordillera se ubica en el sector suroeste del actual territorio salvadoreño y conforma una espectacular barrera natural que interactúa con el

Missouri, 1980); Karen Bruhns, «The Role of Commercial Agriculture in Early Postclassic Developments in Central El Salvador: The Rise and Fall of Cihuatán,» en *The Southeast Maya Periphery*, eds. Patricia Urban et al. (Austin: University of Texas Press, 1986); Karen Bruhns y Paul Amaroli, «Yacatecuhli in El Salvador,» *Mexicon* 31 (2009); Oswaldo Chinchilla, «Settlement Patterns and Monumental Art at a Major Pre-columbian Polity: Cotzumalguapa, Guatemala» (PhD diss., Vanderbilt University, 1996); Oswaldo Chinchilla, «Pipiles y cakchiqueles en Cotzumalguapa: la evidencia etnohistórica y arqueológica,» *Anales de la Sociedad de Geografía de Historia de Guatemala* 73 (1998); William Fowler, «The Pipil-Nicarao of Central America,» (PhD diss., University of Calgary, 1981); William Fowler, «La distribución prehistórica e histórica de los pipiles,» *Mesoamerica* 6 (1983); William Fowler, «Ethnohistoric Sources on the Pipil-Nicarao of Central America: A Critical Analysis,» *Ethnohistory* 32 (1985); William Fowler, *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilization*; William Fowler, «The pipil of Pacific Guatemala and El Salvador,» en *New Frontiers in the archaeology of the Pacific Coast of Southern Mesoamerica*, eds. Frederick Bove et al. (Tempe: Arizona State University, 1989); William Fowler, *Caluco: historia y arqueología de un pueblo pipil en el siglo XVI* (San Salvador: Patronato Patrimonio Cultural, 1995).

⁵ Fowler, *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilization*.

océano Pacífico y los valles internos (fig. 1). Una de sus principales características geomorfológicas son las impresionantes *lengüetas* presentes en el sector sur de la cordillera. Dicha área es denominada como *Costa del Bálsamo*, y es en este sector específico en el cual se enfoca el análisis del presente artículo. Dichas lengüetas descienden desde una altura aproximada de 1.500 msnm hasta el nivel del mar, formando crestas con angostas planicies, extraordinarios riscos y angostos valles. Este particular paisaje fue el mismo que cautivó a diferentes grupos culturales, viajeros e investigadores en el pasado.

Ephraim Squier, en su visita que realiza por Centroamérica durante el año de 1853, describe la costa del Bálsamo como una zona en la cual los indígenas se encontraban casi totalmente aislados, permitiendo la conservación de su lengua nativa, el antiguo náhuat o mexicano, sus costumbres y sus antiguos rituales. Squier puntualiza que la conservación de estas tradiciones culturales es el producto del difícil acceso a la zona y de la hostilidad de los indígenas. Por lo general, menciona Squier, estos asentamientos se encuentran ubicados en las par-

tes altas de los cerros, los cuales se localizan paralelos bajando hacia la costa.

Actualmente, la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Cultura de la Presidencia (SEC) cuenta con un inventario aproximado de más de treinta sitios arqueológicos registrados en la Cordillera del Bálsamo. Aunque se han desarrollado importantes proyectos de investigación arqueológica en el pasado, abarcando algunos sectores puntuales de la cordillera, esta aún constituye una zona poco explorada.⁶ En base a lo anterior, la costa del Bálsamo, hasta cierto punto, puede ser considerada como una zona prístina para la investigación arqueológica, potencializando la ubicación de sitios arqueológicos no registrados.⁷

Fowler, durante la temporada de 1988, dirigió el Proyecto Izalco, el cual planteaba dentro de sus objetivos y metas la ubicación y el registro de sitios arqueológicos pipiles de los períodos Posclásico y colonial en la región de los Izalcos y la costa del Bálsamo.⁸ En total visitaron 41 sitios arqueológicos, 26 de los cuales fueron registrados por primera vez; el resto fueron sitios ya registrados, los cuales se revisitaron actualizando datos. Uno de los sitios relevantes descrito a raíz

⁶ William Fowler, Paul Amaroli y Bárbara Arroyo, «Informe preliminar del Proyecto Izalco: Temporada de 1988,» Informe inédito (San Salvador: Administración del Patrimonio Cultural, 1989); Marlon Escamilla, «Informe Arqueológico de los petrograbados del sitio Piedra Herrada, Comasagua,» Informe inédito (San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, CONCULTURA, 1999); Escamilla, «La Costa del Bálsamo durante el Postclásico temprano (900-1200 d.C.): una aproximación al paisaje cultural nahua-pipil:» 67-89; Zachery Revene y Karen Bruhns, «Nicoya polichrom statue found in El Salvador,» *Mexicon* XXIX (2007): 102-103; Méndez, «Vida entre montañas:» 35-39; Conard Hamilton, «Intrasite variation among household assemblages at Ciudad Vieja, El Salvador» (PhD diss., Tulane University, 2009).

⁷ De las investigaciones mencionadas, y en base al interés temático del autor, destacan el Proyecto Izalco, dirigido por William R. Fowler; la investigación de tesis doctoral de Conard Hamilton, la cual incluyó el registro y mapeo del sitio Zinacantan, y el Reconocimiento Arqueológico en la Cooperativa San Isidro, dirigido por Miriam Méndez.

⁸ Fowler, Amaroli y Arroyo, «Informe preliminar.»

de este proyecto es el sitio Cerro de Ulatá, ubicado en el municipio de Teotepeque, departamento de La Libertad. Aunque este sitio fue registrado por Jorge Lardé⁹ y mencionado por Longyear,¹⁰ es hasta la visita que realizan los investigadores del Proyecto Izalco cuando se desarrolla por primera vez una descripción detallada del sitio. En el informe preliminar del Proyecto Izalco, los autores destacan el difícil acceso al sitio y su alto grado de depredación. La interpretación del sitio Cerro de Ulatá, como un asentamiento del complejo Guazapa, se basa en la similitud en el patrón de asentamiento, la arquitectura y la cerámica con el sitio Cihuatán, por lo cual se considera que ambos sitios son contemporáneos. Asimismo, se registró un tiesto de un incensario del tipo Las Lajas Burdo espigado descrito en Cihuatán. Fowler concluye que los sitios del Posclásico temprano muestran una tendencia a estar ubicados en lugares altos, como en la cima de cerros, probablemente asociado a una estrategia eminentemente de defensa.¹¹

Desde el año 2010, se funda el Proyecto Arqueológico Cordillera del Bálsamo (PACB), el cual ha permitido la identificación y el registro de sitios arqueológicos de filiación nahua-pipil del Posclásico temprano (850-1200 d.C.) en la zona geográfica de la Costa del Bálsamo. En su mayoría, estos

sitios prehispánicos son pequeños asentamientos que muestran una arquitectura y un patrón de asentamiento estratégicamente defensivos, conformado por montículos bajos, pequeñas plazuelas, plataformas y posibles puestos de vigilancia. Aunque la investigación arqueológica en estos sitios es mínima aún, se puede inferir que el uso de estos espacios pudo estar asociado a contextos domésticos, cívico-ceremoniales y de control.¹² Referente a la geomorfología, estos sitios se encuentran ubicados en las angostas planicies de las partes altas de las crestas o lengüetas, optimizando al máximo el control visual del paisaje a través de la altura, la planicie y lo angosto del espacio.

El Posclásico y su complejo Guazapa

El complejo cerámico Guazapa, del Posclásico temprano, definido por Fowler¹³ en su tesis doctoral, se basó en el análisis de materiales culturales provenientes de las investigaciones arqueológicas de los sitios Cihuatán y Santa María, ubicados al noroeste del territorio salvadoreño. Sin embargo, durante las últimas dos décadas se han llevado a cabo algunas investigaciones, las cuales indican que el complejo Guazapa no se limita al valle de El Paraíso. Actualmente, el término *complejo Guazapa* se utiliza para referirse al Posclásico tem-

⁹ Jorge Lardé, «Índice provisional de los lugares del territorio salvadoreño en donde se encuentran ruinas y otros objetos de interés arqueológico», *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1 (1926): 281-286.

¹⁰ John Longyear, «Archaeological investigations in El Salvador», *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 9 (1944).

¹¹ Fowler, «The Pipil-Nicarao»; Fowler, Amaroli y Arroyo, «Informe preliminar.»

¹² Escamilla, «La Costa del Bálsamo»: 67-89.

¹³ Fowler, «The Pipil-Nicarao.»

prano, dentro del cual destacan sitios de la zona central y occidental de El Salvador, tales como Igualtepeque, Chalchuapa, isla El Cajete, Las Marías, Carranza, Tacuscalco, Cerro de Ulata, Jicalapa, El Panteoncito y Miramar, entre otros. El complejo cerámico Guazapa se definió en base a un análisis tipo-variedad modificado, analizando una muestra de más de 28.000 tiestos. Dicho complejo está conformado tipológicamente por los grupos cerámicos: Las Lajas Burdo, Tamulasco Sencillo, García Rojo, Zancudo Policromo sobre Blanco, Jején Policromo sobre Rojo, Tamoá Bayo, Tohil Plumbate y Nicoya Polícromo.¹⁴

En resumen, Fowler¹⁵ considera que el complejo cerámico Guazapa enfatiza muchos aspectos estilísticos, reproduciendo tanto los modos decorativos como las características tecnológicas y morfológicas del complejo Tollan de Tula.¹⁶ Como ejemplo de este vínculo, destaca la estrecha similitud de los braseros Las Lajas Burdo biconico espigado semejantes a los encontrados en Tula.¹⁷ Por otra parte, es necesario destacar que los dos principales grupos

cerámicos policromos, Zancudo Policromo sobre Blanco y Jején Policromo sobre Rojo, parecen no tener correspondencia paralela con el material cerámico publicado del área del valle de México.¹⁸ Probablemente, esta ausencia de correspondencia directa para los grupos cerámicos policromos antes mencionados podría estar relacionado con dos situaciones: una, que las similitudes más cercanas con ambos grupos cerámicos policromos del complejo Guazapa podrían estar ubicadas en otra región nahua del territorio mexicano, por ejemplo, el sur de Puebla o la costa del golfo, en Veracruz y Tabasco, o el sur de Guerrero; y la otra posibilidad es que ambos grupos cerámicos sean productos del desarrollo local y dinámicas particulares de la región del sur de Mesoamérica.¹⁹

El patrón de asentamiento que presentan la mayoría de los sitios del complejo Guazapa, descrita por Fowler,²⁰ para el Posclásico temprano, muestra una tendencia a estar ubicados en lugares altos como en la cima de lomas, cerros o islas probablemente asociado a una estrategia eminentemente de

¹⁴ William Fowler, «El complejo Guazapa en El Salvador: La diáspora tolteca y las migraciones pipiles,» *La Universidad* 14-15 (2011): 17-66.

¹⁵ Fowler, «El complejo Guazapa en El Salvador,» 35.

¹⁶ Robert Cobean, *La cerámica de Tula, Hidalgo* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990); Robert Cobean y Alba Mastache, «The Late Classic and Early Postclassic Chronology of the Tula Región,» en *Tula of the Toltecs: Excavations and Survey*, ed. Dan Healan (Iowa City: University of Iowa Press, 1989), 34-46.

¹⁷ Jorge Acosta, «Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca,» *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 14 (1956-57): 75-110; Cobean, *La cerámica*; Richard Diehl, *Tula: The Toltec capital of ancient Mexico* (Londres: Thames & Hudson, 1983); Stanley Boggs, *Figurillas con ruedas de Cihuatán y el oriente de El Salvador* (San Salvador: Ministerio de Educación, 1972); Fowler, «The Pipil-Nicarao.»

¹⁸ Robert Cobean, *La cerámica*; Cobean y Mastache, «The Late Classic.»

¹⁹ Fowler, «El complejo Guazapa,» 17-66.

²⁰ Fowler, «El complejo Guazapa,» 17-66.

defensa y resguardo, con el objetivo de controlar su accesibilidad. Por lo general, estos asentamientos presentan dos características relevantes: una ubicación estratégicamente defensiva y una arquitectura con rasgos defensivos y militaristas. Probablemente estas características defensivas eran aprovechadas por los grupos nahua-pipiles a través de procesos de apropiación del paisaje natural de ciertos rasgos geomorfológicos, construyéndolos y transformándolos en paisajes culturales.

En base a lo anterior, se podría considerar que el complejo cerámico Guazapa constituye la evidencia material de correlaciones arqueológicas que estarían estrechamente vinculadas a movimientos migratorios de los grupos nahua-pipiles durante el Posclásico. El complejo Guazapa en territorio salvadoreño es el reflejo de materiales culturales con influencia foránea asociada a la construcción de una memoria colectiva y mítica de su lugar de origen, conformando una sólida conciencia de grupo étnico durante el Postclásico, lo cual generó relaciones problemáticas con los demás grupos étnicos.²¹

Reconocimiento arqueológico: revisitando y registrando sitios posclásicos en la Costa del Bálsamo

El Proyecto Migraciones Nahua-Pipiles del Postclásico en la Cordillera del Bálsamo,²² durante la temporada de campo

de 2012, se desarrolló en cuatro municipios: Teotepeque, Jicalapa, Chiltiupán y Tamanique, todos pertenecientes al departamento de La Libertad y ubicados en la costa del Bálsamo (fig. 2). El área de los cuatro municipios suma un total de 350 km² aproximadamente. En base al análisis de fotografías aéreas, de mapas cartográficos, de imágenes satelitales y de los antecedentes de investigaciones en la zona, se diseñó una estrategia metodológica que permitiera optimizar recursos y a la vez potencializar el registro de nuevos sitios en el área.

En base a lo anterior, la estrategia metodológica se dividió en dos programas: el primero, enfocado a visitar sitios arqueológicos previamente registrados con la finalidad de actualizar y obtener nuevos datos para su debido análisis; y el segundo en desarrollar reconocimientos pedestres a través de transeptos con el objetivo de registrar y documentar nuevos sitios arqueológicos en el área de estudio. En ambos programas participó un equipo de cinco estudiantes avanzados de la Licenciatura en Arqueología de la Universidad Tecnológica de El Salvador: Nancy Trujillo, Julián Tolentino, Maberick Caballero, Kathy García y David Messana, con el cual se desarrollaron las visitas de campo a sitios previamente registrados, el mapeo de sitios y estructuras no identificadas, la recolección superficial de artefactos y el análisis de los mismos.

²¹ Escamilla, «La Costa del Bálsamo»: 67-89.

²² Este proyecto ha sido financiado por una beca de investigación otorgada por la Universidad Tecnológica de El Salvador.

Revisitando sitios arqueológicos: incorporación de nuevos grupos de montículos e interpretación de manifestaciones gráfico rupestres

El programa de visitas a sitios arqueológicos previamente registrados se implementó luego de haber hecho un análisis de las fichas de registro y de la geomorfología de la zona en general. En total se visitaron 4 sitios: Cerro de Ulata, Letrero del Diablo, El Panteoncito y Zinacantan (fig. 2). En cada una de las visitas a los sitios se logró actualizar datos como el estado de conservación de cada sitio; asimismo, se aportó la identificación y la ubicación de nuevas estructuras, las cuales se georeferenciaron, lo que permitió realizar un nuevo plano de los sitios arqueológicos. A continuación, se presenta una breve descripción de cada uno de los sitios visitados.

Cerro de Ulata

El sitio arqueológico Cerro de Ulata se encuentra ubicado en el municipio de Teotepique, departamento de La Libertad, en terrenos parcelados de propiedad privada y a una altura de 410 msnm (fig. 2). El sitio fue registrado por Jorge Lardé²³ y mencionado por John Longyear;²⁴ sin embargo, el sitio es descrito y mapeado por primera vez por los investigadores del Proyecto Izalco, quienes lo interpretaron como un asentamiento de la fase Guazapa y contemporáneo

al sitio Cihuatán en base a su patrón de asentamiento y a su cerámica.²⁵

El sitio está conformado por al menos 25 montículos con una distribución espacial de las estructuras a lo largo de la bifurcación de una lengüeta en dos ejes orientados norte-sur. Dicha distribución está determinada por la topografía de la cresta de la lengüeta. El sitio se divide en dos grandes concentraciones de montículos, las cuales han sido denominadas como Grupo Este y Grupo Oeste. El Grupo Este fue identificado y mapeado por el Proyecto Izalco. Dicho grupo está conformado por al menos 11 montículos distribuidos sobre un eje norte-sur conformando pequeñas plazas.

En base a las diferentes visitas realizadas por el equipo del proyecto al sitio y al reconocimiento arqueológico sistemático implementado, se logró identificar una agrupación de montículos y pequeñas plazas, la cual se denominó como Grupo Oeste. Dicho grupo está conformado por al menos 14 montículos distribuidos sobre un eje norte-sur y conformando al menos 3 pequeñas plazas. Cada uno de los montículos de ambos grupos fueron georeferenciados, mapeados y analizados en GIS.

El sistema constructivo aparentemente está conformado por rocas volcánicas. No se logró identificar en superficie ningún tipo de repello. El terreno donde se ubica el sitio Cerro de Ulata actualmente se encuentra parcelado y tiene un uso agrícola con siembras de maíz, frijol y maicillo. Sin

²³ Lardé, «Índice provisional,» 281-286.

²⁴ Longyear, «Archaeological investigations».

²⁵ Fowler, Amaroli y Arroyo, «Informe preliminar.»

embargo, el Grupo Oeste presenta una pequeña concentración de construcciones habitacionales modernas. En términos de conservación, el sitio se encuentra relativamente bien conservado a excepción del Grupo Oeste, el cual presenta saqueos en algunos montículos.

Dentro de los materiales recolectados se logró identificar material lítico como puntas de flecha de obsidiana negra, fragmentos de manos y metates. Debido a que el sitio fue prospectado cuando el maíz y el frijol estaban crecidos se dificultó la recolección de material, sin embargo se logró identificar cerámica posclásica. En términos de distribución espacial, los antiguos pobladores aprovecharon al máximo el espacio de la bifurcación de la lengüeta, lo cual sin duda alguna muestra una apropiación del paisaje con características geomorfológicas, las cuales fueron aprovechadas en términos defensivos. Aunque el sitio no ha sido excavado aún, se puede considerar que Cerro de Ulatá tuvo un uso cívico-ceremonial en el cual se desarrollaban prácticas de control y/o vigilancia y muy probablemente asociado a prácticas ceremoniales.

Letrero del Diablo

El sitio arqueológico Letrero del Diablo se encuentra ubicado en el municipio de Jicalapa, departamento de La Libertad y a una altura de 140 msnm (fig. 2). El área

donde se encuentra ubicado el sitio está catalogada como área protegida por el Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales (MARN). El sitio fue registrado por Paul Amaroli en el año de 1986, según ficha de registro que existe actualmente en la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Cultura de la Presidencia (SEC).

El Letrero del Diablo es un sitio de arte rupestre, el cual está conformado por una concentración de manifestaciones gráfico-rupestres sobre un paredón rocoso con dimensiones de 50 m de largo por 8.5 m de alto. Los petrograbados se encuentran orientados al oeste abarcando un área de 10 m de largo y 2.7 de alto. En términos generales, los petrograbados presentan un estilo abstracto destacando en su mayoría figuras geométricas y en menor porcentaje figuras antropomorfas y zoomorfas. Sin embargo, el petrograbado más relevante es la representación estilizada de un Tlaloc, deidad asociada a la lluvia y el agua. Cabe destacar que el sitio se encuentra ubicado al costado este de la quebrada Iscacuyo o El Cacao. En términos de conservación, el sitio se encuentra en mal estado debido a que las incisiones de los petrograbados han sido pintadas con tiza y con pintura de aceite color rojo y blanco.²⁶

El petrograbado de Tlaloc constituye una representación importante para la interpretación del sitio. Probablemente en el sitio Letrero del Diablo se desarrollaron prácti-

²⁶ Como parte del Proyecto se realizó un levantamiento fotográfico de todos los petrograbados, así como un levantamiento digital en mosaico para obtener una imagen panorámica utilizando un GigaPan EPIC Pro. Dicho levantamiento fue hecho con el apoyo del Dr. Fabio E. Amador, oficial de programa de National Geographic Society.

cas rituales venerando a la deidad Tlaloc, las cuales estaban asociadas a la invocación del elemento agua. Estos rituales practicados durante el período Posclásico por grupos nahua-pipiles posiblemente fueron practicados con relativa frecuencia en las partes bajas de las lengüetas, donde se ubican ríos y quebradas de invierno, tomando en cuenta que la mayoría de los sitios del complejo Guazapa ubicados en la costa del Bálsamo se encuentran ubicados en la cresta de las lengüetas, es decir, lugares en los cuales se dificulta el acceso al agua.

El Panteoncito

El sitio arqueológico El Panteoncito se encuentra ubicado en el municipio de Tamanique, departamento de La Libertad, específicamente en los terrenos de la Cooperativa San Isidro. El sitio se localiza sobre la parte alta y en el sector norte de la Loma El Cabro a una altura de 610 msnm (fig. 2). El asentamiento se encuentra delimitado hacia el norte por la prolongación de la lengüeta y por el cantón y caserío San Isidro, al sur por la prolongación de la lengüeta. El Panteoncito se encuentra aproximadamente a 1.5 km al norte del sitio Miramar, sobre la misma lengüeta. El límite oeste está marcado por el final de la lengüeta, la cual descende de 610 msnm a 541 msnm, y el extremo este presenta una pequeña prolongación de la lengüeta, la cual posee un eje este-oeste y termina descendiendo de 610 msnm a 400 msnm.

El sitio fue registrado por Escamilla²⁷ y está conformado por 21 estructuras, las cuales se encuentran divididas en siete grupos de montículos. La distribución espacial de las estructuras se da a lo largo de la bifurcación de una lengüeta en dos ejes, un eje largo orientado norte-sur y un eje corto orientado este-oeste; ambos ejes forman una L invertida, la cual está determinada por la topografía de la lengüeta. El grupo A, ubicado en el límite norte, presenta tres montículos (M1-M3) distribuidos sobre una plataforma formando una plazuela. El grupo B, ubicado en el límite este, está compuesto por dos montículos (M13-M14) formando una plazuela. El grupo C se encuentra ubicado sobre el eje norte-sur y está conformado por tres montículos (M4-M6), los cuales forman una pequeña plaza. El grupo D, ubicado sobre el eje norte-sur, está compuesto por cuatro montículos (M7-M10) formando una plazuela. El grupo E, se encuentra ubicado sobre el eje norte-sur y está conformado por dos montículos construidos sobre una plataforma formando una pequeña plaza. Aproximadamente a 0.5 km al norte del grupo E, siempre sobre el eje norte-sur, se encuentran los grupos F y G. El grupo F está conformado por tres montículos (M15-M17) formando una pequeña plaza. Finalmente, el grupo G marca el límite sur del sitio y está compuesto por cuatro montículos (M18-M21) formando una pequeña plaza.

La anterior descripción espacial se realizó en base a los datos recolectados durante el reconocimiento arqueológico desarrollado

²⁷ Escamilla, «La Costa del Bálsamo»: 67-89.

por Escamilla en el año 2010.²⁸ Sin embargo, en base al reconocimiento arqueológico sistemático implementado por el equipo del proyecto, se logró identificar una nueva concentración de montículos y pequeñas plazas al extremo sur del sitio. Los nuevos datos recolectados en campo permitieron identificar todo un grupo de concentración de montículos, el cual fue denominado como Grupo Sur. El Grupo Sur está conformado por al menos 12 montículos distribuidos sobre un eje norte-sur sobre una planicie a 610 msnm y conformando al menos 3 pequeñas plazas. Cada uno de los montículos fueron georeferenciados, mapeados y analizados en GIS. En su mayoría, los montículos son bajos con alturas oscilando entre 0.5 m y 1.5 m. El sistema constructivo aparentemente está conformado por rocas volcánicas. No se logró identificar en superficie ningún tipo de repello. Debido a que el terreno donde se ubica el sitio El Panteoncito le pertenece a la Cooperativa San Isidro, el uso de la tierra actualmente es agrícola con siembras de maíz y frijol y maicillo. En términos de conservación, el sitio se encuentra relativamente bien conservado. Dentro de los materiales recolectados se logró identificar material lítico como puntas de flecha de obsidiana negra, fragmentos de manos y metates. Acerca de la cerámica se logró identificar algunos tiestos del tipo cerámico Las Lajas.

En total, sumando los Grupos Norte y Sur, el sitio El Panteoncito está conformado por 29 montículos. En términos de distri-

bución espacial, es impresionante como los antiguos pobladores aprovecharon al máximo la cresta de la lengüeta y el angosto espacio de la misma. Algunos trayectos de la lengüeta no superan los 20 m en su eje este-oeste. Probablemente El Panteoncito fungió como un sitio cívico-ceremonial en el cual se desarrollaban prácticas rituales ejerciendo control, vigilancia y poder político. Asimismo, es probable que el sitio fuese utilizado como área habitacional restringido para miembros de la élite, quienes controlaban diversas prácticas culturales, tales como prácticas religiosas asociadas a rituales, prácticas agrícolas y prácticas de control de comercio.

Zinacantan

El sitio arqueológico de Zinacantan se encuentra ubicado en el municipio de Tamanique, departamento de La Libertad, específicamente sobre la parte alta del cerro Pueblo Viejo a una altura de 460 msnm (fig. 2). El asentamiento se encuentra delimitado hacia el norte por la prolongación de la lengüeta y por el cantón y caserío Tarpeya; al sur por el cerro Redondo o Peñol de Zinacantan. El límite este está marcado por el final de la lengüeta, la cual descende de 460 msnm a 250 msnm hasta la Quebrada La Joyona o El Tacuacín; y el extremo oeste está marcado por el final de la lengüeta, que descende de 460 msnm a 250 msnm hasta la quebrada Pozo Hondo.

El sitio fue visitado y registrado por Fowler, Gallardo y Hamilton.²⁹ Durante

²⁸ Escamilla, «La Costa del Bálsamo»: 67-89.

²⁹ Hamilton, «Intrasite variation.»

el año 2001 y 2002 Zinacantan fue georeferenciado y mapeado con una estación total electrónica por Conard Hamilton. Hamilton³⁰ dividió a Zinacantan en tres sitios. El sitio 1 está conformado por 8 montículos distribuidos sobre la angosta lengüeta y formando al menos 2 pequeñas plazas. El sitio 2, ubicado al extremo sur de la lengüeta, está conformado por 7 montículos distribuidos formando al menos 3 pequeñas plazas y delimitados por una pared baja construida al contorno de la estrecha lengüeta. El sitio 3, ubicado al extremo norte, está conformado por 11 montículos formando al menos 2 plazas. En total, Zinacantan contiene al menos 26 montículos, constituyendo, junto a El Panteoncito, uno de los sitios con mayor número de estructuras registradas hasta el momento en la Cordillera del Bálamo. En base al análisis cerámico hecho por Hamilton, el sitio probablemente tenga ocupación posclásica tardía; sin embargo, no se puede descartar que Zinacantan sea un sitio que posea una ocupación permanente desde el Posclásico temprano hasta el tardío.

Registrando sitios arqueológicos: incorporación de asentamientos posclásicos y manifestaciones simbólicas rupestres

El segundo programa constituyó en un reconocimiento sistemático pedestre, el cual se desarrolló en la mayoría de los casos sobre la cresta de las lengüetas y en algunos casos puntuales sobre las pendientes y las

pequeñas planicies que se forman entre las lengüetas. El reconocimiento arqueológico se implementó en los municipios de Teotepeque, Jicalapa, Chilitupán y Tamanique (fig. 2), posterior a un análisis de fotos aéreas, imágenes satelitales, análisis cartográfico de la geomorfología del área de estudio y antecedentes de sitios registrados en la zona.

Como resultados directos del reconocimiento arqueológico desarrollado por el equipo del proyecto, destacan la identificación de 3 sitios nuevos de los cuales no se tenía registro previo a la ejecución del mismo. Los sitios arqueológicos fueron denominados como Caballito, Taxisio y El Letrero (fig. 2). Cada uno de los sitios fueron georeferenciados, mapeados y analizados a través del sistema GIS. A continuación se presenta una breve descripción de los sitios registrados.

Caballito

El sitio arqueológico Caballito se encuentra ubicado en el municipio de Teotepeque, departamento de La Libertad, específicamente sobre la parte alta de la Loma del Caballito a una altura de 500 msnm (fig. 2). El asentamiento se encuentra localizado en terrenos propiedad de la Cooperativa Chiquileca. Actualmente el sitio está delimitado hacia el norte por la prolongación de la lengüeta, al sur por la Loma Los Encuentros. El límite este está marcado por el río Mizata, donde la lengüeta descende

³⁰ Hamilton, «Intrasite variation.»

de 500 msnm a 150 msnm, y el extremo oeste está marcado por el final de la lengüeta, la cual desciende de 500 msnm a 259 msnm hasta la quebrada El Tambor. El sitio fue descubierto y registrado por el autor durante el desarrollo del proyecto. Durante varias visitas al sitio se logró georeferenciar cada uno de los montículos y mapear el sitio con brújula y cinta métrica. Asimismo, se realizó una recolección superficial sistemática de materiales culturales.

El sitio Caballito está conformado por 10 montículos distribuidos en dos concentraciones, las cuales se denominaron como Grupo Norte y Grupo Sur. El Grupo Norte está constituido por 4 montículos, los cuales conforman una pequeña plaza. El Grupo Sur está conformado por 6 montículos, los cuales están orientados sobre un eje noreste-suroeste y separado en grupos de 2 conformando al menos 3 pequeñas plazas. En el límite sur del sitio se logró identificar una pequeña área de superficie quemada formando terrones de aproximadamente del tamaño de un puño. Es difícil establecer si esta huella de quema esté asociada a prácticas desarrolladas en tiempos prehispánicos o se deba a prácticas agrícolas actuales. Lo anterior se logrará determinar solamente a través de un programa de excavaciones en el área.

El sistema constructivo aparentemente está conformado por rocas volcánicas. No se logró identificar en superficie ningún tipo de repello. Actualmente, el uso de la tierra es agrícola. Algunas parcelas se encuentran sembradas con maíz, frijol y maicillo; otras no presenta siembra alguna. En términos de

conservación, el sitio se encuentra relativamente bien conservado.

Dentro de los materiales recolectados se logró identificar cerámica asociada al complejo Guazapa, material lítico como puntas de flecha de obsidiana negra, fragmentos de manos y metates con una relativa abundancia. En términos de distribución espacial, el sitio fue construido sobre la bifurcación de una lengüeta, lo cual es interesante debido a que sitios como El Panteoncito y Cerro de Ulatá presentan el mismo patrón de asentamiento. Caballito se puede considerar como un sitio habitacional del complejo Guazapa en el cual probablemente se desarrollaban prácticas de control o vigilancia.

Texisio

El sitio arqueológico Taxisio se encuentra ubicado en el municipio de Teotepeque, departamento de La Libertad, específicamente sobre la parte alta de la lengüeta Taxisio a una altura de 281 msnm (fig. 2). El asentamiento se encuentra localizado en terrenos privados. Actualmente, el sitio está delimitado hacia el norte por la loma El Cerro, al sur por el final de la lengüeta. El límite este está marcado por la quebrada de Taxisio, donde la lengüeta desciende de 281 msnm a 50 msnm, y el extremo oeste está marcado por el final de la lengüeta, la cual desciende de 281 msnm a 29 msnm hasta el río Mizata.

El sitio fue descubierto y registrado por el autor durante el desarrollo del proyecto. Durante las visitas al sitio se logró georeferenciar cada uno de los montículos y

mapear el sitio con brújula y cinta métrica. Asimismo, se realizó una recolección superficial sistemática de materiales culturales.

El sitio Taxisio está conformado por 3 montículos, los cuales forman una plaza. El sistema constructivo aparentemente está conformado por rocas volcánicas. No se logró identificar en superficie ningún tipo de repello. Actualmente el uso de la tierra es agrícola. El área se encuentra sembrada de pasto para ganado y existen construcciones habitacionales modernas en muy baja densidad. En términos de conservación, el sitio se encuentra bien conservado. Dentro de los materiales recolectados se logró identificar cerámica asociada al complejo Guazapa, material lítico como puntas de flecha y navajas prismáticas de obsidiana negra.

El Letrero

El sitio arqueológico El Letrero se encuentra ubicado en el municipio de Chiltepán, departamento de La Libertad, específicamente en la Finca Guadalupe Arriba del cantón y caserío Cuervo Abajo y a una altura de 400 msnm (fig. 2). Actualmente, el sitio está delimitado hacia el norte por la Finca Guadalupe Arriba, al sur por el río El Zonte. El límite este está marcado por el río Pájaro León y el extremo oeste está marcado por el río El Zonte. El sitio fue registrado por el autor durante el desarrollo del proyecto, aunque en el registro de la Dirección de Arqueología de la SEC el sitio se encuentra ubicado, este no posee ficha de registro. Durante las visitas al sitio se logró georeferenciar el sitio y realizar un

levantamiento digital fotográfico de las manifestaciones gráfico-rupestres.

El Letrero es un sitio de arte rupestre, el cual está conformado por una concentración de manifestaciones gráfico-rupestres sobre una roca con dimensiones de 15 m de largo por 12 m de alto. Los petrograbados se encuentran orientados al este abarcando un área de 3 m de largo y 2 m de alto. En términos generales, los petrograbados presentan un estilo abstracto destacando en su mayoría figuras geométricas como círculos concéntricos, espirales; así como una concentración de cúpulas. Aunque en menor porcentaje, se lograron registrar figuras antropomorfas y zoomorfas. Sin embargo, el petrograbado más relevante es la representación estilizada de un Tlaloc, deidad asociada a la lluvia y el agua (fig. 3). Cabe destacar que el sitio se encuentra ubicado en el punto de convergencia de los ríos Pájaro León y El Zonte. Aproximadamente a 200 m al norte de la roca con los petrograbados, se registró una pequeña plataforma rectangular, la cual muy probablemente sirvió como adoratorio durante las prácticas rituales desarrolladas en tiempos prehispánicos.

Como parte del proyecto, se realizó un levantamiento fotográfico digital de todos los petrograbados. En términos de conservación, el sitio se encuentra en mal estado de conservación debido a que las incisiones de los petrograbados han sido pintadas con tiza y algunos petrograbados presentan daños de fractura, incluyendo un porcentaje del Tlaloc.

El petrograbado de Tlaloc constituye una representación importante para la interpretación del sitio. Probablemente en el sitio El Letrero se desarrollaron prácticas rituales

venerando a la deidad Tlaloc, las cuales estaban asociadas a la invocación del elemento agua. Estos rituales desarrollados durante el período Posclásico, por grupos nahua-pipiles, posiblemente fueron practicados con relativa frecuencia en las partes bajas de las lengüetas, donde se ubican ríos y quebradas de invierno, tomando en cuenta que la mayoría de los sitios del complejo Guazapa ubicados en la costa del Bálsamo se encuentran ubicados en la cresta de las lengüetas, es decir, lugares en los cuales se dificulta el acceso al agua.

Apropiaciones simbólicas del paisaje cultural durante el Posclásico

El concepto de *paisaje* en arqueología es interpretado como el producto de diversos factores sociales y de agencia humana. A diferencia de la percepción del paisaje como un rasgo natural, la arqueología del paisaje interpreta al paisaje mismo como una construcción cultural. En relación al concepto de paisaje, existen diferencias ontológicas entre los investigadores que interpretan al paisaje como una entidad independiente al ser humano y aquellos investigadores que interpretan al paisaje como una construcción a través de la agencia del ser humano.³¹

El paisaje cultural de la costa del Bálsamo durante el Posclásico reúne características geomorfológicas y simbólicas relevantes, las

cuales fueron determinantes para establecer asentamientos pipiles. Knapp y Ashmore³² enfatizan las diferencias en el uso del concepto de *paisaje* en arqueología como una transición de la conceptualización del paisaje como algo pasivo a una percepción activa que va más allá de una entidad compleja relacionada con el diario vivir de los seres humanos.

El enfoque teórico de la arqueología del paisaje se basa en la idea de que los seres humanos construyen y transforman su medio ambiente de una manera fundamental. Estas manifestaciones de adopción y transformación del paisaje, en algunos casos, son el producto de procesos migratorios y de apropiaciones simbólicas de lugares y espacios deseados. En este sentido, la antropología del movimiento constituye una valiosa herramienta teórica, ya que explora el movimiento desde una perspectiva antropogénica del paisaje. El movimiento a través del paisaje incluye un vasto espectro de experiencias humanas relacionadas con diferentes percepciones del mundo y con diferentes estrategias diarias de acción y reacción. Con la finalidad de delimitar y perfilar el concepto de *paisaje* en arqueología, Kurt Anschuetz³³ plantea cuatro premisas, las cuales están interrelacionadas y proveen las fundaciones principales del paradigma del paisaje: a) los paisajes no son sinónimos de los ambientes naturales. ¿Qué significa esto? Significa que los paisajes son sintéticos, son sistemas culturales estructura-

³¹ Robert Preucel e Ian Hodder, «Nature and Culture,» en *Contemporary Archaeology in Theory: A reader*, eds. Robert Preucel e Ian Hodder (Oxford: Blackwell, 1996).

³² A. Bernard Knapp y Wendy Ashmore, «Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational,» en *Archaeologies of Landscapes: Contemporary perspectives*, eds. Wendy Ashmore y A. Bernard Knapp (Oxford: Blackwell, 1999), 1-32.

³³ Anschuetz *et al.*, «An Archaeology of Landscape: Perspectives and Directions,» *Journal of Archaeological Research* 9 (2001): 157-211.

dos, y a la vez organizan las interacciones del ser humano con su medio ambiente. Knapp y Ashmore³⁴ agregan que el paisaje actúa como mediación entre naturaleza y cultura, y a la vez forman una parte integral del *habitus* conceptualizado por Bourdieu;³⁵ b) los paisajes son productos culturales. Cosgrove³⁶ enfatiza que el paisaje no es necesariamente el mundo que vemos y percibimos, sino es una construcción, una composición de aquel mundo. Por lo tanto, paisaje no es lo mismo que construcciones ambientales, las cuales se refieren a construcciones físicas, las cuales han sido diseñadas; c) los paisajes son arenas para las diferentes actividades sociales y comunales. Por lo tanto, los paisajes no solamente son construcciones humanas, sino también son todas las condiciones ambientales en las cuales las poblaciones sobreviven y se sostienen a sí mismas; d) los paisajes son construcciones dinámicas, en las que cada comunidad y cada generación impone su propio mapa cognitivo en su mundo antropogénico de morfología, planes y significación coherente, todo interconectado. El paisaje es entendido como un sistema para la manipulación de significados simbólicos en las acciones humanas y su materialidad. Por lo tanto, el paisaje es un proceso cultural.

La perspectiva del paisaje constituye un paradigma de mucha aplicabilidad en la interpretación arqueológica, el cual permite explorar diversas interpretaciones relacionadas con las prácticas y conductas de antiguas sociedades. En la actualidad, solamente algunas investigaciones arqueológicas han logrado desarrollar una aproximación teórica desde una perspectiva de paisaje con relación a como los nahua-pipiles percibieron e interactuaron con los espacios, los lugares y los paisajes durante el Posclásico en El Salvador.³⁷ Sin embargo, existen restos arqueológicos y documentación histórica que evidencian que el paisaje del actual territorio occidental de El Salvador, para finales del siglo XVI, era producto de redes sociales económicas y simbólicas del nahua-pipil prehispánico. La perspectiva del paisaje intenta abrir nuevas corrientes de interpretación que permitan interrelacionar lo material, lo social y lo ideológico en relación con la apropiación de espacios y paisajes.

Los paisajes rituales están conformados a través de la apropiación física, imaginaria y simbólica de un espacio específico durante un tiempo determinado en los cuales se desarrollaron diversas dinámicas de prácticas sociales.³⁸ Las apropiaciones

³⁴ Knapp y Ashmore, «Archaeological Landscapes.»

³⁵ Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977).

³⁶ Denis Cosgrove, *Social Formation and Symbolic Landscape* (Madison: The University of Wisconsin Press, 1988).

³⁷ Kathryn Sampeck, «Late Postclassic to Colonial Landscape and Political Economy of the Izalcos Region, El Salvador» (PhD diss., Tulane University, 2007); William Fowler, *Ciudad Vieja. Excavaciones, arquitectura y paisaje cultural de la primera Villa de San Salvador* (San Salvador: Editorial Universitaria UES, 2009); Escamilla, «La Costa del Bálsamo»: 67-89.

³⁸ Ismael Montero, «Apuntes al mapa de Cuauhtinchan II desde la geografía simbólica,» en *Mapa de Cuauhtinchan II. Entre la ciencia y lo sagrado*, eds. Tim Tucker e Ismael Montero (México: Mesoamerican Research Foundation, 2008).

de un paisaje determinado permiten a los grupos culturales desarrollar perspectivas particulares legitimando su territorio, su memoria histórica, su prestigio y su poder. Por lo tanto, las prácticas rituales no están limitadas a desarrollarse en las montañas o cerros más altos. Cada superficie elevada ofrece múltiples escenarios los cuales fueron interpretados en tiempos prehispánicos como lugares para evocar a deidades.³⁹ Asimismo, existen construcciones cognitivas en los grupos emigrantes en la búsqueda de paisajes específicos para asentarse. Dentro de estas construcciones cognitivas destacan tres causalidades, las cuales se interrelacionan entre sí: la gestación, el pasaje y el arribo a entornos que contienen remembranzas o evocaciones del lugar de origen.⁴⁰

Los nuevos datos arqueológicos obtenidos a través del proyecto permiten corroborar un patrón cultural de apropiación del paisaje durante el Posclásico temprano, en el cual los grupos nahua-pipil se encontraban adoptando y construyendo sus asentamientos en las angostas planicies de las crestas del sistema de lengüetas de la costa del Balsamo.⁴¹ Con respecto a las razones socioculturales que originaron la adopción, apropiación y transformación del particular paisaje, se apoya la hipótesis sugerida por

Hamilton⁴² y planteada por Escamilla,⁴³ la cual postula dos posibles interpretaciones del porqué los nahua-pipiles decidieron asentarse en la cresta de las lengüetas de la costa del Balsamo: una asociada a motivos defensivos y otra asociada a motivos rituales y simbólicos. Probablemente, los nahua-pipiles, en su proceso migratorio, encontraron en la geomorfología de las lengüetas de la Costa del Balsamo el paisaje ritual deseado para evocar a sus deidades y legitimar su propia memoria histórica a través de construcciones cognitivas asociadas a su lugar de origen.

La complejidad del patrón de asentamiento de los sitios arqueológicos documentados por el proyecto permite plantear nuevas interpretaciones acerca de la presencia de grupos nahua-pipiles. ¿Qué indican estas evidencias arqueológicas? Tomando en cuenta que el número de sitios del complejo Guazapa sigue aumentando y que los mismos presentan un patrón de asentamiento consistente, indican que sitios como Cihuatan, Las Marías y Santa María no se encontraban aislados dentro del paisaje cultural del Posclásico temprano. La distribución de sitios del complejo Guazapa indica que tanto el occidente como el centro del actual territorio salvadoreño se

³⁹ David Arreola y Osvaldo Murillo, «Tiempo-espacio sacro en la montaña prehispánica,» en *Moradas de Tlaloc. Arqueología, historia y etnografía sobre la montaña*, eds. Margarita Chávez y Ricardo Cabrera (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011).

⁴⁰ Ángel García, *Paisaje mítico y paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas* (Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2006).

⁴¹ Escamilla, «La Costa del Balsamo»: 67-89.

⁴² Hamilton, «Intrasitevariation.»

⁴³ Escamilla, «La Costa del balsamo»: 67-89.

encontraban ocupados durante el Posclásico temprano por poblaciones de habla náhuatl.

Fowler⁴⁴ plantea que estas poblaciones escogieron lugares previamente ocupados en períodos anteriores al Posclásico y lugares sin ocupación anterior al Posclásico; por ejemplo, Chalchuapa y Cihuatán respectivamente. En el caso de la costa del Balsamo, los grupos nahua-pipiles se apropiaron del paisaje defensivo y simbólico que les proporcionó la particular geomorfología del sistema de lengüetas. Probablemente exista una diferencia temporal entre los sitios de la Costa del Balsamo y los sitios de los valles internos, poblando previamente las crestas de las lengüetas y posteriormente las demás áreas. Aunque es muy probable que existan asentamientos posclásicos tanto tempranos como tardíos en la costa del Balsamo e incluso posibles asentamientos que presenten una continuidad dentro del Posclásico abarcando el temprano y el tardío.

Consideraciones finales

En base a los datos obtenidos en los recientes descubrimientos de sitios arqueológicos posclásicos registrados en la Costa del Balsamo, se propone que esta área fue escogida por los nahua-pipiles como el lugar idóneo para el desarrollo de apropiaciones del paisaje en términos defensivos y simbólicos, como parte de un proceso de emulación con la finalidad de conservar sus prácticas culturales identitarias. Lo anterior permitió a los nahua-pipiles mantener una fuerte conciencia de grupo étnico a través

de la memoria colectiva y el mito acerca del lugar de origen.

Las características defensivas que ofrece la topografía de la Cordillera del Balsamo son obvias, las cuales pudieron ser explotadas por los grupos nahua-pipiles desde una perspectiva militarista, adoptando lugares estratégicamente defensivos como las crestas de las lengüetas. Como ejemplo se pueden mencionar los sitios Caballito, Cerro de Ulata, Taxisio, Jicalapa, Panteoncito, Miramar y Zinacantan (fig. 2), los cuales en su totalidad se encuentran ubicados en áreas estratégicamente defensivas en su mayoría con un control visual de 360° y en algunos casos con restos de construcciones de cimientos de posibles paredes, como por ejemplo Zinacantan. Las extremas características defensivas de estos sitios hacen suponer una actividad sociopolítica hostil en la cual los nahua-pipil establecieron sus prácticas culturales.

Por otro lado, la ubicación y distribución espacial de los asentamientos puede estar asociada a una posible connotación simbólica y ritual que los grupos nahua-pipiles aprovecharon del paisaje de la Costa del Balsamo. En este sentido, los sitios El Letrero del Diablo y El Letrero son particularmente importantes debido a los petrograbados que exhiben una representación estilizada de Tlaloc, la deidad asociada al agua y a la lluvia, y la ubicación de los sitios asociada a contextos acuáticos como ríos y quebradas. Asimismo, los sitios Caballito, Cerro de Ulata, Panteoncito y Zinacantan poseen una distribución espacial que sugie-

⁴⁴ Fowler, «El complejo Guazapa,» 17-66.

re que la ocupación de los asentamientos no solamente fue habitacional, sino que pudo estar relacionada con funciones de sitio rector cívico-ceremonial desde el cual la élite controlaba tanto las prácticas políticas-ceremoniales como las comerciales. Probablemente, la apropiación y modi-

ficación de este tipo de paisaje de altura esté asociada a una emulación simbólica de los grupos nahua-pipil con relación a su lugar de origen, con el objetivo de preservar su identidad y desarrollar prácticas culturales que los diferenciaron de los demás grupos culturales contemporáneos a ellos.

Anexos

Figura 1. Ubicación de la Cordillera del Bálsamo.

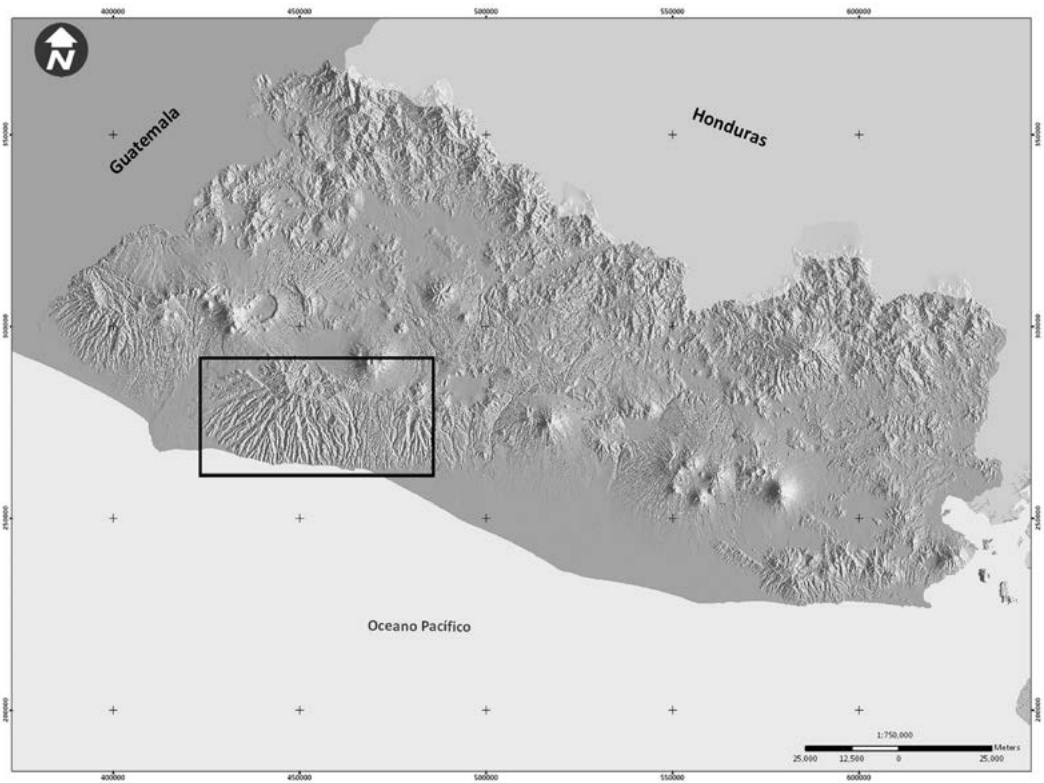
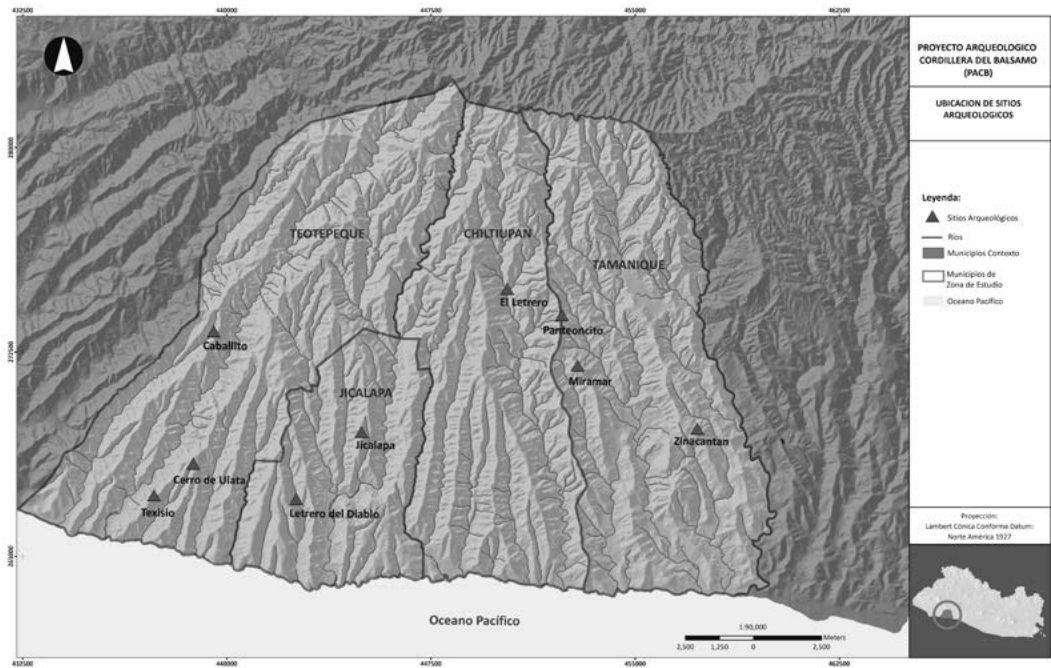


Figura 2. Ubicación del área de estudio y de los sitios arqueológicos.



Fuentes





Correspondencia entre el Museo Nacional de México y el incipiente Museo Nacional de El Salvador en 1884

ELSA HERNÁNDEZ PONS

CNMH. INAH, México

Doy a conocer, con algunos comentarios y aclaraciones, una breve colección epistolar de los contactos que en un tiempo sostuvieron el Museo Nacional de México —hoy Museo Nacional de Antropología— y el que se encontraba en etapa formativa en la República de El Salvador —hoy Museo Nacional de Antropología David J. Guzmán—, como muestra de las relaciones a larga distancia que, entre los siglos XIX y XX, mantuvieron entre ellos los museos de América Latina y con los museos europeos, principalmente de Francia y Alemania. Se percibe en este intercambio un claro sentimiento de lo que llamaríamos «nacionalismo latinoamericano». Los congresos de americanistas recibían a los mejores investigadores del momento; el número de participantes permitía que se conocieran y mantuvieran relaciones epistolares. En mucho se entendían, pues los animaba un pensamiento global respecto a la cultura universal.

Los documentos provienen del riquísimo acervo que resguarda el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología, fundado en 1820 como Conservatorio de Antigüedades y Gabinete de Historia Natural. En 1825, mediante un acuerdo del primer presidente de la República, don Guadalupe Victoria, se formalizó la formación del Museo en el edificio de la Universidad. De modo que los fondos documentales abarcan toda la vida republicana de México.

El Museo Nacional de El Salvador se estableció por decreto gubernamental el 9 de enero de 1884, y hoy lleva el nombre de su primer director y animador, el doctor David Joaquín Guzmán.

Era común en la museografía de entonces exhibir reproducciones y calcos. En México, el arquitecto y gran artista plástico Manuel Tolsá, trajo de Europa, para la recientemente fundada Academia de San Carlos, una importante colección de yesos provenientes de moldes

directos sobre las piezas originales, muestra de la cultura clásica y del Renacimiento.¹

La República argentina es otro país que conserva entre los calcos de muchas piezas del mundo clásico, reproducciones de esculturas antiguas de Guatemala y México, cuyos originales exhiben algunos museos alemanes. Quien visite el Museo de la Cárcova en Buenos Aires obtendrá, gracias a esos calcos, mejor información sobre la escultura de los estilos de Chaculá y Queen Santo en Huehuetenango, y de la Costa Sur de Guatemala, que la que pueda ofrecerle cualquier museo centroamericano. Hay, entre las mejores reproducciones, una pieza mayor: el relieve 21 de Santa Lucía Cozumalguapa. La colección ejemplifica el pensamiento histórico enciclopedista y universal de los sabios americanistas de entre los siglos XIX y XX.²

El amplio acervo documental del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México guarda verdaderos tesoros que después de muchos años de separación, clasificación, ordenación y revisión minuciosas, han dado paso a dos índices publicados y tres más en proceso, que permiten apreciar la inmensa riqueza documental contenida en el mismo. En la revisión de los papeles relativos al Museo Nacional encontré correspondencia temprana entre los museos de México y El Salvador, en

dos etapas distintas de intercambios de propósitos.

La primera carta habla de una nueva y entusiasta institución que busca iniciar lazos de intercambio con otros museos para fortalecer y avalar su calidad; tema ampliamente correspondido por México que envía los ejemplares editados de su revista anual *Anales del Museo Nacional de México*. Esa publicación abarca desde 1877 a 1977, año en que lamentablemente dieron por concluida su publicación, pero que dejó profunda huella como órgano científico de los estudios antropológicos de México a nivel mundial, gracias al intercambio continuo con muchos países.³

Sobre los personajes

El doctor David J. Guzmán nació en San Miguel en 1843. Estudió en el Colegio Jesuita de la Ciudad de Guatemala; su bachillerato fue en Filosofía y en 1859 se graduó de esa disciplina en la Universidad de San Carlos; se afilió al pensamiento liberal y con esa ideología participó en varias actividades culturales y políticas. En 1862, viajó a Europa y continuó cultivando la lectura de autores clásicos, ilustrados sobre todo. En 1869, obtuvo el grado de Doctor en Medicina en París y, en 1870, regresó a El Salvador en donde comenzó su labor

¹ Manuel Toussaint, *Arte colonial en México* (México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962), 232-234.

² Alejandro Eduardo Fiadone, *Las réplicas de esculturas americanas precolombinas en el Museo Universitario de Arte Ernesto de la Cárcova, Origen, historia y clasificación* (Buenos Aires, Argentina: Olivos, 2004), 43-49.

³ INAH. *Anales del Museo Nacional de México, colección completa 1877-1977*, edición en CD (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Fundación MAPFRE TALAVERA, 2002).

cívica. Pensador de vasta cultura, sus capacidades lo llevaron a ocupar un sin número de cargos en la política nacional pero, principalmente en el campo cultural.

El 9 de octubre de 1883 el Gobierno de Rafael Zaldívar decretó la creación de un museo y «en atención a la ilustración, honradez y demás aptitudes que concurren en el señor David Joaquín Guzmán, el Supremo Gobierno acuerda nombrarlo Director del Museo Nacional...». Desde este cargo impulsó reglamentos para los museos que animó y dirigió. Fue fundador y primer director del Museo Nacional en Managua, Nicaragua.

Su bibliografía y principales trabajos educativos y de investigación han sido reunidos y anotados por Carlos Castro, en un libro que es muestra de la capacidad intelectual y de la sabiduría del pensador liberal David J. Guzmán. Para la finalidad de este trabajo y destacar su visión de lo que significa un museo, quedan sus propias palabras:

(...) y desvanecemos, una vez por todas, la banal y errónea creencia que se tiene entre nosotros de que el Museo es un establecimiento destinado a coleccionar curiosidades, más o menos presentables, para solaz y risa del público, cuando es y debe ser un centro de todas las amplitudes del espíritu humano, del bienestar de los pueblos y de la futura grandeza de nuestra nacionalidad.⁴

Incursionó en el inventario de flora y fauna salvadoreña, trabajó los yacimientos geológicos y paleontológicos, y fue constante visitador de los sitios arqueológicos. Las colecciones siguen vivas en el moderno Museo Nacional al que dieron su nombre. Falleció en 1927 en San Salvador, a los 83 años de edad.

Por su parte, el doctor Santiago Barberena fue miembro de la comisión oficial nombrada para elaborar un nuevo mapa de la República en 1892, con la que recorrió casi todo el territorio salvadoreño. Como hombre de estudio fue considerado en su época «el primer enciclopedista de la América Central». Escribió una historia general de El Salvador⁵ y fue el principal autor de la obra intitulada «Monografías departamentales», que aparecieron a principios del siglo.⁶ Resultaba lógico que aceptara la colaboración de Paul Henning.

En cuanto a Paul Henning, solo sabemos que tuvo relaciones científicas con diversos personajes, como el haber sido anfitrión de Celia Nuttall en un viaje a la huasteca tamaulipeca. Sus actividades en el Museo Nacional las inició en 1912, realizando viajes al interior del país como «colector de documentos». Fue gran conocedor de la cultura azteca, y tuvo una larga estancia en El Salvador con el propósito de realizar una comparación entre el náhuatl de este país con el de México.

⁴ David J. Guzmán, *Obras escogidas* (compilación, edición de texto, introducción y notas de Carlos Castro), Colección Orígenes, volumen 10 (San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2000)

⁵ Santiago Barberena, *Historia de El Salvador* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1914).

⁶ Jorge Lardé y Larín, «Las Monografías Departamentales del Dr. Santiago Barberena,» *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"*, tomo VI, número 23-24 (San Salvador, El Salvador, 1955), 3.

Publicó poco de su misión salvadoreña. Como muestras de su inquietud viajera quedan el informe de la expedición científica que efectuó en junio de 1913⁷ y el artículo sobre la escultura de Xipe Totec procedente de Tazumal,⁸ primera vez que se diera a conocer la presencia de esta deidad en el sur de Mesoamérica, con repercusiones que llegan a nuestros días.⁹

Una lista de sus trabajos aparece en la bibliografía antropológica de México y Centroamérica de Ignacio Bernal,¹⁰ en la que registra 17 fichas. Falleció en 1924.¹¹

En esta correspondencia tercia un nombre: Cecilio A. Robelo, quien fue director del Museo Nacional de Arqueología e Historia en 1911. Destacó como nahuatlato, tradujo al español el libro de «Estudios Gramaticales» de Remí Simeón en 1905 y, en 1912, formó un diccionario de aztequismos, o sea las palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano introducidas al idioma

castellano bajo diversas formas. Era lógico que también se interesara en las investigaciones de Henning sobre el náhuatl de El Salvador.

Correspondencia

San Salvador

Septiembre 30, 1884

Sr. Director del Museo

Arqueológico de Méjico

Con fecha 9 de enero del corriente año, el Ilmo. Gobernador de esta República emitió un acuerdo estableciendo en esta Capital un Museo Nacional, con el fin de coleccionar todos los objetos materiales y las diversas producciones de la industria nacional. Entre las diversas secciones que se han comenzado a organizar, se ha creado una sección extranjera, en donde están colocados ya

⁷ Paul Henning, «Expedición científica al Departamento de Ahuachapán, en junio de 1913, organizada e iniciativa de la dirección General de Estadística,» *Anales del Museo Nacional David J. Guzmán*, tomo VI, número 23-24 (San Salvador, República de El Salvador, América Central, 1955), 72-77.

⁸ Paul Henning, *La arqueología mexicana como norma para el estudio de la antigüedad nahuapipil. El xipe de Tazumal de Chalchuapa, Departamento de Santa Ana, República de El Salvador* (México: Servicio de Informaciones alemanas en México, 1918).

⁹ Stanley Boggs, «Comentarios sobre una estatua de barro hallada en la zona arqueológica de Chalchuapa,» *Tzumpame*, n.º 4 (Órgano de Publicidad del Museo Nacional de El Salvador y Anexos, San Salvador, 1945); Luis Casasola, «Dos figuras de Xipe Totec en El Salvador,» *Balance y perspectiva de la Antropología de Mesoamérica y el Norte de México*, XII Mesa Redonda (Xalapa, México: Sociedad Mexicana de Antropología, 1975); Paúl Amaroli, *Un nuevo hallazgo de escultura de Xipe Totec en EL Salvador*, XVI Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala (Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Antropología e Historia, Asociación Tikal, 2002), 608; Elisa Mencos, «Las representaciones de Xipe Totec en la frontera sur mesoamericana,» *XXIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala* (Guatemala: Museo Nacional de Antropología e Historia-Asociación Tikal, 2009), 1279-1282.

¹⁰ Ignacio Bernal, *Bibliografía de arqueología y etnografía, mesoamericana y norte de México, 1514-1960* (México: INAH, 1962), 608.

¹¹ Falleció en 1927 en San Salvador, a los 83 años de edad. Datos biográficos en: <http://www.comunidades.gob.sv/comunidades/comunidades.nsf/pages/davidjoaquinuzman> MAI-IN, «Noticia de la muerte de Paul Henning,» *Indian Notes* 1, n.º 34 (Museum of the American Indians, Heye Foundation, New York, 1924).

algunos objetos procedentes de varias Repúblicas hermanas de Sud América; y sería de muchísima importancia y honra para este naciente Instituto el valioso contingente que el de su cargo tan renombrado, pudiera prestar al Museo Nacional de Salvador con los diversos y notables restos de antigüedad que se concentran en el territorio de esa República.

En consecuencia, la dirección de la oficina que se había encomendado remitirá a ese Museo en canje, las antigüedades que por orden de este Gobierno se han mandado extraer a diferentes localidades en donde existen algunas ruinas.

Las afinidades que existen entre esa República y sus hermanos en Centroamérica, me hacen esperar que el Sr. Director del Museo Arqueológico de Méjico, se servirá aceptar las relaciones que por mi medio desea abrir y estrechar este Instituto Nacional.

Con aprecio y consideración me cabe la honra de inscribirme de U. Atto. Y S.S.

D. J. Guzmán.

NOTA AL MARGEN DE DICHA
CORRESPONDENCIA.

Oct. 17, 1884.

Con mucho gusto de entablar las relaciones Científicas que solicita. Se remitirán “Anales” y otras publicaciones, y en general todo aquello que permitan las leyes del país se exporten.

(rúbrica ilegible)¹²

Las siguientes cuatro cartas se refieren a un «colector de documentos» mexicano que viaja a El Salvador: Pablo (Paul) Henning, Colector de Documentos y posterior Inspector de Monumentos Arqueológicos del propio Museo Nacional de México, quien realiza un viaje de estudio a El Salvador entre 1913 y 1914. Algo se percibe de su misión en este país y de la posterior y difícil burocracia aduanera mexicana.

La descripción que hizo de los vasos mayas seguramente se refiere a piezas del llamado «estilo copador» que se extiende desde el occidente de Honduras a El Salvador, en ese tiempo poco conocido. De la colección etnográfica que recolectó se conservan algunas piezas en el Museo Nacional de las Culturas.

Esta documentación, si bien la única hasta ahora localizada en este valioso archivo mexicano, nos permite dar cuenta de las diversas actividades que concentraba el Museo Nacional, que siempre mantuvo estrechos lazos con otros museos y en cuyas instalaciones se llevaron a cabo algunos de los Congresos Internacionales de Americanistas. El museo reunió una

¹² AHMNA, v.7, #406, F.93.

variada y rica colección de antropología, arqueología e historia, hasta el año de 1940 en que se trasladan los acervos de historia al Castillo de Chapultepec y se funda el Museo Nacional de Historia, llamándose desde entonces Museo Nacional de Antropología al edificio de la calle de Moneda, hasta su traslado en 1964 al nuevo recinto de Chapultepec.

1

El C. Profr. Pablo (Paul) Henning Colector de Documentos de este Establecimiento en carta fechada en S. Salvador el 18 del actual, me dice lo siguiente:

“Como se lo había ofrecido antes de partir para ésta, me permito informar a U. con respecto de la situación arqueológica y etnográfica de este país hasta donde me ha sido posible estudiarlas hasta esta fecha.

Etnográficamente no es probable que haya algo que nos pueda interesar por haber adoptado el indígena de aquí las costumbres, modo de vivir, habla, etc., del resto de la población. Queda uno que otro dialecto que apuntar, trabajo sin embargo no necesariamente toca a nosotros por no ser relacionados estos dialectos con los idiomas hablados en el territorio de la República Mexicana. En cambio, la Arqueología del Salvador, si nos debe interesar vivamente por la razón de que la mayoría de los ejem-

plares que de ella he visto, tanto entre las colecciones del Museo como entre las de posesión de particulares, o se relacionan con la cultura nahua más importante de Centro América o con la maya. No abundan tanto las piezas grandes labradas en roca, sin embargo las que de ella hay, son muy importantes, casi siempre de ejecución notable y en lo general de un valor científico tan indiscutible que en mi opinión el Museo de México debía tener copia de ellos.

Pero lo que más admiración y entusiasmo causa al arqueólogo es observar la abundancia y riqueza de formas que hay aquí de la cerámica antigua. La hay de distintas civilizaciones, sobresaliente naturalmente la pipil y la maya. De ambas hay ídolos de barro y ollas de forma antropomorfa y de un trabajo curioso y raro, llamando más la atención por su mérito especial, cierta clase de vasos grandes cilíndricos mayas, policromados, pintados esmeradamente, en cuya superficie se hallan representados asuntos mitológicos mayas con las correspondientes leyendas en glifos. Nada que a ellos se parezca tenemos en nuestro Museo, siendo esto tanto más de sentirse cuando que de su estudio resultaría un conocimiento mucho más amplio y claro del que hasta ahora se tiene, tanto de las creencias y prácticas religiosas de los Mayas como de sus antiguos métodos gráficos. Reconociendo lo excepcional

de la posibilidad que aquí se presenta de arrojar luz sobre un capítulo oscuro de nuestra historia antigua, me permito respetuosamente llamar la atención de U. sobre ella.

Creo además que sería relativamente fácil juntar una colección de la cerámica que acabo de describir por existir muchas piezas en manos de particulares, sobre todo en los departamentos que colindan con Guatemala y Honduras. De modo que si acaso la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes no tiene a bien el proyecto del viaje al Usumacinta, se podía aprovechar mi estancia aquí en los sentidos antes indicados. El gasto se reduciría a la mitad \$ 800 a \$ 900.00 y se tendría la seguridad de resultados seguros y valiosos.

Esperando señor Director, que lo que acabo de exponer le sea interesante y que U. tenga a bien tomar medidas encaminadas a aprovechar las posibilidades que tanto me han llamado la atención”.

Tengo la honra de transcribir a U. lo anterior para su superior conocimiento y me permito manifestarle atentamente que la Dirección de mi cargo estima sobremanera importante la adquisición ya sea original, moldeado o fotografía, de esas colecciones arqueológicas que alude el C. Pablo Henning.

Refrendo a U. señor Ministro mi mayor respeto y más distinguida consideración.

México, 27 de marzo de 1913.

Cecilio A. Robelo (rúbrica)¹³

Carta al C. Srio. De Instrucción Pública y Bellas Artes.
Presente.

2

Por el atento oficio de U. número 6739 girado por la mesa 2ª. de la Sección Universitaria de esta H. secretaría con fecha 12 del actual, quedo enterado del oficio que se sirve transcribir a U. el Secretario de Relaciones Exteriores del ministerio de el Salvador, con relación a la visita que el C. Pablo Henning hizo a dicho señor ministro, en la cual le manifestó algún asunto relativo a cerámica maya.

En contestación tengo la honra de manifestar a U. que ya se transcribió al C. Pablo Henning la superior disposición de la Secretaria de su merecido cargo, con relación al mismo asunto.

¹³ AHMNA, v. 294, #12161, f.307-314.

Protesto a Ud. señor Ministro, mi mayor respeto y más distinguida consideración.

México, 18 de abril de 1913.

*Cecilio a Robelo.*¹⁴

Carta al C. Srio. De Instrucción Pública y Bellas Artes.

Presente.

3

Carta al Sr. Pablo Henning. Colector de documentos Arqueológicos, Históricos y Etnográficos.

Hotel “Boarding House”, San Salvador.

Prorroga de licencia con goce de sueldo... a fin de que se pueda continuar y llevar a su término, los estudios comparativos de la raza náhuatl que pobló la República del Salvador, recogiendo al efecto las fotografías y vocabularios correspondientes durante su permanencia en la América Central; en cuya virtud se le considerará en comisión desde que concluyó la licencia indicada.

26 de junio de 1913.

*Cecilio A. Robelo (rúbrica)*¹⁵

4

México,
25 de febrero de 1914.

Me impuse del oficio 8905, del 12 del corriente, girado por la 2ª. mesa de la Sección Universitaria, en el cual esa Secretaría se digna transcribirme el que la de Hacienda le dirigió con fecha 4 del actual, relativo a unos bultos que del Puerto de Acajutla (Rep. del Salvador) llegaron a Salina Cruz (Oax.) consignados a este Museo, y enviados al Sr. D. Pablo Henning, Inspector de Monumentos.

Este Señor, en vista del referido oficio, me dice lo siguiente:

“Con relación al oficio núm. 8905, girado por la 2ª. mesa de la Sección Universitaria de la Secretaría de instrucción Pública y Bellas Artes, con fecha 12 del actual, que tengo la honra de manifestar a U., que efectivamente los artículos que detalla la Aduana de Salina Cruz, con fecha 17 de diciembre último, y cuya ratificación se pide, son los contenidos en dos cajas enviadas por mi de San Salvador al Museo Nacional de Arqueología, en septiembre del año próximo pasado, y cuyo contenido consistía en una colección de jicalos de Izalco y otros objetos etnográficos, placas y cubetas, etc. , del equipo foto-

¹⁴ AHMNA, v. 294, #12161, f.311.

¹⁵ AHMNA, v. 304, #12993, f.289.

gráfico, biblioteca del viajero, mapas y objetos de mi uso particular”.

“No comprendo por que la Aduana referida insiste en que instruyó expediente de multa por \$ 22.50, cuando es innegable que esta partida figuró en la cuenta que presentó la oficina de Express de ésta, motivándola con la falta de factura consular”.

“Por último, me permito suplicarle gestione la devolución de 60 cartuchos Krag-Jöegensen confiscados, que pertenecen al equipo del colector de Documentos Etnográficos de este Museo, y no fueron importados como dice la Aduana, sino que regresaron con el resto del equipo referido, a su punto de partida”.

En virtud de lo expuesto, me permito suplicar a U. atentamente, que pida a la Secretaría de Hacienda, se sirva conceder la extensión de derechos a todos los objetos detallados en el oficio transcrito, teniendo en cuenta que la mayor parte de ellos pertenece a la Nación, y que los demás, aunque son propiedad

particular del Sr. Henning, eran indispensables a éste para poder cumplir la comisión oficial que desempeño en la República del Salvador.

Respecto a los cartuchos, deseo que se atienda a la circunstancia de que el Sr. Henning los llevó de aquí para su defensa personal; que no tuvo necesidad de usarlos, y los remitió a su punto de partida; y que por tal motivo no deben considerarse como importados. No creo ocioso encarecer a U. lo urgente que es terminar este asunto, a fin de evitar que una larga permanencia de los expresados bultos en las bodegas del Express, deteriore o inutilice las placas fotográficas que constituyen una parte importante del trabajo que desempeño el Sr. Henning.

Protesto a U. señor ministro, las seguridades de mi respeto

R. A Esteva Ruiz

C. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Presente.¹⁶

¹⁶ AMHNA, v. 297, # 12418, f. 178. 179.



Restos vegetales identificados en sitios arqueológicos salvadoreños. Síntesis de investigaciones paleoetnobotánicas

FELIPE TRABANINO

Posgrado en Antropología, IIA UNAM México

Introducción

De las pocas síntesis que se han realizado sobre investigaciones paleoetnobotánicas o arqueobotánicas en Mesoamérica, Las Antillas y Suramérica pocas han analizado los restos vegetales de sitios salvadoreños en un contexto regional.¹ En una primera síntesis sobre Mesoamérica y América Central destacan las investigaciones realizadas en el valle de Teotihuacán, los primeros estudios en torno al origen de la agricultura en México en abrigos rocosos y cuevas en la Sierra de Tamaulipas, en el Valle de Tehuacán en Puebla y en los sitios de Guilá Naquitz en Oaxaca.² McClung³ hace resaltar la falta de investigaciones (o la falta de colecta de muestras botánicas dentro de los objetivos de los proyectos arqueológicos) emprendidas en Centroamérica y en las Antillas. Pagán Jiménez⁴ revisa los restos vegetales en el Caribe o zona intermedia para las culturas Huevoldes y Ostenoides; Lentz⁵ recopila las evidencias arqueobotánicas de sitios mayas y propone la dieta prehispánica durante el período clásico; y finalmente Ito⁶ se interesa en la zona olmeca durante el Preclásico.

Pretendemos en este ensayo, analizar los restos vegetales de los sitios arqueológicos Cihuatán, Cerén y Santa Leticia, comparándolos con los demás sitios arqueológicos del área

¹ Emily McClung, «Investigaciones arqueobotánicas en Mesoamérica y Centroamérica», *Anales de Antropología* 22, n.º 1 (1985): 133-157; Jaime Pagán Jiménez, «Agricultura precolombina de las Antillas: retrospectiva y análisis», *Anales de Antropología* 36 (2002): 43-91; David Lentz, «Plant Resources of the Ancient Maya: The Paleoethnobotanical Evidence», en *Reconstructing Ancient Maya Diet*, ed. Christina D. White (Salt Lake City: University of Utah Press, 1999), 3-18.

² Emily McClung, «El origen de la agricultura», *Arqueología Mexicana* 19, n.º 120 (2013): 42-47.

³ Emily McClung, «Investigaciones arqueobotánicas», 140.

⁴ Jaime Pagán Jiménez, «Agricultura precolombina».

⁵ David Lentz, «Plant Resources».

⁶ Nobuyuki Ito, «Desde la frontera mesoamericana», en *Olmeca: balances y perspectivas. Memorias de la primera mesa redonda*, eds. M.T. Uriarte y R. B. González Lauk (UNAM, IIE, INAH, CONACULTA, 2008), 583-606.

maya, abarcando los estados de Tabasco, Campeche, Yucatán, Quintana Roo y Chiapas en México, Guatemala, Belice y Honduras (figura 1).

Presentamos una síntesis de las plantas desde el Preclásico hasta en Clásico tardío en El Salvador en función del uso: (1) cultivos anuales, (2) árboles frutales, (3) fibras, (4) hierbas útiles y (5) construcción y leña.

Cultivos anuales, milpas con tubérculos y hierbas útiles

Los cultivos que se han evidenciado en la región salvadoreña son (tabla 1): el ixim o maíz (*Zea mays*), las cucurbitáceas ayotes o calabazas (*Cucurbita spp.*) y jícaras (*Lagenarias spp.*), las leguminosas representadas por los frijoles (*Phaseolus spp.*), chiles (*Capsicum spp.*), el girasol (*Helianthus spp.*), los tubérculos yuca (*Manihot spp.*) y malanga (*Xanthosoma spp.*). Es interesante notar que además de la trilogía mesoamericana maíz-frijol-calabaza, los cultivos en El Salvador contaban con girasol, importante en la dieta, con tubérculos como la yuca y la malanga. Las milpas prehispánicas contaban con plantas útiles como el girasol evidenciado desde muy temprano en Tabasco⁷ y, recientemente, se ha demostrado la importancia del cultivo

de tubérculos asociado al del maíz.⁸ La alta productividad de la yuca 21 t*ha-1 (toneladas por hectárea), contra la productividad del maíz de 5 t*ha-1,⁹ sugiere que la yuca podría haber sido uno de los cultivos más preciados y valorados por su función en la gestión de riesgo en épocas de sequía.

Árboles frutales, huertos familiares y bosques manejados bajo prácticas agroforestales

Los árboles frutales también jugaron un papel importante en la dieta prehispánica. Las prácticas agroforestales permitieron no solo la extracción de frutos durante un período más largo como complemento de los cultivos anuales, sino que utilizaron las parcelas del cultivo en todos sus estratos desde el subsuelo con el cultivo de tubérculos, el sotobosque (árboles con una altura menor a 5 metros) y el dosel con árboles mayores a 15 metros. Dentro de los principales árboles frutales evidenciados para El Salvador comunes a toda el área maya se encuentran (tabla 2): el jocote, el jobo (*Spondias spp.*), el marañón (*Anacardium spp.*), el guayabo (*Psidium spp.*), los zapotes (*Pouteria spp.*), el cacao y pataxte (*Theobroma spp.*), el ciruelo (*Prunus spp.*). Se evidenciaron el uso de las palmas

⁷ D. Lentz, M. Pohl, K. Pope, y A. Wyatt, *Prehistoric sunflower (Helianthus annus L.) domestication in Mexico, Economic Botany* 55, n.º 3 (2001): 370-376; D. Lentz, M. Pohl, J. L. Alvarado, S. Tarighat, y R. Bye, «Sunflower (*Helianthus annus L.*) as a preColumbian domesticate in Mexico,» *Proc Natl Acad Sci* 105 (2008): 6232-6237.

⁸ P. Sheets, C. Dixon, M. Guerra, y A. Blanford, «Manioc Cultivation at Cerén, El Salvador: occasional kitchen garden plant or staple crop?» *Ancient Mesoamerica* 22 (2011): 1-11; P. Sheets, D. Lentz, D. Piperno, J. Jones, C. Dixon, G. Maloof, y A. Hood, «Ancient Manioc Agriculture South of the Cerén village, El Salvador,» *Latin American Antiquity* 23, n.º 3 (2012): 259-281.

⁹ J. Iriarte, M.J. Power, S. Rostain, F.E. Mayle, Huw Jones, J. Watling, B.S. Whitney, and D.B. McKey, «Fire-free land use in pre-1492 Amazonian savannas,» *Proc Natl Acad Sci* 109, n.º 17 (2012): 6473-6478.

cocoyol (*Acrocomia*) y pejibaye o chontaduro o corzo (*Bactris spp.*), que también son aprovechadas para la alimentación en el área maya y en la Amazonía colombiana desde el final del Pleistoceno.¹⁰ La presencia de árboles frutales no comestibles pertenecientes al género *Crescentia* nombrados con los siguientes etnotaxones tecomate, totumo, jícara, morros, huacales o totumos. Es posible que los amates (*Ficus spp.*) fueran empleados en la extracción de papel y el achiote (*Bixa*) como tinte natural en pintura corporal, textiles y cerámica, pero también como sazónador para la cochinita pibil en el área yucateca y en los guisos de los tamales y chuchitos en Guatemala. Este arbusto se distribuye desde el Caribe hasta la Amazonía suramericana, empleado principalmente en pintura corporal para rituales y cacería.¹¹ El achiote, el cacao y el marañón pudieron haber sido domesticados en Suramérica e introducidos al istmo centroamericano desde el 3400 a.C. de isla en isla, vía marítima por el Caribe; y vía terrestre a través del Darién colombiano, de huerto familiar en huerto familiar.¹²

¹⁰ G. Morcote-Ríos, G. Cabrera-Becerra, D. Mahecha-Rubio, C. E. Franky-Calvo, I. Cavelier, «Las palmas entre los grupos cazadores-recolectores de la amazonia colombiana,» *Caldasia* 20, n.º1 (1998): 57-74; G. Morcote-Ríos y R. Bernal, «Remains of Plams (Palmae) at Archaeological Sites in the New World: A Review,» *The Botanical Review* 67, n.º3 (2001): 309-350.

¹¹ P. Grenand, C. Moretti, H. Jacquemin et M.F. Prévost, *Pharmacopées traditionnelles en Guyane: Créoles, Wayãpi, Palikur* (Paris: IRD Editions, 2004); Pierre Grenand et Françoise Grenand, «La côte d'Amapá, de la bouche de l'Amazone à la baie d'Oyapock, à travers la tradition orale Palikur,» *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi, série Antropologia* 3, n.º1 (1987): 1-77; P. Grenand, et M.-F. Prévost, «Les plantes colorantes utiles en Guyane française,» *Journal d'Agriculture Traditionnelle et de Botanique Appliquée Nouvelle Série* 36, n.º1 (1994): 139-172.

¹² P. Colunga-García Marin, y D. Zizumbo-Villarreal, «Domestication of plants in Maya lowlands,» *Economic Botany* 58 (2004): 101-110; Ruth Dickau, «Resource Use, Crop dispersal, and the transition to agriculture in prehispanic Panamá: Evidence from starch grains and macroremains» (Dissertation, Temple University, 2005).

¹³ C. Earle Jr. Smith, «Plant Remains,» en *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. 1, ed. Douglas S. Byers (Austin University Press, 1967), 220-255.

¹⁴ A. Montúfar, «Domesticación y cultivo de plantas alimenticias de México,» *Arqueología Mexicana* 19, n.º 120 (2013): 42-47.

Fibras

Se ha evidenciado el uso de los géneros: agave, ceiba y *Gossypium* (tabla 3). Del ixtle (agave) se utiliza la fibra para hacer morrales en Yalmux, Chiapas, en las cercanías del sitio Chinkultik (com. pers. Carlos Navarrete); del Yaxché (*ceiba sp.*) se emplean las fibras que envuelven las semillas para hacer hilos y rellenar almohadas; finalmente, se tiene evidencia del cultivo del algodón (*Gossypium sp.*) para la fabricación de textiles y mantas. Los vestigios de sus frutos y semillas se ubican hace más de 5 mil años en el valle de Tehuacán,¹³ en la cueva de Guila Naquitz en el valle de Oaxaca, y en San Bartolo Agua Caliente, Querétaro.¹⁴

Hierbas útiles

Se muestra en la tabla 4 los géneros *Tithonia*, *Baltimora*, *Ipomoea* y *Sida*, que corresponden a hierbas útiles. La hierba de flor amarilla conocida como *acahualli* (*Tithonia sp.*), se encuentra en la vegetación secundaria de

árbol también es utilizado en la quema de la roca caliza para preparar cal; el pino ocote (*Pinus spp.*) es el principal recurso vegetal empleado en toda el área maya para prender los fogones domésticos y para el alumbrado de noche. Se trata de una de las especies con mayor ubicuidad en los registros arqueobotánicos del área maya; se encuentra distribuida desde las planicies yucatecas, selvas perennifolias palencanas, en tierras altas, así como en la costa caribeña beliceña. Se encuentran poblaciones aisladas de pino dentro de la reserva de la biósfera maya en Guatemala a equidistancia de los sitios arqueológicos de Uaxactún, Tikal y El Naranjo. Su presencia nos sugiere que el pino fue cultivado, cosechado y protegido desde tiempos prehispánicos, siendo un recurso económico importante y, seguramente, una mercancía transportada de tierras altas hacia tierras bajas por mecapaleros.

Conclusión

Las diferentes evidencias arqueobotánicas sugieren que las plantas utilizadas desde el Preclásico en El Salvador fueron comunes al área maya. Estas plantas fueron manipuladas por prácticas agroforestales, utilizando el espacio tanto para el cultivo de plantas anuales como para el de plantas plurianuales, como los árboles frutales. Se utilizó también el subsuelo para el cultivo y extracción de tubérculos. Se aprovechó la madera, las fibras, los frutos, las flores, la corteza de una gran variedad de géneros de la flora nativa e introducida. Sería interesante realizar colectas sistemáticas de sedimentos arqueológicos para obtener un mejor entendimiento acerca del uso de la flora salvadoreña, para realizar investigaciones paleoambientales, así como entender la migración de la flora desde Suramérica pasando por el istmo centroamericano.

Tabla 1. Cultivos

Restos botánicos	Sitios arqueológicos	Referencias
Zea	Cihuatán, Cerén, Copán, Cuello, Wild Cane, Tiger Mound, Cerros, Tikal, Pulltrouser Swamp, Colhá, Albion Island, Dos Pilas, Naco, Cobá, El Mirador, Palenque Hinterland, Chan, Chinikihá	* todas las citas

<i>Cucurbita</i>	Cihuatán, Cerén, Albion Island, Chan, Copán, Cobá, Cuello, Cerros, Tikal, Pulltrouser Swamp	Lentz 1991, Miksicek 1991, Turner 1984, Cliff & Crane 1989, Miksicek 1983, Miksicek 1990, Lentz <i>et al.</i> 1996, Beltrán Frías 1987, Miksicek 1988, Lentz <i>et al.</i> 2012 , Crane 1996
<i>Lagenaria</i>	Cerén, Copán	Lentz 1991, Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Phaseolus</i>	Cihuatán, Cerén, Copán, Cuello, Cobá, Naco, Chan, Cerros	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1990, Lentz 1991, Beltrán Frías 1987, Miksicek 1988, Lentz <i>et al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Capsicum</i>	Cerén, Cuello, Cerros, Dos Pilas, Chan	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Cliff & Crane 1989, Lentz 1994, Lentz <i>et al.</i> 1996, Lentz <i>et</i> <i>al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Helianthus</i>	Santa Leticia, San Andrés	Miksicek 1986, Lentz <i>et al.</i> 2001, Lentz <i>et.</i> 2008
<i>Manihot</i>	Cerén, Cuello, Pulltrouser Swamp, Colhá, Cobweb Swamp	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Lentz <i>et al.</i> 1996, Crane 1996
<i>Xanthosoma</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996

Tabla 2. Árboles frutales

Restos botánicos	Sitios arqueológicos	Referencia
<i>Spondias</i>	Santa Leticia, Cerén, Copán, Cuello, Wild Cane, Pulltrouser Swamp, Albion Island, Cobá	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1983, Miksicek 1986, Miksicek 1990, McKillop 1994, Beltrán Frías 1987
<i>Anacardium</i>	Cihuatán, Cuello, Yarumela, Chan	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1988, Ramírez-Sosa <i>et al.</i> 1996, Lentz <i>et al.</i> 2012

<i>Acrocomia</i>	Cerén , Copán, Wild Cane, Tiger Mound, Cerros, Tikal, Colhá, Dos Pilas, Chan	Lentz <i>et al.</i> 1996, Cliff & Crane 1989, Turner & Miksicek 1984, Caldwell 1980, Lentz 1994, Lentz <i>et al.</i> 1996, Lentz <i>et al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Bactris</i>	Cihuatán , Cuello, Wild Cane, Tiger Mound, Albion Island, Copán, Dos Pilas	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Lentz 1991, McKillop 1994, Miksicek 1990, Lentz 1994, Miksicek 1988
<i>Crescentia</i>	Santa Leticia , Cerén , Wild Cane, Pulltrouser Swamp, Albion Island, Cerros	McKillop 1994, Miksicek 1983, Miksicek 1990, Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1986, Crane 1996
<i>Mutingia</i>	Santa Leticia , Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1986

<i>Ficus</i>	Cerén , Cuello, Wild Cane, Pulltrouser Swamp, Colhá, Albion Island	Miksicek <i>et al.</i> 1991, McKillop 1994, Miksicek 1983, Caldwell 1980, Miksicek 1990, Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Psidium</i>	Cerén , Cuello, Cerros	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Crane 1996
<i>Prunus</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Pouteria</i>	Santa Leticia , Copán, Cuello, Wild Cane, Cerros, Colhá, Dos Pilas, Chan	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Cliff & Crane 1989, McKillop 1994, Caldwell 1980, Lentz 1994, Miksicek 1986, Lentz <i>et al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Theobroma</i>	Cihuatán , Cerén , Copán, Cuello, Cerros, Pulltrouser Swamp, Río Azul, El Mirador, Chinikihá, Palenque Hinterland, Chan	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Trabanino 2009, Lentz <i>et al.</i> 2012, Cliff & Crane 1989, Miksicek 1983, Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1988, Hurst <i>et al.</i> 1989
<i>Celtis</i>	Cerén , Copán, Cuello, Cerros	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Cliff & Crane 1989, Lentz <i>et al.</i> 1996

<i>Bixa</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
-------------	--------------	--------------------------

Tabla 3. Fibras

Restos botánicos	Sitios arqueológicos	Referencia
Agave	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Ceiba</i>	Santa Leticia	Miksicek 1986
<i>Gossypium</i>	Cerén, Cihuatán, Cuello, Cerros	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1988, Crane 1996

Tabla 4. Hierbas útiles

Restos botánicos	Sitios arqueológicos	Referencia
<i>Tithonia</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
Baltimora	Cihuatán	Miksicek 1988
<i>Ipomoea</i>	Cihuatán, Cobá	Beltrán Frías 1987, Miksicek 1988
<i>Sida</i>	Cihuatán, Cuello, Pulltrouser Swamp	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1983, Miksicek 1988

Tabla 5. Construcción, leña para combustible

Restos botánicos	Sitios arqueológicos	Referencia
<i>Aspidosperma</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Bursera</i>	Santa Leticia, Cuello, Pulltrouser Swamp, Dos Pilas, Cobá, Cerros	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1983, Lentz 1994, Beltrán Frías 1987, Miksicek 1986, Crane 1996

<i>Casearia</i>	Cerén, Cobá	Lentz <i>et al.</i> 1996, Cliff & Crane 1989, Turner & Miksicek 1984, Caldwell 1980, Lentz 1994, Lentz <i>et al.</i> 1996, Lentz <i>et al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Mimosa</i>	Cihuatán	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Lentz 1991, McKillop 1994, Miksicek 1990, Lentz 1994, Miksicek 1988
<i>Cedrela</i>	Cerén, Cuello	McKillop 1994, Miksicek 1983, Miksicek 1990, Lentz <i>et al.</i> 1996, Miksicek 1986, Crane 1996
<i>Pinus</i>	Cihuatán, Cerén, Cuello, Copán, Dos Pilas, Naco, Pulltrouser Swamp, El Mirador, Chinikihá, Chan, Yarumela, Cerros	Lentz 1991, Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1983, Lentz 1994, Lentz <i>et al.</i> 1996, Lentz 1991, Miksicek 1988, Trabanino 2009, Ramírez-Sosa <i>et al.</i> 1996, Lentz <i>et al.</i> 2012, Crane 1996
<i>Trachypogon</i>	Cerén	Lentz <i>et al.</i> 1996
<i>Hamelia</i>	Santa Leticia, Cuello, Pulltrouser Swamp	Miksicek <i>et al.</i> 1991, Miksicek 1983, Miksicek 1986

Fuentes

Beltrán Frías, L. «Subsistencia y aprovechamiento del medio.» En: L. Manzanilla (ed.): *Cobá, Quintana Roo análisis de dos unidades habitacionales Mayas*, 213-232. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

Caldwell, J.R. «Archaeobotanical aspects of the 1980 field season.» En *The Colha Project, Second Season, 1980: Interim Report*, San Antonio: Center for Archaeological

Research, editado por T.R. Hester, J.D. Eaton, & H.J. Shafer, 257-234. University of Texas, 1980.

Cliff, M.B. & Crane, C.J. «Changing subsistence economy at Late Preclassic Maya Community.» En *Prehistoric Maya Economics of Belize. Research in Economic Anthropology, Supplement 4*, editado por P.A. McNany & B.L. Isaac, 295-324. Greenwich, Conn.: JAI Press, 1989.

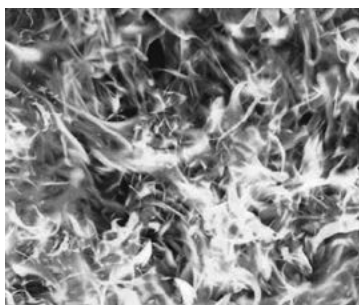
Crane, J. C. «Archaeobotanical and Palynological Research at a late Preclassic

- Maya Community, Cerros, Belize.» En *The Managed Mosaic: Ancient Maya Agriculture and Resource Use*, editado por S. Fedick, 262-277. University of Utah Press, 1996.
- Erickson, C.L. «Archaeological methods for the study of ancient landscapes of the Llanos de Mojos in the Bolivian Amazon.» En *Archaeology in the Lowland American Tropics*, editado por P. Stahl, 66-95. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Hurst, W.J.; Martin, R.A., Jr; Tarka, S.M., Jr; Hall, G.D. «Authentication of cacao in ancient Maya vessels using HPLC techniques.» *Journal of Chromatography* 466 (1989): 279-289.
- Lentz, D. «Maya diets of the rich and poor: Paleoethnobotanical evidence from Copán.» *Latin American Antiquity* 2 (1991): 269-287.
- «Paleoethnobotanical evidence for subsistence practices and other economic activities in the Petexbatún region during the Classic period.» Paper presented at the 93d American Anthropological Association Meeting, Atlanta, 1994.
- ; Beaudry-Corbett, M.; Reyna de Aguilar, M.L.; y Kaplan, L. «Food-stuffs, forests, fields, and shelter: A paleoethnobotanical analysis of vessels contents from the Cerén site, El Salvador.» *Latin American Antiquity* 7 (1996): 247-262.
- ; Pohl, M.; Pope, K. y Wyatt. «A. Prehistoric sunflower (*Helianthus annus* L.) domestication in Mexico.» *Economic Botany* 55, n.º 3 (2001): 370-376.
- y C. R. Ramírez-Soza, «Cerén Plant Resources: Abundance and Diversity.» En *Before the volcano erupted, The ancient Cerén Village in Central America*, editado por P. Sheets, 33-42. Austin: University of Texas Press, 2002.
- ; Woods, L. S.; Hood, A.; y Murph, M. «Agroforestry and Agricultural Production of the Ancient Maya at Chan.» En *An ancient Maya Farmingcommunity*, editado por Cynthia Robin, 89-109. University Press of Florida, 2012.
- McKillop, H. «Ancient Maya tree cropping, a viable subsistence adaptation for the island Maya.» *Ancient Mesoamerica* 5 (1994): 129-140.
- Miksicek, C. H. «Macrofloral Remains of the Pulltrouser Area: Settlements and Fields.» En *Pulltrouser swamp. Ancient Maya habitat, agricultural and settlement in northern Belize*, editado por B.L. Turner II and Peter D. Harrison, 94-104. Salt Lake City: The University of Utah Press, 1983.
- Miksicek, C.H. «Paleoethnobotanical identifications.» En *The Archaeology of Santa Leticia and Rise of Maya Civilization*, editado por A.A. Demarest, 199-200. New Orleans: Tulane University Press, 1986.
- Miksicek C. H. «Man and environment at Cihuatán.» En *Cihuatán, El Salvador: A study in intrasite variability*, editado por J.H. Kelly, 149-155. Nashville: Vanderbilt University Press, 1988.
- Miksicek, C. H. «Early wetland agriculture in the Maya Lowlands: Clues from preserved plant remains.» En *Ancient Maya wetland Agriculture: Excavations on Albion Island*,

- Northern Belize*, editado por M. Pohl, 295-312. Boulder, Colo.: Westview Press, 1990.
- Miksicek, C. H.; Wing, E.S. y Scudder, S. J. «The ecology and economy of Cuello.» En *Cuello: An early Maya community in Belize*, editado por N. Hammond, 70-84. Cambridge: Harvard University Press, 1991.
- Ramírez-Sosa, C.R.; Griscom, B. W. & Lentz, D.L. «Investigaciones paleoetnobotánicas del período formativo en el sitio de Yarumela, Honduras.» *Yaxkin* 14, n.º 1,2 (1996): 74-95.
- Trabanino, F. *Vegetación y Ruinas Mayas, Evidencias palaeoetnotánicas de la pirámide La Danta, en el Clásico Tardío Terminal (850-1000 D.C.), El Mirador, Petén, Guatemala*. Informe final SRE-México/Segeplan-Guatemala, 27. Beca Estancia de Investigación 2008-2009, Proyecto arqueológico Cuenca Mirador-FARES, Laboratorio de Paleoetnobotánica y Paleoambiente, IIA-UNAM, México, 2009.
- Turner, B.L. II & Miksicek, C.H. «Economic plant species associated with prehistoric agriculture in the Maya lowlands.» *Economic Botany* 38 (1984): 179-193.

Reseñas





Karen Olsen Bruhns
Paul Amaroli B.

The Archaeology of Cihuatan, El Salvador

An Early Postclassic Maya City

Olsen Bruhns, Karen, y Amaroli B., Paul. *The Archaeology of Cihuatan, El Salvador. An Early Postclassic Maya City*. Alemania: Lap Lambert Academic Publishing, 2012.

El libro titulado *The Archaeology of Cihuatan, El Salvador: An Early Postclassic Maya City*, publicado en el año 2012, y cuyos autores son Karen Olsen Bruhns y Paul Amaroli B., es una contribución más al conocimiento de Cihuatán, una comunidad prehispánica que se desarrolló y floreció durante los siglos X y XI de nuestra era. Cihuatán se localiza en la parte central de El Salvador, justo al lado occidental del río Acelhuate.

El libro está organizado en cuatro secciones y de la siguiente manera: un prefacio, donde se expresan opiniones generales sobre Cihuatán y sirve a manera de breve introducción; doce capítulos que contienen la esencia principal y aportaciones del libro; una sección donde se expresan palabras finales a manera de conclusiones; otra sección denominada «Bibliografía», en la cual se enlistan las obras o trabajos consultados por Bruhns y Amaroli. Un total de 187 figuras consistentes en fotografías, mapas y dibujos ilustran el libro, así como cuatro tablas.

Con respecto a la sección de los doce capítulos que integran la esencia del libro, podemos destacar lo siguiente: el capítulo uno versa sobre la ubicación geográfica y el ambiente natural donde se encuentra Cihuatán. En los capítulos dos y tres nos presentan los antecedentes históricos sobre el descubrimiento y trabajos arqueológicos efectuados en el sitio a lo largo del siglo XX. En el capítulo cuatro se explica el papel que juega la Fundación Nacional de Arqueología de El Salvador (FUNDAR), que consiste en cooperar con el Gobierno de El Salvador en promover y apoyar investigaciones arqueológicas en dicho país, ayudar a la protección de los recursos arqueológicos y difundir reportes e información con carácter

de herencia arqueológica para los visitantes que llegan a los sitios. En el capítulo nueve se exponen los esfuerzos de conservación realizados en las distintas estructuras de Cihuatán. El capítulo 12 es una revisión regional de la fase Cihuatán que Bruhns y Amaroli visualizan en asentamientos prehispánicos del oeste de El Salvador (Chalchuapa, Lago de Güija), centro (sitios de la zona del Volcán de Guazapa, Valle de Zapotitán, Valle del Lempa), el oriente de El Salvador (Quelepa) y la costa (El Cajete, Cerro de Ulata).

Las principales aportaciones del libro se exponen en seis capítulos. En la primera aportación nos señalan que los límites, o extensión espacial de Cihuatán, son 298 hectáreas, o tres kilómetros cuadrados, según lo hacen constar en el capítulo cinco. En la segunda aportación se reporta el hallazgo de ocho nuevas estructuras, así como la identificación de dos accesos en el lado sur de la muralla que encierra el Centro Ceremonial Oeste en su lado sur, como se comenta en el capítulo ocho. La tercera aportación reporta el hallazgo —también en el Capítulo cinco— de cinco sitios más que se encontraron en la periferia inmediata de Cihuatán; estos sitios son Tempate (destruido totalmente), Entrecanales (destruido totalmente), Las Pampas, Hacienda Las Pampas, San Francisco o Zacatonal. La cuarta aportación del libro describe las excavaciones y hallazgos realizados entre 2001 y 2009 en Cihuatán y esto se realiza en los capítulos seis y siete. Las construcciones excavadas incluyen la estructura principal (P-7), un templo redondo (P-28) del

conjunto denominado Centro Ceremonial Oeste y la Acrópolis, o también conocida como el Centro Ceremonial Este. En la parte superior de la Acrópolis se excavó un patio central asociado con una estructura que ha sido reconocida como «palacio». Otros rasgos descubiertos mediante el proceso de excavación de la Acrópolis incluyen terrazas sobrepuestas, una escalinata delimitada por dos alfardas, una plataforma baja destruida y asociada con las alfardas; el «Gran Recinto», que es una estructura rectangular de 8x36 metros con cimientos de piedra que pudieron haber soportado muros de adobe. La quinta aportación se presenta en el capítulo 10 y consiste en una descripción general de la fase cerámica Cihuatán que se asocia con el apogeo principal del sitio. La sexta aportación se encuentra en el capítulo 11 donde se comentan las técnicas constructivas de cimientos, pisos, muros tanto de la arquitectura monumental como no monumental de Cihuatán.

Con las aportaciones mencionadas arriba, Bruhns y Amaroli afirman que Cihuatán fue una ciudad maya del Posclásico temprano, pero ¿realmente fue una ciudad ocupada por gente maya durante el período Posclásico? Con base en los datos que presentan para sustentar sus interpretaciones y afirmaciones se puede hacer otra lectura de Cihuatán y sugerir otro argumento. Por ejemplo, Cihuatán pudo haber sido una comunidad que funcionó como enclave durante el período Clásico terminal y fue ocupada por individuos, cuya filiación cultural tuvo sus orígenes en El Salvador; gente perteneciente a la élite de comunida-

des de Veracruz (México), que migraron y se establecieron en Cihuatán; una combinación de ambas; grupos no Mesoamericanos de Centroamérica conscientemente intentando ser o parecerse a los mayas u otros grupos mesoamericanos. A continuación explico y para ello primero me referiré a los elementos de forma que faltan para apoyar el contenido de la obra. Una vez comentado esto, centraré mis comentarios en los argumentos de fondo, es decir, los argumentos sobre los que Bruhns y Amaroli construyeron las interpretaciones plasmadas en el texto del libro.

En cuanto a los elementos de forma, al lector se le interrumpe la lectura de los capítulos que versan sobre la arqueología de Cihuatán y es llevado a temas que se alejan de la temática en cuestión. Específicamente, me refiero a los capítulos cuatro y nueve que aparecen en el libro cuando estos dos capítulos bien pudieron haber sido colocados al final, dejando al lector que entendiera que también se trata de temáticas importantes, aunque indirectamente relacionadas con la arqueología de Cihuatán. Además, los capítulos dos y tres versan sobre el mismo tema, es decir, los antecedentes históricos sobre el descubrimiento y trabajos arqueológicos efectuados en Cihuatán durante el pasado siglo. Estos dos capítulos pudieron haberse integrado como uno solo, aunque destacando diferencias importantes en cuanto a los períodos de los descubrimientos y excavaciones.

Con referencia al material ilustrativo, resulta notoria la falta de dibujos consis-

tentes en plantas, cortes y alzados que destaquen o muestren detalles arquitectónicos de las estructuras excavadas. Además, faltan dibujos de las formas cerámicas encontradas (solamente hay dos, las figuras 10:21 y 10:28); no se incluyeron dibujos de los materiales de obsidiana hallados en las excavaciones, tampoco se incluyeron dibujos de los malacates.

A lo largo del libro no hay tablas que muestren el número total de tiestos cerámicos, piezas de obsidiana y malacates analizados. Por lo tanto, ¿cuán abundante es abundante cuando en la página 155 se refieren a los malacates? En el caso de la obsidiana, Bruhns y Amaroli indican que el 90% de la obsidiana de Cihuatán procede de Ixtepeque: «Based on visual inspection of a very large sample of excavated materials»,¹ pero ¿qué tan grande es la muestra?

En cuanto a las figuras 3:6, 5:5, 6:3, 6:7, 7:3, 7:4, 7:7, 7:16-(superior), 7:29, 8:1, 8:5, 8:6, 12:23, 12:25, la referencia que aparece al pie está en inglés y está de acuerdo al texto del libro. Sin embargo, hay también textos en español y resulta claro que faltó homogeneizar todo en idioma inglés. Por otro lado, en el caso de las figuras 7:20 y 7:21, que muestran las excavaciones de la Acrópolis, no tienen escrita referencia o información alguna que ayude al lector a identificar las distintas áreas excavadas, solamente se cuenta con la referencia en inglés al pie de las figuras.

En lo referente a los argumentos de fondo, en la lectura del libro hay contradicciones e imprecisiones. Por ejemplo,

¹ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán, El salvador. An Early Postclassic Maya City*, 30.

respecto al análisis por medio de elementos traza de obsidiana efectuado por William Fowler y colegas en el año de 1987 indican que su muestra analizada fue pequeña y se sobrerrepresentó al estimar que, además de Ixtepeque, Cihuatán importó obsidiana de El Chayal, San Martín Jilotepeque y río Pixcayá, todas estas fuentes guatemaltecas de ese vidrio volcánico. Por otro lado, Bruhns y Amaroli con base en un análisis visual creen que el 90% de la obsidiana de Cihuatán procede de Ixtepeque.² Los análisis visuales de obsidiana realizados por expertos con más de 20 años de experiencia analizando ese vidrio volcánico concuerdan en señalar que los análisis de elementos traza son más confiables y verídicos que aquellos de «darle una mirada a contraluz» a las navajas, fragmentos de núcleo, lascas primarias, etc. Por lo tanto, creer, como lo hacen Bruhns y Amaroli que el 90% de la obsidiana de Cihuatán procedió Ixtepeque es bastante riesgoso y sumamente especulativo. Supongo que los autores emplearán el análisis de activación de neutrones en un futuro cercano, para llevar al plano de la certeza —y evitar contradicciones— lo que hoy en día es una creencia por parte de ellos respecto a cuál fue la fuente o las fuentes principales de obsidiana que abastecieron a Cihuatán.

En lo concerniente al arreglo interno del sitio,³ Bruhns y Amaroli indican que no

hay bases para afirmar que la morfología interna de Cihuatán reproduce a la de Tula en México, como tampoco es comparable con la de Cantona (México). Para ellos, el arreglo interno de Cihuatán sigue el tipo de arreglo o patrón típico de muchas comunidades mesoamericanas del sur⁴ y tiene un «sabor muy Maya», ya que no hay evidencia de una organización interna cuadripartita.⁵ Si Bruhns y Amaroli interpretan el arreglo interno de Cihuatán como un arreglo típico maya, la pregunta lógica es ¿a qué arreglo típico se refieren? La respuesta no está en el libro. Quizás ellos se refieren a un arreglo espacial compacto o a un arreglo espacial disperso. Cabe recordar que, en más de medio siglo de estudios sobre la organización espacial de las comunidades mayas prehispánicas, los expertos en urbanismo y ciudades mayas han demostrado que NO HAY, no existe un solo arreglo típico, al contrario, dentro del territorio maya existe una enorme variabilidad interna en los asentamientos. Con la información espacial que cuentan Bruhns y Amaroli sobre Cihuatán, y que supongo aún analizan, quizás aportarán un nuevo tipo de organización espacial interna no reportada con anterioridad en asentamientos del área maya y el resto de mesoamérica.

Bruhns y Amaroli apuntaron que «los mayas no empezaron a comer tortillas hasta el período Colonial, cuando los mercena-

² Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 30.

³ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 315.

⁴ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 315.

⁵ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 363-364.

rios mexicanos traídos por los españoles trajeron a cocineras y enseñaron a las mujeres mayas a hacer tortillas». ⁶ Aquí vale la pena precisar que el consumo de tortillas en distintas regiones de Mesoamérica — incluyendo el área maya — ocurrió desde el período Posclásico.

Quizás los autores se refieren al hecho de que cuando los españoles llegaron a El Salvador en el siglo XVI trajeron consigo cocineras, hábiles en la elaboración de tortillas. Sin embargo, también puede ser que el menú prehispánico de comida servida en El Salvador pudo haber incluido tortillas y que los cihuatecos hayan degustado de ellas desde el siglo X o el XI.

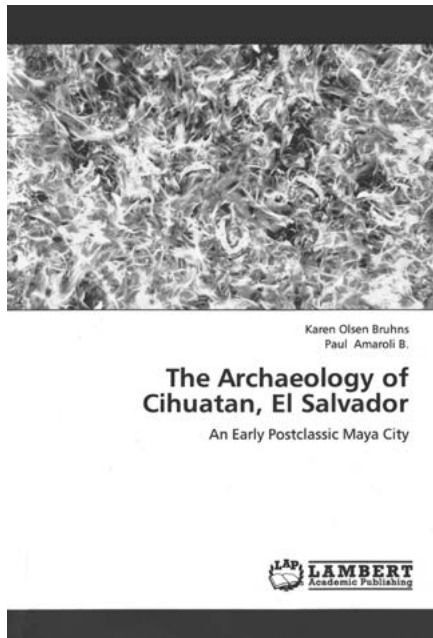
Bruhns y Amaroli escribieron que «las características Tlaloc del centro de México y El Salvador son muy diferentes en estilo y muestran una versión diferente de Tlaloc». ⁷ Correctamente destacan esa diferencia tomando en cuenta el hallazgo que realizaron de una efigie de Tlaloc en sus excavaciones de la Acrópolis (figuras 7:25 – 7:26). Cabe añadir que el Tlaloc hallado por Bruhns y Amaroli, así como los otros Tlaloc reproducidos en las figuras 10:8, 10:12 y

12:22 del libro y de procedencia desconocida, son la deidad Tlaloc propia o típica de El Tajín-norte de Veracruz (México). Las anteojerías, así como los protuberantes dientes en forma puntiaguda que se proyectan hacia abajo desde la encía superior, son

rasgos propios o particulares de la deidad Tlaloc de esa parte de México. Además del hallazgo en Cihuatán y El Tajín-norte de Veracruz de este tipo de Tlaloc, en Chichén Itzá (México) también se han encontrado representaciones de Tlaloc con anteojerías y dientes protuberantes en escultura y en cerámica.

Por otro lado, desde el título del libro y a todo lo largo del mismo, Bruhns y Amaroli emplean el término Posclásico tem-

prano para Cihuatán. También indican que el colapso de la civilización maya ocurrió en el siglo IX. Cabe indicar que más de 20 investigadores han reconocido desde hace más de una década que el colapso de la civilización inició en el siglo IX y concluyó en el siglo XI (ver, por ejemplo, *The Terminal Classic in the Maya Lowlands: Collapse, Transition, and Transformation*, eds. A. Demarest, P. Rice y D. Rice (University Press of Colorado



⁶ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 25.

⁷ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 364.

Press, 2004). También se reconoce que el centro de México y Veracruz tuvieron un vibrante desarrollo cultural durante el Epiclásico, que concluyó en el siglo X para dar paso al Posclásico. Además, se refieren a Chichén Itzá como un asentamiento del período Posclásico temprano, cuando desde hace más de dos décadas ha sido reconocido como un asentamiento del período Clásico terminal (800 dC. – 1,100 dC.). Sin lugar a dudas, y con base en la evidencia material que Bruhns y Amaroli presentan sobre Cihuatán, los datos sugieren que fue un asentamiento del Clásico terminal contemporáneo a Copán, Ceibal, Chichén Itzá, El Tajín, Cantona, Tula, etc. De hecho, escriben que la muralla que rodea el Centro Ceremonial Oeste de Cihuatán es «típica del Posclásico Temprano y es vista en sitios contemporáneos como Chichén Itzá».⁸ Al afirmar lo anterior, Bruhns y Amaroli confirman que durante el Clásico terminal Cihuatán formó parte de los procesos sociales, económicos, ideológicos y hasta políticos que dominaban el escenario mesoamericano. No tengo duda de que Bruhns y Amaroli ubicarán correctamente a Cihuatán en el período Clásico terminal, período cronológico que le corresponde, y así comprenderemos mucho mejor el papel que jugó un sitio ubicado en la frontera sur de Mesoamérica durante los siglos X y XI, como lo destacan en la página 302 utilizando arquitectura; entre las páginas 315-316, cuando reconocen la «mexicanización» de parte de la élite de Cihuatán; en las páginas

361-362 donde destacan los renovados o intensos contactos con Veracruz y la costa del Golfo de México, según consta en las deidades, cerámica y escultura hallada en Cihuatán; y en la página 365, donde afirman el aspecto cultural de amalgamar viejas ideas tomadas de varias culturas y combinarlas en un todo social y cultural novedoso.

Desde el título, en diferentes partes del libro⁹ y en la contraportada, Cihuatán es reconocido por los autores como una urbe o ciudad maya. Sin embargo, una lectura minuciosa del texto del libro en la que se apliquen conceptos de la enorme literatura que existe sobre ciudades mayas, ciudades en Mesoamérica y ciudades preindustriales a nivel mundial, veo que los autores del libro no presentan sus criterios para haber reconocido a Cihuatán como ciudad. Quizás ellos utilizaron los criterios que definen a una ciudad como un asentamiento ocupado permanentemente con una población extensa y densa, aunque en el argumento de Bruhns y Amaroli no se explica qué tan densa y extensa fue la población que vivió en los tres kilómetros cuadrados que ocupó Cihuatán durante su breve existencia de un siglo o, quizás, siglo y medio, es decir, posiblemente tres generaciones de individuos. Cabe recordar que, un análisis de ciudades preindustriales en Mesoamérica ha revelado que para que surgieran las ciudades, los procesos sociales y culturales tardaron, por lo menos, más de dos siglos. Bruhns y Amaroli, quizás, emplearon una

⁸ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El salvador, 302.

⁹ Ver, por ejemplo, Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El salvador, 314-316.

perspectiva económica, la teoría del lugar central, para explicar a Cihuatán como una ciudad, tomando en cuenta varios de los sitios de la periferia inmediata. También cabe la posibilidad de que hayan utilizado un enfoque exponencial, el cual utiliza el tamaño de la población que pudo haber ocupado Cihuatán. Reconozco que los criterios anteriores son especulaciones de quien firma estos comentarios y no dudo de que Bruhns y Amaroli ya trabajan en una nueva aportación que contribuirá al estudio de ciudades en Mesoamérica.

Los autores se preguntan sobre la identidad étnica de los antiguos pobladores de Cihuatán. Bruhns y Amaroli afirman que no fueron ni toltecas ni pipiles y su «mejor conjetura o suposición —solamente una suposición— es que la Fase Cihuatán representa la cultura maya local del período Posclásico Temprano». ¹⁰ Ante la falta de estudios bioarqueológicos de restos esqueléticos hallados en Cihuatán, es decir, los restos físicos de la antigua población que vivió en Cihuatán, la propuesta de Bruhns y Amaroli se queda en una mera conjetura o suposición. Ante esta conjetura, y considerando el arreglo espacial de los sectores este y oeste de Cihuatán, las formas arquitectónicas presentes en el sitio y la evidencia material consistente en cerámica y esculturas, deja la posibilidad de que Cihuatán haya sido ocupado por individuos, cuya identidad étnica haya sido propia del centro de El Salvador y no fueron mayas; también cabe la posibilidad de que

poblaciones procedentes del oriente de El Salvador, Honduras, o incluso Nicaragua, ocuparon Cihuatán durante un siglo y medio en su intento de «parecerse» o presentarse como mesoamericanos; también es posible que grupos de individuos procedentes de la costa del Golfo de México y norte de Veracruz (México) hayan ocupado Cihuatán. El establecimiento de comunidades con funciones especializadas, tales como la que representó el intercambio a larga distancia, fueron fundadas por diferentes grupos a lo largo de Mesoamérica y en distintos momentos. Por ejemplo, Matcacapan en Veracruz parece haber funcionado como un enclave de Teotihuacán; sitios como Cancuen y Trinidad de Nosotros (Guatemala), o Ambergris Caye (Belice), funcionaron también como puntos o nodos dentro de las rutas terrestres o marítimas en el intercambio a larga distancia.

Para concluir, la publicación del libro *The Archaeology of Cihuatán, El Salvador. An Early Postclassic Maya City* es una contribución con enfoque histórico-cultural que muestra lo complejo del proceso interpretativo de los datos arqueológicos recuperados en campo. Sin lugar a dudas, Karen Olsen Bruhns y Paul Amaroli continuarán aportando más cosas al conocimiento de Cihuatán, ya que los datos permiten ser interpretados de diferentes maneras, tal y como lo han hecho ellos en su libro.

RAFAEL COBOS

Universidad Autónoma de Yucatán

¹⁰ Olsen Bruhns y Amaroli B., *The Archaeology of Cihuatán*, El Salvador, 365.



Moallic, Benjamín (compilador). *Las figuras del enemigo. La alteridad y conflictos en Centroamérica*. El Salvador: Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, Universidad Evangélica de El Salvador, 2012. 1ª ed.

Me propongo comentar sobre el libro de reciente producción *Las figuras del enemigo. La alteridad y conflictos en Centroamérica*; primero, en términos generales, para luego hacer un comentario corto de cada uno de los artículos; esto, a manera de incitación a la lectura de este nuevo material por nuestros lectores.

Comienzo diciendo que el libro es la suma de diez trabajos de investigación que, sin proponérselo los autores, tienen y se les puede ver desde una perspectiva común: la imbricación de lo teológico y lo político, que se mueve en el perímetro de la percepción, de lo religioso, lo político y lo social; cuestión que el compilador, Benjamín Moallic, muy ajustadamente, ha sabido identificar y estructurar.

Una parte de los trabajos publicados fueron preparados originalmente para el Coloquio «Mitos y conversión en América Central: las identidades políticas, religiosas y étnicas, entre la imbricación y exclusión», efectuado en San Salvador, octubre de 2008. A esos trabajos se sumaron otros. El texto es una compilación que tiene una perspectiva centroamericana, en la que participan autores centroamericanos y centroamericanistas. Son una serie de textos con enfoques y disciplinas diversas de la rama de las humanidades y las ciencias sociales; también encontramos diversas temáticas y recorridos temporales distintos sobre la región centroamericana, particularmente son trabajos sobre El Salvador, Guatemala y Nicaragua.

Lo rico de esta compilación es que dentro de la diversidad, se logra establecer también ejes comunes: la otredad, es decir, el conflicto en la percepción del nosotros y los otros, el análisis

del discurso, lo simbólico y la construcción de mitos, entre otros. Tópicos que muy bien se han agrupados por analogía temática y períodos históricos.

Los indígenas, la Iglesia, los liberales, los intelectuales, el delincuente, el guerrillero son algunas de las figuras que aparecen en los estudios de las realidades abordadas por los autores.

En el estudio de estos sujetos, la alteridad, la mirada y la percepción del otro son puntos de análisis y puntos de partida, para enfocar los problemas y conflictos de la realidad centroamericana planteada. Pero además, los trabajos pueden analizarse, tal como nos lo propone el compilador, desde la perspectiva de la imbricación de lo teológico y lo político, eje conductor. Cuestión que como lo muestran los trabajos transita en lo social, lo cultural, lo económico y lo político, así como en los años del XVI a los años y días recientes.

El propósito de estos trabajos también ha sido el diálogo y el debate interdisciplinario sobre temas que desde la historia, la antropología y la sociología abonan o enfocan diversas temáticas que desafían a la sociedad actual salvadoreña y centroamericana.

El texto se divide en tres partes: la primera, reúne cuatro artículos, del período colonial y siglo XIX. En esta sección, los autores tratan la representación social, la percepción o la mirada del otro, en lo étnico, lo indígena y lo clerical. Se muestra la construcción de las ideas opuestas de lo que significa civilización y la barbarie, el progreso y el retraso. Los autores muestran espacios de conflictividad, de identidades, de exclusión o de negociación, dando origen a una lógica de amigo-enemigo.

En el primer artículo de la primera sección del libro (comentaré en primera persona porque es de mi autoría), se hace análisis de la construcción discursiva de las representaciones y percepciones sobre los pueblos indígenas desde el período de las guerras de Conquistas, de la monarquía española, al siglo XIX. Se intenta develar desde dónde y cómo se construyen las imágenes y la percepción de lo indígena, y de qué manera se articulan en las políticas indigenistas de esas épocas, cuál es el tránsito que llevan a estos grupos étnicos a perder su condición material y cultural, primero durante la Colonia y luego, de manera paulatina, durante el siglo XIX. Un proceso social y cultural que provoca en la sociedad salvadoreña mayoritaria, la mestiza, mulata y ladina, una distancia de lo indígena, en el que se construye una idea de lo indígena alrededor de la representación de la ignorancia, la barbarie y el atraso.

En el artículo se muestra cómo en todo ese largo período las percepciones de lo indígena circularon entre lo demoníaco, el retraso, la barbarie frente a la civilización y el progreso de la sociedad no indígena, pueblos que fueron tomados muchas veces como enemigos y muchas otras, como aliados.

Carlos Gregorio López, en el segundo artículo, estudia los procesos de cambios dados en el siglo XIX, que se originan en un ámbito de la confrontación entre la barbarie y la civilización, del atraso y el progreso, en conflictos en torno a la propiedad de la tierra, en temas culturales y sociales, particularmente sobre el rumbo que debía tomar la educación en la perspectiva liberal de la época. El análisis de este autor se hace

a partir de los mecanismos puestos en la privatización de las tierras ejidales y corporativas, para dar paso a la propiedad privada como bastión del progreso.

Uno de los debates que el autor muestra, en el carril de lo cultural, es el debate de los intelectuales, sobre la inserción de los indígenas a la sociedad dominante; el planteamiento de los políticos e intelectuales es que habrá que integrarlos a la sociedad, a través de la educación, y de esa manera dar paso de la barbarie a la civilización.

En ambos temas, la propiedad y uso de la tierra y la educación liberal, el Estado enviste a los *otros y enemigos*, a los indígenas y a la Iglesia. Sin embargo, en el análisis hecho por el autor, los procesos de cambios generados, las políticas indigenistas concebidas no toman forma. La razón de esto, entre otras, es la fragilidad del Estado, la inconsistencia de las ideas liberales, el fuerte poder de la Iglesia y el catolicismo impregnado entre los liberales.

En la misma línea que Carlos Gregorio López, escribe Jorge Gustavo Araujo, autor que se introduce a la confrontación del Estado y la Iglesia en torno a la educación y el *Estado laico*. Destaca este autor que las luchas de fracciones de la época (siglo XIX) no se pueden observar sin observar el conflicto Estado-Iglesia.

Este trabajo subraya el conflicto dado en 1881 entre el Estado a través del Consejo Superior de Instrucción Pública para excluir a la Iglesia católica de la actividad educativa, en la enseñanza secundaria y superior.

El texto estudia el establecimiento de la enseñanza libre en 1881, y la primaria gratuita y obligatoria; resalta que es el Poder Ejecutivo

quien asume, por primera vez, más ampliamente la política y normativa educativa. Sin embargo, en las reformas educativas implementadas en esta época, el Estado no pudo dejar fuera a la Iglesia, se le dejó continuar con las instituciones educativas.

El nuevo reglamento educativo establecido para ejecutar estos cambios desató un debate y conflicto, entre el presidente Zaldívar y un grupo de liberales que defendió los espacios de la Iglesia en la educación.

Sajid Herrera presenta un trabajo que se sitúa en el mismo período del artículo de Gustavo Araujo. Ambos autores hacen un estudio a través de la información de periódicos. También, este autor aborda la confrontación de la Iglesia y los liberales, cómo, nosotros, los liberales construyen un enemigo, es decir, el otro, que es la Iglesia. Esto muestra el debate Estado-Iglesia y el referido a la educación libre versus educación cristiana.

Muestra el debate, como dice el autor, de las diferentes posiciones de los políticos e intelectuales y la élite clerical sobre cómo debía definirse la educación; unos tendía a laicizarla y otros a que se mantuviera en el eje religioso.

Lo que se puede observar en estos trabajos es una división de liberales, los unos más atados a la Iglesia que los otros, por vínculos de intereses o redes familiares. Los menos atados a la Iglesia, la ven un obstáculo, un rival.

Los temas tratados en esta parte del libro, en los que destaca el de los indígenas y la Iglesia, ambos actores son percibidos como el enemigo, como el otro; y el eje conductor se mueve en el ámbito de la percepción y de lo religioso, más que en lo político.

En la segunda parte del libro titulada *El combate amigo-enemigo*, el eje conductor se traslada al plano político.

En esta sección se agrupan tres artículos que abordan ámbitos contemporáneos y, por lo tanto, entran al escenario otros espacios y otros actores sociales en los que se sigue prestando atención al eje conductor del libro, el de la imbricación de lo teológico y político. Entre los sujetos sociales llamados a escena vemos, entre algunos, los caudillos del populismo político de las primeras décadas del siglo XX de América Latina; entre ellos, a Sandino y a Perón, la Iglesia evangélica en conflicto con los católicos y el guerrillero que actúa dentro de los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX.

El primer artículo es de Maxime Quijoux. Aquí el autor hace un estudio comparativo y muy original, entre el pensamiento de Perón y Sandino. Las luchas de estos caudillos las coloca en el terreno de la espiritualidad y el populismo en América Latina. En la lucha de ambos encuentra un paralelismo en el que se plantea de manera similar la lucha en contra de poderes oligarcas y conservadores, en la que se plantea la confrontación entre los populistas y las élites oligarcas. También encuentra que ambos movimientos son hostiles a los movimientos comunistas que en esa época se están introduciendo en América Latina y a las luchas internacionalistas de la época; pero también,

encuentra ciertas diferencias, una de ellas está en quien es el enemigo; para Sandino, el enemigo lo representan los estadounidenses, para Perón los oligarcas argentinos. Los fundamentos de ambos movimientos son similares, nos dice el autor, sobre todo en el carácter populista, en el espiritualismo introducido, en el carisma y la emoción, elementos muy empleados por el populismo latinoamericano.

Un aporte importante que nos ofrece el

autor es que su artículo rompe mitos, colocando la lucha de Sandino como una lucha de carácter nacional y no de carácter social.

Benjamín Moallic muestra un estudio de la permanencia de lo religioso sobre lo político en El Salvador y Nicaragua, a través del análisis del discurso empleado por alzados nicaragüenses y salvadoreños de las décadas de 1930 y 1980. Es un estudio de ese poder que instrumentaliza las imágenes

sagradas y mitológicas que legitiman el uso de la violencia. Analiza el discurso elaborado por líderes de cuatro movimientos de raíces teológicas, es decir, de una visión teológica de la política en las convicciones y moral guerrillera. A manera de muestra nos deja ver ciertas anécdotas sobre Sandino, quien se hacía llamar o lo llamaban *el general de hombres libres*, y quien decía a sus correligionarios que él no era más que instrumento de la justicia divina.

El autor nos dice que desde esa posición, los caudillos recrean a su enemigo como



vende patria, sicario o bastardo. Moallic analiza esa cosmovisión construida por los militantes de estos movimientos, en la que se ven a sí mismos como hombres nuevos, que luchan por una nueva sociedad donde no existe alteridad. Alteridad solo existe como contrarrevolución.

En su artículo, Manuela Cantón hace una reflexión crítica sobre esa visión teológica-política en la Guatemala contemporánea. La autora toma nuevos sujetos religiosos: el pentecostal, que opera bajo un discurso basado en la exclusión étnica indígena. Analiza las prácticas religiosas del neopentecostal, excluyente de la diversidad étnica indígena; estos grupos hacen una estigmatización de la población maya no evangélica.

De acuerdo a la investigación, estos grupos de inspiración metodista aparecen en Guatemala a propósito del terremoto de 1976, como parte de la ayuda humanitaria internacional que llegó a las poblaciones más destrozadas por el sismo, y que en ese momento crítico se presentan como un ente integrador.

Una iglesia que con su discurso teológico construye a los mayas como enemigos y culpables de todos los males: delincuencia, narcotráfico, hasta del cólera, de los desastres naturales. Una iglesia que ora continuamente para exorcizar a la Nación (pentecostal) y liberarla de las prácticas indígenas. Es un discurso altamente violento, que politiza la acción evangélica.

La autora, además de estudiar esa práctica excluyente de los nuevos pentecostales, estudia la práctica indígena frente a ese discurso.

La tercera parte del libro agrupa a los tres últimos artículos bajo el título de *los nuevos bárbaros*.

Entre estos nuevos bárbaros están los actuales indígenas, los delincuentes, las nuevas iglesias instaladas en las localidades centroamericanas.

El primer trabajo dentro de esta última sección es el de Cristina Hernández, quien trata sobre las primeras organizaciones protestantes en San Pedro Nonualco. La mala convivencia de las dos iglesias provocó en la localidad un ambiente de conflictos religiosos entre católicos y protestantes.

Un conflicto que inicia a finales del siglo XIX, cuando grupos de protestantes de la *Misión Centroamericana* se introdujeron en la región. En 1925 el conflicto continuaba. Desde la perspectiva del análisis de la investigadora, se muestra aquí un conflicto: de nuevo una construcción de los *enemigos*, entre nosotros (los católicos) de tradición en la región de los Nonualcos y los otros, los protestantes, a quienes los católicos les tildó de herejes y lobos con piel de oveja.

En 1955, la situación de los católicos se volvió tensa, con la llegada a la región de otra iglesia evangélica: La Asamblea de Dios. En 1960, la competencia de las dos iglesias era tenaz para obtener mayor presencia en la vida de la gente de la región. Los católicos impulsaron más celebraciones de ritos católicos y los evangélicos más obras de infraestructura para la comunidad. En la actualidad lo que prevalece entre protestantes y católicos es la tolerancia. Sin embargo, al introducirse recientemente una iglesia nueva, la Bautista, el nuevo conflicto ya no se origina en el sector

de los católicos, sino dentro de las otras iglesias que se sienten amenazadas.

El segundo trabajo que se inserta en este grupo es el de Thierry Marie, quien estudia las contradicciones de las posturas del Estado salvadoreño frente a las reivindicaciones de los pueblos indígenas de la actualidad en el marco de convenios internacionales y datos de población. Resalta el autor la negación de la existencia de comunidades indígenas en nuestro país. El problema reside en la definición que se hace de qué es ser indígena, y nos dice que las definiciones existentes son excluyentes cuando dice el discurso utilizado que los indígenas son los que viven en comunidades rurales con importante ascendencia indígena; además lo son los que se consideran indígenas. Esta definición entra en conflicto con la definición que organismo mundiales asumen cuando se inscriben en una definición más compleja, en cuanto a las características que debe de guardar la comunidad que se considere indígena.

También hay contradicción, nos dice, en la definición de zonas rurales cuando sabemos que la población salvadoreña en un alto porcentaje vive en zonas urbanas. El criterio de ascendencia indígena es otro punto ambiguo en la visión del Estado.

El último artículo es el de Ellen Moodie. Este artículo trata sobre la percepción de la época de la paz y de la guerra, la de paz como época peor a la de la guerra. Su estudio se hace sobre las narrativas de la violencia. La autora nos dice que observa una nueva lectura sobre la delincuencia. El discurso de la violencia y el crimen que azota la actualidad tiene como referente la guerra civil, relacionado a nuevos valores y sentimientos creados en el ambiente

de la economía de mercado prevaleciente. En ese contexto los delincuentes aparecen como la figura de la barbarie y los enemigos, que en otros momentos fueron los indígenas, el clero, los trabajadores o los alzados.

Para finalizar este somero recorrido, señalo que la lectura de este texto nos lleva a espacios profundos de la historia y la realidad actual; nos muestra que la dinámica histórica y actual de la sociedad y el Estado salvadoreño y centroamericano transita en el marco de conflictos, pero también en el marco de las componendas y de las alianzas, y en el eje de amigos y enemigos, como parte de la dinámica cultural salvadoreña y centroamericana, de la violencia y la exclusión.

En hora buena la publicación de este libro. En una época en la que la investigación en el campo de las ciencias sociales ha crecido un tanto, le da pautas a las instituciones a publicar libros como este, con propuestas novedosas, serias, sobre temas en agenda que aún siguen siendo temas muy poco estudiados en la región. Hay que reconocer también que estos trabajos son pioneros y que posiblemente la oportunidad que tiene su publicación es que su lectura funcione a manera de una caja de resonancia, para que los autores y otros estudiosos sociales se sumen a profundizar en las problemáticas que plantean los artículos del libro y en muchas más problemáticas sociales de actualidad de esta región.

EUGENIA LÓPEZ VELÁSQUEZ
Universidad de El Salvador

Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas

(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos

Cortez, Beatriz; Ortiz Wallner, Alexandra, y Ríos Quesada, Verónica (editoras). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos*. Tomo III. Guatemala: F&G Editores, 2012.

Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* es el tercer volumen de un amplio proyecto de investigación llamado «Hacia una historia de las literaturas centroamericanas», integrado por especialistas en literatura centroamericana, de distintos países y con diversos enfoques analíticos.

El enfoque usual en muchas de las historias literarias —tanto locales como regionales— ha sido el de los «ismos», esto es, el centrarse en determinados movimientos o cánones estéticos. Esto podría tener alguna utilidad pedagógica. No obstante, la dinámica histórica de la literatura es muy compleja. Durante un período histórico, en el cual cierto movimiento, «ismo» o canon estético es el predominante, también hay obras literarias que cuestionan, subvierten o, simplemente, están en los márgenes de dichos cánones. Lo paradójico es que cuando abordamos la historia literaria desde la centralidad de los «movimientos» lo que obtenemos no es una visión dinámica, «en movimiento», sino estática: los «movimientos» se petrifican. Ello, por supuesto, sin mencionar la concepción tradicional de Centroamérica: cinco países de culturas «ladinas». La perspectiva del proyecto al que pertenece el volumen que reseñamos es distinta: se trata, más bien, de examinar críticamente problemáticas que suscitan las obras literarias, en vez de encasillarlas en «movimientos».

Los ensayos contenidos en este tercer volumen encaran la crisis de los paradigmas de la modernidad. O, para ser precisos, de la modernidad como fenómeno cultural occidental en Centroamérica. El volumen, compuesto por veinte ensayos, está dividido en cinco partes: I. La *ficción* de la posguerra; II. Dinámicas del campo literario y cultural; III. Memoria,

subjetividades y espacio urbano; IV. Multiculturalismo, transnacionalismo e identidades nacionales y V. El texto, la imagen y el cuerpo.

El presente espacio es demasiado corto como para dar cuenta en forma detallada de cada uno de los ensayos incluidos en *(Per) Versiones de la Modernidad*. No obstante, haremos referencia a las principales problemáticas analizadas y a algunas de las reflexiones consignadas en el volumen.

La primera parte, titulada «La ficción de la posguerra» recoge reflexiones acerca de la crisis del paradigma literario testimonial y el apareamiento de las narrativas de posguerra en Centroamérica. Como dice Silvia López, «[l]a crisis del testimonio fue una crisis completamente moderna, puesto que tuvo lugar dentro de esa institución moderna que llamamos literatura; fue una crisis institucional de nuestra forma de leer. Como críticos que formamos parte esencial de esa institución, también hemos adoptado una epistemología de la lectura que nos ha hecho sordos al ritmo de la historia».¹ La crisis del testimonio fue el síntoma de la crisis estructural de posguerra. El neoliberalismo que comenzaba a incubarse en el istmo de forma silenciosa cual huevo de la serpiente a mediados de la década de los ochenta del siglo XX, supuso un auténtico cambio de época, tras surgir de los despojos de los conflictos armados. Con la decreta-

da «obsolescencia» de cualquier proyecto de cambio revolucionario de la sociedad capitalista, se «de-construía» la sensibilidad utópica y lo que una de sus expresiones literarias, el testimonio, implicaba: «Una práctica que documentó la violenta separación de la literatura como institución moderna», al decir de López.² El texto testimonial como práctica literaria y cultural que buscaba romper la separación entre la literatura y el «mundo de la vida», tenía una cualidad que la autora llama, siguiendo a Theodor Adorno, «estremecimiento», la posibilidad de que el testimonio haga «oír sus reverberaciones»,³ interpelando a quien está dispuesto a escuchar. ¿Qué interpelación tienen esas reverberaciones del testimonio, ante las cuales la «nueva» sensibilidad crítica de posguerra está sorda? El dolor de los vencidos de la historia.

En los ensayos «Estéticas de esperanza, memoria y desencanto: constitución letrada de los archivos históricos» y «Escrituras de sobrevivencia: narrativa y violencia en Centroamérica», de Ileana Rodríguez y Alexandra Ortiz Wallner, respectivamente, se hace referencia, entre otras obras, a *Insensatez*, la novela de Horacio Castellanos Moya, cuyo protagonista es un escritor que trabaja como corrector de pruebas del Informe de la Comisión de la Verdad que investigó las violaciones a los derechos humanos durante el largo conflicto armado guatemalteco.

¹ Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quezada, eds., *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos*, tomo III (Guatemala: F & G Editores, 2012), 18.

² Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 18.

³ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 18.

Ahora bien, es provechoso recoger algunas reflexiones de las autoras acerca de *Insensatez*, por cuanto ayudan a iluminar algunos rasgos y usos del género testimonial en la posguerra.

La novela de Castellanos Moya sirve como una parábola acerca de los usos del testimonio, en este caso, de los testimonios de las víctimas de las comunidades indígenas de la represión de las fuerzas gubernamentales guatemaltecas. Ofrece un espacio aséptico en el que se puede convivir con el sufrimiento sin ver afectada la cotidianeidad. Un espacio para las buenas conciencias, que de paso neutraliza lo incómodo del «problema del indio», esto es, del problema de reconocer la alteridad:

Como proyecto, los testimonios cumplen múltiples propósitos: dar sentido a la vida de los cooperantes y construyen lo indígena en ciudadano. Logran lo primero mediante la satisfacción libidinal de los españoles y lo segundo mediante la capacidad de sufrimiento y recuperación de los indígenas a través de su voz.⁴

Pero la estetización del sufrimiento ajeno conduce a una transformación perversa en el sujeto lector. Mientras el narrador encuentra auténticas joyas poéticas en las expresiones de las víctimas, se da un proceso de enajenación en el cual «el narrador va a

vivir en aislamiento esta admiración y fascinación pues no encontrará interlocutores con quienes compartir la forma en que estas frases le afectan. Nadie le escucha, nadie le interesa».⁵

Hablamos de estetización, en un doble sentido. En el sentido moderno, lo estético es visto como una región autónoma del mundo de la vida, constituida por la producción de «placer desinteresado», adoptando la definición kantiana. La estetización implica desentendimiento. Al embrujarse (o, mejor, *an-estesiarse*) por las frases de los testimonios, el narrador estetiza (esto es, experimenta placer «desinteresado» por) el sufrimiento. Pero en un segundo sentido, en una vuelta de hoja dialéctica, esta estetización logra recobrar el carácter original de lo estético: la sensibilidad, la vuelta a los sentidos, a la corporeidad, a las pulsiones. «A medida avanza su lectura», anota Ortiz Wellner, «en el personaje crece y se fomenta una mezcla de miedo y paranoia que irá ascendiendo hasta el punto en que los límites claros entre el documento y la realidad social se esfuman y se vuelven inextinguibles».⁶ Ahora bien, esta re-estetización, o re-sensibilización no implican la liberación de la enajenación en el sujeto, sino todo su contrario: la empatía morbosa con el otro personaje omnipresente en los testimonios. Un personaje que no es el testimoniante, pero que es el artífice oculto de los relatos: el represor.⁷

⁴ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 38.

⁵ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 87.

⁶ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 87.

⁷ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 88-89.

En este sentido, el texto narrativo obliga a transgredir una frontera delicada. Retomando la expresión de Kristeva en su obra sobre Céline, Yansi Pérez le llama abyección, una sensación de repulsión que le produce al sujeto «una respuesta afectiva de repugnancia, *pero también una reacción biológica física*». ⁸ Lo abyecto es lo animal, lo bestial que hay en nosotros. El reino de las pulsiones primarias, que intenta domesticar la cultura. «Lo abyecto [...] consiste en el rechazo y la expulsión de algo que nos pertenece y constituye». ⁹ La propuesta de Pérez es que, dada la abyección como característica nacional (*El asco* de Castellanos Moya es paradigmática en este sentido), debe reconocerse lo abyecto (lo expulsado-de) e incorporarse a la propia identidad.

Un elemento que atraviesa muchas de las reflexiones contenidas en el libro es la constatación de que la «transición» de posguerra (a la cual el discurso oficial, al menos en el caso salvadoreño, califica de «ejemplar» y de «paradigma a seguir» por parte de otras sociedades envueltas en conflictos internos) ha sido, por lo menos, traumática. Esta es tan solo una de las reflexiones que provoca el trabajo de

Ileana Rodríguez, «Estéticas de esperanza, memoria y desencanto: constitución letrada de los archivos históricos». ¹⁰

En otra órbita de reflexiones, Dante Liano, narrador y crítico guatemalteco, ofrece en «El canon hispanoamericano actual», una serie de reflexiones acerca de los cánones literarios. Haciendo un ejercicio de historización de los cánones, desde el ya cincuentenario «Boom latinoamericano», pasando por la «Generación McOndo» y otros posteriores, Liano demuestra que la construcción canónica está ligada a la lucha por la hegemonía en el campo de la construcción de las representaciones estéticas.

«Lo que está en juego es mucho más que el egocentrismo o la vanidad (elementos también inevitables en este campo). Está en juego uno de los poderes más importantes en toda sociedad humana: el de representar a través del poder simbólico de la lengua, a toda una sociedad. Más aún, el de dominar el imaginario de esa sociedad. No se explicarían de otra manera los fervientes anatemas, las polémicas vitriólicas, los insultos fogosos con que de vez en cuando los escritores llenan las páginas de los periódicos». ¹¹



⁸ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 61. Las cursivas son nuestras.

⁹ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 62.

¹⁰ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 49ss.

¹¹ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 139.

Así, es posible apreciar en la repulsión de los «McOndianos» hacia los referentes locales algo más que el simple rechazo generacional al realismo mágico como estereotipo narrativo, sino la disputa de la hegemonía en el campo cultural. Porque el canon literario, como señala Liano, está ligado también al reconocimiento y al éxito en la industria editorial. Entre los muchos méritos que hacen imprescindible a este ensayo, tanto para críticos como lectores, pero sobre todo, para escritores, están estas reflexiones:

La lucha por el poder de la representación estará siempre presente. El afán de ser legitimado como escritor será siempre una aspiración natural de cada escritor; los grupos literarios se moverán en círculos concéntricos y antagónicos. Me queda claro, sin embargo, que ésta es sólo una de las caras de las tantas que posee la actividad literaria. Reducirla a esto sería equivocado, pues la vitalidad de la literatura está también allí pero, sobre todo, estará en ese momento solitario y crucial en el que un ser humano se enfrenta a sí mismo, y con la máxima honestidad y la máxima pasión sigue escribiendo lo que considera necesario, sobre todo, necesario para él, sin programas, sin globalizaciones ni hibridismo ni desterritorializaciones. Sin el error de la literatura.¹²

Expresado de otra manera: sin la «literatura, lepra de la poesía», como escribía el poeta Cintio Vitier.

Un escenario de esas luchas lo han sido los suplementos culturales. Verónica Ríos Quezada examina algunas publicaciones de Nicaragua que cumplieron un papel importante en los años ochenta.

Un género literario que se ha cultivado con mucha fuerza a partir de la década de los noventa del siglo pasado es el relato policial, o, mejor todavía, la novela guerra. Haciendo un minucioso rastreo histórico, Uriel Quezada logra detectar sus antecedentes centroamericanos a principios del siglo XX, en particular con la novela *Un detective asoma*, del hondureño Ismael Mejía Deras.¹³ Con *Castigo divino* [1988], del nicaragüense Sergio Ramírez, emerge el género policial centroamericano contemporáneo. Los cultivadores posteriores del género, como Rafael Menjívar Ochoa, Arturo Arias, Rodrigo Rey Rosa, Carlos Cortez y Tatiana Lovo, expresan a través de sus novelas la desintegración social de los países del istmo.¹⁴ Mientras autores de otros países latinoamericanos como Leonardo Padura o Paco Ignacio Taibo II, como señala Mishakokotovic en «Neoliberalismo y novela negra en la posguerra centroamericana», «[...] guardan cierta simpatía, si no nostalgia, por los proyectos utópicos de la izquierda revolucionaria de los sesenta y setenta,

¹² Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, p. 160.

¹³ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, p. 169.

¹⁴ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 173ss.

¹⁵ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 187.

la narrativa negra centroamericana está marcada por una desilusión profunda por el desenlace de las luchas armadas en el istmo y se distancia de la experiencia revolucionaria de varias maneras. Una de ellas es el reciclaje paródico del testimonio, el género literario más fuertemente ligado a las luchas revolucionarias de los setenta y ochenta.¹⁵

Ricardo Roque Baldovinos, en «La ciudad y la novela centroamericana de posguerra», plantea que «en Centroamérica no hay imagen literaria acuñada de la ciudad, bajo la cual se permita develar otra misteriosa y más verdadera. La ciudad centroamericana es espectral», explica, «porque desde el primer tercio del siglo XX se instituye una distribución de lo sensible que sitúa el centro simbólico de la nación —y, por lo tanto, de la creación artística— en el campo».¹⁶ La ciudad, como «casa de todos», para usar el título del libro de Álvaro Menéndez Leal, esto es, como lugar de encuentro, como ágora, como espacio de convivencia viable, es poco menos que una quimera en las sociedades centroamericanas de posguerra. Ello es síntoma de los problemas de la llamada «transición» de posguerra. Esta transición, vista con optimismo quizás desmedido por el cansancio provocado por la sangría de los conflictos armados, originó serios descontentos, traumas nuevos donde debería haber sanación. Añade Roque Baldovinos:

La literatura de posguerra vive esta ruptura de cambio de paradigmas estéticos, pero también a un nivel más profundo y quizá menos examinados con respecto a su propia situación dentro de la sociedad. Quizás por esto último es que la literatura vive de manera más patente [y a veces patética] en sus límites, los límites de la transición a la democracia.

El cambio de paradigma estético más señalado de la posguerra es el movimiento en la prosa narrativa de una estética que podríamos llamar testimonial-realista, heredera en buena medida de la tradición narrativa vernácula y de su peculiar distribución de lo sensible a una estética posmoderna, que no invierte sino más bien busca trascender los términos de la tradicional distribución de lo sensible.¹⁷

La narrativa del guatemalteco Javier Payeras y del salvadoreño Horacio Castellanos Moya son, para este estudioso, un ejemplo no solo de ese cambio de paradigma estético y de la «distribución de lo sensible», sino también del fracaso de la ciudad de posguerra como «casa de todos». En el caso de la obra de Castellanos Moya, Roque Baldovinos habla de una «anti-ciudad».¹⁸

Ejemplo de los problemas estructurales no resueltos en la transición de posguerra lo es el tema de la memoria. La memoria del conflicto de los ochenta, pero no solamente, es un espacio «conflictivo», como lo

¹⁶ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 211.

¹⁷ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 216.

¹⁸ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 218.

señala Werner Mackenbach en «Narrativas de la memoria en Centroamérica». En tanto espacio de conflicto, la escritura de la memoria histórica (por las vías del testimonio, los Informes de las Comisiones de la Verdad y la novela) son escenario de tensiones y negociaciones para definir qué se excluye y qué se incluye, qué se dice y qué se descarta. En particular, resulta importante detenerse en los Informes de las Comisiones de la Verdad, cuya «pretensión de validez» (como diría Habermas) está ligada, precisamente, a la verdad de un modo mucho más estrecho que en el caso del testimonio o de la narrativa. Son distintos tipos de «pretensión de validez» ligada a la verdad. Se pretendería que un Informe de una Comisión nombrada para dilucidar «la verdad» de los hechos del pasado no adolecería de los sesgos y los usos propios del testimonio, ni de la autonomía relativa con respecto de «los hechos reales» que tienen los textos literarios, los cuales, valga el paréntesis, enuncian otros tipos de verdades. Mackenbach recuerda, sin que esto implique adoptar una postura «revisionista» ante las violaciones de los derechos humanos del pasado, que, como todo espacio en el que se ejerce una «batalla por la memoria», hay conflictos y negociaciones:

La memoria construida con base en un sinnúmero de testimonios, que sin embargo son recopilados siguiendo criterios de inclusión/exclusión negociados, y oficia-

lizado por la institucionalidad de las Comisiones de la Verdad o Esclarecimiento le disputa el lugar a la Historia —sea en su versión oficial-estatal, sea en su versión académica— valiéndose de la literatura, es decir, construyendo una memoria colectiva verosímil con recursos narrativos del acervo de la creación ficcional.¹⁹

Pero ello es solamente un aspecto de los descontentos de la posguerra. A nuestras sociedades no le ha sido posible procesar su duelo por las víctimas de la preguerra, de la guerra y de la posguerra. En tal sentido, podría decirse, con Beatriz Cortez, que:

El duelo [...] ha quedado postergado, es aquello de lo que no se habla, aquello cuya necesidad no se reconoce. Sin embargo, una mirada hacia atrás nos lleva a fijar el duelo postergado *mucho antes del reciente conflicto armado, es decir, en la violencia ante el componente indígena de nuestra identidad cultural, la violencia de la imposición de un contexto de la modernidad* —una modernidad acaso construida ideológicamente ante un contexto que no la justifica— que niega todas las dimensiones culturales, identitarias no pertenecientes a su ámbito.²⁰

La sección titulada «Multiculturalismo, transnacionalismo e identidades nacionales» reúne ensayos de Edgar Esquit («Los discursos dominantes sobre la diversidad cultural en Guatemala: naturalizando el

¹⁹ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 244.

²⁰ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 266. Las cursivas son nuestras.

multiculturalismo»), Emilio del Valle Escalante («Raíces y rutas: Identidad, ciudadanía y la negritud transnacional en la literatura de afrodescendientes centroamericanos»), Ana Patricia Rodríguez («*Rápido tránsito* por los espacios de la diáspora centroamericana»). Estos ensayos nos ofrecen una visión calidoscópica de la complejidad cultural del istmo, al cual atraviesan diversas dinámicas.

Sin desmedro de la importancia del conjunto de trabajos que integran la sección referida, quisiera referirme a algunos de los planteamientos del ensayo de Ana Patricia Rodríguez, quien reflexiona acerca de la emigración centroamericana en general y de la emigración salvadoreña en Estados Unidos, en particular. Yendo más allá de la acostumbrada visión economicista, que reduce la emigración al flujo de remesas,²¹ la autora afirma que «poca atención se le ha dedicado al análisis de las nuevas identidades salvadoreñas de generaciones subsecuentes a la de los inmigrantes»,²² esto es, de los hijos o nietos de quienes «se fueron para allá».

Contrario al lugar común que afirma que los hijos de emigrantes pierden su identidad cultural (una identidad cultural a la cual se da por sentado que existe como algo «natural» o «puro», aunque no se reflexione suficientemente sobre qué se está implicando con todos estos términos), la autora

afirma que «estas generaciones reconstruyen una salvadoreñidad propia con base en las memorias, los valores, los idiomas y las tradiciones asociadas con “lo salvadoreño” y aquellos asociados de igual manera con Estados Unidos. Su imaginario no es el del exilio, ni el del retorno, ni el de la nostalgia por lo “perdido”, sino el de la permanencia y pertenencia en Estados Unidos».²³ Esto se expresa en la producción artística de la emigración salvadoreña en el país del Norte (la autora recurre a los poemas de Martivón Galindo, Lilo González y Quique Avilés, emigrantes salvadoreños de distintas generaciones), así como en las demandas políticas y sociales que, hoy por hoy, movilizan a las distintas comunidades de inmigrantes en Estados Unidos (por ejemplo, la reivindicación de la Dream Act). Ahora bien, los inmigrantes de segunda o tercera generación, hijos de latinoamericanos y de personas de otras nacionalidades, enfrentan, como dice Rodríguez, la circunstancia de no verse reconocidos en cualquiera de las comunidades tradicionales. Son aquellos que se sienten «ni de aquí, ni de allá», pero que reconfiguran su espacio de pertenencia en su misma hibridación.²⁴

Los aportes de Rafael Lara Martínez, Valeria Grinberg, Aída Toledo y Pablo Hernández constituyen el quinto y último capítulo del libro («El texto, la imagen y el cuerpo»). En «Mujer y nación», Rafael Lara

²¹ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 354.

²² Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 354.

²³ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 354.

²⁴ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 360.

²⁵ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 367.

Martínez propone una metáfora de la nación salvadoreña desde la corporeidad femenina construida literariamente en los relatos de Jacinta Escudos, Carmen González Huguet y Claudia Hernández. El planteamiento del ensayista es que el «cuerpo y experiencia de los personajes, en su mayoría femeninos, remedan el carácter material del territorio. Las heroínas reflejan la condición de la cultura nacional y su actual dispersión hacia el extranjero».²⁵ La condición nacional, desde el análisis que propone Lara Martínez, es:

[...] el fin de la utopía por establecer una comunidad cultural imaginada, relativamente homogénea, sea por la necesidad de aceptar la diversidad de las culturas campesinas e indígenas regionales [González Huguet], sea por la disolución de lo propio en el extranjero, la banalización de lo humano y la identidad cercenada [Hernández], o bien por la sujeción de lo nacional a lo ajeno [Escudos]. Al presente, nación significa dispersión dentro de una multiplicidad de culturas locales, desintegración migratoria, degradación de lo humano hacia el plano zoológico o, a la postre, sometimiento por entrega”.²⁶

La «repetición» o «reverberación» de «la lógica del Caribe» a través de la música y su expresión literaria en las novelas de Carol Zordetto, Anacristina Rossi y Franz Galich, de Costa Rica y Nicaragua, es la hipótesis de Valeria Grinberg Pla en «Ritmos caribeños, transnacionalismo y narrativa en

Centroamérica». La hipótesis es provocadora, por cuanto la construcción hegemónica de la identidad centroamericana (como racionalista, católica, ladina, masculina e hispanoparlante) la separa de esa gran otredad que es el Caribe (al que se asocia con la sensualidad, el paganismo y la negritud). Ese *logos* caribeño, que sale a la superficie en los ritmos caribeños que componen lo cotidiano de los espacios lúdicos centroamericanos. Como afirma Aída Toledo, en «Subversiones del arte y la literatura en Centroamérica»:

[...] en Centroamérica se han desarrollado durante el siglo XX diversas líneas temáticas, pero que a partir de las guerras de insurgencia y contrainsurgencia, pervivieron a la par de las instancias oficiales que no eran censuradas, manifestaciones artísticas que rompían de forma silenciosas esos espacios del oficialismo.²⁷

La gran punta de lanza de ese movimiento subversivo que se incubó silenciosamente en la década de los ochenta fue la poesía escrita por mujeres y su reivindicación de la corporeidad y de la diferencia. Esto dio pie a otras expresiones literarias igualmente subversivas respecto de la identidad hegemónica, como la literatura homoerótica o las expresiones artísticas de los grupos culturales tradicionalmente relegados al silencio.

Resulta ejemplar, en esta línea de subversión cultural, la obra del fotógrafo guate-

²⁶ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 369.

²⁷ Beatriz Cortez et al, *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*, 432.

malteco Luis González Palma y de su compatriota, la artista del *performance* Regina José Galindo, sobre los cuales problematiza Pablo Hernández en su contribución titulada, «En imágenes y palabras: ¿Qué Centroamérica?».

Como decíamos al principio, este es un ejercicio de escribir historia literaria desde unos supuestos distintos a los del canon tradicional. Más que historia estática de «movimientos», es historia dinámica y problemática, que conjuga distintas perspec-

tivas analíticas. El proyecto de «Hacia una historia de las literaturas centroamericanas» culminará con los volúmenes dedicados a analizar las relaciones entre literatura y compromiso político, a la literatura del siglo XIX y a las textualidades indígenas y discursos y escrituras coloniales.

LUIS ALVARENGA
Universidad Centroamericana José
Simeón Cañas



Castellanos Moya, Horacio. *El sueño del retorno*. Barcelona: Tusquets, 2013.

El estilo como prisión:

El sueño del retorno

La más reciente novela de Horacio Castellanos Moya, *El sueño del retorno*, nos ha dejado desilusionados. No porque le falte calidad —Castellanos Moya es un escritor que está a la altura de su reputación—, pero después de leer novelas como *El arma en el hombre*, *La sirvienta y el luchador*, *Insensatez*, *La diabla en el espejo*, etc., se espera que sus textos avancen en otro sentido. Sin embargo, con esta última entrega de la familia Aragón parece que Castellanos Moya se ha refugiado en un rincón seguro, en lo que él es ya un maestro consumado: el estilo.

Decía Carlos Fuentes que una de las características de la narrativa latinoamericana es la ausencia de paisajes, y en efecto, uno de los primeros pasos que deben realizar los escritores latinoamericanos para la construcción de su estética es ingeniárselas en la creación de un paisaje. Por ejemplo, en el escritor cubano Alejo Carpentier el paisaje es sustituido por la erudición, en Castellano Moya el paisaje simplemente no existe, lo único que hay son voces: El Salvador rico lo representa la voz de Laura Rivera, el San Salvador de la posguerra es la voz de Robocop y de Edgardo Vega, Ciudad de México reside en la voz de Erasmo Aragón. Y así, podemos encontrar un repertorio de voces que nos van indicando el lugar, mas no sucede lo contrario, no es el lugar lo que marca la narración —como ocurre en la narrativa de Rousseau y Lord Byron, donde el lago Léman es importante para la significación de sus textos—. En los relatos de Castellanos Moya da igual el sitio donde sucedan las historias, su escritura carece de enfoque visual. Eso le da muchas ventajas, ya que el mundo se simplifica, se vuelve pequeño e insignificante, no ejerce ningún poder sobre el escritor, aunque también conlleva otras desventajas: ¿qué pasaría si el repertorio de voces comenzara a agotarse? El escritor tendría que auxiliarse en la fuerza de la

fábula, como sucede con dos de sus novelas, *El arma en el hombre* y *La sirvienta y el luchador*, donde las voces pierden protagonismo, nunca desaparecen del todo, pero es más fuerte la fábula o, en todo caso, hay un equilibrio que hace que la voz, es decir, el estilo de Moya, baje de intensidad para cederle protagonismo a los hechos que se narran. Por ello, en esas dos novelas no hay monotonía, ni cadencia, al contrario, el ritmo se apodera de la narración y, por ende, los picos más altos de identidad son más identificables: el asesinato gratuito por Robocop de una de sus amantes o la muerte de Belka por el comando guerrillero del que forma parte su hijo.

Lo contrario sucede en el resto de sus relatos, en los que uno tiene la sensación de estar inmerso en el mundo de los personajes, de no poder ver más allá de lo que ellos miran. Es como estar secuestrado en una habitación donde los desplazamientos son solo para cambiar de estancia. El escritor logra, de forma magistral, imprimir intriga a historias que no dan para mucho, es decir, consigue un texto novelado gracias a la genialidad con que despliega el aspecto formal, artístico, del relato. Es el caso de *El sueño del retorno*. Los hechos son simples, comprenden los momentos antes de que Erasmo Aragón regrese a San Salvador. El relato no hubiera podido contarse en tercera persona porque no hay impedimentos —vamos a decir «externos»— para que el protagonista se vea imposibilitado de regresar a su ciudad natal. El único inconveniente para su retorno se lo impondrá el propio héroe, por lo tanto, lo más acertado es contar el relato en primera persona. Sin embargo, al ser la intriga tan

simple —¿qué puede suceder horas o días antes de su partida?—, y para evitar caer en situaciones rocambolescas, el escritor recurre a una técnica que ya había utilizado anteriormente. Llamaremos *digresión* (en lenguaje de los críticos conservadores *motivos libres*) a esa destreza, aunque nos vemos tentados a denominarla *neobarroquismo*, pero eso exigiría un ensayo más extenso y no es el caso de este breve comentario. Veamos a continuación.

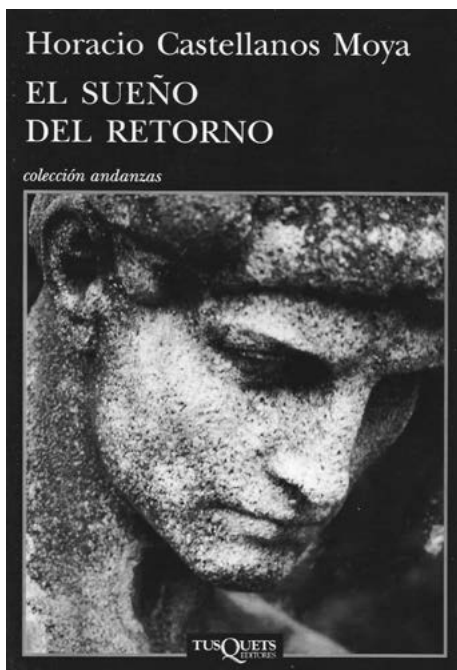
Si la acción principal de *El sueño del retorno* es la partida de Erasmo Aragón a San Salvador, la acción se ve constantemente interrumpida por diversos eventos: la infidelidad de la esposa del protagonista, el falso —o verdadero— asesinato de Antolín, el viaje repentino de Chente a El Salvador, la estancia de Erasmo en Tlayacapan, el encuentro con Alberto Aragón, etc. Todos ellos están descritos en primera persona, dentro de una acción limitada: las horas antes de la partida de Erasmo. La originalidad de Castellanos Moya no reside en la utilización de la vieja técnica de la secuencia retrospectiva (el *flashback*), sino que la descripción de esos eventos violenten una y otra vez cada acción principal, lo que hace que la línea narrativa general —la partida de Erasmo— se prolongue más allá de lo que en sí pudiera dar y, aún así, el lector no se dé cuenta de lo elemental y corto del trazo de la acción, y se vea sumergido en un laberinto guiado por una voz que tose asiduamente. Afortunadamente, Castellanos Moya es un escritor de relatos cortos, lo que permite que esa tos no canse ni desespere, aunque al final de la lectura no deje uno de sentirse ensalivado de tanto carraspeo. Para

una mejor ilustración veamos cómo funciona en el texto la digresión. En el capítulo tercero, Erasmo se encuentra con Chente, el médico que lo atiende por sus dolores intestinales. Chente tiene pensado utilizar la hipnosis para encontrar algún recuerdo en Erasmo que sea la causa de sus malestares. El camino más fácil para tratar este tema sería un diálogo entre los dos personajes —Castellanos Moya maneja a la perfección los diálogos, como en el capítulo de «Prófugos» en *Tirana Memoria* o la primera parte de *Desmoronamiento*—, pero en vez de ello, el narrador nos conduce a los pensamientos de Erasmo, y es ahí cuando el escritor aprovecha para introducir una historia que desvía la atención del lector de la acción principal (la conversación entre Chente y Erasmo). En este caso nos cuenta el *affaire* amoroso de Eva y Antolín:

Cuénteme, ¿cómo van los preparativos de su viaje? Y la relación con su esposa, ¿está bien?, me disparó el viejillo ni bien me había sentado frente a su escritorio, como si hubiera tenido antenas que le permitieran detectar otro origen de mis males (...) La situación que me abstuve de revelarle a don Chente sucedió de la siguiente manera: estábamos Eva y yo en la cama (...).¹

La historia de Eva es introducida en forma de una nueva narración: «sucedió de la siguiente manera», como si nos fuera a contar un relato al interior de otro relato. A lo largo de página y media el escritor nos transporta al momento en que Eva le cuenta a Erasmo su aventura. Se podría objetar que tal digresión no constituye una desviación en toda regla, pues nos está relatando un problema que atañe al protagonista, que es importante para la configuración de los obstáculos de la fábula, pero hablamos de derivación porque usurpa el curso de la línea del tiempo de la acción principal. De hecho, la plática entre Chente y Erasmo se reduce a tres o cuatro frases, el resto son digresiones que suceden dentro de la conversación, como ocurre en lo recóndito de una mente febril

que es incapaz de fijar su atención en una sola cosa y se ve constantemente orientada hacia otros estímulos. Si estas digresiones fueran infrecuentes no significarían nada en el texto, pero al ser repetitivas nos indican la deliberación del escritor —consciente o inconscientemente— por enfatizar este rasgo, en otras palabras, es la



¹ Horacio Castellanos Moya, *El sueño del retorno* (Barcelona: Tusquets, 2013), 24-25.

marca estilística. Otro ejemplo más claro lo encontramos en el capítulo nueve, cuando el narrador nos presenta las historias de Tamba y el Negro Héctor. La forma en que se introducen los personajes ya nos anuncian pequeñas historias: «Pronto estuve tratando de recordar los pormenores de esa operación (...) donde el Negro Héctor, al calor del fogata, me confió una historia terrible (...)».² Por supuesto, todos estos eventos constituyen la clave de la ansiedad de Erasmo y su relación con su ciudad natal, pero lo que nos interesa no es si la novela está bien armada —no cabe duda de que lo está—, lo que nos llama la atención es que la estructura del relato no se sostiene por la historia, sino por la manera de contarla, por el estilo del escritor, por esas digresiones que tienen la función de aumentar el efecto verbal del texto permitiendo la sensación de que estamos frente a una voz y no frente a una página escrita que exige ser leída e interpretada.

Ahora bien, ¿por qué decimos que *El sueño del retorno* no ha satisfecho nuestras expectativas? No es por su calidad, que como hemos dicho es elevada, sino porque hemos leído una novela que ya no sorprende. La estrategia de la digresión ya había sido utilizada a menor escala en *El Asco* o en *La diabla en el espejo*. La novela es una más del brillante catálogo de Horacio Castellanos Moya, donde las voces se imponen a la fábula, en algunos casos a la trama, dejando que el auténtico protagonista sea el estilo. No es que no existan

ocasiones donde Moya no haya logrado el equilibrio entre lo que se cuenta y cómo se cuenta, *El arma en el hombre* y *La sirvienta y el luchador* son prueba de ello. Pero hay demasiada fuerza en la voz narrativa en el resto de sus novelas. Los escritores con un estilo muy marcado tienen la ventaja de crear lectores fieles, que los convierten en escritores de culto. Esos leales lectores no se cansarán de leer sus novelas aunque este utilice los mismos recursos formales de la misma manera una y otra vez, eso es precisamente lo que veneran. El inconveniente de este tipo de escritores es que basta con leer una sola obra de ellos para descifrar todo su universo. Siempre se puede decir que toda la literatura es estilo, quizás así sea, pero esa es una discusión más extensa. Además, hay estilos cuyo primer encuentro con el lector no siempre dejan marca, pasan inadvertidos aunque muy sutilmente nos condicione en el modo de leer.

Por otra parte, es comprensible que Moya se enrosque en el estilo. Los escritores de la periferia tienen pocas posibilidades de hacerse un hueco en los centros culturales de mayor poder. Si tomamos como referencia el concepto de estilo de Michael Riffaterre (el estilo no es la desviación de la norma sino el efecto producto del contraste entre lo convencional y lo inusual), la narrativa de Moya vendría a llenar la cuota de exotismo que las editoriales occidentales reservan para los países que están subordinados a su órbita. La literatura de Moya sería el inmigrante negro en

² Castellanos Moya, *El sueño del retorno*, 133-138.

una convención de arios. Todos le prestan atención, todos sonríen sus ocurrencias (aunque tal vez nadie entienda su humor), pero nadie quiere casar a sus hijas con él. Los centros culturales de poder generalmente se comportan según lo estipulan las normas de lo políticamente correcto: dejar un espacio para la narrativa de los países bárbaros y, si es posible, premiarlo. La cuestión es: ¿cómo leeremos nosotros a Moya?, ¿como el extranjero blanco en medio de los negros? Tal vez ese sea otro de los inconvenientes de depositar demasiada fe en el estilo. Una escritura que solo se sostiene por el estilo necesita de categorías que determinen lo qué es extraordinario y lo qué es común, es decir, requiere de agentes que interpreten su arte (críticos, universidades, revistas especializadas, etc.). Sin ellos sus textos desaparecen, sus novelas están condenadas a formar parte

de un rincón de la biblioteca pública, sus lectores futuros ya no serán incondicionalmente leales, pues el contraste habrá cambiado. Esos venideros lectores —en el caso de que la literatura tenga algún chance de seguir existiendo—, antes de leer a Moya muy probablemente miren la solapa de sus libros. Si no ha ganado algún premio relevante devolverán el libro al bibliotecario, de haber ganado alguno se llevarán la novela a casa, pero cuando se encuentren con las digresiones casi seguro se preguntarán cómo es posible que hayan premiado a un mal escritor. No es una reacción descabellada viniendo de un país que hace una década interpretó el estilo de Moya como una ofensa a la patria.

EMILIO DELGADO CHAVARRÍA
Universidad Autónoma de Madrid

Índice de imágenes

Detalle de Estructura 5, o Casa Comunal, en Joya de Cerén, 2011. José Luna, Archivo de la Gerencia de Comunicaciones de SECULTURA.	9
Tiesto a flor de tierra en Sitio de Jesús, Guazapa, abril de 2011. José Luna, Archivo de la Gerencia de Comunicaciones de SECULTURA.	32
Detalle de Estructura B1-2 en Tazumal, 2007. José Luna, Archivo de la Gerencia de Comunicaciones de SECULTURA	59
Collage con portada del libro <i>Estadística General de la República del Salvador</i> e imagen de su autor, Ignacio Gómez Menéndez. Cortesía de Heriberto Erquicia.	94
Ilustración del grupo Los Tablones. Cortesía de Federico Paredes.	112
Vista panorámica de la cordillera del Bálsamo, 2013. Cortesía de Marlon Escamilla.	131
Detalle del antiguo Museo Nacional de Antropología, situado sobre la avenida Cuscatlán y calle Rubén Darío del actual barrio El Centro de la ciudad de San Salvador. Este edificio fue destruido por un incendio el 09 de noviembre de 1955. Imagen de archivo del Museo.	153
Réplica de mazorca encontrada en Joya de Cerén por el equipo de excavaciones de Payson Sheets, junio de 2011. José Luna, Archivo de la Gerencia de Comunicaciones de SECULTURA.	162

Normas editoriales

Las propuestas de artículos para cualquiera de las secciones de *Identidades* deberán ser enviadas por correo electrónico a la dirección: mcampos@cultura.gob.sv, en formato RTF o WORD, letra Times New Roman, 12 pts. (las citas textuales de más de tres líneas deberán ir en párrafo independiente en 10 pts.). Además, los textos deberán cumplir las siguientes especificaciones:

Sección «Para el debate»

- Los artículos no deberán sobrepasar los 75 000 caracteres (incluyendo notas de pie de página y sin contar espacios).
- Datos sobre el/la autor/a (institución a que pertenece, dirección electrónica).
- Un resumen máximo de 150 palabras.
- Cinco palabras clave, separadas por coma.
- Referencias bibliográficas a pie de página estilo Chicago 15 (http://www.iberori.org/doctos/manual_chicago.pdf).
- Si incluye cuadros o imágenes, deberán ir en archivos aparte en EXCEL (cuadros, tablas) y con resolución de 300 dpi (imágenes en JPG).

Sección «Dossier»

- Los artículos no deberán sobrepasar los 50 000 caracteres (incluyendo notas de pie de página y sin contar espacios).
- Datos sobre el/la autor/a (institución a que pertenece, dirección electrónica).
- Un resumen máximo de 150 palabras.
- Cinco palabras clave, separadas por coma.
- Referencias bibliográficas a pie de página estilo Chicago 15 (http://www.iberori.org/doctos/manual_chicago.pdf).
- Si incluye cuadros o imágenes, deberán ir en archivos aparte en EXCEL (cuadros, tablas) y con resolución de 300 dpi (imágenes en JPG).

Sección «Avances de investigación»

- Los artículos no deberán sobrepasar los 35 000 caracteres (incluyendo notas de pie de página y sin contar espacios).
- Datos sobre el/la autor/a (institución a que pertenece, dirección electrónica).
- Un resumen máximo de 150 palabras.

- Cinco palabras clave, separadas por coma.
- Referencias bibliográficas a pie de página estilo Chicago 15 (http://www.iberori.org/doctos/manual_chicago.pdf).
- Si incluye cuadros o imágenes, deberán ir en archivos aparte en EXCEL (cuadros, tablas) y con resolución de 300 dpi (imágenes en JPG).

Sección «Fuentes»

Vinculado a la temática desarrollada en el “Dossier”, en esta sección tienen cabida documentos o materiales utilizados por los investigadores, que pueden ser herramientas para otros investigadores y estudiantes interesados, a la vez como documentos de referencia y como un elemento clave de una propuesta metodológica.

Pueden ser propuestos por los autores del “Dossier”, y por otros investigadores que tengan propuestas de fuentes relacionadas al tema del “Dossier”.

Sección «Reseñas»

Presentan novedades editoriales de los ámbitos de las Ciencias Sociales y las Humanidades. El artículo deberá contener, además, los siguientes elementos:

- Tener entre 15 000 y 20 000 caracteres
- Referencia bibliográfica completa del libro reseñado (autor, título, ciudad de publicación, editorial, año y número de páginas).
- Nombre del autor o de la autora de la reseña y sus datos (institución a que pertenece, dirección electrónica).
- La imagen de la portada del libro reseñado con resolución mínima de 300 dpi (formato JPG).
- Referencias bibliográficas a pie de página estilo Chicago 15 (http://www.iberori.org/doctos/manual_chicago.pdf).



Identities es una revista especializada en la divulgación de estudios de Ciencias Sociales y Humanidades. Adscrita a la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, de la Secretaría de Cultura de la Presidencia, *Identities* contribuye al debate académico en El Salvador sobre problemas complejos que interpelan a la sociedad de hoy. La revista se publica dos veces al año, en números temáticos cuya convocatoria es abierta a artículos inéditos de acuerdo al tema convocado.



SECRETARÍA DE CULTURA
DE LA PRESIDENCIA
DIRECCIÓN NACIONAL DE
INVESTIGACIONES EN CULTURA Y ARTE